

**SAN JUAN BTA. M.<sup>a</sup> VIANNEY**  
**(CURA DE ARS)**

# **SERMONES ESCOGIDOS**

**TOMO II**

**VERSION DE**  
**RDO. DR. D. CARLOS DE BOLOS**  
**Catedrático del Seminario de Gerona**

**Serie**  
**Grandes Maestros**  
**N.º 14**

**Editorial**  
**APOSTOLADO MARIANO**  
**Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA**  
**Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78**  
**[www.apostoladomariano.com](http://www.apostoladomariano.com)**

**Con licencia eclesiástica**

TOMO II: 978-84-7693-213-1

Obra Completa: ISBN: 84-7693-211-1

Depósito legal: M. 45.756-2009

Impreso en España - *Printed in Spain*

Por: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)



# DOMINGO DE PASIÓN

## SOBRE LA CONTRICIÓN

*Vae mihi, quia peccavi nimis  
in vita mea.*

Desgraciado de mí, que tanto  
he pecado en mi vida.

(De *Las Confesiones* de San  
Agustín, lib. II, c. 10) (1).

Tal era, H. M., el lenguaje de San Agustín cuando discurría sobre los años de su vida en los que, con tanto ardor, se había entregado al infame vicio de la impureza. «¡ Ah ! ¡ desgraciado de mí, pues tanto he pecado en los días de mi vida !» Y cuantas veces le acudía tal pensamiento, sentía su corazón devorado y desgarrado por el dolor. «¡ Oh, Dios mío ! exclamaba, ¡ una vida pasada sin amaros ! ¡ oh, Dios mío, cuántos años perdidos ! ¡ Ah ! Señor, ¡ ruégoos que os dignéis no acordaros más de mis culpas pasadas !» ¡ Ah ! lágrimas preciosas, ¡ ah ! dolores saludables que de un gran pecador hicieron un gran santo. ¡ Oh ! ¡ cuán pronto un corazón quebrantado de dolor recupera la amistad de su Dios ! ¡ Ah ! pluguiese a Dios que, cuantas veces ponemos nuestros pecados ante nuestros ojos, pudiésemos exclamar con tanta pena como San Agustín : ¡ Ah ! ¡ desgraciado de mí, pues tanto pequé en los años de mi vida ! ¡ Dios mío, tened misericordia de mí ! ¡ Oh ! ¡ cuán fácilmente correrían nuestras lágrimas, y nues-

---

(1) Este texto no se halla en la parte de las «Confesiones» que se indica. La última parte está sacada del 1.er Nocturno del Oficio de Difuntos.

tra vida no parecería la misma ! Sí, H. M., convengamos todos, cuantos estamos aquí, con tanto dolor como sinceridad, en que somos unos criminales dignos de atraer toda la cólera de Dios justamente irritado por nuestros pecados, tal vez más numerosos que los cabellos de nuestra cabeza. Mas ¡ bendigamos para siempre la misericordia de Dios que con sus tesoros nos proporciona tan eficaz recurso contra nuestra desdicha ! Sí, H. M., por grandes que hayan sido nuestros pecados, por desordenada que haya sido nuestra conducta, tenemos la seguridad de ser perdonados, si, a semejanza del hijo pródigo, nos arrojamos con un corazón contrito a los pies del mejor de todos los padres. ¿Cuál es ahora mi propósito, H. M. ? Aquí lo tenéis : es haceros ver cómo, para obtener el perdón de los pecados, es necesario : 1.º que el pecador odie y deteste sinceramente sus culpas por la contrición, la cual debe estar adornada de cuatro cualidades ; 2.º es necesario que haya concebido un firme propósito de no recaer. Ya veremos de qué manera puede reconocerse el verdadero propósito.

I. — Para haceros comprender lo que viene a ser la contrición, es decir, el dolor que de nuestros pecados hemos de tener, sería necesario daros a conocer, por un lado, el horror que Dios tiene al pecado así como los tormentos que sufrió para obtenernos el perdón del Padre celestial ; y por otro lado, los bienes que con el pecado perdemos, y los males a que nos hacemos acreedores para la otra vida : y esto nunca podrá el hombre comprenderlo perfectamente. ¿Dónde os llevaré pues, H. M., para hacéroslo conocer ? ¿Será tal vez al corazón de los desiertos, donde tantos santos moraron por espacio de veinte, treinta, cuarenta, cincuenta y hasta ochenta años ocupados en llorar unas culpas que según el mundo ni son tenidas por tales ? ¡ Ah ! no, no, aun

no se conmovería vuestro corazón. ¿Será a las puertas del infierno, para oír los gritos, los alaridos, el rechinar de dientes, ocasionados por el solo disgusto de haber pecado? ¡Ah! ¡dolor amargo, mas dolor y penas inútiles e infructuosas! ¡Ah! no, no, H. M., ¡no es aún allí donde aprenderéis a llorar vuestros pecados con aquel dolor y aquella pena que es necesario tener! ¡Ah! es al pie de esta cruz teñida aún en sangre de un Dios que la derramó para borrar nuestros pecados. ¡Ah! si me fuera dado conducirlos a ese jardín de dolores donde un Dios igual al Padre llora nuestros pecados, no con lágrimas ordinarias, sino con su sangre que chorrea por todos los poros de su cuerpo; donde se manifiesta tan vivo su pesar, que le desgarrá fieramente el corazón, y le hace quedar sumido en una agonía como para perder la vida. ¡Ah! si, después, pudiese llevaros en su seguimiento, mostrároslo cargado con su cruz por las calles de Jerusalén: a cada paso una caída, y a cada caída obligado a levantarse a cocios. ¡Ah! si pudiese hacer que os acercaseis al Calvario, donde un Dios ¡muere llorando nuestros pecados! ¡Ah!, digamos aún: ¡sería también preciso que Dios nos diese aquel amor ardiente que se apoderó del corazón del gran Bernardo, a quien la sola vista de la cruz hacía derramar lágrimas en tanta abundancia! ¡Ah! ¡bella y preciosa contrición, cuán dichoso es el que te posee!

Mas ¿a quién voy yo a dirigirme? ¿Dónde está el que la posee en su corazón? ¡Ay! no lo sé. ¿Sería a aquel empedernido pecador que, tal vez desde hace veinte o treinta años, tiene abandonados a su Dios y a su alma? ¡Ah! no, no, fuera esto empeño semejante al de quien quisiese reblandecer una peña echando agua encima, con lo cual no haría otra cosa que endurecerla más. ¿Sera, por ventura, a aquel cristiano que menospreció misiones, ejercicios, jubileos y todos los sermo-

nes de sus pastores? ¡Ah! no, no, esto sería querer calentar el agua echándole hielo. ¿Será, pues, a aquellas personas que se contentan con cumplir el precepto pascual, que continúan en el mismo género de vida, y que todos los años han de repetir los mismos pecados? ¡Ah! no, no, éstas son víctimas que la cólera de Dios está cebando para servir de alimento a las llamas eternas. ¡Ah! hablando más propiamente, digamos que son ellos semejantes a unos criminales que llevan los ojos vendados, y que, mientras aguardan su ejecución, se entregan a todo lo que su corazón corrompido pueda desear. ¿Será, pues, a aquellos cristianos que, confesando cada tres semanas o cada mes, recaen todos los días? ¡Ah! no, no, éstos son ciegos que no saben lo que hacen ni lo que deben hacer. ¿A quién, pues, podré dirigirme? ¡Ay! no lo sé... ¡Oh, Dios mío! ¿dónde habremos de ir para hallar la contrición, a quién deberemos buscar para que nos la muestre? ¡Ah! Señor, bien sé de dónde viene y quién la da: ella viene del cielo, y sois Vos quien la otorgáis. ¡Oh, Dios mío! dignaos concedernos aquella contrición que devora y desgarrar nuestros corazones. ¡Ah! ¡esa bendita contrición que desarma la divina justicia, que cambia nuestra eternidad desdichada en eternidad venturosa! ¡Ah! ¡no nos deneguéis esa contrición que derriba todos los planes y artificios del demonio; esa contrición que tan rápidamente nos devuelve la amistad de Dios! ¡Ah! ¡hermosa virtud, cuán necesaria, mas cuán rara eres! Y sin embargo, sin ella no hay que pensar en el perdón, ni en el cielo; aun más, sin ella todo está perdido para nosotros, penitencias, caridad, limosnas y todo cuanto podamos practicar.

Mas, os diréis vosotros, ¿qué es lo que significará esta palabra contrición, y por qué señales podremos conocer que la poseemos? ¿Quieres saberlo, amigo mío? Helo aquí. Escúchame un momento: ahora vas



a ver si la posees o no, como también vas a conocer el medio de poseerla. Comencemos por un detalle en extremo sencillo: si me preguntas ¿qué es la contrición?, te diré que es un dolor del alma y una detestación de los pecados cometidos, junto con una firme resolución de no recaer. Sí, H. M., esta disposición es la más necesaria entre las que Dios exige para perdonar al pecador; no solamente es ella necesaria, sino que cabe añadir que nada puede dispensarnos de la misma. Una enfermedad que nos priva del uso de la palabra puede dispensarnos de la confesión, una muerte súbita puede dispensarnos de la satisfacción, al menos en esta vida; mas no acontece lo mismo con la contrición: sin ella es imposible, absolutamente imposible obtener el perdón de los pecados. Sí, H. M., podemos afirmar, por desgracia, que la falta de contrición es la causa de un número infinito de confesiones y comuniones sacrílegas; pero lo que es aún más deplorable es que casi nunca se dé cuenta uno de la tal falta, y viva y muera en tan infeliz estado. Y nada más fácil de comprender, H. M. Si tenemos la desgracia de ocultar un pecado en nuestras confesiones, ese crimen permanece continuamente ante nuestros ojos como un monstruo que amenaza devorarnos, lo que hace que un día u otro nos descarguemos de él. Mas no sucede lo mismo con la contrición; nos confesamos, pero en la acusación que de nuestros pecados hacemos, para nada interviene nuestro corazón; recibimos la absolución, nos acercamos a la Sagrada Mesa con el corazón tan frío, tan insensible, tan indiferente cual si viniésemos de contar una historia; y así continuamos de día en día, de año en año, hasta que al fin llegamos a la muerte creyendo habernos portado bien; mas sólo hallamos, sólo vemos crímenes y sacrilegios engendrados por nuestras confesiones. ¡Oh, Dios mío! ¡cuántas malas confesiones por defecto de contrición! ¡Oh, Dios mío!

¡ cuántos cristianos a la hora de la muerte no van a hallar en su conciencia más que confesiones indignas ! Pero no vayamos más lejos para no turbaros ; mas ¡ qué digo ! ¡ Ah ! precisamente en esta ocasión es cuando convendría que os llevase a dos pasos de la desesperación, a fin de que, espantados del estado en que os halláis, pudieseis mejorarlo, sin esperar al momento en que conoceréis vuestra miseria y no la podréis reparar. Pero vengamos, H. M., a la explicación que os debo, y vais a ver si, las veces que os habéis confesado, tuvisteis el dolor necesario, absolutamente necesario, para alimentar la esperanza de que vuestros pecados os sean perdonados.

He dicho que la contrición es un dolor del alma. Es necesario que el pecador llore sus pecados o en este mundo o en el otro. En este mundo, podéis borrarlos mediante la pena que sentís de haberlos cometido ; mas en el otro, no. Oh ¡ cuán agradecidos deberíamos estar a la bondad de Dios, porque, en lugar de esas lamentaciones eternas y de esos dolores desgarradores que merecemos sufrir en la otra vida, es decir en el infierno, se contenta solamente con que nuestros corazones se sientan conmovidos por un verdadero pesar, el cual será seguido de una eterna alegría ! ¡ Oh, Dios mío ! ¡ con cuán poco os contentáis !

1.º He dicho que este dolor debe estar adornado de cuatro cualidades : faltándole solamente una, ya no podemos obtener el perdón de nuestros pecados. Primera cualidad : el dolor ha de ser *interno*, es decir, que salga del fondo del corazón. No consiste, pues, en lágrimas : ellas serán útiles y buenas, es cierto, mas no necesarias. En efecto, cuando San Pablo y el buen Ladrón se convirtieron, no se habla de que llorasen, y, sin embargo, su dolor fué sincero. No, H. M., no, no es en las lágrimas en lo que debemos confiar : a veces hasta son engañosas ; muchas personas lloran ante

el tribunal de la penitencia, y caen a la primera ocasión. Mas ved cuál es el dolor que Dios quiere de nosotros. Escuchad lo que nos dice el profeta Joel: «¿Habéis tenido la desgracia de pecar? ¡Ah! hijos míos, ¡romped y desgarrad vuestros corazones!» (1). Si habéis perdido al Señor a causa de vuestros pecados, buscadle con toda el alma, en la aflicción y la amargura de vuestro corazón. ¿Por qué, H. M., quiere Dios que nuestro corazón se arrepienta? Porque es nuestro corazón el que ha pecado: «De vuestro corazón, dice el Señor, es de donde nacieron todos esos malos pensamientos y malos deseos» (2); si nuestro corazón ha hecho el mal, es preciso que se arrepienta; sin esto Dios no nos perdonará jamás.

2.º Digo también que el dolor que de nuestros pecados debemos sentir, ha de ser *sobrenatural*, es decir que sea el Espíritu Santo quien nos lo suscite, y no meras causas naturales. Ved la diferencia: afligirse por haber cometido tal o cual pecado, porque por él quedamos excluidos del cielo y merecemos el infierno, son motivos sobrenaturales, el Espíritu Santo es su autor; esto puede traernos una verdadera contrición. Mas afligirse por causa de la vergüenza que el pecado consigo trae aparejada, así como de los males que nos ocasiona, como por ejemplo, la deshonra en un joven que ha perdido la reputación, o el deshonor en otro que ha sido sorprendido mientras robaba a su vecino; todo esto no es más que un dolor natural que no nos hace merecedores del perdón. De aquí podemos fácilmente deducir que el dolor y arrepentimiento de nuestros pecados pueden venir o del amor que por Dios sentimos, o del miedo de los castigos. Aquel que en su arrepentimiento solamente considera a Dios, tie-

(1) Scindite corda vestra, et non vestimenta vestra (Joël., II, 13).

(2) De corde enim exeunt cogitationes malae, homicidia, adulteria. (Matth., XV, 19).

ne una contrición perfecta, disposición tan eminente que por sí sola purifica al pecador antes de recibir la gracia de la absolución, mientras esté dispuesto a recibirla cuando le sea posible. Pero aquel que sólo se arrepiente de los pecados por temor de los castigos que por ellos ha merecido, no tiene más que una contrición imperfecta, la cual no le justifica; ella solamente le dispone a recibir su justificación en el sacramento de la Penitencia (1).

3.º Tercera condición de la contrición: ha de ser *suma*, o sea el mayor de todos los dolores, mayor digo yo, que el que experimentamos al perder nuestros padres, nuestra salud, y en general todo cuanto más querido por nosotros haya en el mundo. Si después de haber pecado no tenéis, pues, tal pesar, temblad por vuestras confesiones. ¡Ay! ¡cuántas veces, por haber perdido un objeto que no vale más allá de dos reales, lloramos, nos inquietamos por espacio de muchos días, hasta perder las ganas de comer, ¡ay!... y por los pecados, con frecuencia por pecados mortales, no derramamos una lágrima, ni exhalamos un solo suspiro! Oh, Dios mío, ¡cuán poco conoce el hombre lo que hace al pecar! — Mas ¿por qué, diréis vosotros, debe ser tan grande nuestro dolor? — He aquí la razón, amigo mío. Debe ser proporcionado a la pérdida que experimentamos y a la desgracia que por el pecado nos sobreviene. Conforme a esto, juzgad cuál debe ser nuestro dolor, teniendo en cuenta que el pecado nos hace perder el cielo con todas sus dulzuras. Mas ¡ah! ¿qué digo? ¡Si nos hace perder al mismo Dios con todas las ventajas de su amistad, y nos precipita en el in-

---

(1) La contrición que nace de la consideración de los castigos merecidos por el pecado, con tal que sea sobrenatural, dispone al pecador para recibir la justificación por la absolución, en el sacramento de la Penitencia; mas por sí sola no le justifica. *Goncilio Tridentino*, Sesión XIV, c. IV.



fierno que es la mayor de todas las desdichas ! — Pero, pensaréis tal vez, ¿ cómo podremos cerciorarnos de que tenemos esa verdadera contrición ? Nada más fácil. Si tenéis verdadera contrición, no obraréis ni pensaréis ya como antes, pues os habrá totalmente transformado en vuestra manera de vivir : odiaréis lo que antes amabais, y amaréis aquello de que antes huisteis y que menospreciasteis ; es decir, que si os habíais confesado de ser orgullosos en vuestras acciones y en vuestras palabras, es preciso que ahora respiréis bondad y caridad para con todo el mundo. No sois vosotros quien ha de juzgar si habéis hecho buena confesión, pues os podríais engañar ; sino que se requiere que las personas que os vieron y oyeron antes de confesaros, puedan decir : « No es el mismo ; se ha realizado en él un gran cambio ». ¡ Ay ! ¡ Dios mío ! ¿ dónde están las confesiones que causan ese bien tan grande ? ¡ Oh, cuán escasas son ! ¡ y cómo lo son también aquellas que están adornadas de todos los requisitos exigidos por Dios !

Reconozcamos, H. M., para confusión nuestra, que si nos presentamos tan poco contritos, ello no puede provenir más que de nuestra poca fe y de nuestra falta de amor para con Dios Nuestro Señor. ¡ Ah ! si tuviésemos la dicha de comprender cuán bueno es Dios y cuánta enormidad encierra el pecado, y cuán negra es nuestra ingratitud al ultrajar a tan buen Padre, ¡ ah ! sin duda compareceríamos afligidos, y en forma muy distinta que hasta ahora. ¡ Ah !, me dirá alguno, cuando me confieso, bien quisiera tener esa contrición, pero no puedo. Mas ¿ qué os he dicho al principio ? ¿ No os he dicho que ella venía del cielo, y que debíamos pedirla al mismo Dios ? ¿ Qué hicieron los santos, H. M., para merecer esa dicha de llorar sus pecados ? La pidieron a Dios mediante el ayuno, la oración y toda suerte de penitencias y buenas obras ; mas en vuestras solas lágrimas nunca debéis confiar.

Y voy a demostrároslo : abrid los libros sagrados y quedaréis convencidos. Mirad a Antíoco, cómo llora, y con qué insistencia pide misericordia ; sin embargo, nos dice el Espíritu Santo, con su llanto bajó al infierno. Mirad a Judas : concibió tan gran dolor de su pecado, lo lloró tan amargamente, que acabó ahorcándose. Ved a Saúl : exhala clamores horribles por haber tenido la desgracia de despreciar al Señor, y no obstante está en el infierno. Mirad a Caín : cuántas lágrimas derrama por su pecado, sin embargo arde en el fuego eterno. ¿Quién de nosotros, H. M., al ver derramar tantas lágrimas y mostrar tal arrepentimiento, no hubiera creído que el buen Dios los había perdonado? No obstante, ninguno de ellos alcanzó el perdón ; mientras que David, desde el momento que dijo : «He pecado», en seguida su falta quedó borrada (1). — Y ¿por qué es así, me dirás? ¿Por qué esta diferencia entre los primeros, que no son perdonados, y David, que lo es?—Aquí la tienes, amigo. Es que los primeros no se arrepienten ni detestan sus pecados más que por causa de los castigos y de la infamia que el pecado trae consigo aparejada, sin referirlo a Dios para nada ; mientras que David lloró sus pecados, no en vista de los castigos que el Señor iba a infligirle, sino considerando el ultraje que con sus pecados había hecho a Dios. Fué tan vivo y tan sincero su dolor, que Dios no pudo denegarle el perdón. Antes de confesarte ¿pides a Dios la contrición? ¡Ay! tal vez no lo hiciste jamás. ¡Ah! tiembla por tus confesiones ; ¡ah! ¡cuántos sacrilegios! ¡Oh, Dios mío! ¡cuántos cristianos condenados!

4.º Ha de ser además *universal*. Hallamos ya en las vidas de los Santos, a propósito del universal dolor que debemos tener de nuestros pecados, que, si no los

---

(1) II Reg., XII, 13.

detestamos todos, no se nos perdonará ninguno. Refiérese que San Sebastián, estando en Roma, hacía grandes milagros, los cuales llenaron de admiración al gobernador Chromos, quien sintiéndose, en aquella época, presa de terrible enfermedad, manifestó ardientes deseos de verle, para pedir al Santo la curación de sus males. Al estar el Santo en su presencia, le dijo el gobernador : «Hace largo tiempo que estoy sufriendo, cubierto de llagas, sin que haya podido hallar hombre alguno en el mundo que me haya podido librar de mis males ; corre el público rumor de que tú alcanzas cuanto quieres de tu Dios ; si quisieras pedirle mi curación, te prometería hacerme cristiano». «Pues bien, le dijo el Santo, si estás firme en tal propósito, te prometo de parte del Dios a quien adoro, que es el Creador del cielo y de la tierra, que, en cuanto hayas roto todos tus ídolos, quedarás perfectamente curado.» Respondióle el gobernador : «No solamente estoy dispuesto a hacer este sacrificio, sino otros mayores, si fuera preciso». En cuanto se despidieron, el gobernador comenzó a destruir sus ídolos ; mas el último que tomó para romperlo, parecióle tan respetable, que no tuvo valor para destruirlo ; lo guardó, creyendo que tal reserva no le impediría la curación. Pero volviendo a sentir sus dolores más violentos que nunca, fuése muy enojado a encontrar al Santo, y le dirigió los más duros reproches, porque, después de haber roto sus ídolos, como le había ordenado, lejos de curar sufría más todavía. «Pero, díjole el Santo, ¿los has destruído todos sin reservar ni uno solo?» «¡ Ay ! dijo el gobernador llorando, no me queda más que uno muy pequeño, el cual desde largos años se conserva en nuestra familia ; ¡ ah ! ¡ es demasiado precioso para destruirlo !» «Pues bien, dijo el Santo, ¿es eso lo que me habías prometido? Anda, rómpelo, y quedarás curado.» Lo tomó, rompiólo, y al momento quedó curado. Aquí tenéis,

H. M., un ejemplo que nos pinta la conducta de un número infinito de gentes, que se arrepienten de un cierto número de pecados, mas no de todos, y que, a semejanza de aquel gobernador, lejos de curar las llagas que el pecado causó en su pobre alma, las abren aún más profundas; y mientras no hagan como aquél, destruir el ídolo, o sea romper el hábito de ciertos pecados, mientras no abandonen aquella mala compañía, ese orgullo, ese deseo de agradar, esa afición a los bienes terrenos, todas sus confesiones no harán más que añadir crímenes sobre crímenes, sacrilegios sobre sacrilegios. ¡ Ah ! ¡ qué horror, qué abominación, Dios mío ! Y en ese estado viven muchos tranquilos, mientras el demonio les prepara sitio en el infierno.

En la historia leemos un ejemplo que nos muestra cómo los Santos tenían por necesario el dolor de los pecados para alcanzar el perdón de los mismos. Habiendo caído enfermo un oficial del Papa, éste que, por su virtud y santidad, le apreciaba mucho, envióle uno de sus cardenales para testimoniarle el dolor que le causaba su enfermedad, y al mismo tiempo para que le aplicase las indulgencias plenarias. « ¡ Ay ! dijo el moribundo al cardenal, decid al Padre Santo que quedo infinitamente agradecido a su tierna solicitud para conmigo, pero decidle también que seré infinitamente más feliz si quiere pedir a Dios por mí la contrición de mis pecados. ¡ Ay !, exclamaba, ¿ de qué me servirá todo aquello, si mi corazón no se rompe ni se desgarrar de dolor por haber ofendido a un Dios tan bueno ? ¡ Dios mío !, exclamaba aquel pobre moribundo, ¡ haced, si es posible, que el dolor de mis pecados iguale a los ultrajes que contra Vos he cometido !... »

¡ Oh, H. M. ! cuán raros son tales arrebatos de dolor ! ¡ ay ! son tan raros como las buenas confesiones. Sí, H. M., un cristiano que ha pecado y que quiere alcanzar el perdón, ha de estar dispuesto a sufrir las



más espantosas crueldades antes que recaer en los pecados de que se acaba de confesar. 1.º Voy a demostrarlo con un ejemplo, y considerad que si, después de nuestras confesiones, no aparecemos en disposición semejante, no hay que hablar de perdón... Leemos en la historia del siglo cuarto, que Sapor, emperador de los persas, fué cruel enemigo de los cristianos, y mandó que todos los sacerdotes que no adorasen el Sol ni le reconociesen por Dios, fuesen condenados a muerte. Al primero que hizo prender, fué al arzobispo de Seleucia, que era San Simeón. Primero intentó seducirle, halagándole con toda suerte de promesas. No pudiendo lograr nada, y en la esperanza de atemorizarlo, le mostró todos los tormentos que su crueldad había podido inventar para hacer sufrir a los cristianos, y le dijo que si su tenacidad le llevaba a rechazar lo que él le ordenaba, le obligaría a obedecer sometién-dole a los más espantosos tormentos, a más de que expulsaría a todos los sacerdotes y cristianos de su reino. Pero, al verle inmovible como una roca en medio del mar azotado por las tormentas, ordenó que fuese encarcelado, con la esperanza de que la consideración de los tormentos que le esperaban le haría mudar de sentimientos. En el camino de la cárcel se encontró el Santo con un viejo eunuco superintendente del palacio imperial. Este, movido a compasión al ver tan indignamente tratado un santo obispo, postróse ante él para testimoniárle el respeto que hacia su persona sentía. Mas el obispo, lejos de mostrarse reconocido al testimonio respetuoso de aquel eunuco, volvióse hacia otro lado como reproche a su apostasía, ya que en otro tiempo había sido cristiano y católico. Aquella repulsa no esperada, movió tanto al eunuco, le penetró tan vivamente en el corazón, que desde aquel momento mismo no pudo ya dominar sus lágrimas y sollozos. Parecióle tan horrible el crimen de apostasía, que, despojándose

prontamente de las blancas vestiduras con que estaba revestido, tomó otras de color negro, corrió a guisa de un desesperado a arrojarle a las puertas de palacio, y allí entregóse a las angustias del más acerbo dolor. «¡ Ah ! desgraciado, se decía, ¿ qué va a ser de ti ? ¡ Ay ! ¡ qué castigos habrás de esperar de Jesucristo cuya fe has renunciado, cuando eres tan sensible al reproche de un obispo que no es más que un ministro de Aquel a quien tan vergonzosamente has traicionado !... » Mas, enterado al emperador de lo que acontecía, y extrañado de un tal espectáculo, le preguntó : « ¿ Por qué causa experimentas tanto dolor y derramas tantas lágrimas ? » « ¡ Ah ! pluguiese a Dios, exclamó, que se me viniesen encima todas las desgracias del mundo, antes que la que es causa de mi dolor. ¡ Ah ! lloro porque la muerte no me arrancó de este mundo. ¡ Ah ! ¡ cómo podré mirar aún el sol, al que adoré por temor de desagradaros ! » El emperador, que le apreciaba por su fidelidad, intentó ganarle prometiéndole toda suerte de riquezas y favores. « ¡ Ah ! no, no, exclamaba el eunuco ; ¡ ah ! cuán dichoso seré si puedo, con mi muerte, reparar los ultrajes que a Dios he inferido, y recobrar el cielo que había perdido. Oh Dios mío y Salvador mío, ¿ tendréis todavía piedad de mí ? ¡ Ah, si al menos tuviese mil vidas a mi disposición para testimoniaros mi dolor y mi retorno ! ». El emperador, al oír hablar de esta manera, moría de rabia, y desconfiando poderle hacer volver de su propósito, le condenó a morir en los tormentos. Escuchadle mientras se dirige al suplicio : « ¡ Ah, Señor, qué dicha morir por Vos ! Sí, Dios mío, si tuve la desgracia de renegar de Vos, a lo menos tendré también la dicha de dar por Vos mi vida ». ¡ Ah ! ¡ dolor sincero, poderoso dolor, cuán pronto habéis recobrado la amistad de mi Dios !... »

Leemos en la vida de Santa Margarita, que fué tan grande el dolor que experimentó por un pecado come-

tido en su juventud, que lo lloró durante toda su vida. Estando a punto de morir, se le preguntó qué pecado había cometido que le hiciera derramar tantas lágrimas. «¡Ay!, exclamó llorando, ¿cómo no había yo de llorar? ¡Ah!, lo mejor, ¿por qué no hube de morir antes de cometer tal pecado? A la edad de cinco o seis años tuve la desgracia de decir una mentira a mi padre.» «Mas por esto, le dijeron, no hay para llorar tanto.» «¡Ah! ¡puede hablarse de esta manera! ¿Es que no habéis reflexionado nunca lo que es un pecado, el ultraje que hace a Dios, y los males que nos causa?» ¡Ah, H. M. ! ¿qué será de nosotros, cuando tantos Santos hicieron temblar las peñas y los desiertos con sus gemidos, y derramaron, por decirlo así, las lágrimas a torrentes, por unos pecados que nosotros tenemos como cosa de juego, en tanto que cometemos grandes pecados mortales, en número que, tal vez, supera al de los cabellos de nuestra cabeza? ¡Y ni una lágrima de dolor y arrepentimiento! ¡Ah! ¡triste ceguera a que nos han conducido nuestros desórdenes!

En la vida de los Padres del desierto, leemos que un ladrón llamado Jonatás, al verse perseguido por la justicia, corrió a refugiarse junto a la columna de San Simeón Estilita, esperando que el respeto hacia el Santo le libraría de la muerte. En efecto, nadie se atrevió a ponerle la mano encima. El Santo se puso a orar para pedir a Dios su conversión; al momento experimentó aquél un tan vivo dolor de sus pecados, que durante ocho días no hizo más que llorar. Al cabo de aquellos ocho días, pidió permiso a San Simeón para dejarle. Díjole el Santo: «Amado mío, ¿te vuelves al mundo para reanudar los desórdenes de tu vida?» — «¡Ah! Dios me libre de una tal desgracia; si os lo pido es para ir al cielo; he visto a Jesucristo y me ha dicho que, por el gran dolor que había concebido, estaban perdonados mis pecados.»—«Vete, hijo mío, le

dijo el Santo ; vete a cantar, en el cielo, las grandes misericordias que Dios ha ejercido contigo.» En aquel mismo momento cayó muerto, y refiere el mismo Santo que él vió a Jesucristo conduciendo su alma al cielo. ¡ Oh, hermosa muerte ! ¡ oh muerte preciosa la ocasionada por el dolor de haber ofendido a Dios !

¡ Ah ! si no morimos de dolor como esos grandes penitentes, a lo menos queramos, H. M., excitar en nosotros una verdadera contrición, imitemos al santo obispo recientemente fallecido, quien, para concebir un vivo dolor de sus pecados, cada vez que comparecía ante el tribunal de la penitencia, hacía tres estaciones. La primera en el infierno, la segunda en el cielo, la tercera en el Calvario. Ante todo, dirigía su pensamiento a los lugares de horror y tormento, figurábase ver a los condenados vomitando, por la boca, torrentes de llamas, dando alaridos y devorándose mutuamente ; este pensamiento helábale la sangre en las venas, pensaba no poder resistir más a la vista de tal espectáculo, sobre todo al considerar que sus pecados le habían hecho mil veces merecedor de aquel suplicio. De allí trasladábase su espíritu al cielo y pasaba revista a todos los tronos de gloria en que se sientan los bienaventurados ; representábase las lágrimas por ellos derramadas y las penitencias hechas durante su vida, por unos pecados tan leves de los cuales había él cometido tantos sin hacer nada para expiarlos, y esta negligencia le sumía en tan profunda tristeza que sus lágrimas parecían no poder agotarse. No contento con esto, dirigía sus pasos hacia el Calvario, y allí, a medida que se acercaba a la cruz donde Dios muriera por él, faltábanle las fuerzas, y quedaba inmóvil a la vista de los sufrimientos que sus pecados causaron a su Dios. Oíansele a cada momento estas palabras que pronunciaba en medio de sollozos : « ¡ Dios mío, Dios mío ! ¡ podré vivir aún, después de considerar los horrores que mis pecados os



causaron !» Aquí tenéis, H. M., lo que podemos llamar una verdadera contrición, ya que, como vemos, considera los pecados nada más que por lo que a Dios se refieren

II. — Hemos dicho que la verdadera contrición debe también incluir un propósito, o sea una firme resolución de no pecar más en lo futuro; es preciso que no sea un débil deseo de corregirse, sino una determinación formal de nuestra voluntad; jamás se nos perdonarán los pecados, si no renunciamos a ellos de todo corazón. Hemos de abundar en los mismos sentimientos del Profeta Rey: «Sí, Dios mío, os he prometido seros fiel y observar vuestros preceptos; con el auxilio de vuestra gracia guardaré mi fidelidad a ellos» (1). Y nos dice el Señor: «Que abandone el impío el camino de sus iniquidades, y sus pecados le serán perdonados» (2). Solamente cabe esperar misericordia para aquel que renuncia de todo corazón y para siempre a sus pecados, puesto que Dios no nos perdona sino en cuanto nuestro arrepentimiento es sincero y ponemos de nuestra parte todos los esfuerzos para no recaer. Por otra parte, ¿no sería acaso burlarse de Dios el pedirle perdón de un pecado que uno piensa volver de nuevo a cometer?

Pero, me diréis, ¿cómo puede un propósito firme conocerse y distinguirse de un deseo débil e insignificante? Si deseáis saberlo, H. M., atended un instante, que os lo voy a manifestar. De tres maneras puede conocerse: 1.<sup>a</sup> por el cambio de vida; 2.<sup>a</sup> por la fuga de las ocasiones próximas de pecar, y 3.<sup>a</sup> por trabajar con todas sus fuerzas en corregirse y en destruir los malos hábitos.

(1) *Iuravi, et statui custodire iudicia iustitiae tuae (Ps. CXVIII, 106).*

(2) *Derelinquat impius viam suam... et revertatur ad Dominum, et miserebitur eius... quia multus est ad ignoscendum. (Is., LV, 7).*

Digo ante todo que la primera señal de un buen propósito es el cambio de vida ; él es el que con más seguridad nos lo demuestra y menos expuesto está a engañarnos. Vamos a explicarlo : una madre de familia se acusará tal vez de haberse dejado arrebatar a menudo contra sus hijos o su marido ; después de su confesión, id a visitarla en el interior de su hogar : nada de arrebatos ni maldiciones ; al contrario, observáis en ella dulzura, bondad y atenciones, aun con sus inferiores ; ni las cruces, ni los pesares ni las pérdidas consiguen hacerla perder la paz de su alma. ¿ Sabéis la razón, H. M. ? es porque su vuelta a Dios ha sido sincera, su contrición ha sido perfecta y, por consiguiente, ha recibido de verdad el perdón de sus pecados ; en fin, porque la gracia ha echado profundas raíces en su corazón y lleva allí frutos copiosos. Una joven vendrá a acusarse de haber seguido los placeres del mundo, los bailes, las reuniones, y otras malas compañías. Después de su confesión, si fué bien hecha, id a preguntar por ella en esa velada, o bien id a buscarla en esa diversión mundana ; ¿ qué se os dirá ? « Tiempo ha que no la vemos por aquí ; creo que, si usted quiere hallarla, tendrá que ir a la iglesia o a casa de sus padres ». Efectivamente, si queréis ir a casa de sus padres, allá la hallaréis ; ¿ y en qué se ocupa ? ¿ acaso en hablar de vanidades como en otro tiempo, o en contemplarse delante de un espejo, o en loquear con otras jóvenes ? ¡ Ah ! no, H. M., no es esa su labor, ha pisoteado todo eso ; la veréis leyendo libros piadosos, ayudando a su madre en los quehaceres domésticos, o instruyendo a sus hermanos y hermanas ; la veréis obediente y solícita para con sus padres ; gús-tale mucho estar en compañía de ellos. Si no la halláis en su casa, acudid a la iglesia. y allá la veréis testimoniando a Dios su gratitud por haber obrado en ella un cambio tan grande : mirad su modestia, su discreción,

su solicitud para con todos, tanto con los ricos como con los pobres ; la modestia está pintada en su semblante, su sola presencia os conduce hacia Dios. ¿ Por qué, me diréis, H. M., hay tantos bienes en ella ? ¿ Por qué, H. M. ? porque su dolor fué sincero y recibió de verdad el perdón de sus pecados. Otra vez será un joven que va a acusarse de haber concurrido a tabernas y casas de juego ; después de haber prometido al Señor abandonar todo lo que puede desagradarle, huye tanto de las tabernas y del juego cuanto antes los amaba. Antes de su confesión, su corazón no se ocupaba más que en cosas terrestres y malas ; ahora guarda sus pensamientos sólo para Dios y para el desprecio de las cosas del mundo. Todo su gozo está en conversar con Dios y en considerar los medios de salvar su alma. Tales son, H. M., las señales de una verdadera y sincera contrición ; si después de vuestras confesiones os sentís así, podréis esperar que vuestras confesiones han sido buenas y que vuestros pecados os han sido perdonados. Pero si practicáis todo lo contrario de lo que acabo de decir ; si, algunos días después de vuestras confesiones, se ve a esa joven que había prometido a Dios abandonar el mundo y sus placeres para no pensar más que en agradarle, si yo la veo, digo, como antes en sus reuniones mundanas ; si veo a esa madre tan colérica y negligente para con sus hijos y domésticos, tan quisquillosa con sus vecinos como antes de la confesión ; si hallo nuevamente a ese joven en sus juegos y tabernas, ¡ oh horror ! ¡ oh abominación ! ¡ oh monstruo de ingratitud ! ¡ Oh gran Dios ! ¡ en qué estado se halla esa pobre alma ! ¡ oh horror ! ¡ oh sacrilegio ! ¿ Serán los tormentos del infierno bastante rigurosos para castigar tal atentado ?

2.º Decimos que la segunda señal de una contrición verdadera es la fuga de las ocasiones próximas de pecado. Las hay de dos suertes : unas llevan por sí mismas, como por ejemplo, los libros malos, las comedias, los

bailes y saraos, las pinturas, esculturas, canciones impuras y la familiaridad con personas de distinto sexo; otras sólo constituyen ocasión de pecar a causa de las malas disposiciones en que el sujeto se halla: así los taberneros, los comerciantes que defraudan o que venden en domingo; una persona que no cumple los deberes del cargo que ocupa, ya sea por respeto humano, ya por ignorancia. ¿Qué debe hacer, pues, el que se halla en tal situación? Vedlo aquí: por costoso que sea, debe abandonar aquello que constituye ocasión próxima, sin lo cual no hay que pensar en la salvación. Nos dice Jesucristo (1) que «si nuestro ojo o nuestra mano nos escandalizan, debemos arrancarlos y arrojarlos lejos de nosotros; pues, nos dice El, vale más entrar en el cielo con un ojo o un brazo de menos, que ser arrojados al infierno teniendo íntegro nuestro cuerpo»; es decir, por sensible que nos sea, por más que represente una pérdida considerable, en manera alguna hemos de dejar de apartar las ocasiones; si no lo hacemos, no hay que pensar en el perdón.

3.º Decimos que la tercera señal de un buen propósito es *poner todas las energías en destruir los malos hábitos*. Llámase hábito la facilidad que uno tiene en caer en los pecados antes cometidos. Es preciso, en primer lugar, vigilar cuidadosamente acerca de sí mismo, y ejecutar con frecuencia acciones contrarias: como, por ejemplo, si estamos dominados por el orgullo, deberemos ejercitarnos en practicar la humildad, complaciéndonos en ser despreciados, no buscando en nada, ni en las palabras ni en las acciones, la estimación del mundo; pensar siempre que lo que hacemos está mal hecho; si obramos el bien y socorremos a los demás, figurarnos indignos de que Dios se sirva de nosotros, considerándonos en el mundo como un ser que no hace

---

(1) Matth., V, 30.



más que despreciar a Dios durante toda su vida, y que merecemos que se hable de nosotros mucho peor de lo que se habla. ¿Nos domina la cólera? Entonces precisa practicar la mansedumbre, ya en las palabras, ya en la manera de portarnos con nuestro prójimo. Si estamos inclinados a la sensualidad, deberemos mortificarnos ya en la bebida, ya en la comida, en las palabras, en las miradas, e imponernos alguna penitencia a cada recaída. Si no tomáis estas precauciones, al recaer en vuestros pecados podéis muy rectamente concluir que todas vuestras confesiones nada valen, que no fueron más que sacrilegios, crimen tan horrible, que os sería imposible vivir si conocieseis su negrura, su horribilidad, su atrocidad...

Ved cuál es la conducta que hemos de observar: hemos de imitar al hijo pródigo, el cual, movido por el estado miserable en que sus desórdenes le habían sumido, sometióse dócilmente a cuanto su padre le exigía, para tener la dicha de reconciliarse con él. Ante todo, abandonó al momento el país donde tan mal había vivido, así como también a las personas que para él fueron ocasión de pecar; no se dignó ni tan sólo mirarlas al partir, convencido de que, en tanto no las hubiese dejado, no tendría la dicha de reconciliarse con su padre: de manera que después de su vuelta, para manifestar a su padre la sinceridad de su retorno, no deseó otra cosa que complacerle haciendo todo lo contrario de lo que hiciera hasta entonces (1). Ved cuál es modelo sobre el cual debemos calcar nuestra contrición: el conocimiento cabal de nuestros pecados, el dolor que de los mismos hemos de sentir, han de ponernos en disposición de sacrificarlo todo para no recaer en ellos. ¡Oh! ¡cuán raras son tales contriciones! ¡Ay! ¿dónde hallaremos quien esté dispuesto a perder

---

(1) Luc., XV.

hasta la vida, antes que volver a caer en los pecados de que se confesó? ¡ Ah ! ¡ en ninguna parte acierto yo a verlo ! ¡ Ay ! cuántos, por el contrario, nos dice San Juan Crisóstomo, no hacen más que confesiones de teatro, que cesan solamente de pecar por unos momentos, sin dejar jamás enteramente el pecado ; los cuales, nos dice, son semejantes a los comediantes cuando representan combates sangrientos y empuñados, que parecen darse de verdad, unos a otros, golpes mortales ; allí se ve a tal o cual derribado en tierra, extendido cuan largo es, vertiendo su sangre : diríamos verdaderamente que ha perdido la vida ; mas aguardad a que baje el telón y le veréis levantarse lleno de fuerzas y salud, tal como estaba antes de la representación de la obra teatral. Ved aquí, nos dice, el estado de la mayor parte de los que comparecen ante el tribunal de la penitencia. Al oírles gemir y suspirar por causa de los pecados de que se acusan, diríais no ser ya los mismos, diríais que en adelante su comportamiento va a ser totalmente distinto del que tuvieron hasta el presente. Pero, ¡ ay ! aguardad, no digo ya cinco días, sino uno o dos, y los hallaréis iguales que antes de la confesión : los mismos arrebatos, la misma venganza, la misma glotonería, la misma negligencia en sus deberes religiosos. ¡ Ay ! ¡ cuántas malas confesiones !

¡ Ah ! hijos míos, nos dice San Bernardo, ¿ queréis tener una verdadera contrición de vuestros pecados ? Contemplad esa cruz en la que vuestro Dios fué clavado por amor vuestro ; ¡ ah ! pronto sentiréis correr vuestras lágrimas, así como veréis quebrantado vuestro corazón por el dolor. Realmente, H. M., lo que tantas lágrimas hizo derramar a Santa Magdalena en el desierto—nos dice el gran Salviano—no fué otra cosa que la vista de la cruz. Leemos en su vida, que, después de la Ascensión del Señor, y habiéndose retirado a la soledad, pidió a Dios la gracia de llorar durante su vida

las culpas de su juventud. Hecha esta oración, apareciósele el arcángel San Miguel en el lugar donde hacía penitencia, y clavó una cruz en la puerta de su morada; arrojóse ella a sus plantas cual lo hiciera en el Calvario, y lloró durante su vida con tanta abundancia, que sus ojos semejaban dos fuentes. Refiere el gran Ludolfo que cierto día un solitario pidió a Dios lo que fuese más eficaz para enternecer su corazón a fin de llorar sus pecados. En el mismo momento se le apareció el Salvador tal como estaba en el árbol de la cruz, cubierto de llagas, tembloroso, cargado con una pesada cruz, y le dijo: «Mírame, y aunque tu corazón fuese más duro que las peñas del desierto, se quebrantará y no podrá soportar la visión de los dolores que los pecados del género humano me causaron». Aquella aparición le conmovió tanto, que, hasta la hora de la muerte, su vida fué una vida de lágrimas y de sollozos. Después se dirigió a los ángeles y a los santos, invitándolos a llorar con él por los tormentos que los pecados habían causado a un Dios tan bueno. Leemos en la historia de Santo Domingo que, habiendo un religioso pedido a Dios la gracia de llorar sus pecados, se le apareció Jesucristo con las cinco llagas abiertas, de las cuales brotaba sangre en abundancia. Después de haberle abrazado, Jesús le invitó a acercar sus labios a la abertura de sus llagas; sintió él tan vivamente aquella dicha, que sus ojos se deshicieron en lágrimas hasta tal punto que no acertaba a comprender cómo podía derramar tantas. ¡Oh! ¡cuán dichosos, H. M., esos grandes penitentes, al derramar tantas lágrimas llorando sus pecados, movidos por el temor de tener que llorarlos más fatalmente en la otra vida! ¡Oh! ¡cuánta diferencia entre ellos y los cristianos de nuestros días, culpables de tantos pecados, y, sin embargo, tan reacios al remordimiento y a las lágrimas!... ¡Ay! ¿qué va a ser de nosotros? ¿a dónde iremos a parar? ¡Oh! ¡cuántos cristianos

perdidos ! ya que, o hay que llorar los pecados en este mundo, o ir a llorarlos en los abismos. ¡ Oh Dios mío ! ¡ dadnos aquel dolor y aquel pesar eficaces para recuperar vuestra amistad !

¿ Qué deberemos sacar, H. M., de cuanto acabamos de decir ? Vedlo aquí : hemos de pedir constantemente a Dios horror al pecado, saber huir las ocasiones de pecado y no perder nunca de vista que los condenados, si arden y lloran en el infierno, es porque no se arrepintieron de sus culpas en este mundo, ni quisieron dejar el pecado. No, por grandes que sean los sacrificios a que nos veamos obligados, nunca han de ser capaces de detenernos ; tenemos necesidad absoluta de luchar, de sufrir, de gemir en este mundo, si queremos tener el honor de ir a cantar a Dios sus alabanzas por toda una eternidad : esta es la gracia que os deseo...



## JUEVES SANTO

*Caro mea vere est cibus.*

Mi carne es verdaderamente comida.

(S. Juan, VI, 56).

¿Podremos hallar en nuestra santa religión, H. M., un momento más precioso, una circunstancia mas feliz, que aquel instante en que Jesucristo instituyó el adorable Sacramento de los altares? No, H. M., no, puesto que esta circunstancia nos recuerda y atestigua el inmenso amor de un Dios a las criaturas. Ciertamente que, en todo cuanto Dios ha hecho, manifiéstanse sus perfecciones infinitas. Al crear el mundo, hizo brillar la grandeza de su omnipotencia; gobernando el vasto universo, nos muestra una sabiduría incomprensible; y hasta podemos decir con el Salmo CIII (1): «Sí, Dios mío, sois infinitamente grande en las cosas más pequeñas, y en la creación del más vil insecto». Mas lo que nos manifiesta en la institución de este gran Sacramento de amor, no es solamente su poder y sabiduría, sino además el inmenso amor de su corazón. «Sabiedo muy bien que se acercaba el tiempo de volver al Padre», no pudo resignarse a dejarnos solos en la tierra y en medio de tantos enemigos afanosos de nuestra pérdida. Sí, Jesucristo, antes de instituir este Sacramento de amor, sabía muy bien a cuántos desprecios y profanaciones se expondría; mas nada fué bastante para detenerle; quiere que nos quepa la dicha de hallarle cuantas veces andemos en su busca, y así, por este gran

---

(1) *Quam magnificata sunt opera tua, Domine!... Animalia pussilla cum magnis* (Ps. CIII, 23-25).

Sacramento, se compromete a permanecer día y noche entre nosotros ; y en El hallaremos a un Dios Salvador, que cada día se inmolará por nosotros a la justicia del Padre. ¡ Oh, pueblo dichoso ! ¿ quién ha comprendido jamás el tesoro que posees ?

A fin de inspiraros un gran respeto y amor a Jesucristo en el adorable sacramento de la Eucaristía, os mostraré ahora lo mucho que Jesús nos ha amado al instituirlo. ¡ Oh, qué felicidad, H. M. ! ¡ una criatura recibir a su Dios ! ¡ tomarlo como alimento ! ¡ hasta cebarse con El ! ¡ Oh, amor infinito, inmenso e incomprensible !... ¡ Y un cristiano piensa y considera esto, sin morir de amor y de espanto a la vista de su indignidad !...

I. — No hay duda que, en todos los sacramentos que Jesucristo ha instituido, nos muestra una misericordia infinita. En el sacramento del Bautismo, nos arranca de las manos de Lucifer, y nos convierte en hijos de Dios Padre ; nos abre el cielo, que para nosotros estaba cerrado ; nos hace participantes de todos los tesoros de la Iglesia ; y, si somos fieles a nuestras promesas, tenemos la seguridad de una bienaventuranza eterna. En el sacramento de la Penitencia, nos muestra su infinita misericordia, y nos hace participantes de ella ; pues, por dicho sacramento, nos libra del infierno, al que nuestros pecados de malicia nos arrastraban, y nos aplica de nuevo los infinitos méritos de su pasión. En el sacramento de la Confirmación, a fin de que podamos conducirnos bien en el camino de la virtud, nos da un espíritu de luz que nos hace conocer el bien que debemos hacer y el mal que debemos evitar ; además, nos comunica un espíritu de fortaleza que nos ayude a vencer todos los obstáculos que se presenten al llevar a cabo la obra de nuestra salvación. En el sacramento de la Extremaunción, vemos con los

ojos de la fe cómo Jesucristo nos cubre con los méritos de su pasión y muerte. En el del Orden, da Jesucristo grande y singular potestad a los sacerdotes; ellos son quienes le hacen descender... En el sacramento del Matrimonio, vemos cómo Jesucristo santifica todas nuestras acciones, hasta aquellas que parecen obedecer únicamente a las corrompidas inclinaciones de la naturaleza.

Estas son, me diréis, manifestaciones de misericordia dignas de un Dios infinito en todo. Pero en el adorable sacramento de la Eucaristía, aun llega más allá: todo esto no parece más que un ensayo de amor a los hombres; quiere El, para el bien de las criaturas, que su cuerpo, su alma y su divinidad se hallen en todos los rincones del mundo, a fin de que podamos hallarle cuantas veces lo descemos, a fin de que en El hallemos toda suerte de dicha y felicidad. Si sufrimos penas y disgustos, El nos alivia y nos consuela. Si caemos enfermos, o bien será nuestro remedio, o bien nos dará fuerzas para sufrir, a fin de que merezcamos el cielo. Si nos hacen la guerra el demonio y las pasiones, nos dará armas para luchar, para resistir y para alcanzar victoria. Si somos pobres, nos enriquecerá con toda suerte de bienes en el tiempo y en la eternidad. Vosotros vais a pensar: bastantes son ya esas gracias. ¡Oh! no, H. M., aun no está satisfecho su amor. Todavía tiene otros dones para otorgarnos, dones que su inmenso amor halló en su corazón abrasado por el mundo ingrato, el cual sólo parece aceptar tal cúmulo de bienes para ultrajar a su bienhechor. Mas no pensemos en eso, H. M., dejemos por un momento la ingratitude de los hombres, abramos las puertas de este sagrado y adorable Corazón, encerrémonos por un momento en medio del ardor de sus llamas, y veremos entonces hasta dónde llega el poder de un Dios que nos ama. ¡Oh, Dios mío! ¡quién será capaz de comprenderlo, y a

la vez no morirá de amor y de dolor, al ver por una parte tanta caridad, y por otra tanto desprecio e ingratitud.

Leemos en el Evangelio que Jesucristo, sabiendo que era ya llegado el momento en que los judíos iban a darle muerte, dijo a sus apóstoles «que deseaba en gran manera celebrar con ellos la Pascua» (1). Habiendo llegado aquella hora para nosotros tan feliz, sentóse a la mesa con ánimo de dejarnos una prenda de su amor. Después levantóse de la mesa, dejó sus vestidos, y se ciñó una toalla en la cintura; echó agua en un cubo, y púsose a lavar los pies de sus apóstoles, incluso Judas, con todo y conocer que dentro de poco iba a perpetrar su traición. Con aquel preliminar, quiso mostrarnos la gran pureza con que debemos acercarnos a El (2). Sentado de nuevo a la mesa, tomó un pedazo de pan en sus santas y venerables manos; después, elevando sus ojos al cielo para dar gracias a su Padre, y a fin de darnos a entender que aquel gran don venía del cielo, lo bendijo, y lo distribuyó entre sus apóstoles, diciéndoles: «Comed todos de él, esto es verdaderamente mi Cuerpo, el cual será entregado por vosotros». Tomando después el cáliz, en el que había vino mezclado con agua, lo bendijo también, y se lo ofreció, diciéndoles: «Bebed todos de este cáliz, esta es mi Sangre, la cual será derramada para remisión de los pecados, y cuantas veces pronunciéis estas palabras, obraréis el mismo milagro; es decir, transformaréis el pan en mi Cuerpo y el vino en mi Sangre». ¡Cuánto amor para con nosotros, H. M., es el que muestra todo un Dios en la institución del adorable sacramento de la Eucaristía! Decidme, H. M., ¿de qué respetuoso sen-

---

(1) Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum (Luc., XXII, 15).

(2) Quiso enseñarnos dos cosas: la pureza y la humildad (Nota del Santo).



timiento hubiéramos estado penetrados, si entonces nos hubiésemos hallado en este mundo, y presenciado con nuestros propios ojos a Jesucristo instituyendo este santo Sacramento de amor? No obstante, H. M., este gran milagro se opera cada vez que el sacerdote celebra la santa Misa, en la que nuestro divino Salvador se digna bajar a nuestros altares. ¡ Ah ! si tuviésemos viva esta creencia, ¿ de qué respeto no deberíamos estar penetrados ? ¡ Con qué reverencia y temor compareceríamos ante ese gran sacrificio, en el que Dios nos muestra la magnitud de su amor y de su poder ! No dudo que vosotros lo creéis todo esto ; pero obráis cual si no lo creyeseis.

Si necesitáis que os haga comprender la grandeza de este misterio, escuchadme, y vais a ver cuán grande habría de ser la reverencia con que debiéramos mirarlo. Leemos en la historia que un sacerdote que celebraba la santa Misa en una iglesia de la ciudad de Bolsena, después de haber pronunciado las palabras de la consagración, dudó de la presencia real del Cuerpo de Jesucristo en la santa Hostia, es decir, dudó de si las palabras de la consagración habían verdaderamente transformado el pan en Cuerpo de Jesucristo y el vino en su Sangre, y al momento quedó la santa Hostia cubierta de sangre. Con ello Jesucristo pareció querer reprender la poca fe de su ministro, y al mismo tiempo llevarle a arrepentirse, volverle la fe que, con su duda, acababa de perder ; y además quiso mostrarnos, mediante aquel gran milagro, cuán ciertos hemos de estar de su presencia en la sagrada Eucaristía. Aquella Hostia santa derramó sangre con tanta abundancia, que quedaron teñidos con ella el corporal, los manteles y el mismo altar. El Papa, a quien se comunicó milagro tan extraordinario, ordenó que se trajese a su presencia aquel corporal ensangrentado ; fué llevado a la ciudad de Orvieto, donde se le recibió con

extraordinaria pompa, y fué depositado en el templo. Después se construyó una iglesia magnífica para guardar aquel precioso depósito; además, todos los años, en la fiesta del Corpus, es llevada en procesión tan preciosa reliquia (1). Ved, pues, H. M., cómo aquellos que se dejan llevar de la duda, al oír esto habrán de confirmarse en la fe. Pero, Dios mío, ¿cómo podremos dudar, después de las palabras del mismo Jesucristo, que dijo a sus apóstoles, y en su persona a todos los sacerdotes: «Cuantas veces pronunciéis estas mismas palabras, haréis el mismo milagro, es decir, haréis lo que yo he hecho, transformareis el pan en mi Cuerpo y el vino en mi Sangre»?

¡No hay mayor amor, H. M., no hay mayor caridad que la manifestada por Jesucristo, al escoger la víspera del día en que debía dársele muerte, para instituir un Sacramento por el cual iba a permanecer en medio de nosotros, para ser nuestro Padre, nuestro Consolador y toda nuestra felicidad! Más afortunados que aquellos que vivieron mientras estuvo en este mundo, cuando no habitaba más que un lugar, cuando debían andarse algunas horas para tener la dicha de verle; hoy le tenemos nosotros en todos los lugares de la tierra, y así ocurrirá, según nos está prometido, hasta el fin del mundo. ¡Oh, amor inmenso de un Dios a sus criaturas! No, H. M., cuando se trata de mostrarnos la grandeza de su amor, nada puede detenerle. En aquel momento tan venturoso para nosotros, toda Jerusalén está agitada, el populacho está furioso, todos conspiran para perderle; todos están sedientos de su adorable sangre: y es precisamente en aquel momento cuando les prepara, así a ellos como a nosotros, la prenda más inefable de su amor. Los hombres están tramando contra El los complots más tenebrosos, al paso

(1) Véanse *Las maravillas divinas en la Sagrada Eucaristía* del P. Rossignoli, S. J.; maravilla CXIII\*.

que El se está ocupando en regalarles con lo que tiene de más precioso, que es El mismo. No piensan más que en levantar una infame cruz para hacerle morir en ella, y El no piensa más que en levantar un altar donde se inmole El mismo cada día por nuestro amor. Se está preparando el derramamiento de su sangre, y Jesucristo quiere que aquella misma sangre sea para nosotros una bebida de inmortalidad, para consuelo y felicidad de nuestras almas. Sí, H. M., podemos afirmar que Jesucristo nos ama hasta agotar los tesoros de su amor, sacrificándose hasta donde han podido inspirarle su sabiduría y su poder. ¡Oh, amor tierno y generoso de un Dios para con tan viles criaturas cual nosotros, que tan indignos somos de su predilección! ¡Ah, H. M.! ¡cuánto respeto deberíamos tener a ese grande Sacramento, en el que un Dios hecho hombre se muestra presente cada día en nuestros altares! Aunque Jesucristo sea la misma bondad, no deja algunas veces de castigar rigurosamente, según vemos en distintos pasajes de la historia, los desprecios que se hacen a su santa presencia. (1)

Se refiere que un sacerdote de Friburgo, llevando el Santísimo Sacramento a un enfermo, acertó a pasar por una plaza donde había mucha gente que bailaba. El músico, aunque hombre sin religión, cesó de tocar y dijo: «Oigo la campanilla, señal de que Jesús Sacramentado es llevado a un enfermo, arrodillémonos». Mas entre aquella gente estaba una mujer impía, inspirada por el furor infernal: «Continuemos, dijo ella; también llevan campanillas suspendidas al cuello los mulos de mi padre; y cuando pasan por la calle, la gente no se detiene ni se arrodilla». Todos los circunstantes aplaudieron aquella impiedad, y continuaron

---

(1) ¡Ay! ¡cuántos no tienen ni aún la fe de los demonios que tiemblan en su presencia! ¡Ay! nuestra fe es lánguida y casi muerta (Nota del santo autor).

danzando. Al instante, vino un tan fuerte huracán, que arrebató a toda aquella gente que bailaba, sin que jamás haya podido saberse dónde fueron a parar. ¡Ay H. M. ! ¡ cuán caro pagaron aquellos miserables el desprecio inferido a la presencia de Nuestro Señor Jesucristo ! lo cual debe darnos a entender el respeto que a la misma hemos de tener, ya en el templo, ya al ser llevado, por las calles, a los pobres enfermos.

II. — Hemos dicho que Jesucristo, para obrar aquel milagro, escogió el pan, que es el alimento común a todos, pobres y ricos, fuertes y débiles, para significarnos que este celestial alimento está destinado a todos los cristianos que quieran conservar la vida de la gracia y la fuerza para luchar con el demonio. Vemos que, al obrar Jesús el gran milagro, elevó sus ojos al cielo para dar gracias a su Padre celestial, con lo cual quiso mostrarnos cuánto deseaba la llegada de aquel momento tan dichoso para nosotros, y nos dió con ello prueba de la grandeza de su amor. «Sí, hijos míos, les dijo el divino Salvador a los apóstoles, mi Sangre desea con impaciencia ser derramada por vosotros ; mi Cuerpo arde en deseos de ser desgarrado para curar vuestras llagas ; lejos de asustarme por las ideas amargas y tristes que de antemano me han venido al pensar en mis sufrimientos y en mi muerte, siento, por el contrario, en mí el colmo del placer. La causa de ello es porque en mis sufrimientos y en mi muerte hallaréis un remedio seguro para todos vuestros males.» ¡ Oh ! ¿ qué amor, H. M., iguala al de un Dios para con sus criaturas ? Nos dice San Pablo que, en el misterio de la Encarnación, Dios escondió su divinidad ; pero, en el de la Sagrada Eucaristía, llega hasta a esconder su humanidad (1). ¡ Ah, H. M. ! solamente la fe puede

---

(1) SRO. TOMÁS, himno *Adoro te devote*.



obrar en tan incomprensible misterio. Sí, H. M., cualquiera que sea el lugar donde nos encontremos, dirijamos con placer nuestros pensamientos, nuestros deseos, hacia donde está guardado este adorable Cuerpo, para unirnos a los ángeles que con tanto respeto lo adoran. Guardémonos de hacer como aquellos impíos que no muestran el menor respeto a los templos, tan santos, tan dignos de reverencia, tan sagrados por la presencia de un Dios hecho hombre, que día y noche mora entre nosotros...

Vemos con frecuencia que el Padre Eterno castiga con rigor a los que desprecian a su divino Hijo. Leemos en la historia que una vez un sastre acertó a encontrarse en una casa mientras era llevado el Viático a un enfermo de la misma; los que estaban junto a dicho enfermo le rogaron que se arrodillase, mas él se negó; y soltó esta horrible blasfemia: «¿Yo arrodillarme?, dijo. Respeto mucho más una araña, que es el más vil insecto, que a vuestro Jesucristo, a quien queréis que adore». ¡Ay, H. M. ! ¡ de qué cosas es capaz aquel que ha perdido la fe ! Mas Dios no dejó impune aquel pecado horrible: en el mismo instante, una grande araña negra descendió del techo y vino a posarse sobre la boca del blasfemo, y le picó en los labios, los cuales al momento se le hincharon, y murió al poco rato el infeliz. Ya veis, pues, H. M., cuán culpables somos al no guardar este gran respeto que se merece la presencia real de Jesucristo.

No, H. M., no nos cansemos de contemplar el gran misterio de amor en el que un Dios, igual al Padre, alimenta a sus hijos, no con un alimento ordinario, ni con aquel maná con que el pueblo judío se alimentaba en el desierto, sino con su Cuerpo adorable y su Sangre preciosa. ¿Quién podría jamás imaginarlo, si no fuese El mismo quien nos lo dice y lo ejecuta a un tiempo? ¡ Oh, H. M. ! ¡ cuán dignas son de nuestro amor

y de nuestra admiración tales maravillas ! ¡ Un Dios, después de haber cargado con todas nuestras miserias, nos hace participantes de todas sus excelencias ! ¡ Oh, pueblo cristiano, cuán venturoso eres al tener un Dios tan bueno y tan rico !... Leemos que San Juan Evangelista vió un ángel a quien el Padre Eterno entregaba la copa de su furor para que la derramara sobre todas las naciones de la tierra (1) ; mas aquí vemos todo lo contrario. El Padre Eterno pone en manos de su Hijo la copa de su misericordia para que sea derramada sobre todos los pueblos del mundo. Al hablarnos de su Sangre adorable, nos dice, como a sus apóstoles : «Bebed todos de ella, y hallaréis la remisión de vuestros pecados y la vida eterna» (2). ¡ Oh, dicha inefable !... ¡ oh, fuente abundante y excelsa, que darás testimonio, hasta el fin de los siglos, de la felicidad que, por esta creencia, debíamos alcanzar ! Para inspirarnos una viva fe acerca de su presencia real, Jesucristo no ha cesado en todo tiempo de obrar milagros. Así leemos que hubo una mujer cristiana, pero muy pobre. Pidió, prestada a un judío, una cierta cantidad de dinero y le dió en prenda los mejores vestidos que tenía. Acercándose la fiesta de la Pascua, suplicó al judío que le devolviese, por un día, aquellos vestidos. El judío le dijo que no sólo estaba dispuesto a devolverle los vestidos, sino además a condonarle la deuda, con tal que le trajese una Sagrada Hostia, cuando la hubiese recibido de manos del sacerdote en la comunión. El afán de aquella miserable por recobrar sus vestidos y, al mismo tiempo, la esperanza de no verse obligada a devolver el dinero que había pedido prestado, la llevaron a ejecutar la más horrible acción. Al día siguiente se encaminó a la iglesia parroquial. En cuanto hubo recibido en la lengua la Sagrada Hostia,

---

(1) Apoc., XV.

(2) Matth., XVI, 27, 28.

la tomó con cuidado y la puso en un pañuelo. En seguida la llevó a aquel miserable judío, el cual, como es de suponer, la quería para descargar todo su furor contra Jesucristo. Aquel hombre abominable trató a Jesucristo con un furor espantoso; mas veamos cómo Jesucristo mismo le mostró cuánto sentía los ultrajes que se le inferían. Comenzó el judío colocando la Santa Hostia sobre una mesa, y le dió a su sabor golpes con un pequeño cuchillo; mas el desgraciado pudo ver cómo de la Santa Hostia salía sangre en abundancia, cosa que atemorizó mucho a su hijo. Después, quitándola con desprecio de encima la mesa, la fijó con un clavo en la pared, y le dió, hasta quedar saciado, golpes con un azote. La atravesó con una lanza, y salió sangre nuevamente. Después de tales crueldades, la echó en una caldera de agua hirviendo: al momento el agua pareció transformarse en sangre. Entonces la Hostia tomó la figura de Jesucristo clavado en cruz: lo cual le asustó de tal modo que hubo de correr despavorido a esconderse en un rincón de la casa. Mientras esto acontecía, los hijos del judío que veían a los fieles cristianos dirigirse al templo, les decían: «¿Dónde vais? No hallaréis en la iglesia a vuestro Dios, puesto que nuestro padre lo ha matado». Una mujer, que oyó lo que decían los hijos del judío, entró en la casa. Y vió, en efecto, la Hostia aun bajo la figura de Jesús crucificado; mas al punto tomó su forma ordinaria. Tomó aquella mujer una copa, y la Hostia vino a ponerse en su interior. Muy dichosa y contenta aquella mujer, la llevó en seguida a la iglesia de San Juan (en Gréve), donde fué colocada en un lugar apropiado para que los fieles la adorasen. Ofrecióse el perdón a aquel desgraciado, con tal de que se convirtiese al cristianismo; mas estaba tan obstinado, que prefirió se le condenase a ser quemado vivo, antes que hacerse cristiano. No obstante, su mujer, sus hijos y muchos judíos re-

cibieron el bautismo. En vista de los milagros que Jesucristo acababa de obrar y para perpetuar su recuerdo, aquella casa fué convertida en templo; se estableció allí una comunidad religiosa, con el objeto de que hubiese constantemente alguien ocupado en desagraviar a Jesucristo de los ultrajes que del judío recibiera (1). No podemos oír todo esto sin espanto, H. M. Pues bien, H. M., ved a qué se expone, y a qué estará Jesucristo expuesto hasta el fin del mundo, por nuestro amor. ¡Qué amor, H. M., el que nos muestra Dios Nuestro Señor! ¡a qué excesos le ha llevado el amor a sus criaturas!

Debéis saber, además, que Jesucristo, tomando el cáliz en sus santas manos, habló así a sus apóstoles: «Dentro de algunas horas esta preciosa Sangre va a ser derramada de una manera visible y cruel; y para vosotros será derramada; el ardiente deseo que tengo de derramarla en vuestros corazones me ha sugerido el empleo de este medio. Cierto que la envidia de mis enemigos es una de las causas de mi muerte, pero no es la principal; las acusaciones que han inventado contra mi persona para perderme, la perfidia del discípulo que me entregará, la debilidad del juez que va a condenarme, y la crueldad de los verdugos que van a matarme, son otros tantos instrumentos de que se sirve mi infinito amor para probaros cuánto os amo». Sí, H. M., para la remisión de nuestros pecados fué derramada aquella sangre, y para el mismo objeto este sacrificio se reproducirá todos los días. Ya veis, H. M., cuánto nos ama Jesucristo, pues con tanto afán se sacrifica por nosotros a la justicia de su Padre; y aun más, quiere El que semejante sacrificio se renueve todos los días y en todos los lugares del mundo. ¡Qué suerte para nosotros, H. M., saber que nuestros pecados, aun antes

(1) Este célebre prodigio es conocido con el nombre de *Milagro de los Billetes*.



de ser cometidos, fueron ya expiados en el gran sacrificio de la cruz ! Acudamos con frecuencia, H. M., al pie del tabernáculo, para consolarnos en nuestras penas y para fortalecernos en nuestras debilidades. ¿Tenemos que lamentar, tal vez, la gran desgracia de haber pecado ? La Sangre adorable de Jesucristo implorará gracia por nosotros.

¡ Ah, H. M. ! ¡ cuánto más viva que la nuestra era la fe de los primeros cristianos ! En los primeros tiempos, un gran número de cristianos atravesaba los mares para ir a visitar los santos lugares en donde se había realizado el misterio de nuestra Redención. Cuando se les mostraba el Cenáculo en el que Jesucristo instituyó este divino Sacramento consagrado a alimentar nuestras almas, cuando se les hacía ver el sitio en que había rociado la tierra con sus lágrimas y su sangre durante la agonía que acompañó a su oración, no sabían dejar aquellos lugares memorables y venerandos sin derramar lágrimas en abundancia. Mas esto llegaba al colmo al ser conducidos al Calvario, en donde el Salvador tantos sufrimientos experimentara por nosotros. Entonces les parecía no poder vivir ya más ; al recordar lo que aquellos lugares evocaban, a saber, el tiempo, las acciones y los misterios que por nuestro bien allí se realizaron, estaban inconsolables ; sentían avivar su fe, su corazón se abrasaba bajo los ardores de una nueva hoguera. ¡ Oh, felices lugares, exclamaban, donde tantos prodigios se realizaron por nuestra salvación ! Pero, H. M., sin ir tan lejos, sin tenernos que molestar en atravesar los mares y exponernos a tantos peligros, ¿no tenemos aquí, en medio de nosotros, a Jesucristo, no solamente como Dios, sino en cuerpo y alma ? ¿No son tan dignas de respeto nuestras iglesias como los lugares santos que visitaban aquellos peregrinos ? ¡ Oh, H. M. ! ¡ nuestra dicha es demasiado grande ! no, no, jamás comprenderemos su alcance.



¡ Pueblo feliz, el cristiano, al ver cómo cada día se renuevan todos los prodigios que la omnipotencia de Dios obró en otro tiempo en el Calvario para salvar a los hombres !

¿ A qué obedece pues, H. M., el que no experimentamos este mismo amor, no sintamos el mismo agradecimiento, no estemos poseídos del mismo respeto, con todo y obrarse cada día los mismos milagros ante nuestros ojos ? ¡ Ay ! hemos abusado tanto de las gracias recibidas, que merecimos de Dios el castigo de que nos fuese arrebatada, en parte, nuestra fe ; apenas nos queda indicio de ella para hacernos cargo de que estamos en la presencia de Dios. ¡ Dios mío ! ¡ qué desgracia para un cristiano haber perdido la fe ! ¡ Ay, H. M. ! desde que la fe nos falta, no hacemos más que despreciar este augusto Sacramento ; ¡ y cuantos hay aún que llegan hasta a caer en la impiedad, haciendo mofa de los que tienen la dicha de venir a sacar de aquí las gracias y fuerzas necesarias para salvarse ! Temamos, H. M., los castigos que Dios puede enviarnos por nuestra falta de respeto a su adorable presencia. Aquí tenéis un ejemplo de los más espantosos.

Refiere, en sus Anales, el Cardenal Baronio que en la villa de Lusignan, cerca de Poitiers, había un sujeto que manifestaba un gran desprecio por la persona de Jesucristo : escarnecía y menospreciaba a cuantos frecuentaban los Sacramentos ; ridiculizaba su devoción. Sin embargo, Nuestro Señor, que siempre prefiere la conversión a la pérdida del pecador, le había enviado con alguna frecuencia remordimientos de conciencia ; bien veía que obraba mal y que aquellos de que se burlaba le aventajaban en felicidad ; mas, en cuanto se le ofrecía nueva ocasión, volvía a las andadas, y, de esta manera, poco a poco, acabó por ahogar enteramente los remordimientos que Dios le enviaba. Mas, para mejor disimularlo, procuró ganar la amistad de un santo re-

ligioso, el superior del monasterio de Bonneval, lugar muy cercano a su morada. Iba allí con frecuencia, y, aunque impío, hacía gala de aquella amistad, y se creía hasta bueno cuando estaba con aquellos santos re-religiosos. El superior, que, andando el tiempo, se dió cuenta de lo que pasaba en el ánimo de aquel sujeto, le decía muchas veces: «Mi querido amigo mío, veo que no tenéis el respeto que debierais a la presencia de Jesucristo en el adorable Sacramento del altar; y creo que, si queréis convertirlos, no habrá más remedio que dejar el mundo y retiraros en un monasterio para hacer allí penitencia. Mejor que nadie sabéis vos cuántas veces habéis profanado los Sacramentos, manchándoos el alma con abominables sacrilegios; si llegaseis a morir, seríais arrojado al infierno por toda la eternidad. Creedme, pensad en reparar las profanaciones cometidas; ¿cómo podéis vivir en tan miserable estado?» Aquel pobre hombre parecía escucharle y hasta aprovecharse de sus consejos, pues sentía, ciertamente, en su conciencia el peso de los sacrilegios; mas como le repugnaba aceptar algunos pequeños sacrificios, indispensables para su conversión, resultaba que, con todo y sus buenos pensamientos, continuaba siempre igual; y así sucedió que, cansándose Dios de su impiedad y de sus sacrilegios, le abandonó a sí mismo; y el pobre cayó enfermo. El abad, sabiendo el mal estado en que se hallaba su alma, se apresuró a visitarle. Al ver el infeliz que aquel buen religioso, que era un santo, iba a verle, lloró de alegría, y, quizá concibiendo la esperanza de que rogaría por él y le ayudaría a sacar su alma del cenagal de sus sacrilegios, suplicó al abad que se quedase con él cuanto tiempo le fuese posible. Llegó la noche y retiráronse todos menos el abad, que permaneció junto al enfermo. Aquel pobre infeliz púsose a dar gritos horribles, diciendo: «¡ Ah ! ¡ Padre mío ! ¡ socorredme ! ¡ ah ! ¡ ah ! ¡ venid en mi auxilio ! »

¡ Mas, ay ! ¡ no era ya tiempo oportuno ! Dios le había abandonado en castigo de sus impiedades y sacrilegios. « ¡ Ah ! ¡ Padre mío, ved aquí dos espantosos leones que me están acechando ! ¡ Ah ! ¡ Padre mío, socorredme ! » El abad, lleno de espanto, se arrodilló para implorar misericordia en favor del enfermo ; mas era ya demasiado tarde, la justicia de Dios lo había entregado al poder de los demonios. De repente, el enfermo cambió de voz hablando en tono más sosegado ; púsose a conversar como una persona sana y en el pleno dominio de su espíritu : « Padre mío, le dijo, aquellos leones que ahora mismo estaban cerca de mí se han retirado ». Pero mientras estaban hablando familiarmente, el enfermo perdió la voz y quedó como muerto. Por tal lo tuvo el religioso, mas quiso presenciar el fin de todo aquello ; decidió, pues, pasar el resto de la noche junto al enfermo. Al cabo de un rato, aquel pobre infeliz volvió en sí, recobró la palabra, y dijo al superior : « Padre mío, acabo de ser citado al tribunal de Jesucristo, y, a causa de mis impiedades y sacrilegios, estoy condenado a arder en los infiernos ». Asustado el religioso, púsose a orar, intentando probar si quedaba aún algún recurso para lograr la salvación de aquel desgraciado ; mas, viéndole rezar el moribundo, le dijo : « Padre mío, dejad vuestras oraciones, Dios no os va a escuchar en nada de cuanto le digáis respecto a mí ; los demonios me rodean, sólo están esperando el instante de mi muerte, que no tardará en llegar, para arrastrarme al infierno, en donde voy a arder por toda la eternidad ». De repente, sobrecogido de espanto, exclamó : « ¡ Ah ! Padre mío, el demonio se me lleva ; adiós, Padre mío, desprecié vuestros consejos y estoy condenado ». Y diciendo esto, vomitó su alma maldita a los abismos. Retiróse el superior llorando vivamente por la suerte de aquel desgraciado que desde su lecho acababa de caer en el infierno. ¡ Ay, H. M. ! ¡ cuán grande es



el número de esos profanadores, cuántos cristianos han perdido la fe a causa de sus sacrilegios ! ¡ Ay, H. M. ! al ver tantos cristianos que no reciben los Sacramentos, o que los frecuentan muy de tarde en tarde, no busquemos otras causas que los sacrilegios por ellos cometidos. ¡ Ay ! ¡ cuántos hay también a quienes los remordimientos desgarran la conciencia, se tienen por culpables de tremendos sacrilegios, y aguardan la muerte en un estado capaz de hacer temblar el cielo y la tierra ! ¡ Ah, H. M. ! no lleguéis más allá, ya que no habéis alcanzado aún el estado miserable de aquel desgraciado réprobo de que os acabo de hablar ; mas ¿ quién os asegura que, antes no llegue la hora de la muerte, no seréis, como él, abandonados de Dios y echados al fuego ? ¡ Oh, Dios mío ! ¿ cómo poder vivir en tan espantoso estado ? ¡ Ah, H. M. ! aun estamos a tiempo, volvamos sobre nuestros pasos, echémonos a los pies de Jesucristo, escondido en el adorable sacramento de la Eucaristía. El ofrecerá de nuevo, por nosotros, al Padre celestial los méritos de su pasión y muerte, y con ello estamos seguros de alcanzar misericordia.

Sí, H. M., tengamos la seguridad de que, si sentimos un gran respeto a la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en el adorable Sacramento del altar, vamos a alcanzar cuanto deseemos. Ya que las procesiones eucarísticas, H. M., son todas dedicadas a adorar a Jesús en el Santísimo Sacramento del altar, y a desagrarle de los ultrajes que en dicho Sacramento recibe, formemos en dichas procesiones, vayamos en su seguimiento con aquel mismo respeto que le mostraban los primeros cristianos siguiéndole en sus predicciones, durante las cuales no pasaba jamás por un lugar sin derramar allí toda suerte de bendiciones (1).

---

(1) Ved al profeta en el desierto, a Zaquco, a la suegra de San Pedro, a Magdalena, a la mujer que padecía flujo de sangre, a Lázaro resucitado. (Nota del Santo).



Sí, H. M., con innumerables ejemplos nos muestra la historia cuán duramente castiga Dios a los profanadores de su adorable Cuerpo y de su preciosa Sangre. Una vez hubo un ladrón que entró en una iglesia durante la noche y se llevó todos los vasos sagrados donde se guardaban las sagradas partículas; y con aquella preciosa carga se encaminó a un lugar llamado plaza de San Dionisio. Al llegar allí, miró de nuevo los vasos para ver si había dejado aún alguna partícula. Había una todavía, la cual, al ser abierto el copón, salió milagrosamente del vaso revoloteando alrededor del ladrón; aquel prodigio hizo que fuese descubierto por la gente y detenido el criminal. Dióse parte al cura de San Dionisio, y este avisó al obispo de París. La Sagrada Hostia permaneció suspendida en el aire. Entonces acudió el obispo junto con todos sus sacerdotes y gran número de fieles devotos que formaban también parte de la procesión, y la Hostia fué a posarse en el ciborio del sacerdote que la había consagrado. Fué llevada a un templo, y en el mismo se hizo la fundación de un oficio semanal en memoria de este gran milagro (1).

Decidme, H. M., ¿qué más nos falta considerar para sentirnos movidos a reverencia ante la presencia de Jesús, así en los templos como en las procesiones? Acudamos, pues, a El con gran confianza; es tan bueno, es tan misericordioso, nos ama tanto, que podemos estar seguros de alcanzar cuanto le pidamos; mas seamos siempre humildes, puros, saturados de amor de Dios y de menosprecio del mundo... cuidemos de no dejarnos llevar de las distracciones... Amemos de todo corazón al Señor, H. M., y con ello alcanzaremos, ya en este mundo, una vida semejante a la de la gloria.

---

(1) Véase a Mons. de Segur, *La Francia a los pies del Santísimo Sacramento*, IX, «La Hostia milagrosa de San Gervasio, de París».

## VIERNES SANTO

### EL PECADO RENUEVA LA PASIÓN DE JESUCRISTO

*Prolapsi sunt: rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei.*

Los que pecan, crucifican nuevamente a Jesucristo dentro de sí mismos.

(S. Pablo a los Hebreos, IV, 6).

¿Podemos, H. M., concebir un crimen más horrible que el de los judíos al dar muerte al Hijo de Dios, a aquel que estaban esperando desde hacía cuatro mil años, al que había sido la admiración de los profetas, la esperanza de los patriarcas, el consuelo de los justos, la alegría del cielo, el tesoro de la tierra, la felicidad del universo? Pocos días antes le recibieron triunfalmente al entrar en Jerusalén, manifestando con ello claramente que le reconocían por el Salvador del mundo. Decidme, H. M., ¿es posible que, a pesar de todo esto, quieran darle muerte, después de haberle llenado de toda suerte de ultrajes? ¿Qué daño les había causado, pues, este divino Salvador? O mejor, ¿qué bien dejaba de otorgarles, al bajar a librarlos de la tiranía del demonio, a reconciliarlos con su Padre celestial, y a abrirles las puertas del cielo que el pecado de Adán había cerrado? ¡Ay! ¡de qué no es capaz el hombre cuando se deja cegar por sus pasiones! Pilato dejó escoger a los judíos entre dar la libertad a Jesús o a Barrabás, que era un gran criminal. Y ellos libertaron al malhechor cargado de crímenes y pidieron la muerte de Jesús, que era la misma inocencia, y más aún, su

Redentor ! ¡ Oh, Dios mío ! ¡ qué elección tan indigna ! Os admira, H. M., y razón tenéis para ello ; sin embargo, si me atreviese, os diría que nosotros, siempre que pecamos, hacemos parecida elección. Y para mejor hacéroslo sentir, voy ahora a mostraros cuán grande sea el ultraje que hacemos a Jesucristo al preferir el camino donde nos guían nuestras inclinaciones al camino que conduce a Dios.

Sí, H. M., la malicia humana nos ha dado medios para renovar los sufrimientos y la muerte de Jesucristo, no sólo de una manera tan cruel como los judíos, sino además de una manera sacrílega y horrible. Mientras vivió en este mundo, Jesucristo no tuvo más que una vida por perder y sólo en un Calvario fué crucificado ; pero, desde su muerte, el hombre, con sus pecados, le ha hecho hallar tantas cruces cuantos son los corazones que palpitan sobre la tierra. Para mejor convenceros de ello, mirémoslo más de cerca. ¿ Qué observamos en la pasión de Jesucristo ? ¿ No es, por ventura, un Dios traicionado, abandonado hasta por sus discípulos ; un Dios puesto en parangón con un infame criminal ; un Dios expuesto al furor de la soldadesca y tratado como un rey de burlas ? No me negaréis que todo esto resultaba en gran manera humillante y cruel en la muerte del Salvador. Sin embargo, H. M., no vacilo en afirmaros que lo que sucede todos los días entre los cristianos, es aún más sensible a Jesucristo que cuanto pudieron hacerle sufrir los judíos.

1.º No ignoro que Jesucristo fué traicionado y abandonado por sus apóstoles ; tal vez ésta fué la llaga que más sensiblemente hirió su corazón lleno de bondad. Mas os diré también que, por la malicia del hombre y del demonio, esta tan dolorosa llaga es renovada todos los días por un gran número de malos cristianos. Si Jesucristo nos ha dejado en la santa Misa el recuer-

do y el mérito de su pasión, ha permitido también que hubiese hombres que, con todo y ser cristianos y por lo tanto discípulos suyos, no vacilasen en traicionarle en cuanto se les ofreciese ocasión. No tienen escrúpulo en renunciar al bautismo y en renegar de su fe; y ello solamente por el temor de ser objeto de burla y menosprecio por parte de algunos libertinos o ignorantes. A esta clase pertenecen las tres cuartas partes de la gente de nuestros días, en extremo temerosa de mostrar sus convicciones cristianas a la faz del mundo. Pues bien, es como si abandonásemos a nuestro Dios, cuantas veces omitimos las oraciones de la mañana o de la noche, siempre que faltamos a la santa Misa, a las vísperas o a otras funciones que en el templo se celebren. Hemos abandonado también a Dios, desde el momento en que ya no frecuentamos los Sacramentos. ¡Ah! Señor, ¿dónde están los que os permanecen fieles y os siguen hasta el Calvario?... A la hora de su pasión, preveía ya Jesucristo cuán pocos serían los cristianos que iban a seguirle a todas partes, cuán pocos estarían dispuestos a arrostrar toda suerte de tormentos y la misma muerte antes que separarse de El. De los discípulos, solamente hubo su Santísima Madre y San Juan que mostrasen valor para acompañarle hasta el Calvario. Mientras Jesucristo colmaba de favores a sus discípulos, ellos estaban dispuestos a sufrir. Así obraron San Pedro y Santo Tomás; mas, llegado el momento de la prueba, todos huyeron, todos le abandonaron. Retrato perfecto de muchísimos cristianos que no dejan de formular muy buenos propósitos; mas, a la menor dificultad, abandonan a Dios; no reconocen su existencia ni su providencia; una pequeña calumnia, la más insignificante injusticia de que sean víctimas, una enfermedad demasiado larga, el temor de perder la amistad de cierta persona de la cual han recibido o esperan recibir algún favor, les



hace olvidar la religión y sus preceptos ; la dejan a un lado y llegan hasta a enojarse contra los que la observan fielmente. Todo lo echan a la mala, maldicen a las personas que consideran como causantes del daño que experimentan. ¡ Ay ! ¡ Dios mío, cuántos desertores ! ¡ Cuán raros son los cristianos que, como la Santísima Virgen, estén dispuestos a seguirla hasta el Calvario !...

Me preguntaréis, empero : ¿ cómo llegaremos a conocer si seguimos verdaderamente a Jesucristo ? Nada más fácil, H. M. Cuando observáis fielmente los mandamientos. Se nos ordena que por la mañana y por la noche nos encomendemos a Dios con gran respeto : pues bien, ¿ lo hacéis vosotros, poniéndoos de rodillas, antes de comenzar el trabajo, con el deseo de agradecer a Dios y salvar vuestra alma ? O, por el contrario, lo practicáis sólo por costumbre, por rutina, sin pensar en Dios, sin atender a que estáis en peligro de perderos, y, por consiguiente, muy necesitados de la gracia divina para evitar vuestra condenación ? Los preceptos de la ley de Dios os prohíben trabajar en día festivo. Pues bien, mirad si lo habéis observado fielmente, si habéis empleado santamente el día del domingo, dedicándoos a la oración, a confesar vuestros pecados, a fin de evitar que la muerte os sorprenda en un estado que os conduzca al infierno. Examinad la manera cómo asistís a la santa Misa, y ved si habéis estado siempre bien penetrados de la grandeza de aquel acto, si habéis considerado que es el mismo Jesucristo, como hombre y como Dios, quien está realmente presente en el altar. ¿ Estáis allí con las mismas disposiciones que la Virgen Santísima estaba en el Calvario, tratándose de la presencia de un mismo Dios y de la consumación de igual sacrificio ? ¿ Testimoniasteis a Dios el pesar que sentíais por haberle ofendido y le dijisteis que, con el auxilio de su gracia, en lo venidero pre-

feriríais la muerte al pecado? ¿Hicisteis siempre cuanto estaba de vuestra parte para merecer los favores que Dios tuvo a bien concederos? ¿Le habéis pedido la gracia de saberos aprovechar de los sermones que tenéis la suerte de oír, y cuyo objeto no es otro que el de instruiros acerca de vuestros deberes para con Dios y para con el prójimo? Los mandamientos os prohíben jurar en vano: mirad qué palabras salen de vuestra boca, consagrada a Dios por el bautismo; examinad si habéis jurado nunca falsamente por el santo nombre de Dios, si habéis proferido malas palabras, etc. Nuestro Señor, en uno de sus preceptos, os ordena amar y reverenciar a los padres, etc., etc. Decís que sois hijos de la Iglesia: ved si cumplís lo que ella os ordena... (Cítense sus preceptos.)

Sí, H. M., si somos fieles a Dios cual la Santísima Virgen, no temeremos al mundo, ni al demonio; estaremos prestos a sacrificarlo todo, incluso nuestra vida. Aquí vais a ver un ejemplo de ello. La historia nos cuenta que, después de la muerte de San Sixto, todos los bienes de la Iglesia fueron confiados a San Lorenzo. El emperador Valeriano llamó al Santo y le ordenó la entrega de todos aquellos tesoros. San Lorenzo, sin inmutarse, pidió al soberano un plazo de tres días. En aquel lapso, reclutó a cuantos ciegos, cojos y toda clase de pobres y enfermos le fué posible, seres todos llenos de miseria y cubiertos de llagas. Pasados los tres días, San Lorenzo los presentó al emperador diciéndole que allí estaba todo el tesoro de la Iglesia. Valeriano, sorprendido y espantado al hallarse en presencia de aquella turba que parecía reunir en sí todas las miserias de la tierra, se enfureció, y dirigiéndose a sus soldados, les ordenó prendiesen a Lorenzo y le cargasen de hierros y cadenas, reservándose el placer de hacerle morir con muerte lenta y cruel. En efecto, hízole azotar con varas, hízole desgarrar

la piel y experimentar toda suerte de tormentos: el Santo se regocijaba con tales torturas; al verlo Valeriano, fuera de sí, hizo preparar una cama de hierro sobre la cual mandó fuese tendido Lorenzo; luego ordenó se encendiese debajo un fuego suave a fin de asarle despacio, para que su muerte fuese más lenta y cruel. Cuando el fuego hubo ya consumido una parte de su cuerpo, San Lorenzo, burlándose siempre de los suplicios, volvióse hacia el emperador, y, con semblante risueño y radiante, le dijo: «¿No ves que mi carne está ya bastante asada de un lado? Vuélveme, pues, del otro, a fin de que sea igualmente gloriosa en el cielo.» Por orden del tirano, los verdugos volvieron entonces al mártir del otro lado. Pasado algún tiempo, San Lorenzo habló así al emperador: «Mi carne está suficientemente asada, puedes ya comer de ella». ¿No reconocéis aquí, H. M., a un cristiano que, imitando a la Virgen Santísima y a Santa Magdalena, sabe seguir a su Dios hasta el Calvario? ¡Ay, H. M.! ¿qué será de nosotros, cuando Nuestro Señor nos ponga en parangón con aquellos santos, que prefirieron sufrir toda suerte de tormentos antes que hacer traición a su religión y a su conciencia?

2.º Mas no nos contentamos con abandonar a Jesucristo, como los apóstoles, que, después de haber recibido innumerables favores y cuando el Maestro más necesitado estaba de consuelo, huyeron. ¡Ay! ¡cuántos son los que osan dar la preferencia a Barrabás, es decir, les gusta más seguir al mundo y sus pasiones, que a Jesucristo con la cruz auestas! ¡Cuántas veces le hemos recibido en son de triunfo en la sagrada mesa, y poco tiempo después, seducidos por nuestras pasiones, hemos preferido a ese Rey, ora un placer momentáneo, ora un vil interés, tras el cual andamos, a pesar de nuestros remordimientos de conciencia! ¡Cuántas veces, H. M., hemos estado vacilando entre la concien-



cia y las pasiones, y en semejante lucha hemos ahogado la voz de Dios, para no oír más que la de nuestras malas inclinaciones ! Si dudáis de ello, escuchadme un momento, y vais a comprenderlo con toda claridad. Cuando realizamos alguna acción contra la ley de Dios, nuestra conciencia, que es nuestro juez, nos dice interiormente : «¿Qué vas a hacer?... He aquí tu placer por un lado y a tu Dios por otro ; es imposible agradar a ambos al mismo tiempo : ¿por cuál de los dos te vas a declarar?... Renuncia o a tu Dios o a tu placer». ¡ Ay ! ¡ cuántas veces, en semejante ocasión, hacemos como los judíos : nos decidimos por Barrabás, esto es, por nuestras pasiones ! ¡ Cuántas veces hemos dicho : «¡ Quiero mis placeres » ! Nuestra conciencia nos ha advertido : « Mas ¿qué será de tu Dios ? » — « No me importa lo que va a ser de mi Dios, responden las pasiones ; lo que quiero es gozar. » — « No ignoras, nos dice la conciencia, mediante los remordimientos que nos sugiere, que, entregándote a esos placeres prohibidos, vas a dar nueva muerte a tu Dios. » — « ¿ Qué me importa, replican las pasiones, que sea crucificado mi Dios, con tal que satisfaga yo mis deseos ? » — « Mas qué mal te hizo Dios, y qué razones hallas para abandonarle ? ¡ Sabes muy bien que cuantas veces le despreciaste, te has arrepentido después, y no ignoras tampoco que, siguiendo tus malas inclinaciones, pierdes tu alma, pierdes el cielo y pierdes a tu Dios ! » — Mas la pasión, que arde en deseos de verse satisfecha, dice : « ¡ Mi placer, he aquí mi razón : Dios es el enemigo de mi placer, sea pues crucificado ! » — ¿ Preferirás a tu Dios el placer de un instante ? » — « Sí, clama la pasión, venga lo que viniere a mi alma y a mi Dios, con tal que pueda yo gozar. »

Y aquí tenéis, H. M., lo que hacemos cuantas veces pecamos. Es cierto que no siempre nos damos cuenta con toda claridad de ello ; mas sabemos muy bien



que nos es imposible desear y cometer un pecado, sin que perdamos a nuestro Dios, el cielo y nuestra alma. ¿No es verdad, que, cuantas veces estamos a punto de caer en pecado, oímos una voz interior que nos invita a detenernos, diciéndonos que de lo contrario vamos a perdernos y a dar muerte a nuestro Dios? ¡Ah! podemos afirmar muy bien, H. M., que la pasión que los judíos hicieron sufrir a Jesucristo era casi nada comparada con la que le hacen soportar los cristianos, con los ultrajes del pecado mortal. Los judíos antes que a Jesús prefirieron un criminal que había cometido muchos asesinatos; y ¿qué hace el cristiano pecador?... Ni tan sólo es un hombre el objeto que pone por encima de su Dios, sino, digámoslo con pena, un miserable pensamiento de orgullo, de odio, de venganza o de impureza; un acto de gula, un vaso de vino, una ganancia miserable que tal vez no llega a dos reales; una mirada deshonesto o alguna acción infame: ¡ved lo que antepone al Dios de toda santidad! ¡Ah! desgraciados, ¿qué hacemos? ¡cuál va a ser nuestro horror cuando Jesucristo nos muestre las cosas por las cuales le hemos abandonado!... ¡Ah, H. M.! ¡hasta tal punto osamos llevar nuestro furor contra un Dios que tanto nos amó!...

No nos admire que los Santos, que conocían la magnitud del pecado, prefirieran sufrir cuanto pudo inventar el furor de los tiranos, antes que caer en él. Vemos de ello un admirable ejemplo en Santa Margarita. Al ver su padre, sacerdote idólatra de gran reputación, que era cristiana y que no lograba hacerle renunciar a su religión, la maltrató de la manera más indigna y arrojóla después de su casa. No se desanimó por ello Margarita, sino que, a pesar de la nobleza de su origen, resignóse a llevar una vida humilde y obscura al lado de su nodriza, la cual, ya desde su infancia, le había inspirado las virtudes cristianas. Ciertamente pre-

fecto del pretorio llamado Olybrio, prendado de su belleza, mandó que fuese conducida a su presencia, a fin de inducirla a renegar de su fe, para casarse después con ella. A las primeras preguntas del prefecto, le respondió que era cristiana, y que permanecería constantemente esposa de Cristo. Irritado Olybrio por la respuesta de la Santa, mandó a los verdugos la despojaren de sus vestiduras y la tendiesen sobre el potro de tormento. Puesta allí, la hizo azotar con varas, con tanta crueldad que la sangre manaba de todos sus miembros. Mientras se la atormentaba, la invitaban a sacrificar a los dioses del imperio, representándole cómo su tenacidad le haría perder su hermosura y su vida. Pero, en medio de los tormentos, ella exclamaba: «No, no, jamás por unos bienes perecederos y por unos placeres vergonzosos dejaré a mi Dios. Jesucristo, que es mi esposo, me tiene bajo su cuidado, y no me abandonará». Al ver el juez aquel valor, al que él llamaba terquedad, hízola golpear tan cruelmente que, a pesar de sus bárbaros sentimientos, veíase obligado a apartar la vista del espectáculo. Temiendo que ella no sucumbiese a tales tormentos, ordenó conducirla a la prisión. Allí aparecióse a la joven el demonio en forma de horrible dragón que parecía quererla devorar. La Santa hizo la señal de la cruz, y el dragón reventó a sus pies. Después de aquella terrible lucha vió una cruz brillante como un foco de luz, encima de la cual volaba una paloma de admirable blancura. Con ello sintióse la Santa en gran manera fortalecida. Pasado algún tiempo, viendo aquel juez inicuo que, a pesar de las torturas, de las que los mismos verdugos estaban asustados, nada podía lograr de ella, mandóla degollar.

Pues bien, H. M., ¿imitamos a Santa Margarita, cuando antepone un vil interés a Jesucristo? ¿cuando optamos por quebrantar los preceptos de la ley de Dios o de la Santa Iglesia antes que desagradar al mun-

do? ¿cuando, para complacer a un amigo impío, comemos carne en los días prohibidos? ¿cuando, para servir a un vecino, no tenemos escrúpulo en trabajar o en prestar nuestros animales de trabajo el santo día del domingo? ¿cuando, para no desagradar a algún amigo, empleamos buena parte del día festivo, tal vez las mismas horas de las funciones religiosas, en la taberna o en la casa de juego? ¡Ay, H. M. ! los cristianos dispuestos a imitar a Santa Margarita, o sea a sacrificarlo todo, sus bienes y su vida, antes que desagradar a Jesucristo, son tan raros como los escogidos, es decir, como los que irán al cielo. ¡Cuánto ha cambiado el mundo, Dios mío !

3.º Os he dicho que Jesucristo fué abandonado a los insultos de la plebe, y tratado como un rey de burlas por una comparsa de falsos adoradores. Mirad a aquel Dios que no pueden contener el cielo y la tierra, y de quien, si fuese su voluntad, bastaría una mirada para aniquilar el mundo : le echan sobre las espaldas un manto de escarlata ; ponen en sus manos un cetro de caña y ciñen su cabeza con una corona de espinas ; y así es entregado a la cohorte insolente de la soldadesca. ¡ Ay ! ¡ en qué estado ha venido a parar Aquel a quien los ángeles adoran temblando ! Doblan ante El la rodilla en son de la más sangrienta burla ; arrebatánle la caña que tiene en la mano, y golpéanle con ella la cabeza. ¡ Oh ! ¡ qué espectáculo ! ¡ oh ! ¡ cuánta impiedad !... Mas es tan grande la caridad de Jesús, que a pesar de tantos ultrajes, sin dejar oír la menor queja, muere voluntariamente para salvarnos a todos. Y no obstante, H. M., este espectáculo, que no podemos contemplar sino temblando, se reproduce todos los días por obra de un gran número de malos cristianos.

Consideremos la manera cómo se portan esos infelices durante los divinos oficios ; en la presencia de un



Dios que se anonadó por nosotros, y que permanece en nuestros altares y tabernáculos para colmarnos de toda suerte de bienes, ¿qué homenaje de adoración le tributan? ¿No es por ventura peor tratado Jesucristo por los cristianos que por los judíos, quienes no tenían, como nosotros, la dicha de conocerle? Ved aquellas personas comodonas: apenas si doblan una rodilla en el momento más culminante del misterio; mirad las sonrisas, las conversaciones, las miradas a todos los lados del templo, los signos y muecas de aquellos pobres impíos e ignorantes: y esto es sólo lo exterior; si pudiésemos penetrar hasta el fondo de sus corazones, ¡ay! ¡cuántos pensamientos de odio, de venganza, de orgullo! ¿Me atreveré a decirlo, que los más abominables pensamientos impuros corrompen quizás todos aquellos corazones? Aquellos infelices cristianos no usan libros ni rosarios durante la santa Misa, y no saben cómo emplear el tiempo que dura su celebración; oídlles cómo se quejan y murmuran por retenérseles demasiado tiempo en la santa presencia de Dios. ¡Oh, Señor! ¡cuántos ultrajes y cuántos insultos se os infieren, en los momentos mismos en que Vos con tanta bondad y amor abríis las entrañas de vuestra misericordia!... No me admiro, H. M., de que los judíos llenasen a Jesucristo de oprobios, después de haberle considerado como un criminal, y creyendo realizar una buena obra; pues «si le hubiesen conocido, nos dice San Pablo, nunca habrían dado muerte al Rey de la gloria» (1). Mas los cristianos, que con tanta certeza saben que es el mismo Jesucristo quien está sobre los altares, y conocen cuánto le ofende su falta de respeto y comprenden el desprecio que encierra su impiedad!... ¡Oh, Dios mío! si los cristianos no hubiesen perdido la fe, ¿podrían com-

---

(1) Si enim cognovissent, nunquam Dominum gloriae crucifixissent (I Cor., II, 3).



parecer en vuestros templos sin temblar y sin llorar amargamente sus pecados? ¡Cuántos os escupen el rostro con el excesivo cuidado de adornar su cabeza; cuántos os coronan de espinas con su orgullo; cuántos os hacen sentir los rudos golpes de la flagelación, con las acciones impuras con que profanan su cuerpo y su alma! ¡Cuántos ¡ay! os dan muerte con sus sacrilegios; cuántos os retienen clavado en la cruz, obstinándose en su pecado!... ¡Oh, Dios mío! ¡cuántos judíos volvéis a encontrar entre los cristianos!...

4.º No podemos considerar sin temblor lo que sucedió al pie de la cruz: aquel era el lugar donde el Padre Eterno esperaba a su Hijo adorable para descargar sobre El todos los golpes de su justicia. Igualmente, podemos afirmar que es al pie de los altares donde Jesucristo recibe los más crueles ultrajes. ¡Ay! ¡cuántos desprecios de su santa presencia! ¡cuántas confesiones mal hechas! ¡cuántas Misas mal oídas! ¡cuántas comuniones sacrílegas! ¡Ah, H. M.! ¿no podré deciros yo como San Bernardo: «Qué pensáis de vuestro Dios, cuál es la idea que de El tenéis? Desgraciados, si tuviéseis de El el concepto que debéis, ¿osaríais venir a sus pies para insultarle?» Es insultar a Jesucristo acudir a nuestros templos, ante nuestros altares, con el espíritu distraído y ocupado en los negocios mundanos; es insultar a la majestad de Dios comparecer en su presencia con menos modestia que en las casas de los grandes de la tierra. Le ultrajan también aquellas señoras y jóvenes mundanas que parecen venir al pie de los altares sólo para ostentar su vanidad, atraer las miradas y arrebatarse la gloria y la adoración que sólo a Dios son debidas. Dios lo aguanta con paciencia, H. M., mas no por eso dejará de llegar la hora terrible... Dejad que llegue la eternidad...

Si en la antigüedad Dios se quejaba de la infidelidad de su pueblo, porque profanaba su santo Nombre,

¡cuáles serán las quejas que tendrá ahora para echarnos en cara, cuando, no contentos con ultrajar su santo Nombre con blasfemias y juramentos que hacen temblar el infierno, profanamos el Cuerpo adorable y la Sangre preciosa de su Hijo!... Oh, Dios mío, a qué os veis reducido?... En otro tiempo no tuvisteis más que un calvario, pero ahora ¡tenéis tantos cuantos son los malos cristianos!...

¿Qué sacaremos de todo esto, H. M., sino que somos realmente unos insensatos al causar tales sufrimientos a un Salvador que tanto nos amó? No, no volvamos a dar muerte a Jesucristo con nuestros pecados, dejemos que viva en nosotros, y vivamos también en su gracia. De esta manera nos cabrá la misma suerte que cupo a cuantos procuraron evitar el pecado y obrar el bien guiados solamente por el anhelo de agradarle. Esta es la gracia que os deseo.

# DOMINGO DE CUASIMODO

## SOBRE LA CONFESIÓN PASCUAL

*Erat autem proximum Pascha,  
dies festus iudaeorum.*

Acercábase la Pascua, que era  
la gran fiesta de los judíos.

(S. Juan, VI, 4.)

Vedlo llegado y pasado ya, H. M., aquel tiempo dichoso en el que tantos cristianos dejaron el pecado, libráronse del demonio y arrebataron sus pobres almas a las garras del infierno, para someterse al suave y apetecible yugo del Salvador. ¡Ah! ¡pluguiese a Dios que hubiésemos venido al mundo en aquellos venturosos tiempos de los primeros cristianos, quienes veían venir dicho momento con tan santa alegría! ¡Oh, día lleno de hermosura! oh, día de gracia y de salud, ¿en qué has venido a parar? ¿dónde está aquella celeste y santa alegría que hace la felicidad de los hijos de Dios? Sí, H. M., ese tiempo de gracia, o volverá para nuestra salvación o volverá para nuestra perdición: será la causa de nuestra dicha si correspondemos a las gracias que en aquel momento precioso se nos ofrecen, o será la causa de nuestra perdición si no nos aprovechamos de tales gracias o abusamos de ellas. — Pero, dirá alguien, ¿qué significa esta palabra, Pascua? — ¿No lo sabes, hermano? Pues bien, escúchame y vas a saberlo. Dicha palabra significa *tránsito*, es decir, salida de la muerte del pecado y entrada en la vida de la gracia. Respecto a esto, vamos ahora a ver si fué

buena vuestra Pascua, y si ella os ha de causar tranquilidad espiritual, sobre todo a vosotros, gente confiada, que os limitáis a cumplir estrictamente el precepto, confesando y comulgando solamente una vez al año.

I. — ¿Por qué motivo, H. M., ha establecido la Iglesia el santo tiempo de Cuaresma? — Para que nos preparemos, dirá alguno, a celebrar dignamente el santo tiempo de la Pascua, tiempo en que el buen Dios parece redoblar sus gracias excitando más y más el remordimiento en nuestras conciencias, a fin de hacernos salir del pecado. — Está muy bien, hermano mío, esto es lo que te enseña el catecismo; mas si preguntase a un niño qué pecado cometen aquellos que no se acuerdan de celebrar así la Pascua, me contestaría que cometen un gran pecado mortal; y si le dijese: ¿Cuántos pecados mortales son suficientes para condenarse? Me respondería: Uno solo es bastante para quien muera sin haber alcanzado el perdón. Pues bien, ¿qué dices a todo esto, amigo? ¿No has celebrado la Pascua? — ¡Ay, no! me dirás.—Pues, ya que no has cumplido el precepto y es ello pecado mortal, te condenarás. ¿Qué te parece, amigo? ¿Es que no te importa? — ¡Ah!, pensarás para contigo mismo: tiene usted razón, padre; estoy condenado, mas no seré solo. — Si el negocio no te importa, si lo mismo te da salvarte que condenarte, no es extraño que te contentes con tan menguados consuelos; si confías mitigar tu desdicha contando con que no vas a ser solo, no hay por qué inquietarse más. ¡Pobre alma! ¿qué te parece la manera de hablar de este cuerpo de pecado donde tienes la desgracia de morar? ¡Oh! ¡cuántas lágrimas vas a derramar durante la eternidad! ¡Oh! ¡cuántos gemidos! ¡Oh! ¡qué alaridos van a ser los tuyos en medio de aquellas llamas y sin esperanza de salir jamás de tales tormen-



tos ! ¡ Oh ! ¡ desgraciado, haber costado tanto a Jesucristo y haberte separado para siempre de El ! ¿ Por qué, H. M., habéis dejado de celebrar la Pascua ? — Porque así lo he querido, me dirá alguno... — Mas si mueres en ese estado, te condenarás. — ¡ Tanto peor ! — ¡ Pues dime, ¿ crees que tienes alma ? — ¡ Ah ! sé muy bien que la tengo — ¿ Acaso, empero, piensas que después de la muerte todo habrá acabado ? ¡ Ah !, tú piensas para contigo mismo : Sé muy bien que nuestra alma será feliz o desdichada, según que en este mundo haya obrado bien o haya obrado mal. — Y ¿ qué es lo que puede hacerla desdichada ? — El pecado, me dirás. Si, pues, te conoces culpable de pecado, he de concluir afirmando que estás condenado. ¿ Acaso has venido, hijo mío, una vez o dos a confesarte ? Mas te has detenido ahí. ¿ Por qué esto ? Es que no has querido corregirte, es que prefieres vivir en pecado y condenarte, a dejar el pecado para ser salvo. ¿ Quieres condenarte ? Pues bien, no te inquietes : te condenarás. Y tú, hermana mía, has dejado transcurrir el tiempo pascual sin confesarte ; has vivido en pecado durante la Cuaresma y también durante la Pascua ; ¿ por qué esto ? He aquí la razón : porque no tienes religión, porque has perdido la fe, porque, en fin, mientras aguardas tu caída en las llamas eternas, no piensas más que en disfrutar un poco en el mundo. Un día nos veremos, hija mía ; sí, entonces contemplaremos tu desesperación y tus lágrimas ; yo te reconoceré, a lo menos así lo creo ; mas tú estarás perdida, tuya habrá sido la culpa. Sí, H. M., echemos un velo sobre todo esto, dejemos ocultas todas esas miserias en las tinieblas, hasta el día del juicio.

Examinemos ahora qué tal sea la confesión y la comunión de aquellos que se contentan con recibir dichos sacramentos una vez al año, y veremos si tienen motivo bastante para quedar tranquilos. Si para hacer

una buena confesión, amigo mío, bastara pedir perdón a Dios, declarar los pecados y practicar algunas penitencias, el pecado, que la religión nos presenta como un monstruo, no sería ciertamente cosa que tanto nos hubiese de espantar; nada fuera más fácil que reparar la pérdida de la gracia de Dios, y seguir el camino que conduce al cielo; y sin embargo, el mismo Jesucristo nos habla de él como de una cosa en extremo difícil. Oíd lo que dijo a aquel joven que le preguntó si serían muchos los que se salvarían y si era muy costoso y áspero el camino que conduce al cielo. ¿Qué le contesta el Salvador? «¡ Oh ! ¡ cuán estrecho es ese camino ! ¡ Oh ! ¡ cuán pocos son los que lo siguen ! ¡ Oh ! ¡ cuán pocos, de entre los que empiezan, llegan hasta el término ! » (1). En efecto, H. M., después de haber vivido un año sin inquietud ni molestia, no ocupándoos más que de los negocios temporales, de vuestras riquezas o bien de vuestros placeres, sin preocuparos de la enmienda de vuestros defectos, sin poner diligencia alguna en adquirir las virtudes de que estáis faltados; vendréis únicamente durante la quincena de la Pascua, siempre lo más tarde posible, a contar vuestros pecados cual si narraseis una historia; lecréis algunas oraciones en un libro o las rezaréis de memoria durante un tiempo más o menos largo. Y con esto se acabó todo: retornaréis a vuestra ordinaria manera de vivir; volveréis a hacer lo que hacíais, viviréis como de costumbre. Se os veía en las tabernas y casas de juego, y en los mismos lugares se os verá; se os halló en los centros de baile y danza, y en dichos puntos se os volverá a encontrar; y así podemos decir de todo lo demás. En las pascuas venideras, repetiréis lo mismo. Y así continuaréis hasta la muerte. En otros términos: ¡ el sacramento de la Penitencia, en el cual

(1) *Quam angusta porta, et arcta via est, quae ducit ad viam: et pauci sunt, qui inveniunt eam!* (Matth., VII, 14).

parece que Dios se olvida de su justicia para no manifestar más que su misericordia, no será otra cosa para vosotros que un juego o un entretenimiento ! Muy bien comprendéis, amados míos, que, si vuestras confesiones no tienen cosa mejor, podéis rectamente concluir que no valen nada, para no decir otra cosa.

II. — Pero para confirmar vuestra convicción sobre este punto, examinémoslo más de cerca. Para hacer una buena confesión, que pueda reconciliarnos con Dios, es preciso que detestemos nuestros pecados de todo corazón, no sólo por el motivo de vernos obligados a declarar al sacerdote cosas que quisiéramos ocultar a nosotros mismos, sino además por el pesar de haber ofendido a un Dios tan bueno, de haber permanecido tanto tiempo en pecado, de haber despreciado todas aquellas gracias por las cuales El nos inducía a salir de la culpa. Esto es, H. M., lo que ha de hacernos derramar lágrimas y quebrantar nuestro corazón. Dime, amigo : si tuvieses ese verdadero dolor, ¿no te apresurarías a reparar el mal que lo ocasiona, y a ponerte rápidamente en gracia de Dios ? ¿Qué haría un hombre que en un arrebató hubiese reñido con su amigo, pero, reconociendo su falta, se arrepintiese en seguida ? ¿no buscaría presto la manera de reconciliarse ? Si su amigo diese algunos pasos a tal objeto, ¿no aprovecharía, por ventura, la ocasión ? Mas si, por el contrario, desdeñase todas las ocasiones propicias, ¿no tendríamos razón para afirmar que le es indiferente vivir bien o mal con aquella persona ? La comparación salta a la vista. Aquel que tiene la desgracia de caer en pecado, ya sea por inconsideración o debilidad, ya hasta por malicia, si tiene un verdadero remordimiento, ¿podrá permanecer mucho tiempo en aquel estado ? ¿No recurrirá prontamente al sacramento de la Penitencia ? Por el contrario, si persevera un año en pe-

cado, y mira con pena la llegada del santo tiempo pascual porque en él hay que confesarse; si, lejos de presentarse ante el tribunal santo al comenzar la Cuaresma, a fin de disponer de algún tiempo para hacer penitencia, y no pasar tan súbitamente del pecado a la Sagrada Mesa; si no quiere que se le hable de confesión más que por la Pascua, y aun procura diferir esta confesión esperando la última quincena, en cuyo tiempo se presentará con disposiciones análogas a las de un criminal que es conducido al patíbulo: ¿qué significa todo esto, amigo mío? Hélo aquí: esto quiere decir que, si el tiempo pascual se prorrogase hasta la Asunción,\* no te confesarías más que aquel día, o si dicho tiempo no llegase más que cada diez años, sólo cada diez años confesarías tus pecados; y, finalmente, si la Iglesia no te impusiese tal precepto, no te confesarías hasta la hora de la muerte. ¿Qué te parece de esto, hermano mío? ¿No indica ello que no es el dolor de haber ofendido a Dios lo que te induce a confesarte, ni el amor de Dios lo que te lleva a celebrar la Pascua? — ¡Ah!, me dirás, algo es algo; al obrar así no es sin saber el por qué. — ¡Ah! que tú no sabes nada; si te confiesas, es por rutina, por costumbre, para decir que has cumplido con la Pascua; y tal vez, si quieres ser sincero, me dirás que a tus pecados anteriores has añadido otro nuevo. No es, pues, el amor de Dios, ni el pesar de haberle ofendido, ni tan sólo el deseo de llevar una vida más cristiana lo que te hace confesar y cumplir con el precepto pascual. He aquí la prueba: si amases a Dios, ¿cometerías con tanta facilidad y hasta con tanto gusto el pecado? Si tuvieses al pecado el horror que debes, ¿podrías aguantarlo un año entero en tu conciencia? Si tuvieses un verdadero deseo de llevar una vida más cristiana, ¿no se observaría a lo menos un pequeño cambio en tu manera de vivir? No, H. M., no quiero referirme ahora a



aquellos desgraciados que sólo declaran una parte de sus pecados, por temor de no poder cumplir la Pascua o de ser despedidos sin absolución, tal vez para cubrir su vida vergonzosa con un velo de virtud; los que en tal estado se acercan a la sagrada Mesa, van a consumir su reprobación, entregar su Dios al demonio y vomitar su alma maldita al infierno.

No, yo me atrevo a esperar que esto no va con vosotros; sin embargo, he de insistir en afirmaros que las confesiones de un año para otro nada tienen de tranquilizadoras.—Tal vez me dirá alguno: ¿qué debe hacerse para que una confesión sea buena? — ¿Lo quieres saber, amigo? Helo aquí; escúchame, y verás si vives o no en seguridad. Para que tu confesión merezca el perdón de los pecados, precisa que sea humilde y sincera, que vaya acompañada de un verdadero dolor causado por la pena de haber ofendido a Dios, y no por sólo las penas que el pecado merece; y que al dolor acompañe un propósito firme de no pecar más en lo futuro. Considerando esto, digo yo que es muy difícil hallar todas estas disposiciones en aquellos que sólo se confiesan una vez al año: y ahora vais a verlo. ¿Qué viene a ser un cristiano a los pies del sacerdote haciendo allí confesión de sus pecados? Es un pecador que viene con el corazón contrito de dolor, y se arroja a las plantas de su Dios como un criminal ante su juez, para acusarse a sí mismo e implorar su perdón. ¿Cómo se acusará? Vedlo aquí: soy un criminal indigno de que me llaméis hijo; hasta el presente, he vivido de una manera totalmente opuesta a lo que la religión me ordenaba; para todo cuanto se refería al servicio de Dios, no he tenido más que desdenes; los santos días de fiesta y los domingos han sido para mí días de placer y desorden, o, para decirlo de una vez, hasta el presente nada hice aprovechable; estoy perdido y condenado, si Dios no tiene piedad de mí. Tales son,

H. M., los sentimientos de un cristiano que tiene horror al pecado.

Mas, decidme, ¿es así como se acusan aquellos que tienen en poco el permanecer doce meses en pecado, y encuentran siempre demasiado temprana la llegada de la Pascua? ¡Ay! Dios mío, Vos veis con cuánta displicencia hacen esos pobres desgraciados la confesión de un año de su vida. ¡Oh! no, amigo, no es un criminal lleno de vergüenza y penetrado del dolor de haber ofendido a Dios, que se humilla, que se acusa a sí mismo, que implora un perdón del cual se reconoce infinitamente indigno; sino ¡ay! ¿me atreveré a decirlo? un hombre que parece contar una historia, narrándola mal, desfigurándola, procurando aparecer lo más inocente posible. Escuchadle: no fué él quien cometió tal pecado de impureza, fué otro que le solicitó, como si él no fuese dueño de seguir o no su consejo. No fué él quien montó en cólera, fué su vecino que le dirigió una palabra picante. Faltó a la Misa, es verdad; mas fué por culpa del compañero. Una vez comió carne en día prohibido; mas, si no se le hubiera incitado a ello, no lo habría hecho. Ha hablado mal, pero es por causa del que se hallaba junto a él. Digámoslo mejor: el marido acusa a la mujer, la mujer al marido; el hermano a la hermana, y la hermana al hermano; el amo al criado, y el criado procura en todo lo posible descargarse en el dueño. Al rezar el *Confiteor* se acusan ellos mismos, ya que dicen: «por mi culpa»; dos minutos después, excúsanse ellos y acusan a los demás. Ni humildad, ni sinceridad, ni dolor: tales son las disposiciones de aquellos que sólo se confiesan una vez al año. Por la manera de declarar sus pecados, el pobre sacerdote comprenderá claramente la falta de disposiciones para recibir la absolución. ¿Quiere acaso dilatar ésta por algún tiempo, a fin de evitar un sacrilegio? Escuchadlos: comienzan por quejarse diciendo que no dispo-

nen de tiempo para volver y que otro día no van a estar mejor preparados ; y acabarán diciéndoos que, si no se los quiere escuchar hoy, irán a otro menos escrupuloso, que los *despachará* sin reparos... ¡ Como si el confesor no pudiese vivir sin ellos, pobres ciegos !... Juzgad, pues, después de lo dicho, cuáles sean sus disposiciones. El sacerdote ve muy claramente, por la manera como se acusan, que aquellas confesiones no son íntegras, que aquellos infelices no lo declaran todo ; vese precisado a hacerles mil preguntas ; no declaran ni el número ni las circunstancias que cambian la especie. Hay ciertos pecados que ellos quisieran pasar por alto, mas tampoco se atreven a callarlos completamente. ¿ Qué hacen entonces ? Los declaran a medias, como si el confesor pudiese conocer lo que pasa en su corazón. Conténtanse con narrar en globo las culpas, sin ni tan sólo distinguir los pensamientos de los deseos. El sacerdote preguntará : ¿ Has tenido nunca pensamientos de orgullo, de vanidad, de venganza o de impureza ? Ya sabes que todas estas cosas son pecado mortal cuando se consiente en ellas voluntariamente. ¿ Has cometido alguna de estas faltas ? — Puede que sí, mas no me acuerdo de ello con exactitud. — Pero es preciso declarar aproximadamente el número, sin lo cual tus confesiones nada valen. — ¡ Ah ! señor, ¿ cómo queréis que me acuerde de todos los pensamientos que he tenido durante un año ? Ello me resulta imposible. — ¡ Ah ! Dios mío, ¡ qué confesiones, o mejor, qué sacrilegios !... No, H. M., casi nunca se acusan, en tales casos, de las circunstancias que agravan el pecado y que pueden convertirlo en mortal. Oíd cómo se acusan : Me emborraché, he calumniado al prójimo, he pecado contra la santa virtud de la pureza, he reñido con el prójimo, me he vengado. Si el confesor no pregunta otra cosa, ellos no dicen más. — Pero, dirá el confesor, ¿ cuántas veces has hecho esto ? ¿ Has cometido estos pecados en

la iglesia? ¿Ha sido ello en el santo día del domingo? (1). ¿Ha sido delante de tus hijos o de tus criados? ¿Lo vió mucha gente? ¿La reputación de tu prójimo ha experimentado algún daño? Esos pensamientos de orgullo ¿te han venido en la iglesia, durante la celebración de la santa Misa? ¿Los has entretenido mucho tiempo? Los pensamientos contrarios a la santa virtud de la pureza, ¿han ido acompañados de malos deseos? Aquel otro pecado ¿fué por inconsideración o por malicia? ¿Has, tal vez, añadido pecado sobre pecado, pensando que lo mismo te costaría acusarte de pocos que de muchos? Hay otros que, no contentos con omitir todo detalle en sus confesiones, os dicen que no tienen nada que reprocharse, que no tienen tiempo, que les es preciso marcharse en seguida. ¡No tienes tiempo, amigo! vete, pues. Lo mismo da que te quedes o te vayas.

¡Oh, Dios mío! ¡qué disposiciones! ¡Oh, Dios mío! ¿son esos tales, pecadores que vienen para llorar sus culpas? Hay que reconocer, no obstante, que algunos hacen todos los posibles para examinarse bien, y declaran sus pecados del mejor modo que pueden; mas con tanta indiferencia, con tal frialdad, con una tan grande insensibilidad, que desgarran el corazón del pobre sacerdote. ¡Nada de suspiros, nada de gemidos, nada de lágrimas! ¡ni la menor señal de las que indican el dolor que causan los pecados! Y, con todo, para que el sacerdote les dé la absolución es preciso que quede persuadido de que están en mejores disposiciones que las que manifiestan. Bien sé que las lágrimas y suspiros no son señal infalible de contri-

---

(1) Parece insinuar el Santo que la circunstancia de ser domingo agrava el pecado.

Aunque hay muchos teólogos de esta opinión, la mayor parte admiten lo contrario. La circunstancia de ser domingo, a menos que ella sea intentada y querida positivamente por el pecador al cometer el pecado, no aumenta la malicia de la falta.



ción y conversión ; no es raro ver gentes que lloran sus pecados en el tribunal de la penitencia, y no por ello son mejores cristianos. Mas también es muy impropio narrar con tanta frialdad e indiferencia lo que debe necesariamente entristecernos y excitar nuestras lágrimas. Si un hombre tuviese la seguridad de alcanzar el perdón con tal que confesase su crimen, inútil es decir que lo haría dejando correr abundantes lágrimas, siquiera por la esperanza de que su exterior logrará mover el corazón del juez que ha de perdonarle. Ved lo que hace un enfermo : cuando descubre al médico sus llagas, no tardaréis a oír sus gemidos y veréis surcado por las lágrimas su rostro. Mirad lo que hace un amigo al contaros sus penas : su gesto, el tono de su voz, la manera de expresarse, todo en él os pinta su tristeza y dolor. ¿Por qué, H. M., nada de todo esto aparece cuando nos acusamos de los pecados? ¿No lo has notado, amigo mío? ¿O quizá a menudo te habrás admirado de ello? Pues voy ahora a indicarte la razón : es que tu corazón no está más conmovido que tus palabras, es que tu interior se parece al exterior ; tus pecados no te causan mayor dolor del que das muestra. Lo cual no es difícil de comprender, al considerar que, después de haber cumplido el precepto pascual, te manifiestas tan poco cristiano ; no eres ni más bueno, ni menos pecador que antes.

III. — Hemos dicho que el pesar de haber ofendido a Dios, cuando es sincero y verdadero, debe incluir en sí necesariamente la voluntad de no volver a pecar ; y si tal voluntad es sincera, nos llevará a ser vigilantes sobre nuestros actos ; a arrepentirnos de los malos pensamientos, sean de venganza, sean de impureza, tan pronto nos demos cuenta de ellos ; a huir las ocasiones que nos inducen a pecar ; a no omi-

tir nada de lo que pueda corregirnos de los malos hábitos que hemos contraído. Pues bien, amigo mío, tu voluntad de no volver a ofender a Dios no ha sido sincera, toda vez que se te ha visto en las tabernas, y se te ve aún en tales lugares; te han encontrado y se te encuentra junto a tal compañía, con la cual cometiste aquel pecado. Has de convenir conmigo en que no hiciste esfuerzo alguno extraordinario para vivir mejor de lo que viviste durante el pasado año. ¿Por qué esto, amigo mío? ¿Por qué? Helo aquí: es que de ninguna manera desearías corregirte, es que tu confesión ha sido sólo una mentira y tu contrición un simulacro de penitencia.

¿Quieres una segunda prueba? Aquí la tienes. ¿De qué te acusaste el año pasado? ¿De borrachera, de impureza, de orgullo, de cólera, de negligencia en el servicio de Dios? Y ¿de qué te has acusado este año? De lo mismo. ¿De qué te acusarás el año que viene, si vives? De lo mismo todavía. ¿Por qué esto, H. M.? Porque no tenéis un deseo sincero de llevar una vida más cristiana; os confesáis como si fueseis a hacer un pago y poder decir que habéis cumplido la Pascua; o, si queréis decir la verdad, reconoceréis que os confesáis todos los años para añadir un nuevo pecado a los antiguos: diciendo esto con franqueza, declararíais exactamente lo que habéis hecho. Y no os dais cuenta de que, en todo ello, hay de por medio el demonio que os engaña. Si el maligno espíritu os propusiese abandonarlo todo, a los que tenéis la costumbre de confesaros una vez al año, os repugnaría y no quisierais creerle. Por esto, para lograr teneros algún día en sus garras, se contenta con manteneros constantemente en vuestros malos hábitos. ¿Dudáis acaso de esto que os digo? Examinad vuestro comportamiento, y ved si, después de tantos años en que os confesáis por Pascua, os corregisteis del menor pe-

cado; hablaría mejor si dijese que cada año que pasa os hunde más y más profundamente en los abismos de la culpa.

Pero, me diréis, todo esto no es, ciertamente, para animarnos a cumplir puntualmente el precepto de la Pascua. — Está bien; mas ¿para qué engañaros? Bastante hay con el demonio, para que haya de mezclarme yo en sus engaños. Os digo la verdad tal cual es; vosotros haréis lo que os parezca. Yo me porto con vosotros a semejanza de un médico en medio de una muchedumbre de enfermos: empieza por proponer a cada uno los remedios apropiados para restablecer su salud; a los que desprecian tales remedios, los deja de lado; mas a los que están dispuestos a tomarlos, los instruye acerca de la manera de practicarlo, les indica el provecho que les reportará el hacerlo según la forma y condiciones que él les prescribe, pero al mismo tiempo les hace ver el mal que tales medicinas les van a causar si no practican todo cuanto les ordena, al servirse de ellas. Sí, H. M., yo hago lo mismo: pongo a vuestra consideración cuán grandes sean los provechos que nos prometen los sacramentos, o, por mejor decir, os hago ver cómo, si no frecuentamos los sacramentos, no podremos nunca ver a Dios, y nos condenaremos irremisiblemente. A los que, ya por ignorancia, ya por impiedad, desprecian esos saludables remedios, los únicos capaces de reconciliarlos con Dios, los dejo de lado, como aquel médico dejaba a los enfermos que rehusaban sus remedios. Mas a los que expresan el deseo de valerse de ellos, es absolutamente necesario darles a conocer las disposiciones de que deben estar adornados. Tal vez, H. M., cuanto acabo de deciros, os causará cierta inquietud acerca de vuestras confesiones pasadas: esto es lo que deseo de todo corazón, a fin de que, vivamente movidos por la gracia de Dios y excitados por los remordi-

mientos de conciencia, aceptéis los medios que Dios os ofrece todavía para salir del pecado.

Mas, dirá alguno, ¿qué debe hacerse para reparar todo aquello? — ¿Quieres saberlo, amigo mío? Helo aquí. Has de comenzar de nuevo tus confesiones, desde el punto en que puedas juzgar que empezaste a hacerlas sin contrición; te acusarás del número de confesiones y comuniones; dirás también si disimulaste algún pecado y si hiciste algún esfuerzo para evitar las recaídas. Para que tus confesiones puedan consolarte, es preciso que cada una de ellas haya obrado en ti algún cambio; es preciso que hagas lo que nos dice el Evangelio del día de Pascua, hablando de Jesucristo, quien, una vez salido del sepulcro, jamás volvió a entrar en él (1); lo mismo habéis de hacer vosotros: después de haber confesado vuestros pecados, jamás debéis volver a cometerlos. Es preciso que a los impulsos de cólera y a ese aire altanero con que os mostráis a la menor injuria, substituyan en vuestro corazón la dulzura, la bondad y la caridad. Olvidabais vuestras oraciones de la mañana y de la noche, o se os veía hacerlas sin atención y respeto; si ahora habéis dejado verdaderamente el pecado, todas las mañanas y todas las noches se os verá entregaros a la oración con aquella atención y aquel respeto que debe inspirar siempre la presencia de Dios. El santo día del domingo soléis acudir al templo cuando los divinos oficios estaban ya muy avanzados; ahora, si habéis cumplido bien la Pascua, se os verá desde primera hora hacer los preparativos para asistir dignamente a tan grande acto. A aquella madre de familia, en lugar de vérsela correr de una casa a otra, ocupándose de las conductas ajenas, se la verá ocupada

---

(1) *Christus resurgens ex mortuis iam non moritur, mors illi ultra non dominabitur* (Rom., VI, 9).



en sus quehaceres, instruyendo a sus hijos, es decir, la virtud se mostrará en todos sus actos. Hará como aquella joven que durante algún tiempo se había entregado a los placeres, hasta a los más vergonzosos; pero habiendo reflexionado sobre el estado horroroso en que se hundía, y concibiendo un saludable horror de sí misma, se convirtió. Pasado algún tiempo, se encontró con un joven que había sido compañero suyo en los días de placer; al verla, comenzó a hablar con ella el mismo lenguaje de otro tiempo; pero miróle ella con aire de desprecio e indignación, recordando la parte que aquel desgraciado había tenido en sus ofensas contra Dios. Admirado el joven, le dijo que sin duda no le conocía. «¡Ah! desgraciado, demasiado te conocí. Veo muy bien que eres siempre el mismo, sepultado en el fango del crimen; mas yo, gracias a Dios, soy enteramente otra; he dejado ya para siempre ese maldito pecado que tanto había desfigurado mi pobre alma. ¡Ah!, no, ¡morir primero mil veces antes que recaer en mis pasados crímenes!» ¡Oh! ¡hermoso ejemplo para un cristiano que ha tenido la desgracia de pecar!

¿Qué debemos deducir de todo esto? Vedlo, H. M. Si no queréis condenaros, no os contentéis con confesar los pecados una vez al año; ya que, mientras os halláis en estado de pecado, corréis peligro de pecar en él y perderos por toda una eternidad. Si habíais tenido la desgracia de callar, por temor o por vergüenza, algún pecado, o si os confesasteis sin contrición y sin deseo de corregiros; o hasta, si después de tantos años de confesaros no notáis cambio alguno en vuestra vida: deducid de aquí que vuestras confesiones nada valen, y, por consiguiente, no fueron otra cosa que sacrilegios y abominaciones que van a echaros en lo profundo del infierno. A aquellos que no cumplen el precepto pascual, nada tengo que decirles;

ya que, si quieren condenarse a toda costa, son ellos muy dueños de hacerlo. Lloremos su desgracia, roguemos a Dios por ellos : la caridad que para los demás hemos de tener, a ello nos obliga. Pidamos a Dios que no nos deje caer en tal ceguera. Resistamos valerosamente al mundo y al demonio. Suspiremos sin cesar por nuestra verdadera patria que es el cielo, nuestra gloria, nuestra recompensa y nuestra felicidad. Esto es lo que a todos deseo...

## SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE PASCUA

### SOBRE LA PERSEVERANCIA

*Qui autem perseveraverit usque  
in finem, hic salvus erit.*

Aquel que persevere hasta el fin,  
será salvo.

(S. Mat., X, 22).

Aquel, nos dice el Salvador del mundo, que luche y persevere hasta el fin de sus días, sin ser vencido, o que al caer haya sabido levantarse y perseverar, será coronado, es decir, salvado: palabras, H. M., que deberían helar nuestra sangre y hacernos temblar de espanto, si considerásemos, por una parte, los peligros a que estamos expuestos, y por otra, nuestra debilidad y el número de enemigos que nos rodean. No nos admire que los más grandes santos hayan dejado a sus parientes y amigos, hayan abandonado sus bienes y placeres, para ir a sepultarse en vida en medio de la selva agreste, a llorar sus pecados entre los peñascos, a encerrarse entre cuatro paredes para llorar allí durante el resto de sus días, a fin de quedar libres y desembarazados de todo tráfigo mundano, y no ocuparse en otra cosa que en combatir a los enemigos de su salvación, persuadidos de que el cielo sólo sería concedido a su perseverancia. — Mas, me dirá alguno, ¿qué es perseverar? — Helo aquí, amigo mío. Es estar pronto a sacrificarlo todo: los bienes, la voluntad, la libertad, la vida misma, antes que desagra-

dar a Dios. — Pero, me dirás aún, ¿qué viene a ser no perseverar? — Helo aquí. Es recaer en los pecados que habíamos ya confesado, es seguir las malas compañías que nos indujeron al pecado, el mayor de todos los males, ya que por él hemos perdido a Dios, hemos atraído sobre nosotros toda su cólera, hemos arrebatado al cielo nuestra alma y la arrastramos al infierno. ¡ Ah ! Quiera Dios que los cristianos que tienen la dicha de reconciliarse con El mediante el sacramento de la Penitencia, comprendan esto bien ! Para daros, pues, una idea de ello, voy ahora a mostraros los medios que debéis adoptar para perseverar en la gracia que recibisteis en el santo tiempo pascual. Hallo que los principales son cinco, a saber : la fidelidad en seguir los movimientos de la gracia de Dios, huir de las malas compañías, la oración, la frecuencia de sacramentos y, por fin, la mortificación.

Hoy sí que, a lo menos una tercera parte de los que me estáis oyendo, podréis decir que lo que escucháis no va con vosotros. ¡ Yo, hablaros de la perseverancia ! ¡ soy pues un mal pastor, no vengo más que a trabajar para vuestra perdición ! ¡ Será que el demonio se sirve de mí para acelerar vuestra reprobación ! voy a hacer todo lo contrario de lo que Dios me ha ordenado : El me envía en medio de vosotros para salvaros, ¡ y mi tarea sería conducirlos a los abismos ! ¡ Yo, ser el cruel verdugo de vuestras almas ! ¡ Dios mío ! ¡ qué desdicha ! ¡ Yo, hablaros de perseverancia ! pero si este lenguaje solamente conviene a los que de veras dejaron el pecado, y están en la firme resolución de perder mil vidas antes que volverlo a cometer ; mas ¡ decir a un pecador que persevere en sus desórdenes ! ¡ Oh, Dios mío ! ¿ seré yo la criatura más desgraciada que haya sostenido la tierra ? No, no, no es éste el lenguaje que debiera usar. ¡ Ah ! lo que debo decir es : cesa, amigo mío, de perseverar ; ¡ ah ! cesa de perseve-



rar en tu deplorable estado, de lo contrario te vas a condenar. ¡Yo, decir a este hombre que desde tantos años no cumple el precepto de la Pascua, o lo cumple mal, que persevere! ¡No, no, amigo, si perseveras, estás perdido, el cielo nunca será para ti! ¡Yo, decir que persevere, a aquella persona que se contenta con cumplir el precepto pascual!, pero ¿no sería esto atarle una venda en los ojos y arrastrarla al infierno? ¡Yo, decir que perseveren, a aquellos padres y madres que cumplen la Pascua, mas dejan suelta la rienda a sus hijos! ¡Ah! no, no quiero ser el verdugo de su pobre alma. ¡Yo, decir que perseveren, a aquellas jóvenes que han cumplido el precepto, con el pensamiento y el deseo de volver a sus danzas y placeres! ¡Oh! ¡desdichado de mí! ¡oh, horror! ¡oh, abominación! ¡oh, cadena de crímenes y de sacrilegios! ¡Yo, decir que perseveren, a aquellas personas que sólo frecuentan los sacramentos cinco o seis veces al año, y no dan muestras de cambio alguno en su manera de vivir: las mismas quejas en sus penas, los mismos arrebatos, la misma avaricia, la misma dureza para con los pobres; siempre igualmente dispuestos a calumniar y a manchar la reputación del prójimo... ¡Oh, Dios mío! ¡cuántos cristianos ciegos y entregados a la iniquidad! ¡Yo, decir que perseveren, a aquellas personas que sin escrúpulo, o por respeto humano, comen carne los días prohibidos, y trabajan sin remordimiento el santo día del domingo! ¡Oh, Dios mío! ¡qué desgracia! ¿A quién me he de dirigir? No lo sé.

¡Ah! no, no, H. M., no es de la perseverancia en la gracia de lo que debería hablaros hoy! ¡Ah! mejor sería pintaros el estado horrible y desesperado de un pecador que no cumplió el precepto pascual, o lo cumplió mal y persevera en tal estado. ¡Ah! pluguiese a Dios que me fuese permitido pintar ante vuestros ojos la desesperación de un pecador citado ante el tribunal

de su juez, cuyas manos empuñan rayos y centellas, y daros a escuchar esos torrentes de maldición : «Anda, réprobo maldito, anda, endurecido pecador, anda a llorar tu vida criminal y tus sacrilegios. ¡ Oh ! no tienes bastante con haber vivido en la corrupción durante toda tu vida... » Y aun sería preciso llevarlos hasta la puerta del infierno, antes que el demonio los precipite allí para no salir jamás, a fin de que oyesen los gritos, los alaridos de aquellos desgraciados réprobos, y a fin de que pudiesen ver el sitio que en aquel lugar tienen destinado. ¡ Oh, Dios mío ! ¿ les sería posible vivir ? Un cielo perdido... un infierno... una eternidad... Despreciaron, profanaron los sufrimientos... ¿ qué digo yo los sufrimientos ? la muerte de un Dios... Tal es la recompensa de perseverar en el pecado ; sí, tal es el asunto que debiera hoy tratar. Mas hablaros de la perseverancia, que supone la existencia de un alma que teme el pecado más que la muerte misma, que emplea sus días en el amor de Dios ; un alma, digo, desnuda de toda afección terrena, cuyos anhelos sólo tienen el cielo por objeto... Pero ¿ dónde queréis que vaya ? ¿ dónde podré encontrar esa alma ! ¡ Ah ! ¿ dónde está ? ¿ cuál es el afortunado país que la posee ? ¡ Ay ! ninguna o casi, ninguna he hallado yo. ¡ Oh, Dios mío ! tal vez Vos veáis alguna, desconocida por mí. Hablaré, pues, como si estuviese seguro de que hay una o dos a lo menos, y les mostraré los medios que deben emplear para continuar la senda feliz que han comenzado. Escuchadme bien, almas santas, si es que por ventura se halla alguna entre los que me oyen, escuchad atentamente lo que Dios va a deciros por mi boca.

I. — Digo, pues, en primer lugar, que el primer medio para perseverar en el camino que conduce al cielo, es ser fiel en seguir y aprovechar los movimientos de la gracia que Dios tiene a bien concedernos. Los

santos no deben su felicidad más que a su fidelidad en seguir los movimientos que el Espíritu Santo les enviara, así como los condenados no pueden atribuir su desdicha a otra cosa que al desprecio que de tales movimientos hicieron. Esto solo debe bastar para haceros sentir la necesidad de ser fieles a la gracia.—Pero, me dirá alguno, ¿por qué medio vamos a conocer si correspondemos o resistimos a lo que la gracia quiere de nosotros? — Si no lo sabes, amigo, escúchame un momento y conocerás lo más esencial. Digo, ante todo, que la gracia es un pensamiento que nos hace sentir la necesidad de evitar el mal y de hacer el bien. Entretenemos en algunos detalles familiares, a fin de que lo comprendas mejor, y así verás cuándo eres fiel a la gracia y cuándo resistes a ella. Por la mañana, al despertarte, Nuestro Señor te sugiere el pensamiento de consagrarle tu corazón, de ofrecerle los trabajos del día, y de rezar en seguida, de rodillas, las oraciones de la mañana : si lo practicas así, prontamente y de todo corazón, sigues el movimiento de la gracia ; mas si no lo practicas, o lo haces mal, entonces dejas de seguir tal movimiento. En otra ocasión, sentirás de pronto el deseo de ir a confesarte, de corregir tus defectos, y dejar de ser lo que al presente ; pensarás que, si llegases a morir, serías condenado. Si sigues esas buenas inspiraciones que Dios te envía, eres fiel a la gracia. Mas tú dejas pasar esto sin hacer nada. Te viene el pensamiento de dar alguna limosna, de practicar alguna penitencia, de asistir a Misa los días laborables, de hacer que asistan también tus criados ; mas no lo haces. Aquí tenéis, H. M., lo que es seguir los movimientos de la gracia o resistir a ellos. Todo esto viene comprendido bajo el nombre de «gracias interiores». En cuanto a las llamadas «gracias exteriores», podemos citar como ejemplo una buena lectura, la conversación con una persona virtuosa, que os hará sentir la necesidad de cambiar

de vida, de servir mejor al buen Dios, los remordimientos que vais a tener a la hora de la muerte; o también el buen ejemplo de otras personas presentándose repetidamente ante vuestros ojos, como si os estimulase a convertirlos; o también un sermón o instrucción religiosa que os enseñe los medios que se han de emplear para servir a Dios y cumplir vuestros deberes para con El, para con vosotros mismos y para con el prójimo. Tened presente que vuestra salvación o vuestra condenación, de esas gracias dependen. Los santos, si se santifican, es por el gran cuidado que ponen en seguir todas las buenas inspiraciones que Dios les envía, y los condenados han caído en el infierno porque las despreciaron. Vais ahora a ver una prueba de ello.

Vemos, efectivamente, en el Evangelio, que todas las conversiones obradas por Jesucristo durante su vida mortal, se apoyaron en la perseverancia. ¿Cómo sabemos que San Pedro se convirtió? Bien se dice que Jesús le miró, que San Pedro lloró su pecado (1); mas ¿qué es lo que nos asegura su conversión sino el haber perseverado en la gracia, no pecando jamás? ¿Cómo ocurrió la conversión de San Mateo? Sabemos muy bien que, habiéndole visto Jesucristo en la oficina, le dijo que le siguiese, y en efecto le siguió (2); mas lo que nos certifica que su conversión fué verdadera, es el hecho de no haber vuelto a entrar en su despacho, ni haber cometido en adelante injusticia alguna; en cuanto comenzó a seguir a Jesucristo, ya no le abandonó jamás. La perseverancia en la gracia, el renunciar al pecado para siempre, fueron las señales más ciertas de su conversión. Sí, H. M., aunque vivieseis veinte o treinta años en la virtud y en la penitencia, si no perseveraseis, todo lo habríais perdido. Sí, dice

(1) Et conversus Dominus respexit Petrum... et egressus foras Petrus flevit amare (Luc., XXII, 61-62).

(2) Surgens secutus est eum (Luc., V, 27-28).



un santo obispo a su pueblo, aunque hubieseis repartido todos vuestros bienes a los pobres, aunque hubieseis desgarrado y ensangrentado vuestro cuerpo, aunque hubieseis, vos solo, sufrido tanto como todos los mártires juntos, aunque hubieseis sido deshollado como San Bartolomé, aserrado entre dos tablas como el profeta Isaías, asado a fuego lento como San Lorenzo; si, a pesar de todo esto, os faltase la perseverancia, esto es, recayeseis en alguno de los pecados ya confesados, y la muerte os sorprendiese en tal estado, todo estaría perdido para vos. ¿Quién de nosotros será salvo? ¿Aquel que habrá luchado cuarenta o sesenta años? No, H. M. ¿Será, pues, aquel que habrá encarnecido en el servicio del Señor? No, H. M., si le falta perseverancia como faltó a Salomón, de quien dice el Espíritu Santo que era el más sabio de los reyes de la tierra (1); el cual parece que debía tener bien asegurada su salvación y, sin embargo, nos deja sobre este punto en una gran incertidumbre. Saúl nos presenta aún una imagen más espantosa. Escogido por Dios para que reinase sobre su pueblo, colmado con toda suerte de favores, muere como un réprobo (2). «¡Ah! ¡desgraciado! nos dice San Juan Crisóstomo, anda con cuidado en no despreciar la gracia de tu Dios, una vez la hayas recibido. ¡Ah! yo tiemblo al considerar cuán fácilmente el pecador recae en el pecado del cual se confesó; ¿cómo se atreverá a pedir de nuevo perdón?».

Sí, H. M., para no recaer en el pecado, os bastaría, con el auxilio de la gracia, comparar la desgraciada situación a que el pecado os tenía reducidos, con aquel estado en que os coloca la gracia. Sí, H. M., el alma que recae en pecado, entrega su Dios al demonio, se

---

(1) III Reg., IV, 31.

(2) I Reg., XXXI, 6.

convierte en su verdugo, y le crucifica en su corazón ; arrebatada su alma de las manos de su Dios, la arrastra al infierno, la entrega al furor y rabia de los demonios, le cierra las puertas del cielo, y hace que sirvan para su condenación todos los sufrimientos de su Dios. ¡ Ah ! Dios mío, ¿quién, al hacer estas reflexiones, podría volver a cometer un solo pecado? Escuchad, H. M., estas terribles palabras del Salvador (1) : «Aquel que habrá luchado hasta el fin, será salvado». Al considerar esto, H. M., temblemos los que caemos a cada instante. Nunca será para nosotros el cielo, si no tenemos mayor firmeza que la que hemos mostrado hasta el presente. Mas no está aún todo aquí. ¿Fueron bien hechas vuestras confesiones? pues podría muy bien ser que perseveraseis en la práctica de la virtud y os condenaseis (2). ¿Habéis tomado siempre todas las precauciones debidas para hacer bien la confesión y la comunión? ¿Examinasteis bien vuestra conciencia antes de acercaros al tribunal de la Penitencia? ¿Declarasteis rectamente vuestros pecados tal como estaban en vuestra conciencia, sin decir, acaso, que tal cosa no era mala, que lo otro no es nada, o «lo diré otra vez»? ¿Tuvisteis verdadera contrición de los pecados, tan indispensable para que nos sean perdonados? ¿La pedisteis con fervor a Dios al salir del confesonario? ¿Habráis preferido la muerte antes que volver a cometer los pecados de que os acababais de confesar? ¿Tenéis la firme resolución de no volver a ver aquellas personas con las cuales obrasteis el mal? ¿Dais testimonio al Señor de que, si debíais volver a ofenderle, preferiríais

(1) Qui autem sustinuerit in finem, hic salvus erit. (Marc., XIII, 13).

(2) El contexto parece referirse mejor a la perseverancia en la práctica de la piedad que a la perseverancia en la práctica de la virtud, según lo indican estas palabras : «¿Fueron bien hechas vuestras confesiones?... Y más abajo : «¿Habéis tomado todas las precauciones debidas para hacer bien la confesión y la comunión?» O ¿es que el santo autor quiere hablar únicamente de una perseverancia aparente?

antes que os enviase la muerte? Y, sin embargo, aunque tengáis todas estas disposiciones, temblad siempre, vivid entre una especie de desesperación y de esperanza. Estáis hoy en amistad con Dios, mas temblad, ya que mañana tal vez mereceréis su odio y seréis reprobados. Escuchad a San Pablo, aquel vaso de elección, escogido por Dios para llevar su nombre delante de los príncipes y reyes de la tierra, que había conducido tantas almas a Dios, y cuyos ojos se anublaban a cada momento, a causa de la abundancia de lágrimas que derramaba; pues bien, repetidamente exclamaba: «¡Ay! no ceso de tratar duramente mi cuerpo, y reducirle a servidumbre, pues temo que, después de haber predicado a los demás y haberles mostrado los medios de ir al ciclo, no sea yo desterrado de allí y caiga en reprobación» (1). En otro pasaje parece tener mayor confianza, mas ¿sobre qué está fundada tal confianza? «Sí, Dios mío, exclama, soy como una víctima a punto de ser inmolada, pronto mi alma y mi cuerpo se separarán, conozco que no voy a vivir mucho tiempo; mas lo que me inspira confianza, es el haber seguido siempre los movimientos de la gracia que Dios me ha enviado. Desde el momento en que tuve la suerte de convertirme, he guiado hacia Dios tantas cuantas almas me ha sido posible, he luchado siempre, he hecho una guerra continuada a mi cuerpo. ¡Ah! ¡cuántas veces he pedido a Dios la gracia de librarme de este miserable cuerpo, siempre inclinado al mal! (2); por fin, gracias a mi Dios, voy a recibir *la recompensa del que ha luchado y perseverado hasta el fin* (3)». ¡Oh Dios mío! ¡cuán pocos son los que perseveran, y por consiguiente, cuán pocos los que se salvan!

(1) Castigo corpus meum, et in servitutem redigo: ne forte cum aliis praedicaverim, ipse reprobus efficiar (I Cor., IX, 27).

(2) Propter quod ter Dominum rogavi ut discederet a me (II, Cor., XII, 8).

(3) II Tim., IV, 8.

Leemos en la vida de San Gregorio que una dama romana le escribió para pedirle el auxilio de sus oraciones, a fin de que Dios la hiciese conocer si le habían sido perdonados sus pecados, y si, a su tiempo, recibiría ella el premio de sus buenas obras. «¡ Ah !, decía, temo que Dios no me haya perdonado !» — «¡ Ay !, contestaba San Gregorio, cosa muy difícil es lo que me pedís; sin embargo, os diré que podéis esperar el perdón de Dios y que iréis al cielo si perseveráis; mas, a pesar de todo cuanto habéis obrado, seréis condenada si no perseveráis». ¡ Ay ! ¡ cuántas veces usamos nosotros el mismo lenguaje y nos inquietamos por saber si nos vamos a salvar o a condenar ! ¡ Pensamientos inútiles, H. M. ! Escuchemos a Moisés, cuando, a punto de morir, hizo congregar las doce tribus de Israel : «Ya sabéis, les dijo, que os he amado entrañablemente, que sólo he procurado vuestro bien y vuestra salvación; ahora que voy a dar cuenta a Dios de todas mis acciones, es necesario que os avise, que os excite a no olvidar jamás esto : servid fielmente al Señor; acordaos siempre de las innumerables gracias de que os ha colmado; por más que os sea dificultoso, no os separéis jamás de El. No os faltarán enemigos que os persigan y hagan todo lo posible para hacéroslo abandonar; pero revestíos de valor, pues tenéis la seguridad de vencerlos, si sois fieles a Dios» (1).

¡ Ay ! H. M., las gracias que Dios nos concede son aún más abundantes, y los enemigos que nos rodean mucho más poderosos. Digo las gracias : porque ellos no habían recibido más que algunos bienes temporales y el maná; pero nosotros tenemos la dicha de recibir el perdón de nuestros pecados, de arrebatarnos nuestra alma del poder del infierno, y de ser alimentados, no con el maná, sino con el Cuerpo y la Sangre adorable

---

(1) Deut., XXXI.



de Jesucristo !... ¡ Oh, Dios mío ! ¡ qué dicha la nuestra !  
¿ A qué, pues, volver a trabajar continuamente para  
perder un tal tesoro ? ¡ Oh ! ¡ cuántos son los que no  
perseveran, porque les da miedo el luchar !

Leemos en la historia que un santo sacerdote halló  
un día a un cristiano dominado por un temor ince-  
sante de sucumbir a la tentación. « ¿ Por qué teméis ? »,  
le dijo el sacerdote. — ¡ Ay ! padre mío, contestó,  
temo ser tentado, sucumbir y perecer. ¡ Ah !, excla-  
maba llorando, ¿ no tengo motivos para temblar cuan-  
do tantos millones de ángeles sucumbieron en el cielo,  
cuando Adán y Eva fueron vencidos en el paraíso te-  
rrenal, cuando Salomón, que es tenido por el más sabio  
de los reyes y que había llegado al más alto grado de  
perfección, manchó sus canas con los crímenes más des-  
honrosos y vergonzosos ; cuando este hombre, después  
de haber sido la admiración del mundo, se convirtió en  
oprobio y desdoro de la humanidad ; cuando considero  
a un Judas sucumbiendo en compañía del mismo Jesu-  
cristo ; cuando tan grandes lumbreras se apagaron,  
¿ qué debo pensar de mí mismo, que no soy más que  
pecado ? ¿ Quién podrá enumerar las almas que están  
en el infierno, y que, a no ser la tentación, estarían en  
la gloria ? ¡ Oh Dios mío !, exclamaba, ¿ quién no tem-  
blará ? ¿ quién podrá tener esperanza de perseverar ? » —  
« Mas, amigo mío, le dijo el santo sacerdote, ¿ no sabéis  
lo que nos dice San Agustín, que el demonio es como  
un perro encadenado : acosa y mete mucho ruido, pero  
sólo muerde a los que se ponen a su alcance ? Tened  
confianza en Dios, huid las ocasiones de pecar, y no  
sucumbiréis. Si Eva no hubiese escuchado al demonio,  
si hubiese huído en el mismo momento en que aquél le  
propuso la transgresión de los preceptos de Dios, no  
habría sucumbido. Al veros tentado, rechazad al mo-  
mento la tentación, y, si tenéis oportunidad, haced de-  
votamente la señal de la cruz, pensad en los tormentos

que deben experimentar los réprobos por no haber sabido resistir la tentación ; elevad al cielo vuestra mirada, y veréis allí cuál sea la recompensa del que lucha ; llamad en vuestro socorro al ángel de la guarda ; echaos prontamente en brazos de la Virgen Santísima, implorando su protección : con eso tenéis la seguridad de salir victorioso de vuestros enemigos, a los cuales veréis al punto llenos de confusión».

Si sucumbimos, H. M., es porque no queremos valernos de los medios que Dios nos envía para combatir. Es preciso, sobre todo, estar bien convencidos de que, por nuestra parte, no podemos hacer otra cosa que perdernos ; mas, con una gran confianza en Dios, lo podemos todo. Mirad a San Felipe Neri ; decía él a Dios con frecuencia : «¡ Ay ! Señor, sostenedme, soy tan malo, que me parece que a cada instante voy a haceros traición ; soy tan poca cosa, que hasta cuando salgo para hacer una buena obra, digo para mí : Sales cristiano, tal vez volverás a entrar como un pagano, después de haber renegado de tu Dios». Un día, creyéndose solo en un lugar desierto, púsose a gritar : «¡ Ay ! ¡ estoy perdido, estoy condenado !» Alguien que le oyó, se acercó a él y le dijo : «Amigo, ¿ es que desesperáis de la misericordia de Dios ? ¿ por ventura no es infinita ?» — «¡ Ay ! le dijo aquel gran Santo, no es que desespere, sino que espero mucho ; digo que estoy perdido y condenado, si Dios me abandona a mí mismo. Cuando considero que tantas personas habían perseverado hasta el fin, y una sola tentación las perdió : esto es lo que me hace temblar noche y día, temiendo ser del número de aquellos desgraciados».

¡ Ay ! H. M., si todos los santos temblaron durante su vida por temor de no perseverar, ¡ qué será de nosotros que, sin virtudes, casi sin confianza en Dios, cargados de pecados, no ponemos diligencia alguna en librarnos de los lazos que el demonio nos tiende : nos-

otros que andamos cual ciegos en medio de los mayores peligros, que dormimos tranquilamente en medio de una turba de enemigos, encarnizadamente interesados en nuestra perdición! — Pero, me dirá alguno, ¿qué deberemos hacer para no sucumbir? — Helo aquí, amigo mío: hay que huir las ocasiones que otras veces nos hicieron caer; recurrir constantemente a la oración y, por fin, recibir con frecuencia y dignamente los sacramentos; si lo practicas así, si sigues este camino, ten seguridad de que vas a perseverar; pero, si no tomas estas precauciones, en vano tomarás otras medidas, forzosamente vendrás a caer y perderte.

II. — He dicho, en segundo lugar, que, en cuanto os sea posible, debéis huir del mundo, ya que su lenguaje y su manera de vivir son enteramente opuestos a lo que un cristiano debe hacer, es decir, son incompatibles con el comportamiento de una persona que anda en busca de los medios más seguros para llegar al cielo. Interrogad a Santa María Egipciaca, que dejó el mundo y pasó su vida en el corazón de un espantoso desierto; ella os dirá que es imposible salvar el alma y agradar a Dios sin huir del mundo, pues por todas partes se hallan lazos y emboscadas; y, siendo el mundo contrario a Dios, es preciso despreciarlo y abandonarlo para siempre. ¿Dónde oísteis aquellas canciones malas, aquellos dichos infames, que son causa de una infinidad de pensamientos y deseos perversos? ¿no fué precisamente al hallaros en compañía de aquellos libertinos? ¿Quién os hizo formular aquellos juicios temerarios? ¿no fué al oír hablar del prójimo en compañía de aquel maldiciente? ¿Quién os indujo al hábito de dar miradas o tener tocamientos abominables con vosotros mismos o con los demás? ¿no fué ello por haber frecuentado la compañía de aquel impúdico? ¿Cuál es la causa de que no recibáis ya los sacramentos? ¿no ocurre ello

desde que os tratáis con aquel impío, el cual ha procurado haceros perder la fe diciéndoos que todo cuanto predica el sacerdote son tonterías, que la religión es sólo para dominar a la juventud; que es cosa de imbéciles ir a contar a un hombre lo que uno ha hecho; que toda la gente ilustrada se burla de todo esto? (entiéndase, hasta la hora de la muerte; entonces habrán todos de reconocer que se habían engañado) (1). Pues bien, amigo mío, ¿sin aquella mala compañía, te habrían ocurrido tales dudas? Indudablemente que no. Dime, hermana mía, ¿desde cuándo sientes tanto gusto por los placeres, las danzas y bailes, las reuniones y los atavíos mundanos? ¿no es, por ventura, desde que frecuentas aquella mujer mundana, la cual no contenta aún con haber perdido su pobre alma, está ocasionando también la perdición de la tuya? Dime, amigo, ¿cuánto tiempo hace que frecuentas las tabernas y casas de juego? ¿no es desde que conociste aquel desenfrenado? Dime, ¿desde cuándo se te oye vomitar toda suerte de juramentos y maldiciones? ¿no es desde que estás al servicio de aquel dueño cuya boca y cuya garganta no son más que un canal de abominaciones?

Sí, H. M., en el día del juicio, cada libertino verá a otro libertino pedirle su alma, su Dios y su gloria. ¡Ah! desgraciado, se dirán unos a otros, vuélveme el alma que me perdiste, y restitúyeme el cielo que me arrebataste. Desgraciado, ¿dónde está mi alma? arrán-

---

(1) San Gregorio Magno, — San León Magno, — San Agustín, — Masillón. — Sabido es que Voltaire y otros, a la hora de la muerte, confesaron que se habían engañado, es decir, que vivieron como impíos, y que murieron en la impiedad. (Nota del autor).

El santo autor, en esto, está de acuerdo con el libro de la Sabiduría, que nos muestra a los impíos hablando así de los justos en el día del juicio: «He aquí a los que en otro tiempo habíamos hecho blanco de nuestras burlas y mofas. Nosotros, insensatos, mirábamos su vida como una locura y su muerte como algo deshonroso. Mas ahora son contados en el número de los hijos de Dios, y tienen su herencia entre los Santos...» (Sap., V, 2 y sig.).



cala del infierno donde me has arrojado. ¡ Ah !, a no ser por ti, no habría cometido aquel pecado que es causa de mi condenación. No, no, yo no tenía de ello conocimiento. No, no, jamás hubiera tenido tal pensamiento ; ¡ ah ! ¡ hermoso cielo que tú me has hecho perder ! ¡ Adiós, cielo delicioso que tú me has arrebatado ! ¡ Sí, cada pecador se arrojará sobre el que le dió malos ejemplos y le indujo a cometer los primeros pecados. ¡ Ah !, dirá, ojalá no te hubiese nunca conocido ! ¡ Ah ! si a lo menos hubiese yo muerto antes de verte, ahora estaría en el cielo ; mas no es ya para mí... Adiós, hermoso cielo, por muy poca cosa te perdí... No, H. M., nunca perseveréis si no huís de las compañías mundanas ; en vano querréis salvaros ; no tendréis más remedio que condenaros. O el infierno o la huída, no hay término medio. Determinad cuál de los dos extremos preferís. Desde el momento en que un joven o una joven siguen sus placeres, son joven y doncella condenados... En vano diréis que no obráis mal, que quizá sea yo algo escrupuloso. No puedo menos de repetiros que siempre vendremos a parar en lo mismo, a saber : que, si no cambiáis, un día estaréis en el infierno ; y no solamente lo veréis esto, sino que, además, lo sentiréis. Echemos un velo sobre esta materia, H. M., y pasemos a otro asunto.

III. — He dicho, en tercer lugar, que la oración es absolutamente necesaria para acertar a perseverar en la gracia, después de haber recibido ésta en el sacramento de la Penitencia. Con la oración todo lo podéis, sois dueños, por decirlo así, del querer de Dios ; mas, sin la oración, de nada sois capaces. Esto es suficiente para mostraros la gran necesidad de la oración. Todos los santos comenzaron su conversión por la oración y por ella perseveraron ; y todos los condenados se perdieron por su negligencia en la oración. Digo, pues,

que la oración nos es absolutamente necesaria para perseverar ; mas debo distinguir : no una oración hecha dormitando, sentado en una silla, o tendido en el lecho ; no una oración hecha vistiéndose, desnudándose o andando ; no una oración hecha mientras se aviva la lumbre, o se reprende a los hijos o a los criados ; no una oración hecha dando vueltas al gorro o al sombrero que se tiene entre las manos ; no una oración hecha besando a los hijos o arreglándoles el pañuelo o el delantal ; no una oración hecha mientras se tiene el espíritu ocupado en tal o cual persona ; no una oración hecha precipitadamente como algo que nos fastidia, esperando sólo el momento de librarnos de ella : esto no es orar, es insultar a Dios. Lejos de hallar en ella un medio de asegurar nuestra perseverancia, constituye ella misma una caída ; ya que, en vez de alcanzar mediante su virtud un nuevo grado de gracia, Dios nos retira la que nos concediera, para castigar así el desprecio que hacemos de su presencia. En lugar de debilitar a nuestros enemigos, los fortalecemos ; en lugar de arrancarles las armas con que nos combaten, les proporcionamos otras nuevas ; en lugar de aplacar la justicia de Dios, la irritamos más y más. Tal es, H. M., el provecho que sacamos de nuestras oraciones.

Mas la oración de que os hablo, tan poderosa cerca de Dios, que nos atrae tantas gracias, que parece hasta sujetar la voluntad de Dios, que parece, por decirlo así, forzarle a concedernos lo que le pedimos, viene a ser una oración hecha al impulso de una especie de desesperación y de esperanza. Digo desesperación, considerando nuestra indignidad y el desprecio que hicimos de Dios y de sus gracias, reconociéndonos indignos de comparecer ante su divina presencia y de atrevernos a pedir perdón después de haberlo recibido ya tantas veces y pagado siempre con ingratitud, lo cual debe llevarnos, en todos esos momentos de nuestra vida, a creer

que la tierra va a abrirse debajo de nuestros pies, que todos los rayos del cielo están a punto de caer sobre nuestras cabezas, y que todas las criaturas claman venganza en vista de los ultrajes que hemos inferido a su Criador; y allí, temblando delante de El, estamos aguardando a ver si Dios lanzará sobre nosotros un rayo que nos aplaste, o si se dignará perdonarnos una vez más. Con el corazón quebrantado de dolor por haber ofendido a un Dios tan bueno, dejamos correr nuestras lágrimas de contrición y de gratitud; nuestro corazón y nuestra mente hállanse abismados en la profundidad de nuestra nada y en la grandeza de Aquel a quien hemos ultrajado y el cual nos deja aún la esperanza del perdón. Lejos de mirar el tiempo de la oración como un momento perdido, lo tenemos por el más feliz y precioso de nuestra vida, puesto que un cristiano pecador no debe tener en este mundo otras ocupaciones que llorar sus pecados a los pies de su Dios; lejos de considerar como primeros los negocios temporales y preferirlos a los de su salvación, los mira el cristiano como cosas de nada, o mejor, como obstáculos para su salud espiritual; no le preocupan sino en cuanto Dios le ordena que cuide de ellos, plenamente convencido de que, si él no los gestiona, otros cuidarán de hacerlo; pero que si no tiene la dicha de alcanzar el perdón y tener a Dios propicio, todo está perdido, ya que nadie cuidará de ello. No deja la oración sino con gran pena, los momentos empleados en la presencia de Dios le parecen brevísimos, pasan como el fulgor de un rayo; si su cuerpo sale de la presencia de Dios, su corazón y su mente se quedan constantemente delante de la divinidad. Durante la oración, no hay que pensar en trabajo alguno, ni en arrellanarse en una poltrona, ni en tenderse en el lecho...

He dicho que el cristiano debe estar entre la desesperación y la esperanza. Digo la esperanza, consideran-

do la grandeza de la misericordia del Señor, el deseo que El tiene de hacernos felices, lo que ha hecho para merecernos el cielo. Animados por un pensamiento tan consolador, nos dirigiremos a El con gran confianza, y, como San Bernardo, le diremos: «Dios mío, esto que os pido no lo he merecido, mas lo merecisteis Vos por mí. Si me lo concedéis, es solamente porque sois bueno y misericordioso». Animado por estos sentimientos, ¿qué hace un cristiano? Vedlo aquí. Penetrado del más vivo reconocimiento, toma la resolución firme de no ultrajar jamás a un Dios que acaba de otorgarle el perdón. Tal es, H. M., la oración a que quiero referirme como cosa absolutamente necesaria para obtener el perdón y el don precioso de la perseverancia.

IV. — En cuarto lugar, hemos dicho que, para tener la dicha de conservar la gracia de Dios, debíamos frecuentar los sacramentos. Un cristiano que use santamente de la oración y de los sacramentos, aparece formidable ante el demonio, cual un dragón (1) montado sobre un corcel, los ojos centelleantes, armado con su coraza, su espada y sus pistolas, en presencia de un enemigo desarmado: su sola presencia le hace retroceder y emprender la fuga. Mas haced que descienda de su caballo y abandone sus armas: pronto su enemigo se le echa encima, le huella con sus pies, y coge cautivo al que, provisto de armas, con su sola presencia parecía aniquilar al enemigo. Imagen sensible de un cristiano provisto de las armas de la oración y los sacramentos. Sí, sí, un cristiano que ore y que frecuente los sacramentos con las disposiciones necesarias, es más formidable ante el demonio que ese dragón de que acabo de hablaros. ¿Qué es lo que hacía a San Antonio tan terrible ante las potencias del infierno, si no

---

(1) Soldado de caballería. (N. del Tr.).



la oración? Oíd cómo le hablaba cierto día el demonio : decíale que era él su más cruel enemigo, pues le hacía sufrir tanto. «¡ Ah ! cuán poca cosa eres, le dijo San Antonio ; yo que no soy más que un pobre solitario, que no puedo sostenerme sobre mis pies, con una simple señal de la cruz provocho tu huída.» Ved además lo que el demonio dijo a Santa Teresa, a saber, que por lo mucho que ella amaba a su Dios, por su frecuencia de sacramentos, en el lugar donde ella había pasado no podía él ni respirar. ¿ Por qué ? Porque los sacramentos nos dan tanta fuerza para perseverar en la gracia de Dios, que jamás se ha visto a un santo apartarse de los sacramentos y perseverar en la amistad de Dios ; y porque en los sacramentos hallaron cuantas fuerzas les eran necesarias para no dejarse vencer del demonio. Os indicaré aquí la razón de ello. Cuando oramos, Dios nos envía amigos, ora sea un santo, ora un ángel, para consolarnos ; así sucedió a Agar, la esclava de Abraham (1), al casto José cuando estaba en prisión, y también a San Pedro... ; nos hace sentir con mayor fuerza la eficacia de sus gracias a fin de fortalecernos y armarnos de valor. Mas, al recibir los sacramentos, no es un santo o un ángel, es El mismo quien viene revestido de todo su poder para aniquilar a nuestro enemigo. El demonio, al verle dentro de nuestro corazón, se precipita a los abismos (2) ; aquí tenéis, pues, la razón o motivo por el cual el demonio pone tanto empeño en apartarnos de ellos, o en procurar que los profanemos. Sí, H. M., en cuanto una persona frecuenta los sacramentos, el demonio pierde todo su poder sobre ella. Añadamos, sin embargo, que es preciso distinguir : esto sucede en aquellos que los frecuentan con las disposiciones debidas, que sienten

---

(1) Gen., XXI, 17.

(2) Ved a Santa Teresa y a San Martín. (Nota del autor).

verdadero horror al pecado, que se aprovechan de todos los medios que Dios nos concede para no recaer y para sacar fruto de las gracias que nos otorga. No quiero referirme a aquellos que hoy se confiesan y mañana caen en las mismas culpas. No quiero hablar de aquellos que se acusan de sus pecados con tanta falta de dolor y arrepentimiento cual si narrasen, por gusto, una historia, ni de los que comparecen sin ninguna o casi ninguna preparación, que acudirán a confesarse quizás sin haber examinado su conciencia, y dirán lo primero que les venga a la mente; que se acercarán a la Sagrada Mesa sin haber sondeado los repliegues de su corazón, sin haber pedido gracia para conocer sus pecados ni implorado el dolor que de ellos deben concebir, sin haber formado propósito alguno de no volver a pecar. No, no, éstos sólo trabajan para su perdición. En vez de luchar contra el demonio, se ponen a su lado, y se labran ellos mismos un infierno. No, no, no es de éstos de quienes quiero hablar. Me refiero a los que salen del tribunal de la penitencia, o de la Sagrada Mesa, dispuestos a comparecer con gran confianza ante el tribunal de Dios, sin temor de verse condenados por no haberse preparado debidamente en sus confesiones o comuniones. ¡Oh, Dios mío! ¡cuán raros son éstos, cuantos cristianos se perdieron por defectos tales de preparación.

V. — He dicho, en quinto lugar, que, para tener la suerte de conservar la gracia recibida en el sacramento de la Penitencia, hemos de practicar la mortificación: este es el camino que siguieron todos los santos. O castigáis vuestro cuerpo de pecado, o no permaneceréis mucho tiempo sin recaer. Ved al santo rey David: para pedir a Dios la gracia de perseverar, castigó su cuerpo durante toda su vida. Ved a San Pablo, quien nos dice que trataba a su cuerpo como a

*un caballo.* Ante todo, no hemos de dejar pasar comida alguna sin abstenernos de algo, para que, al fin de la misma, podamos ofrecer a Dios alguna privación. Las horas de dormir, de cuando en cuando debemos cercenarlas un poco. Cuando sentimos la comezón de hablar y deseamos decir algo, privémonos de ello en obsequio a Nuestro Señor. Ahora bien, H. M., ¿quiénes hay que tomen todas estas precauciones cuya importancia os acabo de anunciar? ¿Dónde están? ¡Ay! no lo sé. ¡Cuán raros son ellos! ¡Cuán reducido es su número! Mas también son raros los que, habiendo recibido el perdón de sus pecados, perseveran en el feliz estado en que el sacramento de la Penitencia los pusiera. ¡Ay! Dios mío, ¿dónde iremos a buscarlos? Entre los que me escuchan ¿existe alguno de esos cristianos dichosos? ¡Ay! ¡quién sabe!

¿Qué debemos sacar, H. M., de todo lo dicho? Vedlo aquí. Si recaemos, como antes, a penas se presenta la ocasión, es que no tomamos mejores resoluciones, que no aumentamos las penitencias, que no redoblamos nuestras oraciones ni nuestras mortificaciones. Temblemos acerca de nuestras confesiones, por temor de que a la hora de la muerte sólo hallemos sacrilegios y, por consiguiente, nuestra perdición eterna. ¡Dichosos, mil veces dichosos, los que perseverarán hasta el fin, ya que tan sólo para ellos es el cielo!...

## TERCER DOMINGO DESPUÉS DE PASCUA

### 25 SOBRE LAS AFLICCIONES

*Amen, amen dico vobis: quia  
plorabitis et flebitis vos; mundus  
autem gaudebit.*

En verdad, en verdad os digo:  
vosotros lloraréis y gemiréis, mas  
el mundo se regocijará.

(S. Juan, XVI, 20.)

¿Quién podrá, H. M., oír sin admiración las palabras del Salvador a sus discípulos antes de subir a los cielos, diciéndoles que su vida no iba a ser más que un seguido de llantos, cruces y sufrimientos; mientras la gente del mundo se entregará y se abandonará a la alegría insensata y a la risa frenética? «No es, nos dice San Agustín, que los mundanos, es decir los malos, dejen de tener sus penas, ya que la turbación y la tristeza es la resultancia de una conciencia criminal, y que un corazón desordenado, en su propio desorden halla el suplicio.» ¡Ay! a ellos les alcanza aquella maldición que Jesucristo pronunció contra los que sólo piensan en abandonarse al placer y a la alegría. La herencia de los buenos cristianos es muy diferente: deben conformarse con pasar la vida sufriendo y gimiendo; mas de las lágrimas y el sufrimiento pasarán a una gloria y a un placer infinitos en su magnitud y en su duración; al paso que la gente del mundo, después de unos momentos de alegría, mezclada, por cier-



to, con muchas amarguras, irán a consumir su eternidad en medio de las llamas. «¡Ay de los que no pensáis más que en regocijaros, dice Jesucristo, pues vuestros placeres os preparan males infinitos en el lugar de mi justicia ! ¡ Ah ! bienaventurados, dice después a los buenos cristianos, ¡ ah ! bienaventurados, los que dejáis transcurrir vuestros días en el llanto, ya que vendrá día en que yo mismo os consolaré !» Voy, pues, a mostraros, H. M., cómo las cruces, los sufrimientos, la pobreza y los desprecios son la herencia del cristiano que desea salvar su alma y agradar a Dios. Es necesario padecer en este mundo, o perder toda esperanza de ver a Dios en la otra vida. Examinémoslo más de cerca.

I. — Digo, primeramente, que, desde el momento en que somos admitidos entre los hijos de Dios, tomamos una cruz, la cual sólo nos dejará con la muerte. Siempre que Jesucristo nos habla del cielo, no omite el advertirnos que sólo por la cruz y los sufrimientos podemos merecerlo. «Tomad vuestra cruz, dice Jesús, y seguidme, no un día, ni un mes, ni un año, sino toda vuestra vida.» Nos dice San Agustín : «Dejad los placeres y la alegría a los mundanos ; mas vosotros, que sois hijos de Dios, llorad con los hijos de Dios». Los padecimientos y las persecuciones nos son muy útiles desde dos puntos de vista. El primero es porque con ellos hallamos medio de expiar nuestros pecados pasados, ya que, o en este mundo o en el otro, hay que pasar pena por ellos. En este mundo las penas no son infinitas ni en su rigor ni en su duración : provienen de un Dios misericordioso que nos castiga sólo porque tiene propósito de ejercer sobre nosotros la misericordia ; nos hace sufrir un instante para hacernos felices por toda una eternidad. Por grandes que sean las penas que en este mundo suframos, proceden solamente del contacto del dedo meñique de Dios ; al paso que, en la otra vida.

los suplicios y tormentos que hayamos de experimentar, serán engendrados por toda su potencia y furor. Será como si se propusiese agotar sus fuerzas haciéndonos padecer. Nuestros males serán infinitos en su duración y en su rigor. En este mundo, las penas quedan aún dulcificadas por los consuelos y auxilios que hallamos en nuestra santa religión ; mas, en la otra vida, no habrá consuelos ni lenitivos : por el contrario, todo será para nosotros motivo de desesperación. ¡ Oh, dichoso cristiano que deja transcurrir su vida en las lágrimas y sufrimientos, ya que con ello podrá evitar tantos males y procurarse placeres y alegrías eternas !

El santo varón Job nos dice que la vida del hombre no es más que «un seguido de miserias». Veámoslo en detalle. Si, en efecto, andamos de casa en casa, doquiera hallaremos plantada la cruz de Cristo ; aquí, es la pérdida de una fortuna, una injusticia que ha reducido a una desventurada familia a la miseria ; allí, es una enfermedad, que tiene a ese pobre hombre sujeto al lecho del dolor para que pase sus días en medio del sufrimiento ; en otra parte, es una infeliz mujer que moja su pan en las lágrimas, a causa de la tristeza que le causan los excesos de un marido brutal y sin religión. En otra parte veremos a unos pobres ancianos rechazados y despreciados por sus propios hijos, reducidos a morir de pena y de miseria. Si me dirijo a aquella persona, veo en su frente pintada la tristeza : si le pregunto el motivo, me contestará que es acusada de cosas en que ni siquiera se le ocurrió jamás pensar. Finalmente, en otro lugar, me hallo con una casa cuyos muros hacen resonar los clamores de una madre y un hijo que lloran la pérdida de un esposo y de un padre. Ved, H. M., lo que hace que la vida humana sea tan triste y miserable, cuando todo esto lo consideramos sólo humanamente ; mas, si volvemos hacia la santa religión nuestra mirada, conoceremos que contribuye infinitamente a nues-

tra infelicidad el sentirnos desolados y el quejarnos cual lo hacemos.

II. — Además, he de deciros que mucho contribuye a sentirnos más desgraciados el mirar siempre a los que están mejor que nosotros. Un pobre, en su miseria y pobreza, en vez de recordarse de los criminales cargados de cadenas, condenados a pasar sus días entre las paredes de una prisión, o a perder sobre un patíbulo su vida afrentosa, tendrá constantemente fija su mirada en la casa de un gran señor del mundo que nada en la abundancia y se recrea con toda suerte de placeres. Un enfermo, lejos de pensar en los tormentos que experimentan los desgraciados réprobos que se retuercen en las llamas, aplastados por la cólera de un Dios, sin que una eternidad de tormentos pueda borrar el menor de sus pecados, tendrá fijos sus ojos en aquellos a quienes ni la enfermedad ni la pobreza causaron jamás la menor molestia. Esto es, H. M., lo que nos hace considerar nuestros males como insoportables. Mas ¿qué se sigue de aquí sino quejas y murmuraciones que nos hacen perder todo el mérito de los sufrimientos en orden a la consecución del cielo? Y así, por un lado, padecemos sin consuelo y sin esperanzas de recompensa; y por otro, en vez de servirnos de nuestras penas para expiar los pecados, no hacemos otra cosa que aumentarlos con nuestras quejas y nuestra falta de paciencia. Y aquí tenéis la prueba: desde que habláis mal de aquella persona que quería perjudicaros, ¿habéis mejorado por ventura vuestra situación con respecto a ella? ¿apaciguóse su odio? No, H. M., no. Después de tantos años de clamar contra ese marido que os atribula con sus borracheras, sus desórdenes y locas prodigalidades, ¿se ha vuelto acaso más razonable? No, hermana mía, no. Cuando, agobiados por las enfermedades o los reveses de fortuna, os habéis deja-

do llevar por la desesperación, casi hasta pretender aniquilaros, hasta maldecir a los que os dieron la vida, ¿cesaron vuestros males, son más llevaderas vuestras penas? No, H. M., no. Así, pues, H. M., vuestra impaciencia, vuestra falta de sumisión a la voluntad divina, y vuestra desesperación sólo han servido para haceros más desgraciados, no habéis hecho otra cosa que añadir nuevos pecados a los antiguos. ¡Ay! H. M., tal es la suerte desdichada y desesperante de quien perdió de vista el fin por el cual Dios le envía sus cruces.

Pero, me dirá alguno, hemos oído cien veces tales razonamientos; esto son palabras, mas no consuelos; nosotros decimos lo mismo al que hallamos atribulado por las penalidades.—¡Ah! amigo mío, mira, mira a lo alto; saca tu corazón del fango de la tierra donde lo has hundido, desgarrar esa niebla que te oculta los bienes que con tus penas podrías procurarte. ¡Ah! ¡mira a lo alto, contempla la mano de un Padre amoroso que te reserva un sitio feliz en su reino; es un Dios que te hiere para curar las llagas que el pecado ha abierto en tu pobre alma; es un Dios que te hace sufrir para coronarte de gloria inmortal!...

¿Queréis saber, H. M., cómo hemos de recibir las cruces que nos vienen, sea de la mano de Dios, sea de las criaturas? Vedlo aquí. Hemos de hablar como el santo Job, quien, después de haber perdido riquezas inmensas y una numerosa familia, no se revolvió ni contra el fuego del cielo que había quemado una parte de sus rebaños, ni contra los ladrones que se llevaron la restante, ni contra el viento impetuoso que había derribado su casa y aplastado a sus pobres hijos; sino que se limitó a decir: «¡Ay! la mano del Señor ha sido dura conmigo». Cuando, sin tener otro lecho, por espacio de un año, que un estercolero, cubierto de llagas, sin recursos ni consuelos, despreciado de unos, aban-



donado de otros, perseguido por su misma mujer, la cual, en vez de consolarle, se mofaba de él, diciéndole : «Pide a Dios que te envíe la muerte para que cesen estos males. ¿Ves a tu Dios, a quien sirves con tanta fidelidad, ves cómo te trata?», «Cállate, le responde el santo varón ; si recibimos con acciones de gracias los bienes de su mano bienhechora, ¿por qué no recibiremos en igual forma los males con que nos aflige?»

Mas, pensaréis, no podemos comprender por qué, siendo Dios la misma bondad y amándonos infinitamente, nos aflige de tal modo. Preguntadme, pues, también, si es posible que un buen padre castigue a su hijo, que un médico propine a su enfermo un remedio amargo. ¿Juzgáis cosa mejor el permitir a aquel hijo su vida de libertinaje, antes que castigarle a fin de que se decida a emprender el camino de salvación que le ha de conducir al cielo? ¿Pensáis que el médico obrará mejor dejando perecer a sus enfermos, antes que prescribirles medicinas amargas? ¡ Oh ! ¡ cuánta ceguera la nuestra, si razonamos de esta suerte ! Necesario es que Dios nos castigue, so pena de no ser contados en el número de sus hijos ; pues el mismo Jesucristo nos dice que el cielo sólo será para aquellos que sufran y luchen hasta la muerte. ¿ Y vais a creer, H. M., que Jesucristo no dice verdad ? Examinad, además, la vida que llevaron los santos ; observad el camino que siguieron ; en el momento en que dejan de sufrir, se creen ya abandonados de Dios. « Dios mío, Dios mío, exclamaba llorando San Agustín, no me compadezcáis en este mundo, hacedme sufrir mucho ; con tal que me tratéis con misericordia en el otro, estoy ya contento. » « ¡ Oh, cuán dichoso soy, decía San Francisco de Sales al verse enfermo, por haber hallado un medio tan fácil con que expiar mis faltas ! ¡ Oh ! ¡ mucho más dulce y consolador es satisfacer a la justicia de Dios en un lecho de dolor, que no tener que satisfacerla

en el ardor de las llamas !» Y yo añadido a lo que dicen los santos, que los sufrimientos, las persecuciones y otras miserias son los medios más eficaces para acercar el alma a Dios. En efecto, vemos que los más grandes santos son los que más sufrieron : Dios sólo distingue a sus amigos mediante la cruz que les envía. Mirad a San Alejo, que permaneció durante catorce años acostado de un mismo lado (el cual estaba del todo desollado) y, en esta cruel situación, resignábase diciendo : «Dios mío, sois justo, y me castigáis porque soy un pecador y porque me amáis.» Ved además a Santa Liduvina, cuya hermosura era extraordinaria, pidiendo a Dios que, si su hermosura podía ser motivo de caer y perder el alma, le hiciera la gracia de quitársela. En aquel momento quedó totalmente cubierta de lepra, lo cual la hizo objeto de horror a los ojos del mundo ; y duró esto treinta y ocho años, es decir, hasta el fin de su vida, sin que en todo aquel tiempo dejase ella escapar palabra alguna de queja. ¡ Cuántos de los que están en el infierno, H. M., estarían ahora en el cielo, si Dios les hubiese hecho la gracia de enviarles una larga enfermedad. Oíd a San Agustín : «Hijos míos, nos dice, en los sacrificios, animaos con el pensamiento de la recompensa que os está preparada».

Cuéntase en la historia que una pobre mujer se hallaba, hacía muchos años, sepultada en un lecho de dolor ; un día alguien le preguntó qué era lo que le infundía valor para sufrir con tanta paciencia : «¡ Oh !, dijo ella, estoy tan contenta de ser lo que Dios quiere que sea, que no cambiaría mi situación por ningún imperio del mundo. Al pensar que Dios quiere que padezca, quedo ya plenamente consolada». Santa Teresa nos dice que, habiéndosele aparecido un día Jesucristo, le dijo : «Hija mía, no te asustes al ver lo que ves ; mis fieles servidores pasan la vida en la cruz y en el desprecio ; cuanto más mi Padre ama a uno, mayores su-

frimientos le envía». San Bernardo recibía las cruces con tantas muestras de gratitud, que en cierta ocasión decía llorando al Señor : «¡ Ah ! Señor, cuán dichoso sería si tuviese la fuerza reunida de todos los hombres para poder sufrir el peso de todas las cruces del universo !» Santa Isabel, reina de Hungría, al ser arrojada del palacio por sus propios súbditos y arrastrada en el fango, en vez de pensar en castigarlos, corrió a la iglesia para hacer que se cantase un *Te Deum* en acción de gracias. San Juan Crisóstomo, aquel gran amante de la cruz, decía que prefería sufrir con Jesucristo a reinar con El en el cielo. San Juan de la Cruz, después de haber soportado toda la crucidad de sus hermanos, los cuales le encerraron en la cárcel y le golpearon con tanta fiereza que quedó su cuerpo cubierto de sangre ; ¿qué contestó a los que fueron testigos de aquellos horrores ? «¡ Oh !, amigos míos, vosotros lloráis por mis sufrimientos, y yo os digo que no he experimentado nunca momentos más felices». Habiéndosele aparecido Jesucristo, le dijo : «Juan, ¿qué cosa quieres pedirme en recompensa de lo que sufres por mi amor ? ¡ Ah !, exclamó, ¡ Señor, haced que sufra yo más y más !» Convengamos, pues, todos, H. M., en que los santos comprendían mejor que nosotros la dicha que encierra el padecer por Dios.

Óyese decir a muchos de vosotros, cuando os halláis agobiados por algún dolor : Pero ¿en qué he ofendido yo al Señor, para experimentar tantas miserias ? —¿Qué mal has hecho, amigo, para que Dios te aflija de esta manera ?... Repasa los mandamientos de la ley de Dios, uno a uno, y ve si hay uno solo contra el cual no hayas pecado. ¿Qué mal has hecho ?... Recorre todos los años de tu juventud, reproduce en tu memoria todos los días de tu miserable vida ; y después de esto preguntarás «¿qué mal has hecho para que Dios te aflija de tal suerte ?» ¿Acaso tienes por nada los hábitos vergonzos-

sos en que te has envilecido durante tanto tiempo? ¿Tienes acaso por nada ese orgullo, que te hace considerar digno de ver todo el mundo postrado a tus plantas, sólo porque posees algunas piezas de terreno más que los demás, las cuales serán tal vez causa de tu condenación? ¿Consideras, pues, nada esa ambición que no te deja jamás contento, ese amor propio, esa vanidad que te tiene continuamente ocupado, esa viveza de genio, esos resentimientos, esas intemperancias, esos celos? ¿Tienes como cosa de nada esa horrorosa negligencia respecto a los sacramentos y a todo cuanto mira a la salvación de tu pobre alma? Nada de eso tienes en cuenta; mas ¿eres por eso menos culpable? Pues bien, amigo mío, si eres culpable, ¿no es justo que Dios te castigue? Dime, amigo, ¿qué penitencia has hecho para expiar tantos pecados? ¿Dónde están tus ayunos, tus mortificaciones, tus buenas obras? Si, después de tantos pecados, no has derramado una sola lágrima; si, después de tanta avaricia, te has contentado con dar alguna pequeña limosna; si, después de tanto orgullo, no has querido experimentar la menor humillación; si, después de haber abandonado tantas veces tu cuerpo al pecado, no quieres oír hablar de penitencia, preciso es que el cielo se tome justicia, toda vez que tú mismo no te la quieres tomar.

¡Ay! ¡cuán ciegos somos! Quisiéramos obrar el mal sin que se nos castigase, o mejor, quisiéramos que Dios dejase de ser justo. Pues bien, Señor, dejad vivir tranquilo a ese pecador, no descarguéis sobre él vuestra mano dura, dejadlo cebar como una víctima destinada a la eterna venganza, y en aquel fuego sobrada ocasión habrá para que satisfaga a vuestra justicia; disminuíd sus penas en este mundo, ya que él lo quiere así; en las llamas eternas bien sabréis obligarle a una penitencia inútil y sin fin. ¡Oh, Dios mío! haced que jamás nos llegue tal desdicha. «¡Oh! más bien, excl-



ma San Agustín, multiplicad mis aflicciones y sufrimientos cuanto os plazca, con tal que me miréis con misericordia en la otra vida».

Pero, dirá otro, todo esto es para los que cometieron gravísimos pecados, mas yo, gracias a Dios, poco es el mal que he hecho. — ¡ Ah, sí ! crees, pues, que, por parecerte a ti que no has cometido grandes pecados, tampoco debes sufrir. Pues yo te diré : precisamente porque procuras obrar el bien, Nuestro Señor te affige y permite que se burlen de ti, que te desprecien, que se ridiculice tu devoción ; es el mismo Dios quien te hace sufrir penalidades y dolencias. ¿ Te extraña esto, amigo mío ? Fíjate en Jesucristo, tu verdadero modelo, y mira si hubo un solo momento de su vida en que no sufriera lo que el hombre jamás será capaz de comprender. Dime, ¿ por qué le perseguían los fariseos, buscando continuamente ocasión para sorprenderle y condenarle a muerte ? ¿ Era por ser culpable ? No, indudablemente ; mas he aquí la razón. Sus milagros y sus ejemplos de humildad y pobreza eran la condenación del orgullo de ellos y de sus malas acciones. Mejor dicho, H. M., si nos fijamos en las Sagradas Escrituras, veremos cómo, desde el comienzo del mundo, los sufrimientos, los desprecios y las burlas fueron la herencia de los hijos de Dios : es decir, de los que quisieron agradar a Dios. En efecto, ¿ quién será capaz de despreciar y escarnecer a una persona que cumple sus deberes religiosos, sino un infeliz réprobo que el infierno habrá vomitado sobre la tierra para hacer sufrir a los buenos, o para ver si consigue arrastrarlos consigo a los abismos donde él mora ya para siempre ? ¿ Queréis de ello una prueba ? ¿ Por qué Caín mató a su hermano ? ¿ No fué porque obraba mejor que él ? ¿ no le quitó la vida precisamente por no haber podido inducirle al mal ? ¿ Cuál era el propósito de los hermanos de José, cuando le arrojaron en una cisterna ? ¿ No era ello porque la vida

santa de José condenaba su conducta libertina? ¿Qué es lo que atrajo tantas persecuciones contra los apóstoles, los cuales a cada momento, por decirlo así, eran encerrados en la cárcel, azotados, apaleados, y cuya vida, después de la muerte de Jesucristo, fué un martirio continuo, hasta acabar todos ellos sus días de la manera más cruel y dolorosa? ¿Qué mal hacían, pues, ocupándose sólo en buscar la gloria de Dios y la salvación de su alma? ¿Se os desprecia, se os insulta y se os persigue, con todo y no inquietar a nadie? Tanto mejor. Si no tuvieseis nada que sufrir, ¿qué podríais ofrecer a Dios en la hora de la muerte?

Pero, me diréis, esos perseguidores ofenden a Dios; haciendo sufrir a los demás, ellos se pierden; si Dios quisiese, se lo impediría. — Ciertamente que, si El quisiese, se lo impediría. ¿Por qué sufría Dios a los tiranos? Tan fácil le era el castigarlos como el conservarlos; mas Dios se servía de sus malos intentos para probar a los buenos y apresurar su felicidad. No hay duda de que debéis compadecer a aquellos insensatos y rogar a Dios por ellos, mas no precisamente porque os desprecian y se mofan de vosotros, ya que Dios se sirve de ellos para haceros ganar el cielo; sino por el mal que se causan a sí mismos. En efecto, hay que convenir en que es mucha ceguera despreciar a uno porque sirve a Dios mejor que nosotros, busca con mayor diligencia el camino del cielo, y practica mayor número de buenas obras y de penitencias. Cosa es ésta que no se acaba de comprender. Si quieres condenarte, ¡condénate! Mas ¿por qué te enojas al ver que voy donde tú no quieres ir? Quiero ir al cielo; si tú no vas, será ciertamente porque no quieres. Abre los ojos, amigo, y reconoce tu ceguera: ¿qué provecho vas a sacar, impidiéndome que sirva a Dios, o siendo la causa de que me condene? Abre los ojos, repito, y date cuenta de tu extravío. Procura imitar a los que hasta

el presente despreciaste, y hallarás tu dicha en este mundo y en el otro.

Pero, me dirás, ningún daño hice a los que me atormentan; ¿por qué quieren, pues, dañarme a mí? — Tanto mejor para ti, amigo, ésta es buena señal, así estás seguro de andar por el camino que lleva al cielo. Oye al Señor: «Tomad vuestra cruz y seguidme; se me persigue a mí y también se os perseguirá a vosotros; se me desprecia a mí y también se os despreciará a vosotros; mas, en vez de desanimaros, dad lugar a vuestro gozo, ya que os está prometida una gran recompensa en el cielo. Aquel que no está dispuesto a sufrirlo todo, incluso perder la vida por mi amor, no es digno de mí». ¿Por qué causa quedó ciego el santo varón Tobías? ¿No fué porque era un hombre de bien? Escuchad a Jesucristo hablando a San Pedro mártir, cuando se quejaba de un ultraje que se le infería siendo inocente: «Y yo, Pedro, ¿qué mal había hecho cuando me dieron muerte?»

Convengamos todos, H. M., en que, mientras nadie os importuna y anda todo según vuestro deseo, hacéis al Señor promesas muy halagüeñas; mas a la primera y más insignificante burla, al menor desprecio, o a la más leve broma que se permita un impío, que no tiene fuerza para hacer lo que vosotros, os avergonzáis y abandonáis el servicio de Dios. ¡Ah! ingrato, ¿no te acuerdas ya de lo que Dios ha sufrido por tu amor? Porque se te ha dicho que te finges bueno, que eres un hipócrita, que eres peor que aquellos que nunca se confiesan, ¿has abandonado a Dios para ponerte al lado de los que se van a condenar? Deténte, amigo mío, no llegues más allá, reconoce tu locura y no quieras precipitarte al infierno.

III. — Decidme, H. M., ¿qué vamos a responder cuando Dios se digne confrontar nuestra vida con la de

tantos mártires, de los cuales unos fueron descuartizados por sus verdugos, otros se pudrieron en las cárceles, antes que hacer traición a su fe? No, H. M., si somos buenos cristianos, nunca habremos de quejarnos por las burlas que se hagan a nuestra costa; por el contrario, cuanto más se nos desprecie, más contentos deberemos mostrarnos, y mayor fervor poner en nuestra oración por aquellos que nos persiguen; abandonemos toda venganza en manos del Señor, y, si El la considera oportuna para su gloria y nuestra salvación, tened por cierto que hará sentir su peso al culpable. Ved a Moisés, agobiado por las injurias que le inferían su hermano y su hermana: a tales insultos, opone él una bondad y una caridad tan grandes, que llega a mover al mismo Dios. El Espíritu Santo dice que era «el hombre más dulce de los que a la sazón moraban en la tierra». El Señor envió una horrible lepra a su hermana, en castigo de lo que contra su hermano había murmurado. Al verla castigada, Moisés, lejos de complacerse en ello, dijo a Dios: «¡Ah! Señor, ¿por qué habéis castigado a mi hermana? Bien sabéis que nunca os he pedido venganza; curad, si os place, a mi hermana». Dios no pudo resistir a tanta bondad y curóla al instante.

¡Oh, qué dicha para nosotros, H. M., si, en los desprecios y burlas de que somos objeto, sabemos portarnos de la misma manera! ¡Qué tesoros para el cielo! No, H. M., mientras no lleguemos hasta hacer bien a los que nos desprecian, preferirlos a nuestros amigos, no oponer a sus ultrajes otra cosa que bondad y caridad, no seremos contados en el número de los que Dios tiene destinados para el cielo. ¿Sabéis lo que somos? Vedlo aquí. Nos asemejamos a aquellos soldados que, en tanto no se hallan ante el peligro, parecen invencibles, mas, en cuanto éste se presenta, emprenden la fuga; así también, mientras se añaba nuestra manera de portarnos y se tributan elogios a nuestras buenas obras,



pensamos que nada es capaz de hacernos caer, pero la cosa más insignificante ocasiona nuestra caída y nos hace abandonarlo todo. Dios mío, ¡cuán ciego es el hombre al creerse capaz de algo, cuando sólo es bueno para haceros traición y perderse ! Pero digo además, H. M., que nada es tan eficaz para convertir a aquellos que hacen trizas de nuestra reputación, como la dulzura y la caridad. Son impotentes para resistir a su fuerza. En todo caso, si están ya demasiado endurecidos, si pusieron ya el sello a su reprobación, quedarán confundidos, se apartarán como desesperados. Ved una prueba de ello. Refiérese que San Martín tenía a su servicio un familiar, recogido por él desde su infancia. Por más que hizo todos los posibles para educarle en el servicio de Dios, salió un verdadero libertino, un escandaloso ; infería a su santo obispo toda suerte de injurias y de ultrajes. Mas San Martín, lejos de arrojarle de su casa cual merecía, le trató con gran caridad, hasta el punto de que parecía multiplicar sus cuidados a proporción de los insultos que de su servidor recibía. A cada momento postrábase a los pies de Jesús Crucificado derramando lágrimas e implorando su conversión. De repente, el joven abrió los ojos ; considerando, por una parte, la caridad de su obispo, y por otra las injurias con que le había agobiado, corrió a arrojarse a sus plantas para pedirle perdón. El obispo le recibió en sus brazos y bendijo a Dios por haberse apiadado de aquella pobre alma. Aquel joven fué durante el resto de su vida un modelo de virtud y tenido por santo. Antes de morir repitió muchas veces que la paciencia y la caridad de San Martín le habían valido la gracia de la conversión.

Sí, H. M., ved lo que lograríamos también nosotros, si, en vez de volver injuria por injuria, acertáramos a oponer solamente la caridad. ¡ Ay ! los santos, cuando no se les ofrecía ocasión de ser despreciados, la buscaban. Ved un ejemplo de ello. Leemos en la vida de San

Atanasio que una dama, con el designio de trabajar por la gloria del cielo, fué al encuentro del obispo pidiéndole uno de esos pobres que se sostienen de limosnas, para cuidar ella misma de socorrerle; pues, decía ella, quisiera ejercitar un poco mi paciencia. El santo obispo le envió una mujer en extremo humilde, la cual no podía acostumbrarse a que tal dama la sirviese. Cada vez que ella le prodigaba algún favor, la pobre mujer se deshacía en actos de gratitud. No contenta la dama con aquellos homenajes, fué a ver al obispo y le dijo: «Señor, no me habéis servido tal como deseaba; me habéis dado una persona que me llena de confusión con su humildad. Al hacerle el menor servicio, se inclina hasta el suelo; dadme otra». Viendo el obispo el anhelo de padecer que tenía aquella dama, le dió una pobre de carácter orgulloso, colérico y despreciativo. Cuantas veces aquella dama la servía, llenábala de injurias, diciendo que ella la había solicitado, no para prodigarle sus cuidados, sino para hacerla sufrir. Llegó hasta a golpearla; y ¿qué hizo la señora, H. M.? Vedlo aquí: cuanto más la insultaba, mayor diligencia ponía la dama en servirla, sin desfallecer en lo más mínimo a pesar de todas cuantas penas le causase. ¿Qué se siguió de aquello? Pues que, movida aquella mujer por tanta caridad, se convirtió y murió como una santa. ¡Oh! H. M., ¡cuántas almas, en el día del juicio, se nos quejarán por no haber opuesto siempre la bondad y la caridad a sus injurias! Merced a ello estarían en el cielo, mientras ahora arden, y arderán por toda una eternidad.

Si, al comenzar, hemos dicho, H. M., que las cruces, así como todas las miserias de la vida, eran enviadas por Dios para satisfacer a su justicia por nuestros pecados, podemos también decir que son ellas un preservativo para no caer. ¿Por qué ha permitido Dios que se os lesionase en vuestros derechos, o que otro os en-

gañase? Ved la razón de ello. Es que Dios, que conoce el porvenir, ha previsto que vuestro corazón se aficionaría demasiado a las cosas de la tierra y por ellas perderíais de vista el cielo. Permite que sea manchada vuestra reputación, que se os desacredite; ¿y por qué, H. M., sino porque sois demasiado orgullosos, demasiado celosos de vuestra reputación? Por esta misma causa ha permitido que fueseis humillados, a fin de libraros de la eterna condenación. Para terminar, H. M., os diré que nadie hay tan desgraciado en esto de soportar las cruces como un hombre sin religión. Unas veces se acusa a sí mismo diciendo: Si hubiese tomado estas medidas, tal desgracia no me hubiera ocurrido. Otras veces acusa a los demás: Aquella persona es la causa de mis males; no he de perdonárselo nunca. Se desea la muerte a sí mismo y la desea a ella. Maldice el día en que nació; cometerá mil bajezas, que creará lícitas para salir de aquel mal paso; mas es en vano: su cruz, o mejor, su infierno le seguirá a todas partes.

Tal es el fin desdichado de aquel que sufre sin dirigir sus ojos a Dios, único que puede darle consuelo y alivio. Mas contemplad al que ama a Dios y desea ir a verle en el cielo: ¡Oh, Dios mío, dice, cuán poca cosa son mis sufrimientos, en comparación de las penas que mis pecados merecen para la otra vida! Me destináis a sufrir unos momentos en este mundo, para hacerme feliz durante toda la eternidad. ¡Cuán bueno sois, Dios mío! Hacedme sufrir; sea yo objeto de desprecio y horror a los ojos del mundo, con tal que tenga la suerte de agradaros; nada más me cabe desear. De aquí hemos de concluir, H. M., que el que ama a Dios es dichoso aun en medio de las más encarnizadas tempestades del mundo. ¡Dios mío, haced que nunca dejemos aquí de sufrir, para que, después de haberos imitado en la tierra, vayamos a remar con Vos en el cielo!

## QUINTO DOMINGO DESPUÉS DE PASCUA

### SOBRE LA ORACIÓN

*Amen, amen dico vobis: si quid  
petieritis Patrem in nomine meo,  
dabit vobis.*

En verdad os digo, todo cuanto  
pediréis a mi Padre en mi nom-  
bre, os lo concederá.

(S. Juan, XVI, 23.)

Nada más consolador para nosotros, H. M., que las promesas que Jesucristo nos hace en el Evangelio, al decirnos que todo cuanto pidamos a su Padre en su nombre, nos será concedido. No contento con esto, H. M., no solamente nos permite pedirle lo que deseamos, sino que nos insta a ello, llegando hasta a mandárnoslo. Así hablaba a sus Apóstoles (1): «He aquí que hace ya tres años estoy con vosotros y no me pedís nada. Pedidme, pues, a fin de que vuestra alegría sea llena y perfecta». Lo cual nos indica que la oración es la fuente de todos los bienes y de toda la felicidad que podemos esperar aquí en la tierra. Siendo esto así, H. M., si nos hallamos tan pobres, tan faltos de luces y de dones de la gracia, es porque no oramos o lo hacemos mal. ¡Ay! H. M., digámoslo con pena: muchos ni siquiera saben lo que sea orar, y otros sólo sienten

---

(1) Usque modo non petistis quidquam in nomine meo: petite, et accipietis, ut gaudium vestrum sit plenum (Ioann., XVI, 24).



repugnancia por un ejercicio tan dulce y consolador para todo buen cristiano. En cambio, vemos a algunos orar pero sin alcanzar nada, lo cual proviene de que oran mal : es decir, sin preparación y hasta sin saber lo que van a pedir a Dios. Mas, para mejor haceros sentir la magnitud de los bienes que la oración nos procura, H. M., os diré que todos los males que nos agobian en la tierra vienen precisamente de que no oramos o lo hacemos mal ; y si queréis saber la razón de ello, aquí la tenéis : si acertásemos a orar ante Dios cual debe hacerse, nos sería imposible caer en pecado ; y si nos hallásemos exentos de pecado, volveríamos a un estado, por decirlo así, semejante al de Adán antes de su caída. Para animaros, H. M., a orar con frecuencia y a orar debidamente, voy a mostraros : 1.º cómo sin la oración nos es imposible salvarnos ; 2.º cómo la oración lo puede todo delante de Dios ; 3.º qué cualidades ha de reunir la oración para ser agradable a Dios y meritoria para el que la hace.

I. — Para mostraros, H. M., el poder de la oración y las gracias que del cielo nos alcanza, os diré que por la oración es como los justos han tenido la dicha de perseverar. La oración es para nuestra alma lo que la lluvia para el campo. Abonad un campo, cuanto os plazca ; si falta la lluvia, de nada os servirá cuanto hayáis hecho. Así también, practicad cuantas buenas obras os parezcan bien ; si no oráis debidamente y con frecuencia, nunca alcanzaréis vuestra salvación ; pues la oración abre los ojos del alma, hácele sentir la magnitud de su miseria, la necesidad de recurrir a Dios y de temer su propia debilidad. El cristiano confía solamente en Dios, nada espera de sí mismo. Sí, H. M., por la oración es como perseveraron los justos. En efecto, ¿ qué fué lo que condujo a ciertos santos a aceptar tan grandes sacrificios como el abandonar todas sus riquezas, sus

parientes y sus comodidades, para ir a pasar el resto de su vida en la selva, y allí llorar sus pecados? Era, H. M., la oración lo que inflamaba sus corazones con el pensamiento de la presencia de Dios, con el deseo de agradarle y de no servir más que a El. Mirad a Magdalena; ¿en qué se ocupa después de su conversión? ¿No es por ventura en la oración? Mirad a San Pedro; mirad aún a San Luis, rey de Francia, quien, en sus viajes, en vez de pasar la noche durmiendo en su lecho, pasábala en una iglesia orando y pidiendo a Dios el don precioso de perseverar en su gracia. Mas, sin ir tan lejos, H. M., ¿no observamos en nosotros mismos cómo, a medida que descuidamos la oración, vamos perdiendo el gusto por las cosas del cielo? no pensamos más que en la tierra; pero, si reanudamos nuestra oración, sentimos renacer también en nosotros el pensamiento y el deseo de las cosas del cielo. Sí, H. M., cuando tenemos la dicha de estar en gracia de Dios, o bien recurriremos a la oración, o podremos tener la certeza de no perseverar largo tiempo en el camino del cielo.

En segundo lugar, decimos, H. M., que todos los pecadores, salvo extraordinario e insólito milagro, se convirtieron por la oración. Mirad lo que hace Santa Mónica para alcanzar la conversión de su hijo: o bien la hallaréis al pie del crucifijo, orando y llorando; o bien la veréis junto a personas buenas y prudentes para recabar su auxilio y sus oraciones. Ved al mismo San Agustín cuando quiso de veras convertirse; miradle en el jardín, entregado a la oración y a las lágrimas a fin de mover el corazón de Dios y cambiar el suyo. Sí, H. M., por más que seamos pecadores, si recurrimos a la oración y la practicamos debidamente, podremos estar seguros de que Dios nos ha de perdonar. ¡Ah! H. M., no nos extrañe, pues, que el demonio haga todo lo posible para movernos a dejar la oración o a practi-

carla mal, pues sabe mejor que nosotros cuán temible sea ella al infierno y cómo es imposible que Dios pueda denegarnos lo que le pedimos al orar. ¡Oh! ¡cuántos pecadores saldrían del pecado, si acertasen a recurrir a la oración!

En tercer lugar, digo que todos los condenados se perdieron porque no oraron o porque oraron mal. De lo cual deduzco, H. M., que, sin la oración, habremos de perdernos por toda una eternidad, mientras que, con la oración bien hecha, tenemos la seguridad de salvarnos. Sí, H. M., los santos estaban de tal manera convencidos de la eficacia de la oración, que, no contentos con dedicarse a ella durante el día, empleaban en tal ejercicio noches enteras. ¿Por qué, pues, H. M., sentimos tanta repugnancia por una práctica tan dulce y consoladora? ¡Ay! H. M., es porque la hacemos mal, y nunca hemos sentido las delicias que en ella experimentaban los santos. Mirad a San Hilarión, que oró durante cien años sin interrupción, y aquellos cien años fueron para él tan cortos que su vida le pareció un relámpago. En efecto, H. M., la oración bien hecha es aceite balsámico que se extiende por toda el alma y parece hacernos sentir ya la felicidad de que gozan los bienaventurados en el cielo. Es esto tan cierto, que leemos en la vida de San Francisco de Asís que, estando en oración, caía muchas veces en éxtasis, hasta tal punto que no podía discernir si se hallaba en la tierra, o en el cielo entre los bienaventurados. Tan abrasado estaba por el fuego divino que la oración encendía en su corazón, que llegaba a comunicarle calor sensible. Un día, mientras se hallaba en la iglesia, sintió un acceso de amor tan violento, que hubo de exclamar en alta voz: «Dios mío, no puedo más». —Pero, pensaréis para vosotros mismos, esto sucederá a los que saben orar bien y proferir hermosas palabras. —No es, H. M., a las largas y bellas oraciones a lo que

Dios mira, sino a las que salen del fondo del corazón, con gran reverencia y vehemente deseo de agradarle. Ved de ello un hermoso ejemplo. Refiérese en la vida de San Buenaventura, gran doctor de la Iglesia, que un religioso muy sencillo le dijo: «Padre mío, ¿creéis que yo, con mi poca instrucción, podré orar y amar a Dios?» San Buenaventura le contestó: «¡Ah! amigo mío, precisamente los simples y humildes son los que más agradan a Dios y aquellos a quienes El ama con mayor ternura». Admirado aquel religioso de lo que acababa de saber, se fué a la puerta del monasterio, y decía a cuantos pasaban por allí: «Venid, amigos míos, tengo que daros una buena noticia: el doctor Buenaventura me ha dicho que nosotros, aunque ignorantes, podemos amar a Dios tanto como los sabios. ¡Qué dicha para nosotros, poder amar y agradar a Dios, con todo y ser ignorantes!» Ya veis, pues, H. M., cómo es cosa fácil y consoladora orar delante del Señor.

Decimos que la oración es la elevación de nuestro corazón a Dios. Mejor dicho, H. M., es una dulce conversación de un hijo con su padre, de un súbdito con su rey, de un criado con su dueño, de un amigo con su amigo en el seno del cual deposita sus tristezas y sus penas. Para mejor haceros cargo de la excelsitud de la oración, considerad cómo es una vil criatura la que Dios recibe en sus brazos para prodigarle toda suerte de bendiciones. ¿Queréis saber aún más, H. M.? La oración es la unión de cuanto hay de más vil con lo más grande, más poderoso, más perfecto en todos los órdenes que imaginar podamos. Decidme, H. M., ¿necesitamos algo más para penetrarnos de la excelencia y necesidad de la oración? Ya veis, pues, H. M., cuán necesaria sea ella para agradar a Dios y salvarnos.

Por otra parte, no podemos hallar la felicidad aquí en la tierra si no amamos a Dios; y solamente podemos amarle orando. Así vemos que Jesucristo, para animar-



nos a recurrir frecuentemente a la oración, nos promete no denegarnos nada cuando oremos de la manera debida. Mas no hay necesidad de ir muy lejos para convencernos de que debemos orar con frecuencia; no tenéis más que abrir el catecismo, y allí veréis que el deber de todo buen cristiano es orar por la mañana, por la noche, y a menudo durante el día: o sea, hemos de orar siempre.

Un cristiano que desee salvar su alma, por la mañana, al despertarse, debe hacer la señal de la cruz, consagrar su corazón a Dios, ofrecerle todas sus obras, y prepararse para la oración. No ha de empezarse jamás el trabajo sino después de haber orado; y debe orarse de rodillas, delante del crucifijo, después de haber tomado agua bendita. No perdamos nunca de vista, H. M., que es la mañana el momento en que Dios nos tiene preparadas todas las gracias necesarias para pasar santamente el día; pues El sabe y conoce todas las ocasiones que de pecar se nos presentarán, y todas las tentaciones a que el demonio nos someterá durante el día; y si oramos de rodillas y cual debemos, el Señor nos otorgará todas las gracias que necesitemos para no sucumbir. Por esto el demonio hace cuanto puede para que dejemos la oración o la hagamos mal, plenamente convencido, como lo confesó un día por boca de un poseso, de que, si puede obtener para sí el primer momento de la jornada, tiene ya la seguridad de obtener también lo restante. ¿Quién de nosotros, H. M., podrá oír, sin llorar de compasión, a esos pobres cristianos que se atreven a decirnos que no tienen tiempo para orar? ¡Pobres ciegos! ¿Qué obra es más preciosa, la de trabajar por agradar a Dios y salvar el alma, o la de dar de comer al ganado de las cuadras, o bien llamar a los hijos o sirvientes para enviarlos a remover la tierra o el estercolero? ¡Dios mío, cuán ciego es el hombre!... ¡No tenéis tiempo! mas decidme, ingratos, si Dios os

hubiese enviado la muerte esta noche, ¿habríais trabajado? Si Dios os hubiese enviado tres o cuatro meses de enfermedad, ¿habríais trabajado? Id, miserables, merecéis que el Señor os abandone en vuestra ceguera y en ella perezcáis. ¡Hallamos ser demasiado dedicarle algunos minutos para agradecer las gracias que en todo momento nos concede!—Quieres dedicarte a tu tarea, dices.—Pero, amigo mío, te engañas miserablemente, ya que tu tarea no es otra que agradar a Dios y salvar tu alma; todo lo demás no es tu tarea: si tú no la haces, otros la harán; mas si pierdes el alma, ¿quién la salvará? Vete, eres un insensato: cuando estés en el infierno, entonces conocerás lo que debías practicar y, desgraciadamente, no has practicado.

Pero, me diréis, ¿cuáles son las ventajas que con la oración obtenemos, para que hayamos de orar con tanta frecuencia? — Vedlas, H. M. La oración hace que hallemos menos pesada nuestra cruz, endulza nuestras penas y nos vuelve menos apegados a la vida, atrae sobre nosotros la mirada misericordiosa de Dios, fortalece nuestra alma contra el pecado, nos hace desear la penitencia y nos inclina a practicarla con gusto, nos hace comprender y sentir hasta qué punto el pecado ultraja a Dios Nuestro Señor. Mejor dicho, H. M., mediante la oración agradamos a Dios, enriquecemos nuestras almas y nos aseguramos la vida eterna. Decidme, H. M., ¿necesitamos aún más para decidirnos a que nuestra vida sea una continua oración mediante nuestra unión con Dios? ¿Cuando se ama a alguien, hay necesidad de verle para pensar en él? No, ciertamente. Por lo mismo, H. M., si amamos a Dios, la oración nos será tan familiar como la respiración. Sin embargo, H. M., debo advertiros que, para orar de manera que dicha práctica pueda lograrnos los favores que os acabo de enumerar, no basta dedicar a ella un breve instante, ni hacerla con precipitación. Dios quiere que

empleemos en la oración el tiempo conveniente, que haya espacio suficiente para pedirle las gracias que nos son necesarias, agradecerle sus favores y llorar nuestras culpas pasadas, pidiéndole perdón de las mismas.

Pero, me diréis, ¿cómo podremos orar continuamente? — Nada más fácil, H. M.: ocupándonos de Nuestro Señor, de tiempo en tiempo, mientras trabajamos; ora haciendo un acto de amor, para testimoniarle que le amamos porque es bueno y digno de ser amado; ora un acto de humildad, reconociéndonos indignos de las gracias con que no cesa de enriquecernos; ora un acto de confianza, pensando que, aunque miserables, sabemos que Dios nos ama y quiere hacernos felices. O también, podremos pensar en la pasión y muerte de Jesucristo: le contemplaremos en el huerto de los Olivos, aceptando la pesada cruz; nos representaremos su coronación de espinas, su crucifixión, y si queréis, recordaremos su encarnación, su nacimiento, su huída a Egipto; podemos pensar también en la muerte, en el juicio, en el infierno o en el cielo. Rezaremos algunas preces en honor del santo Angel de la Guarda, y no dejaremos nunca de bendecir la mesa, ni de dar gracias después de la comida, de rezar el *Angelus*, y el Ave María cuando dan las horas: todo lo cual nos va recordando nuestro último fin, nos hace presente que en breve ya no estaremos en la tierra, y así nos iremos desligando de ella, y procuraremos no vivir en pecado por temor de que la muerte nos sorprenda en tan miserable estado. Ya veis, H. M., cuán fácil es orar constantemente, practicando lo que hemos dicho. Esta es, H. M., la manera cómo oraban siempre los santos.

II. — El segundo motivo que debe inducirnos a recurrir a la oración, es que todo el provecho redunde en favor nuestro. El Señor conoce dónde está nuestra felicidad y sabe que solamente por la oración podemos

procurárnosla. Por otra parte, H. M., ¡cuán grande honor para una vil criatura cual nosotros, el que todo un Dios quiera abajarse hasta ella y conversar con ella tan familiarmente como un amigo que habla con otro amigo! Ved cuánta es su bondad al permitirnos que le comuniquemos nuestras penas y nuestras aflicciones. Y este buen Salvador pone toda su diligencia en consolarnos, en sostenernos en las pruebas, o por decirlo mejor, en sufrirlas por nosotros. Decidme, H. M., el dejar de orar ¿no sería equivalente a renunciar a nuestra salvación y a nuestra felicidad aquí en la tierra, toda vez que sin la oración no podemos menos de ser desgraciados, mientras que mediante la oración estamos seguros de alcanzar cuanto nos sea necesario para el tiempo y para la eternidad, según ahora vamos a ver?

Primeramente digo que todo le está prometido a la oración, y en segundo lugar, que la oración bien hecha lo alcanzará todo: es ésta una verdad que Jesucristo nos repite casi en cada página de la Sagrada Escritura. La promesa de Jesucristo es formal: «Pedid, nos dice, y recibiréis; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. Todo cuanto pidáis al Padre en mi nombre, lo obtendréis, si lo pedís con fe». Mas no se contenta Jesucristo con decirnos que la oración bien hecha lo alcanza todo. Para mejor convencernos de ello, nos lo asegura con juramento (1): «En verdad, en verdad os digo, que todo cuanto pidiereis a mi Padre en mi nombre, os lo concederé». Después de estas palabras del mismo Jesucristo, me parece, H. M., que es ya imposible dudar de la eficacia de la oración. Por otra parte, H. M., ¿de dónde podría venir nuestra desconfianza? ¿sería de nuestra indignidad? Pero Dios sabe muy bien

---

(1) Amen, amen dico vobis... quodcumque petieritis Patrem in nomine meo hoc faciam (Ioann., XIV, 13).



que somos pecadores y culpables, que oramos en su nombre, y que, ante todo, contamos con su infinita bondad. Y nuestra indignidad ¿no está cubierta y como disimulada por sus méritos? ¿Será, pues, por ser nuestros pecados demasiado horribles o demasiado numerosos? Mas ¿no le es a Dios igualmente fácil perdonarnos un pecado que mil? ¿No dió principalmente su vida por los pecadores? Escuchad lo que nos dice el Rey Profeta: «¿Se ha visto jamás a alguien que haya orado al Señor y cuya oración haya sido desoída?» (1). «Sí, nos dice, cuantos invocan al Señor y recurren a El, han experimentado los efectos de su misericordia.»

Para sentir esto mejor, veamos algunos ejemplos. Mirad a Adán pidiendo misericordia después de su pecado. No solamente el Señor le perdona a él, sino además a toda su descendencia; le promete su Hijo, que deberá encarnarse, sufrir y morir para reparar su pecado. Ved a los ninivitas, grandes pecadores, a quienes el Señor envió el profeta Jonás, para que les avisase que iba a castigarlos de la manera más espantosa: a saber, haciendo bajar fuego del cielo (2). Se entregan todos a la oración, y el Señor los perdona. Hasta en aquella ocasión en que el Señor se decidió a destruir el mundo por el diluvio universal, si aquellos pecadores hubiesen recurrido a la oración, con seguridad el Señor los hubiera perdonado. Y si proseguís leyendo las Escrituras, veréis a Moisés sobre la montaña, mientras Josué lucha con los enemigos del pueblo de Dios.

---

(1) Este texto no ha sido sacado de los Salmos, sino del Eclesiástico: «Quis invocavit eum, et despexit illum?» (Eccli., II, 12).

(2) Jonás, predicando en Nínive, decía: «No pasarán cuarenta días y Nínive será destruida», sin indicar por qué género de castigo (Jon., III, 4). Tal vez el Santo confunde la destrucción de Nínive con la ruina de Sodoma anunciada a Lot por un ángel, y que describe el Génesis así: «El Señor hizo caer del cielo una lluvia de azufre y fuego sobre Sodoma y Gomorra» (Gen., XIX, 24).

Cuando Moisés ora, los israelitas vencen; mas, en cuanto cesa su oración, los israelitas son vencidos. Ved aún al mismo Moisés pidiendo al Señor que perdone a treinta mil culpables a los cuales había resuelto perder: con sus oraciones, forzó, por decirlo así, al Señor a perdonarlos. «No, Moisés, le dijo el Señor, no intercedas por este pueblo, no quiero perdonarle.» Moisés continúa en su oración, y el Señor es vencido por las preces de su siervo, y perdona a su pueblo. ¿Qué hace Judit, H. M., para librar a su patria de aquel su temible enemigo? Acude a la oración y, llena de confianza en el Señor ante quien se acaba de postrar, va a la morada de Holofernes, le corta la cabeza y salva a su patria. Ved al piadoso rey Ezequías, a quien el Señor envió un profeta para advertirle que pudiese en orden sus negocios, pues iba a morir. Prosternóse delante del Señor, suplicándole que no le arrebatase aún de este mundo. Movido el Señor por sus oraciones, concedióle quince años más de vida. Si seguís adelante, veréis al publicano que, reconociéndose culpable, acude al templo para implorar de Dios el perdón. El mismo Jesucristo nos dice que sus pecados le fueron perdonados. Ved a la pecadora, prosternada a los pies de Jesús, orando con lágrimas en los ojos. Y ¿no le responde Jesucristo: «Te son perdonados tus pecados»? El buen ladrón, aunque lleno de los más enormes crímenes hace oración desde la cruz; y no sólo Jesucristo le perdona, sino que le promete que en aquel mismo día estará en el cielo con El. Sí, H. M., siuviésemos que citar a cuantos han alcanzado el perdón orando, tendríamos que enumerar a todos los santos que fueron pecadores; ya que por la oración tuvieron la dicha de reconciliarse con Dios, el cual dejóse conmover por sus súplicas.

III. — Mas pensaréis tal vez: ¿De dónde proviene

que, a pesar de tantas oraciones, seamos siempre pecadores, sin mejorar en lo más mínimo?—Nuestra desgracia, amigo mío, proviene de que no oramos cual deberíamos, esto es, oramos sin preparación y sin deseo de convertirnos, y muchas veces sin saber lo que a Dios hemos de pedir. No dudéis de esto, H. M., pues cuantos pecadores pidieron a Dios su conversión la obtuvieron, y todos los justos que suplicaron a Dios la perseverancia perseveraron. — Mas alguien me dirá: Se experimentan demasiadas tentaciones.—¿Eres excesivamente tentado, amigo mío? Ora, y ten la seguridad de que la oración te dará fuerzas para resistir la tentación. ¿Tienes necesidad de la gracia? Pues la oración te la obtendrá. Si dudas de ello, oye lo que nos dice Santiago, a saber: que mediante la oración dominamos al mundo, al demonio y a nuestras pasiones. Sí, H. M., por muchas que sean las penas que experimentemos, si oramos, tendremos la dicha de soportarlas enteramente resignados a la voluntad de Dios; y por violentas que sean las tentaciones, si recurrimos a la oración, las dominaremos. Mas ¿qué hace el pecador? Vedlo aquí. Tiene la plena convicción de que la oración le es absolutamente necesaria para evitar el mal y para obrar el bien, así como para salir del pecado cuando ha caído en él; pero mirad su gran ceguera: o no hace oración, o la hace mal. ¿Que no es cierto esto, H. M.? Ved la manera de orar que tiene un pecador, suponiendo que ore, pues la mayor parte de los pecadores no lo hacen; ¡ay! veréis que se levantan y se acuestan como bestias. Mas observemos a aquel pecador orando: vedle recostado en una poltrona, o echado sobre la cama rezando mientras se viste o se desnuda, o va andando o gritando, hasta tal vez jurando, a la zaga de sus criados o de sus hijos. ¿Con qué preparación se pone a orar? ¡Ay! con ninguna. Frecuentemente y en la mayoría de los casos, esta clase de gente acaba su pretendida oración,

no solamente sin saber lo que ha dicho, sino hasta sin pensar ante quién se hallaba, ni lo que iba a hacer o a pedir. Miradlos en la casa de Dios; ¿no os inspira compasión su actitud? ¿Hácese cargo de que están en la santa presencia de Dios? Indudablemente que no: miran a los que entran o salen, hablan con los del lado, bostezan, duermen, se fastidian, y hasta tal vez se enojan porque las funciones, a su parecer, son demasiado largas. Toman el agua bendita con la misma devoción que sacan la de un cubo para beber. Con duros trabajos hincan las rodillas, pareciéndoles ya demasiado inclinar un poco la cabeza durante la Consagración o la Bendición. Los veréis paseando su mirada por el templo, fijándola tal vez en aquello que puede inducirlos al mal; aun no han entrado y ya quisieran estar fuera. Al salir, los oiréis exclamarse cual si fuesen personas sacadas de una cárcel y puestas en libertad. Pues bien, H. M., tal es la miseria del pecador, y por cierto que es muy grande. Y al considerar esto, ¿deberá admirarnos que los pecadores continúen en sus pecados y perseveren en tan miserable estado?

Hemos dicho, en tercer lugar, que los provechos de la oración van anejos a la manera como cumplamos tal deber, según ahora vamos a considerar. 1.º Para que la oración sea agradable a Dios y provechosa al que la hace, es necesario hallarse en estado de gracia o a lo menos tener una firme resolución de salir cuanto antes del pecado, puesto que la oración de un pecador que no quiere salir del pecado, es un insulto que se hace a Dios. 2.º Para que nuestra oración esté bien hecha, es necesario habernos preparado antes. Toda oración hecha sin prepararse, es una oración defectuosa, y esta preparación consiste en pensar un rato en Dios antes de arrodillarnos en su presencia, considerando a quién vamos a hablar y lo que le hemos de pedir. ¡Ay! ¡cuán escasos son los que se preparan y, por lo



mismo, cuán pocos oran de una manera debida, es decir, en forma adecuada para ser escuchados favorablemente ! Por otra parte, H. M., ¡ qué os ha de conceder el Señor si no le pedís nada, ni deseáis nada ! Más claro : sois como un pobre que no quiere limosna, como un enfermo que no quiere sanar, como un ciego que quiere permanecer en su ceguera ; en fin, como un condenado que no quiere ir al cielo, sino que consiente en bajar al infierno.

En segundo lugar, hemos dicho que la oración es la elevación de nuestro corazón a Dios, una dulce conversación entre la criatura y su Criador. No será pues, H. M., orar debidamente el pensar en cosas ajenas, mientras estamos en oración. Apenas nos demos cuenta de que nuestro espíritu se distrae, es necesario ponerse de nuevo ante la presencia de Dios, humillarnos ante la divina Majestad, y no dejar nunca la oración porque no experimentemos gusto al orar. Por el contrario, hemos de pensar que, cuanto más pesadez sentimos, más meritoria será nuestra oración a los ojos de Dios, si perseveramos en ella siempre con la intención de agradarle. Refiérese en la historia que, en cierta ocasión, un santo decía a otro santo : « ¿ A qué será debido que, mientras oramos, nuestro espíritu se llene de mil pensamientos ajenos, los cuales quizá no nos acudirían, si no estuviésemos ocupados en la oración ? » El otro le contestó : « Ello no es extraño, amigo mío : ante todo, el demonio prevé las abundantes gracias que por la oración podemos alcanzar, y, por consiguiente, desespera de ganar a una persona que ore debidamente ; además, cuanto mayor es el fervor con que oramos, más excitamos su furor ». Otro santo, a quien se le apareció el demonio, le preguntó por qué se ocupaba continuamente en tentar a los cristianos. Y el demonio le respondió que se le hacía insoportable que un cristiano, que tantas veces ha pecado, pudiese

obtener aún el perdón, y que en tanto hubiese un cristiano en la tierra, él lo tentaría. Después le preguntó de qué manera los tentaba. Contestóle el demonio: «A unos les meto el dedo en la boca para hacerlos hostezar; a otros hago que duerman; a otros hago vagar su pensamiento de un lugar a otro». ¡Ay! H. M., demasiado verdad es esto; podemos experimentarlo cuantas veces nos ponemos en la presencia de Dios para orar.

Refiérese que, habiendo observado el superior de un monasterio que uno de sus religiosos, antes de comenzar sus oraciones, se movía en ademán de hablar con alguien, le preguntó en qué se ocupaba en aquellos momentos. «Padre mío, le dijo, es que antes de comenzar mis oraciones, tengo la costumbre de llamar a mis pensamientos y deseos diciéndoles: Venid todos y adoraremos a Jesucristo nuestro Dios». «¡Ah! H. M., ¡cuán agradable era contemplar la oración de los primeros cristianos!, nos dice Casiano. Era tan grande el respeto que tenían a la presencia de Dios, era tanto su silencio y recogimiento, que parecían muertos; veáselos en la iglesia temblorosos; no había allí ni sillas ni bancos; permanecían todos prosternados cual criminales que esperasen la sentencia. Pero también, H. M., ¡cuán rápidamente se poblaba el cielo, y cuán delicioso era vivir en la tierra! ¡Ah! ¡felices los que vivieron en aquellos tiempos dichosos!»

3.º Hemos dicho que nuestras oraciones han de ser hechas con confianza, y con una esperanza firme de que Dios puede y quiere concedernos lo que le pedimos, mientras se lo supliquemos debidamente. Todas las veces que Jesucristo nos promete no negar nada a la plegaria, añade esta condición: «Si lo pedís con fe». Cuando alguien le imploraba su curación u otra cosa, nunca se olvidaba de decirle: «Hágase según tu fe». Por otra parte, H. M., ¿qué nos podrá hacer dudar,

cuando nuestra confianza está apoyada en la omnipotencia de Dios que es infinita, en su misericordia sin límites, y en los méritos infinitos de Jesucristo, en nombre del cual oramos? Al orar en nombre de Jesucristo, no somos nosotros quienes oramos, es el mismo Jesucristo quien ora por nosotros a su Padre. El Evangelio nos ofrece un hermoso ejemplo de la fe que debemos tener al orar, en la persona de aquella mujer que sufría flujo de sangre. Decíase ella a sí misma : «Si puedo llegar a tocar aunque sea sólo el borde de su manto, tengo la seguridad de que sanaré». Ya veis cómo ella creía firmemente que Jesucristo podía curarla y con qué confianza esperaba una curación que deseaba ardientemente. En efecto, al pasar el Salvador junto a ella, arrojóse a sus pies, tocó su manto, y al momento quedó sana. Viendo Jesucristo su fe, la miró bondadosamente, y le dijo : «Anda, tu fe te ha salvado». Sí, H. M., a esta fe, a esta confianza está todo prometido.

4.º Decimos que, al orar, es preciso tener una intención pura tocante a lo que pedimos, y solamente implorar lo que mire a la gloria de Dios y a nuestra salvación. Podéis pedir cosas temporales, nos dice San Agustín ; mas siempre con la intención de que os serviréis de ellas para gloria de Dios, para salvación de vuestra alma y la de vuestro prójimo ; de lo contrario, vuestras peticiones procederían del orgullo o de la ambición ; y entonces, si Dios rehusa concederos lo que le pedís, es porque no quiere perderos. Mas ¿qué acontece en nuestras oraciones?, nos dice además San Agustín. ¡ Ay ! pedimos una cosa y deseamos otra. Al rezar el Padre nuestro, decimos : «Padre nuestro que estás en los cielos ; es decir : Dios mío, desligadnos de este mundo ; concedednos la gracia de saber despreciar todas aquellas cosas que sólo sirven para la vida presente ; hacednos la gracia de que todos nuestros pensamientos y deseos sean sólo para el cielo !» ¡ Ay ! si Dios nos con-

cediera esta gracia, muchos de nosotros íbamos a quedar disgustados (1).

Hemos de orar con frecuencia, H. M., pero debemos redoblar nuestras oraciones en las horas de prueba, en los momentos en que sentimos el ataque de la tentación. Ved un ejemplo. Leemos en la historia que, en tiempo del emperador Licinio, dióse una orden según la cual todos los soldados debían ofrecer sacrificios al demonio. Entre ellos hubo cuarenta que se negaron a cumplirla, diciendo que los sacrificios sólo a Dios eran debidos y de ninguna manera al demonio. Se les hizo toda clase de promesas. Al ver que nada era capaz de rendirlos, después de someterlos a una serie de tormentos, fueron condenados a ser arrojados desnudos en un lago de agua helada, durante la noche, en los rigores del invierno, para que muriesen de frío. Los santos mártires, al verse así condenados, dijéronse unos a otros: «Amigos, ¿qué nos queda al presente sino ponernos en las manos de Dios omnipotente, el único de quien podemos obtener la fortaleza y la victoria? Recorramos a la oración y oremos continuamente para atraer sobre nosotros las gracias del cielo; pidamos a Dios que nos conceda a los cuarenta la dicha de perseverar». Mas, para tentarlos, colocóse muy cercano a aquel sitio un baño caliente. Por desgracia, uno entre ellos desfalleció, abandonó el combate, y fué a meterse en el baño caliente; pero al entrar en él perdió la vida. El que los custodiaba, viendo bajar del cielo treinta y nueve coronas y otra que quedaba suspendida en las alturas, «¡ Ah !, exclamó, ¡ es la de aquel infeliz que ha abandonado a sus compañeros !...», y arrojóse al estanque helado, para ocupar el lugar del que aquél había desertado, y así recibió el bautismo de sangre. Como al día siguiente estuviesen aún con vida, ordenó el gobernador

---

(1) Citar el resto del Padre nuestro... Ejemplo del Pastor. (Nota del Santo).



que fuesen echados al fuego. Habiendo sido puestos en un carro todos, excepto el más joven a quien confiaban conquistar aún, su madre, que era testigo de la escena, exclamó: «¡ Ah ! hijo mío, ¡ ten valor ! un momento de sufrir te valdrá toda una eternidad de dicha ». Y cogiendo ella misma a su hijo, lo llevó al carro con los demás, y llena de alegría, le condujo, como en triunfo, a la gloria del martirio. Tan persuadidos estaban de que la oración es el medio más poderoso para atraer sobre nosotros los auxilios del cielo, que durante todo su martirio no cesaron de orar. Vemos que San Agustín, después de su conversión, se retiró durante largo tiempo a un pequeño desierto, para pedir a Dios la gracia de perseverar en sus buenos propósitos. Y siendo obispo, pasaba buena parte de sus noches en oración. San Vicente Ferrer, que tantas almas llevó al buen camino, decía que nada es tan poderoso como la oración para convertir a los pecadores, y que la oración es semejante a un dardo que atraviesa el corazón del pecador.

Sí, H. M., bien podemos decir que la oración lo hace todo : ella es la que nos da a conocer nuestros deberes, ella la que nos pone de manifiesto el estado miserable de nuestra alma después del pecado, ella la que nos procura las disposiciones necesarias para recibir los sacramentos ; ella la que nos hace comprender cuán poca cosa sean la vida y los bienes de este mundo, lo cual nos lleva a no aficionarnos demasiado a lo terreno ; ella, por fin, es la que imprime vivamente en el espíritu el saludable temor de la muerte, del juicio, del infierno y de la pérdida del cielo. ¡ Ah ! H. M., si tuviésemos el acierto de orar siempre bien, pronto seríamos unos santos penitentes. Vemos que San Hugo, obispo de Grenoble, nunca se cansaba de rezar el Padre nuestro. Se le dijo que aquello podía contribuir a aumentar su dolencia : « ¡ Ah ! no, respondió ; al contrario, esto causa alivio ».

Hemos dicho, H. M., que la tercera condición que debe reunir la oración para ser agradable a Dios, es la perseverancia. Vemos muchas veces que el Señor no nos concede en seguida lo que pedimos; esto lo hace para que lo deseemos con más ardor, o para que apreciemos mejor lo que vale. Tal retraso no es una negativa, sino una prueba que nos dispone a recibir más abundantemente lo que pedimos. Ved a San Agustín implorando por espacio de cinco años la gracia de su conversión. Ved a Santa María Egipciaca ocupándose durante diez y nueve años en pedir a Dios que la librase de recaer en las torpezas pasadas. ¿Qué hicieron, pues, los santos? Perseveraron constantemente en sus peticiones y, por su constancia, obtuvieron siempre lo que pedían a Dios. Y nosotros, aunque llenos de pecados, si Dios no nos otorga al momento lo que le pedimos, pensamos que no quiere concedérselo, y dejamos en seguida la oración. No, H. M., no es ésta la conducta que observaron los santos respecto al particular: ellos se consideraron siempre indignos de ser escuchados favorablemente por Dios, creyendo que, si El accedía a sus ruegos, era a impulsos de su misericordia, mas no en vista de sus méritos. Digo, pues, que al orar, aunque Dios parezca no escuchar nuestras oraciones, nunca hemos de abandonarlas, sino continuar con gran constancia. Si Dios no nos concede lo que pedimos, será para otorgarnos otra gracia más provechosa para nosotros que la que pedimos. Un ejemplo de la manera como debemos insistir en nuestras oraciones, nos lo ofrece aquella mujer cananea que se acercó a Jesucristo para implorarle la curación de su hija. Ved su humildad, su perseverancia, etc... Citaré también otro ejemplo admirable de lo que puede la oración. Leemos en la historia de los Padres del desierto que, habiendo los católicos de una ciudad vecina ido a encontrar a un santo cuya fama estaba muy extendida por aquellos países, a

fin de pedirle que los acompañase para ver de confundir a cierto hereje cuyos discursos seducían a mucha gente, aquel santo se puso a discutir con el desgraciado, sin poderle convencer de que no llevaba razón y de que era un desgraciado que parecía sólo haber nacido para perder las almas; viendo que, con sus sofismas y rodeos, continuaba en la pretensión de hacer creer a los demás que la razón estaba de su parte, el santo le dijo: «Desgraciado, el reino de Dios no consiste en palabras, sino en obras; vamos los dos al cementerio, junto con toda esta gente, que servirán de testigos; invocaremos ambos a Dios ante el primer muerto que hallemos, y nuestras obras darán razón de nuestra fe». El hereje quedó corrido ante aquella proposición, sin atreverse a acudir al reto; mas propuso al santo aguardar al día siguiente, a lo cual éste accedió. El día señalado, el pueblo, afanoso de ver en qué pararía aquello, se dirigió en masa al cementerio. Esperaron todos allí hasta las tres de la tarde; mas en aquella hora el santo tuvo noticia de que su adversario había huído por la noche y tomado el camino de Egipto. Entonces San Macario, que así se llamaba el santo, llevóse al cementerio a todo aquel gentío que estaba esperando el resultado de la controversia, procurando sobre todo que estuviesen presentes aquellos a quienes el desgraciado hereje había seducido. Paróse ante una tumba, y en presencia de todos los que le rodeaban, se arrodilló, oró unos momentos, y, dirigiéndose al cadáver que de años estaba enterrado en aquel lugar, habló así: «¡Oh hombre! escúchame: si aquel hereje hubiese venido aquí conmigo, y delante de él hubiese yo invocado el nombre de Jesucristo mi Salvador, ¿no te habrías levantado para dar testimonio de la verdad de mi fe?» A estas palabras, el muerto se levantó y, en presencia de todos, dijo que lo hubiera hecho al momento tal como lo hacía entonces. San Macario le dijo: «¿Quién eres?

¿en qué edad del mundo viviste? ¿tuviste conocimiento de Jesucristo?» El muerto resucitado respondió que había vivido en tiempo de los más antiguos reyes; pero que nunca había oído pronunciar el nombre de Jesucristo. Entonces, viendo San Macario que todo el mundo estaba ya plenamente convencido de que aquel desgraciado hereje era un falsario, dijo al muerto: «Duerme en paz hasta la resurrección general». Y todo el mundo se retiró alabando a Dios, que de una manera tan elocuente había hecho conocer la verdad de nuestra santa religión. San Macario retornó a su desierto para continuar las penitencias a que se entregaba (1).

¿Veis, H. M., la eficacia de la oración cuando ella se hace con las debidas condiciones? ¿No convendréis conmigo en que, si no alcanzamos lo que pedimos a Dios, es porque no oramos con fe, con el corazón bastante puro, con una confianza bastante grande, o porque no perseveramos en la oración cual debiéramos? No, H. M., jamás Dios ha denegado ni denegará nada a los que le piden sus gracias debidamente. Sí, H. M., la oración es el gran recurso que nos queda para salir del pecado, perseverar en la gracia, mover el corazón de Dios y atraer sobre nosotros toda suerte de bendiciones del cielo, ya para el alma, ya por lo que hace a nuestras necesidades temporales.

De aquí concluyo que, si continuamos en pecado, si no nos convertimos, si nos inquietamos tanto por las penas que Dios nos envía, es porque no oramos u oramos defectuosamente. Sin la oración no podemos frecuentar dignamente los sacramentos; sin la oración no conoceremos nunca el estado a que Dios nos llama; sin la oración no podremos librarnos del infierno; sin la oración jamás participaremos de las delicias que podemos disfrutar amando a Dios; sin la oración todas las

---

(1) *Vida de los Padres del desierto*, t. II. San Macario de Egipto.



cruces que nos sobrevengan quedan sin mérito. ¡ Oh ! ¡ de qué goces disfrutaríamos si supiésemos orar debidamente ! No oremos, pues, nunca, sin considerar primero atentamente a quién hablamos y lo qué queremos pedir a Dios. Oremos sobre todo, H. M., con humildad y confianza, y con ello tendremos la dicha de alcanzar cuanto deseamos, siempre que nuestras peticiones se conformen con el espíritu de Dios. Esto es lo que os deseo...

# SOBRE LAS ROGATIVAS

## LAS PROCESIONES, LA ABSTINENCIA

### Y LAS CUATRO TÉMPORAS

*Surrexit David et abiit, et univ-  
ersus populus... ut adducerent ar-  
cam Dei.*

David, acompañado de todo su pueblo, se marchó para conducir el arca del Señor.

(II Libro de los Reyes, VI, 2.)

¿Podemos hallar, H. M., una ceremonia más conmovedora que la de ver al santo rey acompañado de todos los sacerdotes y levitas, y éstos a la vez seguidos de todo el pueblo, trasladando el arca santa del tabernáculo de Silo (1) al lugar que en Jerusalén se le había preparado? Los sacerdotes y levitas ejercían junto al arca las funciones de su ministerio, y cada tribu marchaba bajo su estandarte. Hemos de ver en esto, es decir, en aquella marcha triunfante del pueblo judío conduciendo el arca, una figura exacta de los piadosos concursos de fieles cristianos dirigiéndose en procesión de una parte a otra, bajo la presidencia de su pastor, precedidos todos por la cruz y los estandartes. Así reunidos, forman como un pequeño cuerpo de ejército temible al demonio y poderoso delante de Dios, congregado para agradecerle sus dones, o para implorarle sus gracias. Es,

---

(1) El arca en un principio estuvo en Silo (I Reg., I-IV); mas cuando David concibió el propósito de llevarla a Jerusalén, el arca ya no estaba en Silo, sino en Cariathiarim (I Paralip., XIII, 5).

pues, muy necesario daros a conocer por qué se han establecido tales procesiones y la manera cómo debemos asistir a ellas. Diremos también cuatro palabras acerca de la abstinencia, instituída casi por los mismos motivos: es decir, para pedir a Dios la conservación de las cosechas, así como para suplicarle que nos provea de los medios de satisfacer a la divina justicia por nuestros pecados, y, al mismo tiempo, que nos preserve de caer en otros nuevos. Procurad prestar atención a estas explicaciones, ya que por ellas vais a aprender la manera de aprovechar esos bienes que la Iglesia nos ofrece.

I. — Ante todo os diré, H. M., que la primera y más antigua ley impuesta por Dios al hombre, es la de la abstinencia. Ya cuando Dios creó a Adán y le colocó en el paraíso terrenal, confiriéndole poder sobre todas las criaturas, le impuso la prohibición de tocar el fruto de cierto árbol. Si Adán hubiese sido fiel a dicha ley, ahora no tendríamos necesidad de que la Iglesia nos prescribiera nuevas abstinencias. Mas, a causa de aquel pecado, la carne se insubordina contra el espíritu, y es necesario dominarla por el ayuno y la abstinencia. Esta es la razón por que la Iglesia ordena a sus hijos observar, además de los ayunos de Cuaresma, los correspondientes a las vigílias y a las Cuatro Témporas, así como la abstinencia del viernes y del sábado (1). ¿Queréis saber, H. M., el fin general que la Iglesia se propone al ordenar que en ciertos días se ayune o se guarde la abstinencia? Este fin no es otro que el de mantener en sus hijos el espíritu de penitencia, que Jesucristo no cesó de recomendar durante su vida en este mundo, y que viene a ser como el compendio de la moral divina. Sí, H. M., será mortificando nuestro cuerpo

---

(1) Téngase en cuenta la disciplina vigente, y los privilegios de la Bula en lo que se refiere a ayunos y abstinencias. (Nota del Trad.).

como debilitaremos nuestras pasiones, al par que podremos expiar nuestros pecados pasados y hallar el remedio para preservarnos de caer en lo futuro. Teniendo, H. M., tantas culpas que expiar, nos conviene aprovecharnos de tan eficaces medios para satisfacer a la divina justicia. Sí, H. M., todos tenemos pasiones que domar, y es precisamente privándonos de todo cuanto pueda lisonjear el gusto como nos será posible dominarlas. La Iglesia, que conoce la necesidad que de tales privaciones tenemos, así como la repugnancia que por ellas sentimos, viene en nuestro auxilio, instituyendo un precepto, a fin de determinar con mayor eficacia nuestra voluntad a someterse a tales prácticas de penitencia (1).

Pero, además de esta ley general, hay también otras razones particulares: así nos ordena ayunar en las vigiliass de las grandes festividades, para que, por la penitencia, nos dispongamos a celebrarlas con mayor piedad y de esta manera saquemos un fruto espiritual más abundante. Así como la Iglesia consagró el domingo a recordar la resurrección del Salvador, así también dedicó el viernes a la memoria de su sagrada pasión y muerte. ¿No será, pues, justo que consagremos ese día a la penitencia y a la mortificación, ya que nuestros pecados son los que clavaron a Jesucristo en la cruz? ¿No es justo que tomemos parte en sus sufrimientos, si queremos participar igualmente de la gracia de la Redención? Por esta razón, H. M., en los primeros siglos de la Iglesia, todos los viernes eran días de ayuno. Ayunábase también en sábado, para honrar la sepultura de Jesús y, al mismo tiempo, para disponerse a santificar el domingo. Siendo tales días, H. M., días de gracia y de bendición, debemos prepararnos por la mortificación, si queremos recibir con

---

(1) Rodríguez, t. IV, pág. 519. (Nota del autor).



abundancia los bienes que en ellos quiere Dios otorgarnos. Hoy día, como podéis ver, H. M., el ayuno del viernes y del sábado se reduce solamente a la abstinencia de carne, de lo cual ha hecho un precepto la Iglesia santa. «Ni el viernes ni el sábado, comerás carne» (1). Sí, H. M., debemos todos someternos a esta ley, hasta los niños, en cuanto llegan a la edad de poder cumplirla; sólo quedan exentos de ella los que de ninguna manera la puedan observar (2).

Mas ¡ay! ¿en qué siglo miserable nos hallamos? Casi es imposible distinguir a los cristianos o hijos de la Iglesia: la mayor parte parecen tener especial gusto en violar la ley de la abstinencia. ¡Ay! ya no se tiene escrúpulo alguno en comer carne los viernes y los sábados; las malas compañías os hacen renunciar a vuestra religión. ¡Ay! ¡cuántos pecados mortales! ¿Acaso hallaremos alguno de los que en sábado celebran esponsales o bodas, que no coma carne cual los paganos e idólatras? ¡Ay! ¡qué escándalo para los pequeñuelos, y qué fuente de maldición para los que se casan! — Esta es la costumbre. — ¡Ay! amigo mío; por más que haya la costumbre de comer carne en viernes, Nuestro Señor no tomará jamás la costumbre de admitir en el cielo a los que desprecian su ley. La religión se va perdiendo entre nosotros, y ya no hacemos caso de sus leyes. Si Adán, H. M., se perdió por haber comido de la fruta prohibida, también nosotros vamos a perdernos comiendo carne los días en que está prohibida. ¡Oh! ¡triste elección el preferir arder por toda una eternidad en el infierno, antes que privarse de comer carne! — Pero, me dirá alguno, es la compañía. — ¡Ah! ¡la compañía, H. M.! ¡y vosotros también! la compañía no os fuerza hasta tal punto, no os abre la

---

(1) Véase la nota de la pág. 77.

(2) Rodríguez, t. III, pág. 599. (Nota del autor).

boca hasta metros dentro los manjares. ¡Desgraciados, tiempo vendrá en que os arrepentiréis!... No, no, H. M., que nunca ese maldito respeto humano os haga cometer una acción tan indigna de un cristiano y que tanta ingratitud demuestra para con Dios. Conque, amigo mío, ¿temes al mundo? dirige pues una mirada a esta cruz: mira si tu Dios se avergonzó de morir pobre y desnudo a la vista de una inmensa multitud; anda, desgraciado, eres un ingrato; Dios te está aguardando en su tribunal, donde pagarás caro ese respeto humano. ¿Teméis que se burlen de vosotros? ¡Oh! ciertamente, ¡se ve que os tenéis en mucho, cuando tanto teméis ser objeto de las burlas de los demás! Mirad a vuestro modelo, H. M.; ¿temió El las mofas de que fué objeto en su sagrada pasión? Si las hubiese temido, ¿no nos habría dejado abandonados bajo la esclavitud del demonio? Vete, miserable, vete a comer carne; tiempo tendrás de lamentarlo por toda una eternidad... No, H. M., que jamás el maldito respeto humano os haga faltar tan deplorablemente a vuestro deber (1). Mas pasemos a una segunda reflexión sobre los ayunos de las Cuatro Témporas.

Leemos en la Sagrada Escritura que, al ser los judíos expulsados de Jerusalén a causa de sus infidelidades y llevados a la cautividad de Babilonia, lejos del templo del Señor, reconociendo que sus pecados les habían merecido tales castigos, intentaron aplacar la cólera divina, y, para este fin, ellos mismos se impusieron la obligación de ayunar el cuarto, el quinto, el séptimo y el décimo día de cada mes (2); a ejemplo de ellos

---

(1) Rodríguez, t. III, pág. 521. (Nota del Santo).

(2) El texto del profeta Zacarías: «*Ieiunium quarti, et ieiunium quinti, et ieiunium septimi, et ieiunium decimi erit domui Juda...*» (Zach., VIII, 19), se refiere, según los intérpretes, al ayuno del cuarto, quinto, séptimo y décimo mes. Los judíos ayunaban el noveno día del cuarto mes, el décimo del quinto, el tercero del séptimo y el décimo

la Iglesia ha instituído los ayunos de las Cuatro Témporas, a fin de inducirnos a expiar los pecados que todos los días estamos cometiendo, así como para atraer sobre nosotros, mediante esta penitencia general, más meritoria que si nosotros mismos nos la impusiéramos, para atraernos, digo, la misericordia y las bendiciones del cielo. Habréis de convenir conmigo en que los tres días de ayuno que practicamos en cada estación, es decir, cada tres meses, son poca cosa a proporción de los pecados que tenemos la desgracia de cometer todos los días. Sin embargo, la Iglesia, madre piadosa y amante de sus hijos, se contenta con tan poca cosa, a condición de que la cumplamos bien y de todo corazón: lo cual debe entenderse no sólo del ayuno, sino también de las demás obras que podemos practicar. Para que nos impongamos mejor de la necesidad de cumplir bien los santos ayunos, nos da la Iglesia este precepto: «En las Cuatro Témporas y Vigilias, ayunarás». Por los ayunos de las Cuatro Témporas quiere ella hacernos presente que, así como no hay tiempo en que no tengamos la desgracia de ofender a Dios, tampoco debe quedar tiempo alguno en que dejemos de hacer penitencia para aplacar la cólera divina mediante el sacrificio de un corazón contrito y humillado. Tal es la primera razón que ha movido a la Iglesia a instituir las Cuatro Témporas.

La segunda razón mira a nuestras necesidades temporales. Sabéis que hay ayunos de Témporas en la primavera, puesto que es en aquel tiempo cuando, por el crecimiento del día solar, comienza a reanimarse la naturaleza y a abrirse la tierra para la producción de sus frutos. Y entonces es cuando la Iglesia nos impul-

---

del décimo, por diversos motivos, los cuales podrán verse en la Biblia de Carrières y Menochio, sobre este mismo pasaje de Zacarías.

Esta diferencia de interpretación no debilita en manera alguna, como es evidente, el valor del ejemplo propuesto por el Santo.

sa a pedir a Dios que se sirva bendecir la tierra y hacerla fecunda. Durante el verano, estando la cosecha expuesta a mil accidentes desgraciados, la intención de la Iglesia es que acudamos al Señor para que nos la conserve y nos conceda misericordiosamente lo necesario para vivir durante el año. He dicho, H. M., por misericordia; y esto porque, siendo como somos pecadores, no tenemos derecho alguno ni aun a los bienes necesarios para la vida. Según esto, pues, debemos pedir humildemente a Dios los alimentos, el vestido, como una limosna que El puede denegarnos sin injusticia, y, al recibir tales bienes, hemos de hacerlo con gran reconocimiento, como un favor enteramente gratuito que derrama sobre nosotros por pura bondad. Y por esto mismo, en otoño, cuando estamos ocupados en la recolección, y en invierno cuando la hemos ya terminado, quiere la Iglesia que ofrezcamos a Dios nuestros ayunos y limosnas como un sacrificio de acción de gracias por todos los bienes que durante el año nos otorgó.

La tercera razón por la cual la Iglesia ha instituído las Cuatro Témporas, es para pedir a Dios la gracia de usar bien de las riquezas que nos ha dado, sin que perdamos jamás de vista al celestial Dador de las mismas. Mas, desgraciadamente, no es esto lo que hacemos. ¡Ay! H. M., quién no deplorará la ceguera de los cristianos, cuando en el tiempo de la recolección, tiempo en que deberían dar gracias a Dios por los bienes que les envía, parecen redoblar su furor contra El con los pecados que cometen mientras van almacenando los frutos que Dios se ha servido concederles. Debemos, pues, sacar de aquí, H. M., que, si estamos en condiciones de ayunar y no lo hacemos, cometemos pecado mortal; mas, si no podemos ayunar, debemos suplir el ayuno con buenas obras: ya privándonos de algo durante las comidas, ya asistiendo a la santa Misa, ya



rezando algunas oraciones además de las acostumbradas. Y para unirnos a la intención de la Iglesia, hemos de movernos a la contrición de nuestros pecados, lamentar nuestra imposibilidad de hacer penitencia, para que así podamos satisfacer en alguna manera a la divina justicia.

La cuarta razón por la cual la Iglesia ha instituido el ayuno, es para suplicar al Señor que los obispos no ordenen más que a buenos clérigos; ya que por el ministerio sacerdotal es como Dios nos ilumina, nos encamina, nos distribuye sus gracias y nos aplica, mediante los sacramentos, los méritos de la sangre de Cristo. Un buen sacerdote, un párroco según el corazón de Dios, es el mayor tesoro que el Señor puede conceder a una parroquia y uno de los más preciosos dones de la misericordia divina. Por el contrario, un mal sacerdote es uno de los más terribles azotes de la cólera divina; y por esto la Iglesia invita y ordena a cuantos estén en condiciones de ayunar a que lo hagan, a fin de que bajen sobre el obispo las luces necesarias para conocer perfectamente a los que Dios destina a su servicio, y para que derrame sus dones y sus gracias sobre los que van a ser ordenados. Ya veis, pues, H. M., cuán interesados estamos todos en ello, ya que, hasta cierto punto, de ello depende nuestra salvación; en efecto, si estamos dirigidos por un buen sacerdote, podemos recibir toda suerte de bendiciones, ya por sus oraciones en favor nuestro, ya por los buenos consejos que nos ha de dar.

II.— Hemos dicho, además, que hablaríamos de las distintas procesiones que se hacen durante el año, cada una de las cuales tiene su objeto o fin particular. La procesión del Corpus Christi tiene por objeto celebrar el triunfo que Jesucristo ha hecho alcanzar a la Iglesia sobre sus enemigos que niegan la presencia real

en el adorable Sacramento, y, al mismo tiempo, hacer que se rinda el homenaje debido a Jesús en este Sacramento de amor. Es la más augusta de todas las procesiones, ya que va presidida por el mismo Jesucristo en persona. ¡ Oh ! ¡ si fuésemos capaces de comprenderlo ! ¡ cuál debería ser nuestro respeto y amor en aquel momento feliz, toda vez que en él tenemos la misma suerte que aquellos que seguían al Salvador mientras anduvo por la tierra ! La procesión de las Palmas se celebra para honrar la ida y la entrada triunfante de Jesús en Jerusalén, cinco días antes de su muerte ; la de la Purificación, para representar la visita de la Virgen Santísima al templo llevando a Jesús en sus brazos ; la de la Asunción ha sido instituída para celebrar el triunfo de la Madre de Dios, al subir al cielo, y para renovar la consagración de la nación francesa a esta augusta Reina, que tantas pruebas de su protección nos ha dado (1). En los domingos, antes de la misa parroquial, se celebra una procesión, para honrar a Jesucristo resucitado, dirigiéndose de Jerusalén a Galilea ; pues, como sabéis, todos los domingos son una representación de la Resurrección de Cristo. Hácese esta procesión antes de la santa Misa, para recordar el camino que Jesucristo anduvo al dirigirse al Calvario ; toda vez que el santo sacrificio de la Misa no es otra cosa que una continuación del sacrificio de la cruz. Decidme : si consideraseis atentamente que la procesión que el domingo celebramos antes de la santa Misa (2) es para honrar el camino que Jesucristo anduvo al subir al Calvario, ¿ con qué diligencia no asistiríais a ella, a fin de tener la dicha de seguir en espíritu a Jesucristo, que por nosotros va a inmolarse nuevamente ! ¡ Con qué piedad y reverencia, H. M., asistiríais a dicho acto !

---

(1) Alusión local del Santo. (Nota del Trad.).

(2) En nuestro país no se celebran estas procesiones.

¿No os figuraríais ver la sangre que el divino Salvador derramó al subir al Calvario? ¡Ay! ¡si presenciamos tanta indiferencia y falta de respeto, es verdaderamente porque la mayor parte ignoran lo que hacen y desconocen los misterios que estas varias ceremonias nos recuerdan! ¡Dichoso el cristiano instruído que penetra en el espíritu de la Santa Iglesia!

Vemos que, en los tiempos de pública calamidad, los prelados ordenan procesiones extraordinarias para aplacar la cólera de Dios, o para alcanzar de su misericordia alguna gracia particular. En estas procesiones se suelen llevar, a veces, reliquias de santos, a fin de que Nuestro Señor, a la vista de tan precioso tesoro, se deje ablandar en favor nuestro. La Iglesia tiene señalados cuatro días, durante el año, para celebrar estas procesiones de penitencia: a saber, el día de San Marcos y los tres días de Rogativas. En tales procesiones es llevada la cruz, y también algunas banderas en las que hay pintada la imagen de la Virgen Santísima y del patrón de la parroquia, lo cual sirve para advertir a los fieles que han de andar siempre en pos de Jesús crucificado, y esforzarse en imitar a los santos que la Iglesia nos ha dado por patronos, protectores y modelos. Las procesiones que celebramos, hemos de considerarlas todas como una especie de marcha triunfal en la que acompañamos a Jesucristo y a los santos y santas. Jesucristo se complace en derramar sus bendiciones sobre todos los lugares donde pasa su imagen o la de sus santos: lo cual pudo observarse de una manera muy especial en Roma, cuando una terrible peste amenazaba con diezmar la ciudad. Viendo el Papa que ni las penitencias ni otras buenas obras podían nada para que cesase tan terrible azote, ordenó una procesión general, en la que se llevó la imagen de la Santísima Virgen pintada por San Lucas. Tan pronto la procesión estuvo en marcha, cesó ya la peste en todos los lugares por

donde pasaba la imagen de la Virgen Santa, y al mismo tiempo oíase a los ángeles cantando : *Regina caeli, laetare, Alleluia*. Con aquella procesión se extinguió enteramente la peste. El camino que hacemos en la procesión, siguiendo la cruz, nos recuerda que nuestra vida no debe ser otra cosa que una imitación de la de Jesucristo, quien se dió a nosotros por modelo y al mismo tiempo por guía ; hasta el punto de que, en cuanto nos separamos de El, necesariamente nos extraviarnos. La cruz y las banderas que vemos a la cabeza de nuestras procesiones, H. M., son para los verdaderos fieles gran motivo de alegría, ya que nos hacen semejantes a un pequeño cuerpo de ejército que resulta formidable ante el demonio y nos da derecho a las gracias del Señor, pues nada hay tan poderoso y eficaz como las oraciones que se hacen en común, bajo la presidencia de los propios pastores (1). Ved, H. M., lo que aconteció a los israelitas bajo el mando de Josué : durante siete días estuvieron dando la vuelta a las murallas de Jericó acompañando el arca y andando con reverencia junto a los sagrados ministros. Los cananeos burlábanse de los israelitas desde lo alto de sus murallas ; mas pronto hubieron de mudar de opinión (2). Al terminar aquella singular procesión, las fortificaciones vinieron abajo al son de las trompetas, y el Señor entregó a su pueblo los enemigos de Israel, que cayeron en sus manos cual si fuesen corderos, sin presentar resistencia alguna. Tal es, H. M., la victoria que Jesucristo nos hace ganar sobre los enemigos de nuestra salvación, cuando asistimos con gran respeto y religiosidad a las procesiones.

III. — En tercer lugar, decimos que las procesiones deben llevarnos a considerar que estamos aquí en

---

(1) Rodríguez, t. IV, pág. 620. (Nota del Santo).

(2) Ios., VI.



la tierra sólo en calidad de viajeros, que el cielo es nuestra verdadera patria, y que tenemos recibidas de Jesucristo luces y gracias para llegar a ella. El mismo es el camino, ya que El es quien nos ha mostrado todo cuanto debemos practicar para llegar a feliz término. La Iglesia quiere inspirarnos mediante las procesiones el pensamiento de que no debemos aficionarnos a la vida, sino a Jesucristo hasta la muerte, puesto que El es nuestra recompensa por toda una eternidad. Sí, H. M., tal es el fruto de las procesiones, si estamos bien penetrados de lo que hacemos al asistir a ellas. ¡Ay! ¡cuántos desprecios no recibe Jesucristo en las procesiones que celebramos? Unos ignoran por qué van; otros asisten riendo y bromeando; otros hablan como en una plaza pública y miran de un lado a otro. ¡Ay! me atreveré a decirlo, ¡cuántos hay que fijan sus miradas en personas y objetos que animan y encienden sus pasiones, y así, al terminar la procesión, salen mucho más criminales que al entrar y congregarse con los demás fieles! ¡Dios mío, cuántas gracias despreciadas! ¡cuántos pecados se cometen en aquellos momentos tan propicios para obtener gracias en abundancia! ¡cuántas cosas para contentar al demonio!... ¡Ah, si compareciésemos con buenas disposiciones!... Debemos, pues, tener como un deber el asistir a las procesiones en cuanto nos sea posible; si de ningún modo podemos estar presentes, entonces hemos de suplir nuestra falta o ausencia rezando cuantas oraciones rezan los asistentes y esforzándonos en acompañarlos en espíritu con las santas disposiciones que la Iglesia tiene prescritas.

La primera disposición será penetrarnos bien de lo que la Iglesia quiere representar en cada procesión. Nunca hemos de perder de vista, H. M., que, para agradar a Dios y merecer sus gracias, hemos de adorarle en espíritu y en verdad, y que imitamos a los judíos

cuando nos limitamos a estar materialmente presentes. Así es que un buen cristiano ha de procurar penetrarse del espíritu de la Iglesia y de lo que ésta quiere representar en las ceremonias que celebra. Es preciso que tengamos la firme convicción de que nos hallamos en la presencia de Dios, y de que le seguimos como hacían los primeros cristianos durante su vida mortal; que asistimos a tales procesiones para implorar misericordia, y, por consiguiente, hemos de estar sensiblemente afligidos de haber ofendido a un Dios tan bueno.

La segunda disposición que Dios pide de nosotros al asistir a las procesiones, es la de andar con mucho orden: ya que basta que uno solo se aparte de lo establecido, para causar notable distracción a los demás. El orden consiste en andar con modestia, sin mirar a uno y otro lado, sin hablar, sin reír; pues todo esto resultaría un desprecio hecho a Dios y a las cosas santas.

La tercera disposición es juntar nuestras oraciones a las que la santa Iglesia reza durante la procesión; es decir, que debemos unirnos al sacerdote rezando lo que él reza. Si no sabéis leer, entonces rezad el rosario, uniendo vuestra intención a la del sacerdote y demás fieles. Hemos de poner cuidado en no dejar que el espíritu se extravíe distrayéndose con los diferentes objetos que a nuestra vista se presenten; por lo cual es muy conveniente andar con los ojos bajos, a fin de que el demonio no tenga tanta ocasión de distraernos. Antes de comenzar, será bueno pedir a Dios perdón de nuestros pecados, a fin de que derrame su misericordia sobre nosotros. ¡Ay! ¡cuántos años hace que asistimos a esas procesiones, y a pesar de ello en nada hemos mejorado! ¿Sabéis, H. M., de dónde puede venir tal desgracia? Es porque nunca nos hemos dado cuenta de lo que hacíamos, obrando siempre por hábito o por rutina, mas no por verdadero espíritu de piedad y

amor. Sí, H. M., un buen cristiano debe asistir siempre a las funciones y ejercicios de la religión, con una complacencia siempre creciente, con un desco cada día más ardiente de aprovecharse mejor de ellos. ¡ Cuánta bondad por parte de Dios el sufrirmos en su santa presencia y permitirmos hacer lo que hacen los santos en el cielo ! ¡ Cuánto más feliz sería el hombre en la tierra, si tuviese la dicha de conocer la santa religión !

Pero digamos ahora una palabra de lo que viene a ser la procesión de San Marcos y las de Rogativas. Escuchad bien, ya que ello es interesante. Conviene que sepáis quién las instituyó, cuándo y por qué fueron instituídas.

En el año 442 hubo tan grandes temblores de tierra, y los habitantes de la ciudad de Viena, en el Delfinado, quedaron tan atemorizados, que creían llegado ya el fin del mundo. Lo que acabó de alarmarlos fué el fuego que del cielo cayó incendiando la casa de la ciudad y otros edificios vecinos. Las bestias fieras abandonaban las selvas y se atrevían a atacar a los hombres en medio de las plazas públicas. Amedrentados los habitantes, se refugiaron con su obispo en la iglesia, para librarse de aquellos monstruos. San Mamerto, que era el obispo de la ciudad, ordenó muchas oraciones y penitencias ; además, dispuso que, para pedir a Dios el cese de aquellas calamidades, durante los tres días que preceden a la fiesta de la Ascensión se ayunase y se celebrasen solemnes procesiones a fin de aplacar la cólera de Dios. Las demás iglesias de Francia y algunas de otros países imitaron aquel ejemplo, y al poco tiempo tales procesiones se celebraban en todo el mundo cristiano. Nada más edificante que la manera como aquellas procesiones se celebraban entonces : los fieles asistían a ellas descalzos, ciñendo cilicio y con la cabeza cubierta de ceniza ; durante los tres días observábase el más riguroso ayuno ; estaba prohibido tra-

bajar, para que quedase más tiempo para orar, y todos los instantes se empleaban en pedir a Dios perdón de los pecados cometidos y en rogar por la conservación de los frutos de la tierra y por las necesidades del Estado.

La procesión de San Marcos fué instituída por el papa San Gregorio Magno en el año 590, en ocasión de una horrible calamidad que asolaba a Roma. Después de una impetuosa inundación, las aguas se habían encharcado y, corrompiéndose, infectaron el ambiente, lo cual ocasionó una peste tan cruel que de ella murieron innumerables personas de toda edad y condición. La procesión ordenada por San Gregorio Magno se celebró con tanta devoción, con tanto fervor y tantas lágrimas, que la peste cesó al momento. Y viendo la Iglesia que el pecado se multiplicaba sobre la tierra y que Dios nos castigaba rigurosamente por ello, dispuso que continuaran aquellas devotas procesiones, a fin de inducirnos a la penitencia, a aplacar la justicia de Dios e implorar la conservación de los frutos de la tierra, los cuales durante nueve meses están expuestos a toda suerte de accidentes. Llámense estas procesiones «de Letanías mayores o menores», esto es, de oración y súplica. En un principio las letanías no eran más que clamores insistentes que se exhalaban ante Dios, pidiendo misericordia, mediante estas dos palabras: *Kyrie eleison*. Más tarde se les añadieron los nombres de la Virgen Santísima y de los santos, para implorar su intercesión ante Dios Nuestro Señor. La Iglesia, después de haber invocado el nombre de Dios, reclama la intercesión de los santos, expone los males de que se ve amenazada y los bienes de que está necesitada; conjura a la divina bondad, por todos los misterios de Jesucristo y, sobre todo, por su calidad de Cordero y Víctima inmolada por nuestros pecados, título el más adecuado para aplacar la cólera divina. Sí, H. M., esas



letanías, esas procesiones, la santa Misa y la abstinencia que la Iglesia nos prescribe en estos días, nos muestran claramente cuáles sean sus designios en todo esto (1).

Para conformarnos con su intención, H. M., debemos mirar estos días como días consagrados a la oración, a la penitencia y a toda clase de buenas obras; hacernos una obligación de asistir a las procesiones, y presentarnos allí con un exterior modesto y recogido, con un corazón contrito y profundamente humillado ante la omnipotente mano de Dios, considerando la fealdad de nuestros pecados y los castigos que ellos merecen. Animados de tales sentimientos, hemos de suplicar, con insistencia y en nombre de Jesucristo, que se abran los tesoros de la divina Misericordia para nosotros, para nuestros hermanos, para todas las necesidades de la Iglesia y del Reino, y particularmente para la conservación de los frutos de la tierra. ¡Mas ay! deberes tan necesarios y fundados sobre tan interesantes motivos están casi enteramente olvidados; al paso que a muchos cristianos se los ve continuamente en las *vogues* (2) mundanas. Ahora bien, si la Iglesia nos ordena orar durante aquellos cuatro días, ¿asistiremos a tales funciones con repugnancia, sabiendo que se celebran para aplacar la cólera de Dios y para librarnos de los males que merecen nuestros pecados?

¿Sabéis, H. M., a qué nos invita la Iglesia al llamarnos a las procesiones? Vedlo, H. M. A que dejemos por un momento nuestros trabajos de la tierra y nos ocupemos en la tarea de nuestra salvación. ¿Queréis mayor dicha, queréis mayor gracia que la de vernos

---

(1) En la vigente ley eclesiástica ha sido suprimida esta obligación de la abstinencia en tiempo de Rogativas (Nota del Trad.).

(2) Las *vogues* son unas fiestas mundanas y bulliciosas, que se celebran durante ciertas épocas del año en la región lionesa, las cuales a veces duran ocho días. Espectáculos al aire libre y danzas públicas constituyen el atractivo y el peligro de tales fiestas.

forzados, en cierta manera, a salvar nuestra alma? ¡Dios mío, qué don tan inefable!... en esas procesiones buscamos el cielo. En tales momentos hacemos lo que los santos hicieron durante toda la vida. Decidme, H. M., ¿qué hizo Jesucristo durante su vida? Nada más sino trabajar para salvarnos. Pues bien, H. M., tal es lo que hacemos nosotros en el día de San Marcos y en los de Rogativas. ¡Cuánta dicha, H. M., trabajar en aquel momento por la salvación de nuestra alma! ¡Ay! H. M., ¡con cuán poco se contenta Dios, si comparamos nuestros pecados y lo que ellos merecen, con lo que hicieron los santos! No se contentaron ellos con algunos días de ayuno, algunos viajes de devoción, o algunos días de abstinencia; ved cuántos años de lágrimas y penitencia por muchos menos pecados que nosotros! Ved a San Hilarión, llorando por espacio de ochenta años en un bosque. Ved a San Arsenio, que pasó buena parte de su vida entre dos peñas. Ved a San Clemente, quien soportó un martirio de treinta y dos años. Mirad aún esa turba de mártires, que dieron su vida por asegurar la salvación de su alma. Hallamos un ejemplo admirable de ello en la persona de Santa Felicitas, madre de siete hijos, que vivió en tiempo del emperador Antonino. Viendo los sacerdotes gentiles la destreza de aquella santa mujer en hacer que la gente abandonase la idolatría, dijeron al emperador: «Creemos deber nuestro, señor, daros cuenta de que hay en Roma una viuda con siete hijos, que, perteneciendo a la impía secta llamada cristiana, hacen sacrílegos votos, los cuales excitarán, seguramente, la implacable cólera de vuestros dioses». Al momento el emperador ordenó al prefecto que hiciese comparecer aquella viuda, y la obligase, con toda suerte de tormentos, a sacrificar a los dioses, y, en caso de negarse, la hiciese morir. El prefecto, después de haberla llamado a su presencia, invitóla amigablemente a que

dejase su impía religión y sacrificase a los dioses del imperio ; de lo contrario, el emperador había ordenado darle muerte. Mas Santa Felcitas le contestó con cristiana energía : «No esperéis, oh Publio, ganarme ni con vuestras súplicas, ni con vuestras amenazas. Podéis escoger entre dejarme vivir, o darme muerte ; mas estad cierto de que seréis vencido por una mujer». Díjole el prefecto : «Si quieres morir, muere en buena hora, mas no seas la causa de la muerte de tus hijos». «Mis hijos perecerían, si llegasen a sacrificar a los demonios que son tus dioses ; mas si mueren por el verdadero Dios, vivirán eternamente.» A lo cual dijo el prefecto : «A lo menos ten piedad de tus hijos que están en la flor de la edad». «Guarda para otros tu compasión, nosotros no la aceptamos.» Y al momento volviéndose hacia sus hijos, que estaban presentes, dijo : «Mirad, hijos míos, ese cielo tan alto y hermoso ; allí es donde Jesucristo os espera para recompensaros ; luchad generosamente, hijos míos, por el gran Rey de cielos y tierra». Entonces la golpearon fieramente en el rostro. El prefecto hizo venir a su presencia al primero de sus hijos, llamado Jenaro ; no pudiendo conquistarle, mandó que fuese cruelmente azotado y llevado después a la cárcel. A continuación se presentó Félix, quien contestó al prefecto : «No, prefecto, no me harás renunciar a mi Dios para sacrificar al demonio ; puedes someternos a los tormentos que se te antojen, no los tememos». Después de haberlos Publio hecho comparecer a todos sin obtener resultado alguno, el último le dijo : «¡ Ah ! prefecto, ¡ si supieses las llamas que tienes preparadas para abrasarte en ellas por toda la eternidad ! ¡ Ah ! ¡ si supieses cuán pronta está para castigar la justicia de Dios ! Aprovechate del tiempo que nuestro Dios te concede aún para arrepentirte». Nada pudo hacerlos retroceder, y el prefecto los hizo perecer a todos ; mas, durante la ejecución, la madre los estaba animando a sufrir gene-

rosamente por Jesucristo : «Valor, hijos míos ; mirad al cielo, donde Jesucristo os espera para galardonaros».

Pues bien, aquí veis lo que hicieron los santos, que, como nosotros, no tenían más que un alma para salvar y un Dios a quien servir. Sí, H. M., no se contentaron con algunas oraciones cual las que hacemos nosotros en determinados días en que la Iglesia nos llama a orar ; sino que llegaron a dar valerosamente su vida por salvar el alma. Concluyamos, pues, H. M., diciendo que debe ser para nosotros un gran placer, un motivo de júbilo, el asistir a todas esas devotas procesiones que se celebran durante el año, a las que hemos de venir con un deseo sincero de implorar misericordia. Procuremos evitar que el respeto humano o una leve incomodidad nos hagan jamás faltar a la ley de la abstinencia o del ayuno. Dichosos nosotros, H. M., si cumplimos estas pequeñas prácticas de piedad, ya que con ellas dejaremos muy contento y satisfecho al Señor...



## PARA EL DÍA DE LA ASCENSIÓN

*Gaudete et exultate, quoniam  
merces vestra copiosa est in caelis.*

Regocijaos y dad lugar a la alegría, ya que una gran recompensa os está prometida en el cielo.

(S. Mat., V, 12.)

Tales fueron, H. M., las confortadoras palabras que Jesucristo dirigió a sus Apóstoles para consolarlos y animarlos a sufrir con valor las cruces y las persecuciones que los esperaban. «Sí, hijos míos, les dijo aquel Padre amoroso, seréis el objeto del odio y del desprecio de los malos, seréis las víctimas de su furor; los hombres os odiarán, os conducirán ante los príncipes de la tierra, para juzgaros y condenaros a los más horribles tormentos y a la muerte más cruel y vergonzosa; pero, lejos de atemorizaros, regocijaos, puesto que en el cielo os está reservada una gran recompensa». ¡Oh, hermoso cielo! ¡quién no te amará, cuando tantos bienes se encierran en tu seno! ¿No era, por ventura, H. M., la consideración de esa recompensa lo que hacía a los Apóstoles infatigables en sus trabajos, invencibles contra las persecuciones que hubieron de arrostrar de parte de sus enemigos? ¿No era el pensamiento de ese hermoso cielo lo que hacía comparecer a los mártires ante sus jueces con un valor que asombraba a los mismos tiranos? ¿No era la visión de tan excelso objeto lo que extinguía el ardor de las llamas destinadas a devorarlos y embotaba el filo de las espadas que debían herirlos? ¡Oh! ¡cuál sería su dicha, al sacrificar sus bienes y su vida por Dios, con la esperanza de que iban a pasar a una vida mejor,

la cual no había de tener fin ! ¡ Oh, dichosos habitantes de la ciudad celeste, cuántas lágrimas habéis derramado y cuántos sufrimientos habéis experimentado para llegar a la posesión de vuestro Dios ! ¡ Oh ! nos dicen desde lo alto de aquel trono de gloria en que están sentados, ¡ oh ! ¡ cuán abundantemente nos recompensa Dios lo poco bueno que hicimos ! Sí, nosotros le veremos a este Padre tierno ; sí, nosotros le bendeciremos a este amable Salvador ; sí, nosotros le cantaremos himnos de gracias a este caritativo Redentor, durante una serie de años sin fin. ¡ Oh dichosa eternidad ! exclaman, ¡ cuántas alegrías y dulzuras nos harás experimentar !

Hermoso cielo, ¿ cuándo te veremos ? Oh dichoso momento, ¿ cuándo vas a llegar ? (1) No dudo, H. M., que todos deseáis y suspiráis por llegar a una tan grande dicha ; mas, para hacer que la deseéis aún con mayor ardor, voy a ponerlos de manifiesto, en cuanto me será posible hacerlo, la felicidad que embriaga a los santos ; y después, el camino que hay que seguir para llegar a ella.

I. — Si tuviese, H. M., que pintaros el tristísimo cuadro de las penas que experimentan los réprobos en el infierno, comenzaría por demostraros la certeza de tales penas ; después pondría ante vuestros ojos, temblando, o mejor dicho, con una especie de desesperación, la magnitud y la duración de los males que sufren y sufrirán eternamente. Después de escuchar tan triste narración, os sentiríais sobrecogidos de terror, y, para hacéroslo penetrar mejor, os señalaría las causas que pueden tan vivamente devorar aquellas almas con el horror y desesperación más espantosos. Son cuatro esas causas, os diría, a saber : la privación de la vista de Dios, el dolor que

---

(1) Es cierto que fuimos creados para ser felices : desde el más pobre al más rico, todos van en busca de algo que les satisfaga y llene sus deseos. (Nota del Santo).

las atormenta, la certeza de que aquello no ha de tener fin, y la consideración de los medios que estuvieron en su mano para tan fácilmente librarse de aquellos males : los cuales pensamientos serán otros tantos verdugos que las atormentarán durante toda la eternidad. En efecto, aunque durante mil eternidades, si mil eternidades fuesen posibles, un condenado deje oír los gritos más desgarradores y dignos de compasión pidiendo la dicha de ver a Dios un solo minuto, es cierto que jamás ello le será concedido. Además, habéis de saber que en cada instante sufre más él solo que no sufrieron todos los mártires juntos, o por mejor decir, en cada minuto experimenta todos los sufrimientos que le atormentarán por toda la eternidad. La tercera fuente de suplicio es saber que, a pesar del rigor de tales penas, ellas jamás se acabarán. Pero lo que completará la desesperación y sufrimiento de aquellos infelices, será ver los medios facilísimos que tenían a mano, no sólo para evitar tantos horrores, sino para ser dichosos por toda una eternidad ; continuamente verán las gracias que Dios les ofreciera para salvarse, trocadas entonces en otros tantos verdugos devoradores. Desde el fondo de los abismos, verán a los bienaventurados triunfantes en tronos de gloria, llenos de un amor tan tierno y ardiente que los tendrá como sumidos en continua embriaguez ; mas ellos, al pensar en las gracias que les diera Dios y ellos despreciaron, clamarán con tan espantosos alaridos de rabia y desesperación que, si Dios permitiera que fuesen oídos, el universo entero perdería su ser y se sumiría en el caos y en la nada. Después comenzarán a vomitar unos contra otros las más horribles blasfemias. El hijo dirá a gritos que se perdió porque sus padres lo quisieron ; invocará la cólera de Dios, y con los más horribles clamores pedirá le sea permitido convertirse en verdugo de su padre. La hija arrancará los ojos a su madre, la cual, en vez de guiarla al cielo, la empujó, la arrastró al infierno

con sus malos ejemplos y con palabras que sólo respiraban mundanidad y libertinaje. Tales hijos vomitarán horribles blasfemias contra Dios por no darles suficiente poder y furor para hacer sufrir a sus padres ; se precipitarán a los abismos cual desesperados, para arrancar y empujar a los demonios y arrojarlos sobre sus padres y sus madres ; para dar a entender con todo esto que, por haber causado su perdición, cuando tan fácilmente podían salvarlos, nunca serán bastante atormentados. ¡ Oh eternidad desdichada ! Oh desgraciados padres y madres, ¡ cuán horribles son los tormentos que os están reservados ! ; Dejad pasar unos momentos y lo experimentaréis ; dejad pasar unos momentos y os abrasaréis en las terribles llamas !...

Mas no, H. M., no vayamos más lejos ; no es éste el momento de detenernos a considerar un objeto tan triste y desgraciado ; no turbemos la alegría que hemos experimentado al ver acercarse un día consagrado a publicar la felicidad de que gozan los escogidos en la ciudad celestial y permanente. Os he dicho, H. M., que cuatro cosas agobiarán y llenarán de penas a los réprobos al revolcarse en las llamas ; asimismo os diré que, por lo que se refiere a los bienaventurados, cuatro cosas se juntarán para no dejarles nada que desear. Y son : 1.<sup>a</sup> la vista y presencia del Hijo de Dios, que se manifestará en todo el esplendor de su gloria, de su hermosura y de todas sus gracias ; es decir, tal cual es en el seno de su Padre ; 2.<sup>a</sup> el torrente de dulzura y de castos placeres de que gozarán, semejante al desbordamiento de un mar agitado por los furores de una horrible tempestad, que transporta sobre sus olas a los que recibe en su seno, sumiéndolos en una embriaguez tan arrojadora que llega a hacer olvidar la propia existencia. La tercera causa de felicidad en medio de tantas delicias, será la seguridad de que éstas no tendrán fin ; y, finalmente, lo que acabará de anegarlos en el torrente



de amor, será ver que tantos bienes les son concedidos para premiarles sus virtudes y las penitencias practicadas en este mundo. Aquellas santas almas verán, entonces, que a sus buenas obras deben esos castos abrazos con que su Esposo las favorece.

Ante todo digo que el primer transporte de amor que embargará su corazón, será la vista de las bellezas que descubrirá su proximidad a la presencia de Dios. En este mundo, por hermoso y sugestivo que sea el objeto que nos llama la atención, al poco tiempo de gozar contemplándolo, nuestro espíritu se cansa, y se vuelve a otro lado, si allí encuentra algo que le satisfaga; pasa constantemente de una cosa a otra, sin hallar nada que le complazca enteramente; mas en el cielo no ocurre esto así; allí, por el contrario, es preciso que Dios nos haga partícipes de sus fuerzas, para poder soportar todo el esplendor de su hermosura y de las cosas dulces y maravillosas que constantemente se ofrecerán a nuestros ojos; lo cual sume a las almas de los escogidos en un tal abismo de suavidad y de amor, que les impide distinguir si realmente viven, o si se han transformado en el mismo amor. ¡ Oh morada feliz ! ¡ oh dicha perdurable ! ¿ quién podrá un día disfrutar de tus encantos ?

En segundo lugar, digo que, por grandes y maravillosas que sean tales dulzuras, oiremos continuamente el canto de los ángeles anunciándonos que ellas durarán para siempre jamás. Dejo a vuestra consideración el gusto con que escucharán esto los bienaventurados.

En tercer lugar, hemos de tener presente que, en este mundo, si a veces experimentamos algún placer, no tardamos tampoco en sentir alguna pena que amargue su dulzura, ya por el temor de perderlo, ya por los cuidados que exige el conservarlo : y esto hace que jamás quedemos plenamente satisfechos. Mas en el cielo esto no acontece : allí estamos sumergidos en toda

alegría y delicia, con la seguridad de que nada podrá jamás arrebatárnosla ni disminuirla.

En cuarto lugar, digo que la última flecha de amor con que será atravesado nuestro corazón, es el cuadro que Dios presentará ante nuestros ojos, formado por la visión consoladora de todas las lágrimas por nosotros derramadas, de todas las penitencias practicadas durante nuestra vida, sin que falte allí ni el más insignificante buen pensamiento ni el más leve deseo. ¡ Oh ! ¡ qué alegría para un buen cristiano al ver ensalzado el desprecio de sí mismo, las asperezas inferidas a su cuerpo, y el placer que experimentaba al verse menospreciado ! Verá entonces su fidelidad en rechazar todo mal pensamiento con que el demonio intentaba manchar su imaginación ; recordará los momentos dedicados a prepararse para la confesión, y su diligencia en acudir a participar de la Sagrada Mesa ; tendrá delante de sus ojos cuantos actos de desprendimiento haya ejecutado, despojándose de lo suyo propio para cubrir al indigente que sufría. « ¡ Oh, Dios mío, exclamará a cada momento, cuántos bienes por cosas tan insignificantes ! » Mas Dios, para inflamar más y más a los escogidos en su amor y excitarlos al recogimiento, pondrá en medio de su corte la cruz ensangrentada, y les describirá todos los sufrimientos que El experimentó para conquistarles la felicidad, obedeciendo sólo a los impulsos de su amor. Ya podéis imaginaros cuáles habrán de ser sus transportes de amor y de agradecimiento ; ¡ qué castos abrazos van a prodigarle por toda la eternidad, recordando que aquella cruz es el instrumento de que Dios se sirvió para procurarles tantos bienes !

Los Santos Padres, al describirnos las penas que los réprobos experimentan, nos dicen que cada sentido estará atormentado según los crímenes que cometieron y los placeres de que gustaron : el que tuvo

la desgracia de entregarse al vicio de la impureza, estará cubierto de serpientes y dragones que le devorarán por toda la eternidad; sus ojos que se complacieron en deshonestas miradas, sus oídos que escucharon con gusto cantos y conversaciones impúdicas, su boca que vomitó toda clase de inmundicia, serán otros tantos canales de donde saldrán torbellinos de devoradoras llamas; sus ojos no verán otra cosa que los más horribles objetos. El avaro sentirá tanta hambre que se devorará a sí mismo, el orgulloso será pisoteado por los demás condenados, el vengativo será arrastrado a las llamas por los demonios. No, H. M., no habrá parte de nuestro cuerpo que no sufra a proporción de los crímenes que cometió. ¡Oh, horror! ¡Oh, desgracia espantosa!...

Pues yo digo que lo mismo acontecerá respecto a la felicidad de los bienaventurados en el cielo: su dicha, sus goces y su alegría estarán a proporción de lo que hicieron sufrir al cuerpo durante su vida. Si tuvimos horror a los cantos y conversaciones infames, en el cielo no oiremos más que tiernos y maravillosos cánticos, con que los ángeles harán resonar la celestial bóveda; si fuimos castos en nuestras miradas, nuestros ojos no se ocuparán más que en contemplar cosas cuya belleza los tendrá en un éxtasis continuo, del cual jamás se cansarán: es decir, iremos siempre descubriendo nuevas bellezas semejantes a una fuente de amor que mana sin cesar. Nuestro corazón, que en su destierro había gemido y llorado, estará embriagado en una dulzura tal, que no será dueño de sí mismo. El Espíritu Santo nos dice que los castos se asemejarán a una persona recostada en un lecho de rosas, cuyos perfumes la mantienen en éxtasis continuo. En una palabra, los santos, durante toda una eternidad, no harán sino gozarse en medio de castos y puros placeres.

Pero, pensará alguien para sí, en el cielo todos seremos igualmente felices.—Sí, amigo mío, mas habrá entre los bienaventurados alguna diferencia. Si los condenados son desgraciados y padecen según los crímenes que han cometido, también es cosa indudable que, cuanto más penitencia hayan hecho los santos, más brillante será su gloria; ved cómo se realizará esto. Es necesario, o mejor, conviene que Dios nos dé fuerzas proporcionadas al estado de gloria con que quiere agraciarnos, de suerte que El nos dará fuerzas a proporción de las suavidades y dulzuras que quiere hacernos gustar. A los que practicaron grandes penitencias sin haber cometido pecados, les dará fuerzas suficientes para soportar las gracias que durante la eternidad les va a comunicar. Y es innegable que todos estaremos muy contentos y felices, ya que hallaremos cuantas delicias nos convengan para que nada más podamos desear. «¡ Oh, Dios mío ! ¡ Dios mío !, exclamaba San Francisco de Sales, durante una tentación que sufría, vuestros juicios son espantosos; mas si fuese tan desdichado que no pudiese amaros en la eternidad, ¡ ah ! concededme, a lo menos, la gracia de amaros en este mundo cuanto me sea posible.» ¡ Ah ! ¡ si a lo menos, pobres pecadores que no queréis retornar a vuestro Dios, si a lo menos abundaseis en los mismos deseos de este gran Santo, y amaseis a Dios cuanto os fuese posible en esta vida ! ¡ Oh, Dios mío ! ¡ cuántos, entre los cristianos que me escuchan, no os verán jamás ! ¡ Oh, hermoso cielo ! ¡ Oh, deliciosa morada ! ¿ cuándo te veremos ? ¡ Oh, Dios mío ! ¿ hasta cuándo nos dejaréis penar en esta tierra extranjera, en este destierro ?... ¡ Ah ! ¡ si veis a aquel a quien ama mi corazón ! ¡ ah ! ¡ decidle que estoy penando de amor, que no puedo vivir, que me muero sin remedio !... ¡ Oh ! ¡ quién me dará alas como a la paloma para abandonar este destierro y volar al seno de mi Amado !... ¡ Oh, ciu-



dad dichosa, de la cual están desterradas todas las penas, y donde el bienaventurado se mece en un delicioso torrente de amor eterno !...

II. — Pues bien, amigo mío, ¿te disgustaría pertenecer al número de esos escogidos, mientras los condenados se abrasarán, y dejarán oír horribles gritos sin la menor esperanza de que tenga fin su tormento? — ¡ Oh !, me dirás, no solamente no me disgustaría, sino que ya quisiera estar allí.—Ya contaba yo con esa respuesta ; pero no hay bastante con desearlo, se debe trabajar por merecerlo.—Pues ¿qué se debe hacer?—¿ No lo sabes, amigo ? helo aquí : escúchame y vas a saberlo. Conviene que no te aficiones tanto a los bienes de este mundo, es necesario que tengas un poco más de caridad para con tu mujer y tus hijos, tus criados y tus vecinos ; que tengas un corazón más tierno para con los desgraciados ; en vez de atesorar dinero y preocuparte de la compra de tierras, sería mejor que pensases en comprarte un lugar allá en el cielo ; en vez de trabajar en domingo, fuera mejor santificarlo acudiendo a la casa de Dios para llorar allí tus pecados, pedir perdón de los mismos, e implorar la gracia de jamás recaer en ellos ; lejos de no conceder a tus hijos y a tus sirvientes el tiempo necesario para que cumplan sus deberes religiosos, debieras ser el primero en inducirlos a ello con tus palabras y ejemplos ; en lugar de enfurecerte cuando te sobreviene la menor contradicción, deberías considerar que por tus pecados mereces muchísimo más, y que Dios se porta contigo de la manera más conveniente para asegurarte un día la felicidad. He aquí, amigo mío, lo que deberías hacer, y no haces, para ir al cielo.

No, es verdad, me dirás. — Mas ¿qué va a ser de ti, hermano mío, siguiendo como sigues el camino que conduce a un lugar donde tan horribles males se padecen ? Anda con cuidado ; si no abandonas esa senda,

pronto vas a caer en el abismo ; haz a este respecto tus reflexiones, y pronto me dirás lo que ellas te inspiran, y yo te explicaré lo que conviene hacer. ¿No envidias, por ventura, amigo mío, la suerte de esos felices moradores de la corte celestial?—¡ Ah ! ya quisiera estar allí ; al menos quedaría libre de las miserias de este mundo. —También lo quisiera yo ; mas hay otras cosas que hacer y en que pensar.—Decidme lo que debo hacer, y lo haré. —Veo que piensas bien : escúchame, pues, un momento y lo vas a saber. Haz, empero, el favor de no dormirte. Es necesario, hermana mía, ser más sumisa a tu marido, evitando que por una pequeñez se te suba la sangre a la cabeza ; y así, cuando le veas venir tomado del vino o cuando haya hecho un mal negocio, has de procurar no desencadenar tu ira contra él hasta enfurecerlo y dejarlo fuera de sí. De aquí vienen las blasfemias y maldiciones sin cuento contra ti, las cuales escandalizan a tus hijos y criados ; lejos de ir de casa en casa contando lo que dice o lo que hace tu marido, deberías emplear el tiempo orando para que el Señor te concediese paciencia y la sumisión que a tu marido debes, así como la gracia de que Dios sea servido tocarle el corazón para que se enmiende. Aun sé más cosas de las que hay necesidad de practicar para ir al cielo : escúchame, madre cristiana, pues no vas a tener por inútiles mis consejos. Tendrías que dedicar mayor espacio de tiempo a la educación de tus hijos y servidores, enseñándoles lo que deben practicar para ir al cielo ; deberías también ser menos diligente en comprarles vestidos con adornos demasiado superfluos, pues así te quedaría algo para dar limosna y atraer con ella la bendición de Dios, o bien no te verías obligada a contraer deudas ; habría que dejar a un lado tantas vanidades, y qué sé yo cuántas cosas más. Sería necesario que en tu comportamiento brillase siempre el buen ejemplo, una gran constancia y puntualidad en las oraciones de la mañana

y de la noche, una preparación diligente para acercarte a la Sagrada Mesa, la frecuencia de sacramentos; convendría mostrar mayor desasimiento de las cosas terrenas, usar siempre un lenguaje que revelase tu desprecio por las cosas de este mundo, y la estima en que tienes las de la otra vida. Tales deberían ser tus preocupaciones y cuidados; si te portas de otra manera, estás perdida; reflexiónalo bien hoy, puede que mañana no te quede tiempo; examina todo esto con detención y juzga por ti misma; llora tus culpas, y procura obrar mejor, de lo contrario nunca llegarás al cielo.

¿No te causan una santa envidia, hermana mía, esas maravillosas bellezas en que los santos se embriagan? — ¡ Ah !, me contestarás, una dicha bastante menor me la causaría. — Tienes razón; creo que me acontecería lo mismo a mí; mas lo que me preocupa es pensar que nada he hecho para merecer tanto bien; ¿tal vez te halles tú en el mismo estado? — Sea lo que fuere, pensad que estoy pronta a hacerlo, en cuanto de ello tenga conocimiento; ¿qué no deberemos emprender para alcanzar tantos bienes? Si fuese necesario abandonarlo todo y sacrificarlo todo, hasta dejar el mundo para ir a pasar el resto de la vida en un monasterio, con mucho gusto lo haría. — Muy bien hablado: tales pensamientos son verdaderamente dignos de una buena cristiana; no creía llegase a tanto tu valor; mas debo decirte que Dios no te pide tanto. — Pues bien, pensarás, decidme lo que hay que hacer y lo haré muy gustosa. — Voy, pues, a decírtelo, suplicándote que reflexiones mucho sobre ello. Debes no cumplimentar tanto a tu cuerpo, antes bien procurarle alguna mortificación; no preocuparte tanto de que tu hermosura pueda perderse o disminuir; no gastar, los domingos por la mañana, tanto tiempo en componerte, contemplándote en el espejo, a fin de que te quede mayor espacio para dedicarlo a tu Dios. Has de ser más obe-

diente a tus padres, considerando que a ellos, después de Dios, es a quienes debes la vida, y que has de obedecerles de todo corazón sin quejarte ni manifestar desagrado alguno. En vez de dejarte ver en lugares de placer, en bailes y reuniones, mejor sería que frecuentases la casa del Señor, para orar, para arrepentirte de tus pecados y para alimentarte con el Pan de los Angeles. Has de mostrarte más reservada en tus palabras, más reservada en las conversaciones que sostienes con personas de distinto sexo. He aquí lo que únicamente quiere Dios de ti; si lo practicas, alcanzarás el cielo.

Y tú, hermano, ¿qué piensas de todo esto? ¿Hacia qué lado se inclinan tus anhelos? — ¡Ah!, dirás ¡cuánto preferiría ir al cielo donde se mora tan plácidamente, a ser arrojado al infierno donde se sufren tantos y tan diversos tormentos! mas ello será seguramente muy laborioso, y me habrá de faltar el valor. ¡Si un solo pecado nos lleva a la condenación, yo que a cada instante me enciendo en cólera, no me atrevo a intentar tamaña empresa! — ¿No te atreves a tal empresa? Escúchame un momento, y te voy a mostrar claramente cómo ello no es tan dificultoso cual a ti te parece; te va a costar menos agradar a Dios y salvar tu alma, que no procurarte los placeres terrenos y agradar al mundo. Los cuidados e inquietudes que hasta el presente habías dedicado al mundo, empléalos en dirigirte a Dios, y verás cómo El es menos exigente que el mundo. Los placeres van siempre acompañados de tristezas y amarguras, y seguidos del remordimiento de haberlos gustado. Cuántas veces, al regresar de la taberna o del baile, en donde habrás empleado buena parte de la noche, te habrás dicho: «Me sabe mal haber ido: si hubiese sabido lo que allí se hace, no hubiera asistido». Mas si, por el contrario, hubieses empleado la noche en la oración, lejos de sentirte enojado, experimentarías dentro de ti mismo una cierta alegría, una dulzura que



abrasaría tu corazón con sus flechazos de amor. Lleno de gozo, dirías como el santo rey David: «¡Oh, Dios mío! un día pasado en vuestro templo, es preferible a mil empleados en las reuniones mundanas». Los placeres de que disfrutas en el mundo te fastidian; casi todas las veces que te entregas a ellos, formas propósito de no volverlos a gustar; hasta no es raro que llores casi como desesperado, porque no sabes corregirte; maldices a las personas que comenzaron a apartarte de la buena senda; a cada instante te quejas de tu mala suerte; envidias la dicha de los que pasan tranquilamente sus días en la práctica de la virtud y en un entero desprecio de los goces del mundo; cuántas veces tus ojos se anegaron en lágrimas al ver la paz y alegría que resplandecen en la frente de los buenos cristianos; ¿qué sé yo? hasta llegas, tal vez, a envidiar a las personas que tienen la dicha de vivir bajo un mismo techo que ellos.

He dicho, amigo mío, que, después de haber pasado las noches entre los excesos del vicio y del libertinaje, sólo hallas, como resultado de todo aquello, turbación, fastidio, remordimiento y desesperación; por más que hayas hecho por tu parte todo lo posible para darte satisfacción, no has podido lograr tu objeto. Pues bien, amigo mío, ve cuánto más dulce es sufrir por Dios que no por el mundo. Cuando se han pasado una o más noches en oración, lejos de sentirse uno disgustado, de arrepentirse de ello, de envidiar a los que pasan ese tiempo durmiendo en lecho blando, por el contrario, se llora su ceguera y su desdicha; se bendice mil veces al Señor por habernos inspirado el pensamiento de procurarnos tanta dulzura y consuelo; lejos de maldecir a los que nos indujeron a abrazar un tal género de vida, al verlos se nos escapan lágrimas de agradecimiento, tanta es la felicidad que sentimos; lejos de concebir el propósito de no volver a las delicias

del espíritu, nos sentimos inclinados a buscarlas más y más, y sentimos una santa envidia por los que no se ocupan en otra cosa que en alabar al Señor. Si derrochaste tu dinero en placeres, al día siguiente te arrepentirás de ello; mas un cristiano que lo dé a un pobre miserable falto de recursos para vivir, un cristiano que haya vestido al desnudo, lejos de arrepentirse, anda buscando ocasiones para repetir tal linaje de buenas obras; y si es necesario, está dispuesto a privarse de lo indispensable, a despojarse de todo, tanto es su afán de aliviar a Jesucristo, en la persona de sus pobres. Pero, sin ir tan lejos, amigo mío, nada te costaría, cuando te hallas en el templo, mantenerte respetuoso y modesto en vez de reír y volver la cabeza a uno y otro lado; harías muy bien postrándote con ambas rodillas, en vez de mantener una en el aire; cuando oyes la palabra de Dios, ¿te sería, por ventura, más molesto escucharla con ánimo de aprovechar sus enseñanzas y practicarla en lo posible, que salir fuera a conversar de cosas indiferentes o tal vez pecaminosas? ¿No estarías más satisfecho si tu conciencia de nada te acusase, y si te acercases de cuando en cuando a recibir los sacramentos, en los que tanta fuerza hallarías para soportar con paciencia las miserias de la vida? Si no queréis creerme, H. M., preguntádselo a los que han cumplido con el precepto pascual, y os dirán el contento que experimentaron durante algún tiempo: a saber, mientras tuvieron la dicha de vivir en amistad con Dios.

Dime, amigo, ¿te mortificaría tanto el que tus padres te reprendiesen porque has estado demasiado tiempo en la iglesia, como si te echasen en cara el haber pasado la noche en medio del jolgorio? No, no, amigo, por cualquier lado que consideres lo que en el mundo haces, verás que te resulta más costoso que agradar a Dios y salvar tu alma. Y no te hablaré de la diferencia que a la hora de la muerte hay entre un cristiano que

ha servido fielmente a su Dios, y los remordimientos y desesperación del que sólo ha seguido sus placeres, no buscando otra cosa que satisfacer los corrompidos deseos de su corazón. Nada, en efecto, tan hermoso como presenciar la muerte de un santo : el mismo Dios se digna estar allí presente, según se refiere en la vida de muchos. ¿Puede comparársela con los horrores que rodean la del pecador, en que tan de cerca le acechan los demonios, devorándose unos a otros, para mirar quién tendrá la bárbara satisfacción de arrastrarle primero al infierno? Mas no sigamos por ahí, dejemos todo esto ; y consideremos solamente la vida presente.

De lo dicho hemos de deducir que, si hicieseis por Dios lo que hacéis por el mundo, seríais, en verdad, unos santos. — ¡ Oh !, dirás para ti, nos decís que no es difícil ir al cielo ; pero me parece que bastantes sacrificios hay que aceptar. — Indudablemente ; han de hacerse algunos sacrificios, de lo contrario sería falso lo que dijo Jesucristo, que la puerta del cielo es estrecha, que cuesta mucho trabajo el entrar, que hay que renunciar a sí mismo, tomar la cruz y seguirle, que muchos no serán contados en el número de los escogidos ; por lo cual nos promete el cielo como una recompensa que nos habremos merecido. Mirad lo que hicieron los santos para obtenerla. Id, H. M., a esos antros del corazón del desierto, entrad en los monasterios, recorred aquellos peñascos, y preguntad a la pléyade de santos que allí habitaron : ¿ Por qué tantas lágrimas y tantas penitencias? Subid a los patíbulos de los mártires, e informaos de lo que pretenden conseguir. Todos os contestarán que cuanto hacen es para ganar el cielo. ¡ Oh, Dios mío ! ¡ cuántas lágrimas derramaron durante años y años esos pobres solitarios ! ¡ Oh, Dios mío ! ¡ cuántas penitencias y rigores infligieron a sus cuerpos esos ilustres anacoretas ! ¿ Y quisiera yo ahorrarme todo sufrimiento, yo, que alimento las mismas esperan-

zas y deberé sujetarme al examen de un mismo juez ? ¡ Oh, Dios mío ! ¡ cuán perezoso soy cuando de trabajar para el cielo se trata ! ¡ Vuestros santos van a servirme de condenación cuando os muestren los sacrificios que hicieron por agradaros ! Dices que es costoso ir al cielo. Dime, amigo mío, ¿ no costó nada a San Bartolomé, cuando se dejó desollar vivo para agradar a Dios ? ¿ No costó nada a San Vicente, cuando fué extendido sobre un caballete en donde le abrasaban el cuerpo con antorchas encendidas, hasta que sus entrañas cayeron al fuego ; y cuando, después, fué conducido a la cárcel, donde se le había preparado una cama con fragmentos de botellas de vidrio, y se le obligó a echarse en ella ? Pregunta, amigo mío, a San Hilarión cómo pasó los ochenta años en el desierto, llorando noche y día. Ve a interrogar a San Jerónimo, aquel gran sabio : pregúntale por qué se golpeaba el pecho con una piedra, hasta quedar completamente acardenalado. Vete a aquellos peñascos, en donde hallarás a San Arsenio, y pregúntale por qué ha dejado los placeres del mundo para ir a llorar, durante el resto de sus días, en medio de bestias salvajes. Esta y no otra será la respuesta, amigo mío : « ¡ Ah ! fué para ganar el cielo, aun lo tengo en poco ; ¡ oh ! ¡ cuán insignificantes son tales penitencias, si las comparamos con la dicha que nos preparan ! » No, H. M., no existe linaje de tormentos, que los santos no hayan estado dispuestos a sufrir para comprar ese hermoso cielo.

Leemos que el emperador Nerón sujetó a los cristianos a crueldades tan horribles, que sólo el pensar en ellas nos hace estremecer. No sabiendo cómo iniciar su persecución contra los cristianos, puso fuego a la ciudad, a fin de dar después a entender que era ello obra de los cristianos. Viéndose aplaudido de todos sus súbditos, se entrega a todo lo que el furor podía inspirarle. Semejante a un furioso tigre sediento de sangre,



a unos hacía coser dentro de la piel de alguna bestia y los hacía arrojar a los campos para que fuesen comidos de los perros; a otros hacíalos cubrir con una vestidura barnizada de pez y azufre, y ordenaba ahorcarlos en los árboles de los caminos más concurridos para que alumbrasen a los viandantes durante la noche; en su mismo jardín había hecho trazar dos avenidas con esa suerte de árboles, y llegada la noche mandaba prenderles fuego, para darse el placer de pasear en su carroza a la luz de aquel triste y desgarrador espectáculo. No hallando aún satisfecho su furor, inventó otro suplicio. Ved cuál era: hizo construir unos recipientes de cobre de la forma de un toro, mandaba calentarlos al rojo durante varios días, y echaba dentro a todos los cristianos que podía capturar, e impiamente los veía abrasarse. Durante esta persecución fué cuando murió San Pedro. Estando encarcelado junto con San Pablo, a quien le fué cortada la cabeza, halló San Pedro medio de huir de la cárcel. Al hallarse en camino fuera de Roma, se le apareció el Señor y le dijo: «Pedro, voy a Roma a morir por segunda vez», y desapareció. Conociendo San Pedro, por aquello, que no debía rehuir la muerte, regresó a su prisión, donde fué condenado a morir en cruz. Cuando oyó pronunciar tal sentencia, exclamó: «¡ Oh, gracia ! ¡ oh, felicidad ! ¡ recibir la misma muerte que mi Dios ! » Mas suplicó un favor a sus verdugos, y fué el de ser crucificado con la cabeza hacia abajo: « Porque, decía él, no merezco yo el honor de morir de la misma manera que mi Dios ». Pues bien, amigo mío, ¿ nada les ha costado a los santos llegar al cielo ? ¡ Oh, hermoso cielo ! si nos has de ser costoso como a aquellos bienaventurados, ¿ quién de nosotros te alcanzará ? Pero no, H. M., consolémonos, Dios no nos exige tanto.

Pero, pensarás, ¿ qué debo, pues, hacer para ir al cielo ? — ¡ Ah ! amigo mío, muy bien sé yo lo que debe hacerse. ¿ Tienes ganas de alcanzar el cielo ? —

¡ Oh ! indudablemente, dirás, este es mi mayor deseo ; si me dedico a orar, si hago penitencia, es ciertamente para merecer tanta felicidad. — Pues bien, escúchame un momento y vas a saberlo. ¿ Qué has de hacer ? pues no dejar nunca tus oraciones de la mañana y de la noche ; no trabajar en domingo ; frecuentar los sacramentos de cuando en cuando, no detenerte a escuchar el demonio cuando te tienta, sino recurrir prontamente al Señor. — Mas, pensarás tal vez, muchas de estas cosas las haría fácilmente ; pero el confesarse resulta bastante incómodo. — ¿ Hallas esto incómodo, amigo ? ¿ prefieres, pues, quedar en manos del demonio, antes que echarlo fuera de ti para volver al seno de Dios, quien tantas pruebas te ha dado de su bondad ? ¿ No consideras como un momento de los más felices aquel en que tienes la dicha de recibir a tu Dios ? ¡ Oh, Dios mío ! si os amásemos, ¡ cuánto desearíamos aquel momento feliz !...

¡ Valor ! amigo mío, ¡ no te desanimes ! pronto van a acabar tus penas ; mira al cielo, aquella morada santa y perdurable ; abre tus ojos, y verás a Dios tendiéndote amorosamente la mano para atraerte hacia El. Sí, amigo mío, dentro unos instantes te tratará como fué tratado Mardoqueo, para publicar la magnitud de tus victorias sobre el mundo y sobre el demonio. El rey Asuero, queriendo reconocer los favores de su general, quiso que montase en su carroza triunfal con un heraldo que le precediese, clamando : « De esta manera recompensa el rey los servicios que se le han prestado ». Figúrate, pues, que en este momento Dios hace aparecer ante nuestra vista a uno de aquellos bienaventurados con todo el esplendor de gloria de que está revestido en el cielo, mostrándonos la alegría, la dulzura, las delicias de que están inundados los santos en la patria celestial, y que nos habla clamando : « ¡ Oh, hombres ! ¿ por qué no amáis a vuestro Dios ? ¿ Por qué no traba-

jáis por merecer un bien tan excelso? Oh, hombre ambicioso, que tienes pegado tu corazón a la tierra, ¿qué son los honores de este mundo frívolo y perecedero, en comparación de los honores y de la gloria que Dios nos prepara en su reino? Oh, hombres avarientos que tanto deseáis esas riquezas efímeras, ¡cuán ciegos estáis, olvidándoos de trabajar por adquirir las que no han de acabarse jamás! El avaro busca la felicidad en sus riquezas, el borracho en sus bebidas, el orgulloso en sus honores y el impúdico en los placeres de la carne. ¡Ah! no, no, amigo mío, te engañas, levanta al cielo los ojos de tu alma, fija tu mirada en aquel hermoso paraíso, y encontrarás tu completa felicidad; ¡holla y desprecia la tierra, y así hallarás el cielo! Hermano mío, ¿por qué te sumes en el abismo de tan vergonzosos vicios? ¡Mira el torrente de delicias que Jesucristo te prepara en la patria celestial! ¡Ah! ¡anda suspirando en pos de aquel feliz momento!...

Sí, H. M., todo nos está diciendo, todo nos incita a no dejarnos perder un tesoro tal. Los santos que habitan aquella deliciosa morada, claman desde lo alto de sus tronos de gloria: «¡Oh! si pudieseis comprender la felicidad de que aquí gozamos, a cambio de haber luchado breves momentos». Pero los condenados nos lo dicen de una manera aún más conmovedora: «¡Oh, vosotros que estáis aún en la tierra! ¡oh! ¡cuán dichosos sois pudiendo ganar el cielo que nosotros hemos ya perdido! ¡Oh! si estuviésemos en vuestro lugar, seríamos mucho más juiciosos de lo que fuimos; hemos perdido a nuestro Dios, y lo hemos perdido para siempre! ¡Oh, desgracia incomprensible... ¡oh, desdicha irreparable!... ¡nunca te veremos, hermoso cielo!...» ¡Oh! H. M., ¿quién de nosotros no deseará, con grandes ansias, tan incomparable felicidad?

## CORPUS CHRISTI

*Incola ego sum in terra.*  
Soy como extranjero en mi  
tierra.

(Ps. CXVIII, 19.)

Estas palabras nos recuerdan todas las miserias de la vida, el menosprecio con que hemos de mirar las cosas creadas y perecederas, el deseo con que debemos esperar la salida de este mundo para encaminarnos a nuestra verdadera patria, ya que esta tierra no lo es.

Consolémonos, sin embargo, H. M., del destierro a que estamos sujetos; en él tenemos un Dios, un amigo, un consolador y un Redentor, que puede endulzar nuestras penas, haciéndonos vislumbrar grandes bienes, desde este valle de miserias; lo cual debe llevarnos a exclamar, como la Esposa de los Cantares: «¿Habéis visto a mi amado? y si lo habéis visto, ¡ah! decidle que no hago más que penar» (1). «¡Ah! hasta cuándo, Señor, exclama el santo Rey Profeta en sus transportes de amor y arrobamiento, ¡ah! hasta cuándo prolongaréis mi destierro lejos de Vos?» (2). Sí, H. M., más dichosos que los santos del Antiguo Testamento, no solamente poseemos a Dios por la grandeza de su inmensidad, en virtud de la cual se halla en todas partes; sino que le tenemos con nosotros tal cual estuvo durante nueve meses en el seno de María, tal cual estuvo en la cruz. Más afortunados aún que los primeros cristianos, quienes hacían cincuenta o sesenta leguas de

---

(1) Cant., V, 8.

(2) Ps. CXIX, 5.



camino para tener la dicha de verle, nosotros, H. M., le posemos en cada parroquia, cada parroquia puede gozar a su gusto de tan dulce compañía. ¡ Oh, pueblo feliz !

¿Cuál es mi propósito? Vedlo aquí. Quiero mostraros la bondad de Dios en la institución del adorable sacramento de la Eucaristía y los grandes provechos que de este sacramento podemos sacar.

I. — Digo yo que lo que hace la felicidad de un buen cristiano, hace la desgracia de un pecador. ¿Queréis de ello una prueba? vedla aquí. Sí, H. M., para el pecador que no quiere salir del pecado, la presencia de Dios se convierte en un suplicio: quisiera él borrar el pensamiento de que Dios le está mirando y le juzgará; se oculta, huye de la luz del sol, se hunde en las tinieblas, siente indecible horror por todo lo que puede evocarle aquel pensamiento; un ministro de Dios le estorba, le causa odio, huye de él; cuando piensa que tiene un alma inmortal, que hay un Dios que le recompensará o castigará durante toda la eternidad, conforme a sus obras; le parece que tales pensamientos son otros tantos verdugos que le atormentan sin cesar. ¡ Ah ! ¡ triste existencia la de un pecador que vive en pecado ! ¡ Es en vano que te ocultes de la presencia de Dios, nunca podrás conseguirlo ! «¿Adán, Adán, dónde estás?» «¡ Ah ! Señor, exclama, he pecado, y temo vuestra presencia» (1). Adán, temblando, corre a ocultarse, y es precisamente en el momento en que creía no ser visto de Dios cuando se hizo oír su voz: «Adán, en todas partes me hallarás; has pecado, y Yo he sido testigo de tu crimen; mis ojos estaban fijos en ti». «Caín, Caín, ¿dónde está tu hermano?» Al oír la voz del Señor, Caín quedó estupefacto. Pero

---

(1) Gen., III, 9-10.

Dios le persiguió con la espada en el cinto: «Caín, la sangre de tu hermano clama venganza» (1). ¡Oh! cuán cierto es que el pecador se halla en un continuado espanto y desesperación. ¿Qué hiciste, pecador? Dios te castigará. No, no, exclama, Dios no me ha visto, «no hay Dios». ¡Ah! desgraciado, Dios te ve y te castigará. De lo cual concluyo que en vano el pecador querrá tranquilizarse, olvidar sus pecados, huir de la presencia de Dios y procurarse todo cuanto su corazón pueda desear; a pesar de todo esto, no dejará de ser un desdichado; en todas partes arrastrará sus cadenas y su infierno. ¡Ah! ¡triste existencia! No, H. M., no vayamos más lejos; estos pensamientos son demasiado desesperanzadores; de ningún modo nos conviene hoy este lenguaje; dejemos a esos pobres desgraciados en las tinieblas, ya que en ellas quieren vivir; dejemos que se condenen, ya que no quieren salvarse.

«Venid, hijos míos, decía el santo Rey David, venid, pues tengo grandes cosas que anunciaros; venid, y os diré cuán bueno es el Señor para los que le aman. Tiene preparado para sus hijos un alimento celestial que da frutos de vida. En todas partes hallaremos a nuestro Dios; si vamos al cielo, allí estará; si pasamos el mar, le veremos a nuestro lado; si nos sumergimos en la profundidad caótica de las aguas, hasta allí nos acompañará» (2). No, no, nuestro Dios no nos pierde de vista, cual una madre que está vigilando al hijito que da los primeros pasos. «Abrahán, dice el Señor, anda en mi presencia y la hallarás en todas partes.» «¡Dios mío!, exclama Moisés, servíos mostrarme vuestra faz; con ello tendré cuanto puedo desear» (3). ¡Ah! cuán consolado queda un cristiano, al pensar que Dios le ve, que es testigo de sus penalidades y de sus com-

---

(1) Gen., IV, 9-10.

(2) Ps. XXXIII; CXXXVIII. XXII;

(3) Exod. XXXIII, 13.

bates, que tiene a Dios de su parte. ¡ Ah ! digámoslo mejor, H. M., ¡ todo un Dios le estrecha dulcemente contra su seno ! ¡ Ah, pueblo cristiano ! ¡ cuán dichoso eres al gozar de tantos favores que no se conceden a los demás pueblos ! ¡ Ah ! razón tenía al deciros que, si la presencia de Dios es una tiranía para el pecador, es en cambio una delicia infinita, un cielo anticipado para el buen cristiano.

Sí, H. M., hermoso y consolador es lo que os acabo de decir, mas aún no es todo; es poca cosa todavía, me atrevo a decir, en comparación del amor que Jesucristo nos manifiesta en el adorable sacramento de la Eucaristía. Si me dirigiese a gente incrédula o impía, que se atreve a dudar de la presencia de Jesucristo en este adorable sacramento, comenzaría por aportar pruebas tan claras y convincentes, que morirían de pena por haber dudado de un misterio apoyado en argumentos tan fuertes y persuasivos. Les diría yo : si es verdad la existencia de Jesucristo, también es verdad este misterio, ya que Aquél, después de haber tomado un fragmento de pan en presencia de sus apóstoles, les dijo : « Ved aquí pan ; pues bien, voy a transformarlo en mi Cuerpo ; ved aquí vino, el cual voy a transformar en mi Sangre ; este cuerpo es verdaderamente el mismo que será crucificado, y esta sangre es la misma que será derramada en remisión de los pecados ; y cuantas veces pronunciéis estas palabras, dijo además a sus apóstoles, obraréis el mismo milagro ; esta potestad la comunicaréis unos a otros hasta el fin de los siglos » (1). Mas ahora dejemos a un lado estas pruebas ; tales razonamientos son inútiles para unos cristianos que tantas veces han gustado las dulzuras que Dios les comunica en el sacramento del amor.

Dice San Bernardo que hay tres misterios en los

---

(1) Matth., XXVI ; Luc., XXII.

cuales no puede pensar sin que su corazón desfallezca de amor y de dolor. El primero es el de la Encarnación, el segundo es el de la muerte y pasión de Jesús, y el tercero es el del adorable sacramento de la Eucaristía. Al hablarnos el Espíritu Santo del misterio de la Encarnación, se expresa en términos que nos muestran la imposibilidad de comprender hasta dónde llega el amor de Dios a los hombres, pues dice: «Así amó Dios al mundo», como si nos dijese: deo a vuestra mente, deo a vuestra imaginación la libertad de formar sobre ello las ideas que os plazca; aunque tuvieseis toda la ciencia de los profetas, todas las luces de los doctores y todos los conocimientos de los ángeles, os sería imposible comprender el amor que Jesucristo ha sentido por vosotros en estos misterios. Cuando nos habla San Pablo de los misterios de la Pasión de Jesucristo, ved cómo se expresa: «Con todo y ser Dios infinito en misericordia y en gracia, parece haberse agotado por amor nuestro. Estábamos muertos y nos dió la vida. Estábamos destinados a ser infelices por toda una eternidad, y con su bondad y misericordia ha cambiado nuestra suerte» (1). Finalmente, al hablarnos, San Juan, de la caridad que Jesucristo mostró para con nosotros al instituir el adorable sacramento de la Eucaristía, nos dice «que nos amó hasta el fin» (2), es decir, que amó al hombre, durante toda su vida, con un amor sin igual. Mejor dicho, H. M., nos amó cuanto pudo. ¡Oh, amor, cuán grande y cuán poco conocido eres!

Y pues, amigo mío, ¿no amaremos a un Dios que durante toda la eternidad ha suspirado por nuestro bien? ¡Un Dios!... ¡Ah! un Dios que tanto lloró nuestros pecados, y que murió para borrarlos! Un Dios que

---

(1) Eph., II, 4-6.

(2) Joan., XIII, 1.



quiso dejar a los ángeles del cielo, donde es amado con amor tan perfecto y puro, para bajar a este mundo, sabiendo muy bien que aquí sería despreciado. De antemano sabía las profanaciones que iba a sufrir en este sacramento de amor. No se le ocultaba que unos le recibirían sin contrición; otros sin deseo de corregirse; ¡ay! otros, tal vez, con el crimen en su corazón, dándole con ello nueva muerte. Pero nada de esto pudo detener su amor. ¡Oh, dichoso pueblo cristiano!... «Oh, ciudad de Sión, regocíjate, prorrumpes en la más franca alegría, exclama el Señor por boca de Isaías, ya que tu Dios mora en tu recinto» (1). Sí, H. M., lo que el profeta Isaías decía a su pueblo, puedo yo decíroslo con más exactitud. ¡Cristianos, regocijaos! vuestro Dios va a comparecer entre vosotros. Sí, H. M., este dulce Salvador va a visitar vuestras plazas, vuestras calles, vuestras moradas; en todas partes derramará las más abundantes bendiciones. ¡Oh, moradas felices aquellas delante de las cuales va a pasar! ¡Oh, felices caminos los que vais a estremeceros bajo tan santos y sagrados pasos! ¿Quién nos impedirá decir, H. M., al volver a discurrir por la misma vía: Por aquí ha pasado mi Dios, por esta senda ha seguido cuando derramaba sus saludables bendiciones en esta parroquia?

¡Oh! ¡qué día tan consolador para nosotros, H. M.!

¡Ah! si nos es dado gozar de algún consuelo en este mundo, ¿no será, por ventura, en este momento feliz? Sí, H. M., olvidemos, a ser posible, todas nuestras miserias. Esta tierra extranjera va a convertirse en la imagen de la celestial Jerusalén; las alegrías y fiestas del cielo van a bajar a la tierra. ¡Ah! «Péguese la lengua a mi paladar, si es capaz de olvidar estos

---

(1) Exsulta et lauda habitatio Sion; quia magnus in medio tui Sanctus Israel (Is., XII, 6).

grandes beneficios» (1). ¡ Ah ! ¡ que el cielo prive a mis ojos de la luz, si ellos han de fijar sus miradas en las cosas terrenas !

Sí, H. M., si consideramos las obras de Dios : el cielo y la tierra, el orden admirable que reina en el vasto universo, ellas nos anuncian un poder infinito que lo ha creado todo, una sabiduría infinita que todo lo gobierna, una bondad suprema y providente que cuida de todo con la misma facilidad que si estuviese ocupada en un solo ser : tantos prodigios han de llenarnos forzosamente de sorpresa, espanto y admiración. Mas, fijándonos en el adorable sacramento de la Eucaristía, podemos decir que en él está el gran prodigio del amor de Dios para con nosotros ; en él es donde su omnipotencia, su gracia y su bondad brillan de la manera más extraordinaria. Con toda verdad podemos decir que éste es el pan bajado del cielo, el pan de los ángeles, que recibimos como alimento de nuestras almas. Es el pan de los fuertes que nos consuela y suaviza nuestras penas. Es éste realmente «el pan de los caminantes» ; mejor dicho, H. M., es la llave que nos franquea las puertas del cielo. «Quien me reciba, dice el Salvador, alcanzará la vida eterna ; el que me coma no morirá. Aquel, dice el Salvador, que acuda a este sagrado banquete, hará nacer en él una fuente que manará hasta la vida eterna» (2).

Mas, para conocer mejor las excelencias de este don, debemos examinar hasta qué punto Jesucristo ha llevado su amor a nosotros en este sacramento. No, H. M., no era bastante que el Hijo de Dios se hiciese hombre por nosotros ; para dejar satisfecho su amor, era preciso ofrecerse a cada uno en particular. Ved cuánto nos ama, H. M. En la misma hora en que sus indig-

---

(1) Ps. CXXXVI, 6.

(2) Ioan., VI, 54-55 ; IV, 14.

nos hijos activaban los preparativos para darle muerte, su amor le llevaba a obrar un milagro cuyo objeto es permanecer entre ellos. ¿Se ha visto, podrá verse amor más generoso ni más liberal que el que nos manifiesta en el Sacramento de su amor? ¿No habremos de afirmar, con el Concilio de Trento, que en dicho Sacramento es donde la liberalidad y generosidad divinas han agotado todas sus riquezas? (1) ¿Nos será dado hallar sobre la tierra, y hasta en el cielo, algo que con este misterio pueda ser comparado? ¿Se ha visto jamás que la ternura de un padre, la liberalidad de un rey para con sus súbditos, llegase hasta donde ha llegado la que muestra Jesucristo en el Sacramento de nuestros altares? Vemos que los padres, en su testamento, dejan las riquezas a sus hijos; mas, en el testamento del Divino Redentor, no son bienes temporales, puesto que ya los tenemos..., sino su Cuerpo adorable y su Sangre preciosa lo que nos da. ¡Oh, dicha del cristiano, cuán poco apreciada eres! No, H. M., Jesús no podía llevar su amor más allá que dándose a Sí mismo; ya que, al recibirlo, le recibimos con todas sus riquezas. ¿No es esto una verdadera prodigalidad de un Dios para con sus criaturas? Sí, H. M., si Dios nos hubiese dejado en libertad de pedirle cuanto quisiéramos, ¿nos habríamos atrevido a llevar hasta tal punto nuestras esperanzas? Por otra parte, el mismo Dios, con ser Dios, ¿podía hallar algo más precioso para darnos?, nos dice San Agustín.

Pero, ¿sabéis aún, H. M., cuál fué el motivo que movió a Jesucristo a permanecer día y noche en nuestros templos? ¡Ay! H. M., pues fué para que, cuantas veces quisiéramos verle, nos fuese dado hallarle. ¡Ah! ¡cuán grande eres, ternura de un padre! ¡Qué cosa puede haber más consoladora para un cristiano, H. M.,

---

(1) Ses. XIII, cap. II.

que sentir que adora a un Dios presente en cuerpo y alma ! «¡ Ah ! Señor, exclama el Profeta Rey, ¡ un día pasado junto a Vos es preferible a mil empleados en las reuniones del mundo !» (1). ¿Qué es, en efecto, lo que hace tan santas y respetables nuestras iglesias? ¿no es, por ventura, la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo? ¡ Ah ! ¡ pueblo feliz, el cristiano !

II. — Pero, me preguntaréis, ¿qué deberemos hacer para testimoniar a Jesucristo nuestro respeto y nuestra gratitud? Vedlo aquí, H. M.

1.º Deberemos comparecer siempre ante su presencia con el mayor respeto, y seguirle con alegría verdaderamente celestial, representándonos interiormente aquella gran procesión que tendrá lugar después del juicio final. Sí, H. M., para quedar penetrados del más profundo respeto, bastará recordar nuestra condición de pecadores, considerando cuán indignos somos de seguir a un Dios tan santo y tan puro, Padre bondadoso al que tantas veces hemos despreciado y ultrajado, y que con todo nos ama aún y se complace en darnos a entender que está dispuesto a perdonarnos nuevamente. ¿Qué es lo que hace Jesucristo cuando le llevamos en procesión? Vedlo aquí. Viene a ser como un buen rey en medio de sus súbditos, como un padre bondadoso rodeado de sus hijos, como un buen pastor visitando sus rebaños. ¿En qué debemos pensar, H. M., cuando marchamos en pos de nuestro Dios? Mirad. Hemos de seguirle con la misma devoción y adhesión que los primeros fieles cuando moraba aquí en la tierra prodigando el bien a todo el mundo. Sí, si acertamos a acompañarle con viva fe, tendremos la seguridad de alcanzar cuanto le pidamos.

Leemos en el Evangelio que un día, en el camino

---

(1) Ps. LXXXIII, 11.



por donde pasaba el Señor, había dos ciegos, los cuales se pusieron a dar voces diciendo : «¡ Oh Jesús, hijo de David, ten piedad de nosotros !» Al verlos el Divino Maestro, movióse a compasión, y les preguntó qué querían. «¡ Ah ! Señor, le respondieron, haced que veamos.» «Pues ved», les dijo el Salvador (1). Un gran pecador, llamado Zaqueo, deseando verle pasar, se encaramó a un árbol ; pero Jesucristo, que había venido para salvar a los pecadores, le dijo : «Zaqueo, baja del árbol, pues quiero alojarme hoy en tu casa». ¡ En tu casa ! lo cual es como si le dijese : Zaqueo, desde hace mucho tiempo, la puerta de tu corazón está cerrada por el orgullo y las injusticias ; ábreme hoy, pues vengo para otorgarte el perdón. Al momento, bajó Zaqueo, humilióse profundamente ante su Dios, reparó todas sus injusticias, no deseando ya por herencia otra cosa que la pobreza y el sufrimiento (2). ¡ Oh, instante feliz, el cual le valió una eternidad de dicha ! Otro día, pasando el Salvador por otra calle, seguía una pobre mujer, afligida por espacio de doce años a causa de un flujo de sangre. «¡ Ah ! se decía ella, ¡ ah ! si tuviese la dicha de tocar aunque sólo fuese el borde de sus vestiduras, estoy cierta que curaría (3).» Y corrió, llena de confianza, a arrojarle a los pies del Salvador, y al momento quedó libre de su enfermedad. Sí, H. M., si tuviésemos la misma fe y la misma confianza, obtendríamos también las mismas gracias ; puesto que es el mismo Dios, el mismo Salvador y el mismo Padre, animado de la misma caridad. «Venid, decía el Profeta, venid, salid de vuestros tabernáculos, mostraos a vuestro pueblo que os desee y os ama.» ¡ Ay ! ¡ cuántos enfermos esperan la curación ! ¡ cuántos ciegos a quienes habría que devolver la vista ! ¡ Cuántos cristia-

---

(1) Matth., XX, 30-34.

(2) Luc., XIX, 1-10.

(3) Matth., IX, 20-22.

nos, de los que van a seguir a Jesucristo, tienen sus almas cubiertas de llagas ! ¡ Cuántos cristianos están en las tinieblas y no ven que corren inminente peligro de precipitarse en el infierno ! ¡ Dios mío ! ¡ curad a unos e iluminad a otros ! ¡ Pobres almas, cuán desdichadas sois !

Nos refiere San Pablo que, hallándose en Atenas, vió escrito en un altar : «Aquí reside el Dios desconocido, o a lo menos olvidado» (1). Pero ¡ ay !, H. M., podría deciros yo lo contrario : vengo a anunciaros un Dios que vosotros conocéis como tal, y no obstante no le adoráis, antes bien le despreciáis. ¡ Ay ! cuántos cristianos, en el santo día del domingo, no saben cómo emplear el tiempo, y, con todo, no se dignan dedicar ni tan sólo unos momentos a visitar a su Salvador que arde en deseos de verlos junto a sí, para decirles que los ama y que quiere colmarles de favores. ¡ Oh ! ¡ qué vergüenza para nosotros !... ¿ Ocurre algún acontecimiento extraordinario ? lo abandonáis todo y corréis a presenciarlo. Mas a Dios no hacemos otra cosa que despreciarle, huyendo de su presencia ; el tiempo empleado en honrarle siempre nos parece largo, toda práctica religiosa nos parece durar demasiado. ¡ Ah ! ¡ cuán distintos eran los primeros cristianos ! consideraban como los más felices de su vida los días y noches empleados en las iglesias cantando las alabanzas al Señor o llorando sus pecados ; mas hoy, por desgracia, no ocurre lo mismo. Los cristianos de hoy, huyen de Él y le abandonan, y hasta algunos le desprecian ; la mayor parte nos presentamos en las iglesias, lugar tan sagrado, sin reverencia, sin amor de Dios, hasta sin saber para qué vamos allí. Unos tienen ocupado su corazón y su mente en mil cosas terrenas o tal vez criminales ; otros están allí con disgusto y fastidio ; otros hay que apenas si doblan la rodilla en los momentos en que

---

(1) Ignoto Deo (Act. XVII, 23).

un Dios derrama su sangre preciosa para perdonar sus pecados; finalmente, otros, aun no se ha retirado el sacerdote del altar, ya están fuera del templo. Dios mío, cuán poco os aman vuestros hijos, mejor dicho, cuánto os desprecian. En efecto, H. M., ¿cuál es el espíritu de ligereza y disipación que dejéis de mostrar en la iglesia? unos duermen, otros hablan, y casi ninguno hay que se ocupe en lo que allí debería ocuparse.

2.º Digo, H. M., que habiendo sido los hombres criados por Dios y enriquecidos sin cesar por su mano con los más abundantes favores, debemos todos testificarle nuestro agradecimiento, y a la vez afligirnos por haberle ultrajado. Nuestra conducta debe ser la de un amigo que se entristece por las desgracias que a su amigo sobrevienen: a esto se llama mostrar una amistad sincera. Sin embargo, H. M., por favores que haya podido prestar un amigo, nunca hará lo que Dios ha hecho por nosotros. — Pero, me diréis, ¿quiénes deben, al parecer de usted, sentir un amor más intenso y más ardiente a la vista de los ultrajes que Jesucristo recibe de los malos cristianos? — Es indudable que todos han de afligirse por los desprecios de que es objeto, todos han de procurar desagraviarle; mas entre los cristianos hay algunos que están obligados a ello de un modo especial, y son los que tienen la dicha de pertenecer a la cofradía del Santísimo Sacramento. He dicho: «Que tienen la dicha». ¡Ah! ¿habrá otra mayor que la de ser escogidos para desagraviar a Jesucristo de los ultrajes que recibe en el Sacramento de su amor? No os quepa duda, H. M.; vosotros, como cofrades, estáis obligados a llevar una vida mucho más perfecta que el común de los cristianos. Vuestros pecados son mucho más sensibles a Dios Nuestro Señor. No, H. M., no hay bastante con llevar un cirio en la mano, para dar a entender que somos contados entre los escogidos de Dios; es preciso que nuestro compor-

tamiento nos singularice, como el cirio nos distingue de los que no lo llevan. ¿Por qué, H. M., llevamos esos cirios que brillan, si no es para indicar que nuestra vida debe ser un modelo de virtud, para mostrar que consideramos como una gloria el ser hijos de Dios y que estamos prestos a dar la vida por defender los intereses de Aquel a quien nos hemos consagrado perpetuamente? Sí, H. M., esforzarse en adornar las iglesias y los altares es dar, ciertamente, señales exteriores muy buenas y laudables; pero no hay bastante. Los bethsamitas, cuando el arca del Señor pasó por su tierra, dieron muestras del mayor celo y diligencia: en cuanto la divisaron, salió el pueblo en masa para precederla; todos se ocuparon diligentemente en preparar la leña para ofrecer los sacrificios. Sin embargo, cincuenta mil hubieron de morir, por no haber guardado bastante respeto (1). ¡Oh! H. M., ¡cuánto ha de hacernos temblar este ejemplo! ¿Qué objetos guardaba aquella arca, H. M.? ¡Ah! un poco de maná, las tablas de la Ley; y porque los que a ella se acercan no están bien penetrados de su presencia, el Señor los hiere de muerte. Pero, decidme, ¿quiénes de los que reflexionen tan sólo por un momento sobre la presencia de Jesucristo, no quedarán sobrecogidos de temor? ¡Cuántos desgraciados, H. M., forman parte del cortejo del Salvador, con un corazón lleno de culpas! ¡Ah, infeliz! en vano doblarás la rodilla, mientras un Dios se yergue para bendecir a su pueblo; sus penetrantes miradas no dejarán por eso de ver los horrores que cobija tu corazón. Mas, si nuestra alma está pura, entonces podremos figurarnos que vamos en pos de Jesucristo como en pos de un gran rey que sale de la capital de su reino para recibir los homenajes de sus súbditos y colmarlos de favores.

---

(1) I Reg., VI.



Leemos en el Evangelio que aquellos dos discípulos que iban a Emmaús andaban en compañía del Salvador sin conocerle ; y cuando le hubieron reconocido, desapareció. Enajenados por su dicha, decíanse el uno al otro : «¿Cómo se explica que no le hayamos reconocido? ¿Acaso nuestros corazones no se sentían inflamados de amor cuando nos hablaba explicándonos las Escrituras?» (1). Mil veces más dichosos que aquellos discípulos somos nosotros, H. M., ya que ellos iban en compañía de Jesucristo sin conocerle, mas nosotros sabemos que quien marcha en nuestra compañía presidiéndonos, es nuestro Dios y Salvador, el cual va a hablar al fondo de nuestro corazón, en donde infundirá una infinidad de buenos pensamientos y santas inspiraciones. «Hijo mío, te dirá, ¿por qué no quieres amarme? ¿Por qué no dejas ese maldito pecado que levanta una muralla de separación entre ambos? ¡ Ah ! hijo mío, aquí tienes el perdón, ¿quieres arrepentirte?» Pero ¿qué le responde el pecador? «No, no, Señor, prefiero vivir bajo la tiranía del demonio y ser reprochado, a imploraros perdón.»

Mas, me dirá alguno, nosotros no decimos esto al Señor. — Pero yo replico que se lo decís repetidamente, o sea, cada vez que Dios os inspira el pensamiento de convertirlos. ¡ Ah ! desgraciado, día vendrá en que pedirás lo que hoy rehusas, y entonces tal vez no te será concedido. Es muy cierto, H. M., que si tuviésemos la dicha de que Dios se nos hiciese visible, como ha acontecido a muchos santos, ya en la figura de un niño en el pesebre, ya traspasado por los clavos en la cruz, sentiríamos para con El mayor respeto y amor ; pero esto no lo merecemos, y si nos aconteciese un caso semejante nos creeríamos ya santos, lo cual sería un motivo de

---

(1) Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via, et aperiret nobis Scripturas? (Juc., XXIV, 13-32).

orgullo. Mas, aunque Dios no nos otorgue esta gracia, no deja por ello de estar presente, y presto a concedernos cuanto le pidamos.

Refiérese en la historia que, dudando un sacerdote de esta verdad, después de haber pronunciado las palabras de la consagración : «¿Cómo es posible, decía entre sí, que las palabras de un hombre obren tan gran milagro?» Mas Jesucristo, para echarle en cara su poca fe, hizo que la santa Hostia sudase sangre en abundancia, hasta el punto que fué preciso recoger ésta con una cuchara (1). Y el mismo autor nos refiere también que un día se pegó fuego a una capilla, y ardió toda la construcción hasta quedar destruída ; mas la santa Hostia quedó suspendida en el aire sin apoyarse en ninguna parte. Habiendo acudido un sacerdote para recibirla en un vaso, vino en seguida ella misma a posarse allí (2).

Sabemos por la historia eclesiástica (3) que la criada de un judío, para complacer a su dueño, le proporcionó una partícula consagrada. Aquella infeliz, después de haberla recibido en la boca, tomóla, púsola en un pañuelo y la entregó a su dueño. Aquel monstruo, enajenado de alegría por tener a Jesucristo en sus manos, siguiendo el ejemplo de sus padres que le crucificaron, entregóse a cuanto supo inspirarle su furor. Pero parece que Jesucristo quiso manifestarle cuánto sentía los ultrajes de que le hacía víctima. Habiendo el infeliz colocado la hostia santa sobre una mesa, le dió muchos golpes con un cuchillo, y quedó enteramente cubierta

(1) *Las maravillas divinas en la Santa Eucaristía*, por el P. Rossignoli, S. J., CXIII.<sup>a</sup> maravilla.

(2) Es el milagro de las sagradas Hostias de Faverney, en la diócesis de Besançon, ocurrido el día 26 de mayo de 1608.

Monseñor de Segur, en *La Francia al pie del Santísimo Sacramento*, XV, refiere el hecho con ciertas particularidades algo distintas de la narración de nuestro autor.

(3) Este milagro ocurrió en París en 1290. V. Rohrbacher, *Historia universal*, libro LXXVI.

de sangre ; lo cual infundió gran temor a su mujer y a sus hijos que eran testigos de aquel horrible espectáculo. Entonces volvió a tomarla, la fijó con un clavo, la golpeó con azotes e hirióla con una lanza ; la sangre manaba aún más abundantemente que la vez primera. Por tercera vez la tomó, y la arrojó en una caldera de agua hirviendo. Al momento el agua quedó transformada en sangre ; y entonces Jesucristo tomó la figura que tenía en el sagrado árbol de la cruz. Parece que, al llegar a este punto, Jesucristo intentaba conmover al judío. Mas el infeliz, cual otro Judas, teniendo por demasiado grave su crimen, desesperó del perdón, y fué condenado a ser quemado vivo. No, H. M., no podemos escuchar tales horrores sin temblar. ¡ Ay ! ¡ cuántos cristianos le tratan aún con mayor crueldad !

Pero, me dirás, ¿ cómo puede haber alguien capaz de obrar así ?—¡ Ay ! amigo mío, ¡ no permita Dios que te acontezca alguna vez desgracia semejante ! Siempre que consientes en el pecado (1) : si éste es un pensamiento de orgullo, le huellas con tus plantas y le das la muerte : si es un pensamiento impuro, le atraviesas el corazón. ¡ Ay ! figurémonos en esta procesión al Salvador cual si subiese al Calvario : unos le golpeaban, otros le llenaban de injurias y blasfemias..., sólo algunas almas santas le seguían llorando y mezclando sus lágrimas a la preciosa sangre con que regaba el suelo. ¡ Oh ! ¡ cuántos judíos y verdugos van a seguir al Salvador, los cuales no se contentarán con darle muerte una sola vez, sino que le crucificarán sobre tantos calvarios cuantos son sus corazones ! ¡ Ah ! ¡ cómo es posible que un Dios que tanto nos ama, sea tan despreciado y maltratado !

Sí, H. M., si amásemos a Dios, sería para nosotros una gran alegría, una gran dicha el venir todos los

---

(1) No se trata aquí de cualquier pecado, sino del pecado *mortal*.

domingos al templo a emplear algunos momentos en adorarle y pedirle perdón de los pecados ; miraríamos aquellos instantes como los más deliciosos de nuestra vida. ¡ Ah ! ¡ cuán consoladores y suaves son los momentos pasados con este Dios de bondad ! ¿ Estás dominado por la tristeza ? ven un momento a echarte a sus plantas, y quedarás consolado. ¿ Eres despreciado del mundo ? ven aquí, y hallarás un amigo que jamás quebrantará la fidelidad. ¿ Te sientes tentado ? ¡ oh ! aquí es donde vas a hallar las armas más seguras y terribles para vencer a tu enemigo. ¿ Temes el juicio formidable que a tantos santos ha hecho temblar ? aprovechate del tiempo en que tu Dios es Dios de misericordia y en que tan fácil es conseguir el perdón. ¿ Estás oprimido por la pobreza ? ven aquí, donde hallarás a un Dios inmensamente rico, que te dirá que todos sus bienes son tuyos, no en este mundo sino en el otro : Allí es donde te preparo riquezas infinitas ; anda, desprecia esos bienes perecederos y en cambio obtendrás otros que nunca te habrán de faltar. ¿ Queremos comenzar a gozar de la felicidad de los santos ? acudamos aquí y saborearemos tan venturosas primicias.

¡ Ah ! ¡ cuán dulce es, H. M., gozar de los castos abrazos del Salvador ! ¡ Ah ! ¿ no habéis experimentado jamás una tal delicia ? Si hubieseis disfrutado de semejante placer, no sabríais aveniros a veros privados de él. No nos admire, pues, que tantas almas santas hayan pasado toda su vida, día y noche, en la casa de Dios, no sabiendo apartarse de su presencia.

Lcemos en la historia que un santo sacerdote hallaba tal delicia y consuelo en el recinto de los templos, que hasta se acostaba sobre las gradas del altar, para que, al despertarse, le cupiese la dicha de hallarse junto a su Dios ; y Dios, para recompensarle, permitió que muriese al pie del altar. Mirad a San Luis : durante sus viajes, en vez de pasar la noche en la cama, la



pasaba al pie de los altares, junto a la dulce presencia del Salvador. ¿Por qué, pues, sentimos nosotros, H. M., tanta indiferencia y fastidio al venir aquí? ¡Ay! H. M., es que nunca hemos disfrutado de tan deliciosos momentos.

¿Qué debemos sacar de todo esto? vedlo aquí. Hemos de tener como uno de los instantes más felices de nuestra vida aquel en que nos es dado estar en compañía de tan buen amigo. Formemos en su cortejo con santo temor; como pecadores, pidámosle, con dolor y lágrimas en los ojos, perdón de nuestros pecados, y podemos estar ciertos de que lo alcanzaremos... Si nos hemos reconciliado, imploremos el don precioso de la perseverancia. ¡Ah! digámosle formalmente que preferimos mil veces morir antes que volver a ofenderle. No, H. M., mientras no améis a vuestro Dios, jamás vais a quedar satisfechos: todo os agobiará, todo os fastidiará; mas, en cuanto le améis, comenzaréis una vida dichosa; ¡y en ella podréis esperar tranquilamente la muerte!... ¡Ah! ¡aquella muerte feliz, que nos juntará a nuestro Dios!... ¡Ah, dulce felicidad! ¿cuándo llegarás?... ¡Cuán largo es el tiempo de espera! ¡Ah, ven! ¡tú nos procurarás el mayor de todos los bienes, o sea la posesión del mismo Dios!... Es lo que os deseo...

## SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

### SOBRE LA SANTA MISA

*In omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio munda.*

En todas partes, es sacrificada y ofrecida en mi nombre una oblación pura.

(Malaquías, I, 11.)

Es innegable, H. M., que el hombre, como criatura, debe a Dios el homenaje de todo su ser, y, como pecador, le debe una víctima de expiación; por esto en la antigua ley todos los días, en el templo, era ofrecida a Dios tanta multitud de víctimas. Mas aquellas víctimas no podían satisfacer enteramente por nuestras deudas delante de Dios; era necesaria otra víctima más santa y más pura, la cual había de continuar sacrificándose hasta el fin del mundo, víctima que había de ser capaz de pagar lo que nosotros debemos a Dios. Esta santa víctima es el mismo Jesucristo, Dios como su Padre y hombre como nosotros. Todos los días se ofrece en nuestros altares, como se ofreció en el Calvario, y, por esta oblación pura y sin mancha, rinde a Dios los honores que le son debidos, y satisface, por el hombre, todo lo que éste debe a su Criador; se inmola cada día, a fin de reconocer el soberano dominio que Dios tiene sobre sus criaturas, quedando así plenamente reparado el ultraje que el pecado infiere a Dios Nuestro Señor. Ejerciendo Jesucristo de mediador entre

Dios y los hombres, nos alcanza, por este sacrificio, cuantas gracias no son necesarias; y habiéndose hecho al mismo tiempo víctima de acción de gracias, tributa Dios por los hombres todo el reconocimiento que ellos le deben. Mas, para hacernos participantes de todas estas ventajas, es preciso que pongamos algo de nuestra parte. Con el fin de haceros sentir mejor todo esto, intentaré ahora exponeros lo más claramente posible: 1.º la gran dicha de que somos participantes al asistir a la santa Misa; 2.º las disposiciones con que a la misma hemos de asistir; 3.º cómo asisten a ella la mayor parte de los cristianos.

No quiero detenerme, H. M., en la explicación de lo que significan los ornamentos con que el sacerdote se reviste; creo que todos, o la mayor parte de vosotros, lo sabéis. Cuando el sacerdote se dirige a la sacristía para revestirse, representa a Jesucristo bajando del cielo para encarnarse en el seno de la Santísima Virgen, tomando un cuerpo como el nuestro, para sacrificarlo a su Padre por nuestros pecados. Al tomar el ábito, que es aquella tela blanca que se pone sobre sus hombros, se nos representa el momento en que los judíos vendaron a Jesús los ojos, dándole golpes y diciéndole: «Adivina quién te ha pegado». El alba recuerda la vestidura blanca que por burla le mandó poner Herodes al devolverlo a Pilatos. El cingulo representa las cuerdas con que le ataron en el huerto de los Olivos y los azotes con que desgarraron sus carnes. El manípulo, que lleva el sacerdote en el brazo izquierdo, nos representa las cuerdas con que fué atado Jesús en la columna al ser azotado; se pone el manípulo en el brazo izquierdo por ser el más cercano al corazón, lo cual nos muestra el exceso del amor de Jesús, a impulsos del cual sufrió, por nuestros pecados, aquella cruel flagelación. La estola nos recuerda la soga que le echaron al cuello al cargarle la cruz a cuestas. La casulla representa el ves-

tido de púrpura, y la túnica inconsútil sobre la cual echaron suertes.

El *Introito* representa el ardiente deseo que los patriarcas tenían de la venida del Mesías, y por esto se repite dos veces. Cuando el sacerdote reza el *Confiteor*, se nos representa a Jesucristo cargando con nuestros pecados a fin de satisfacer a la justicia de Dios Padre (1). El *Kyrie eleison*, que quiere decir: «Señor, tened piedad de nosotros», representa el miserable estado en que nos hallábamos antes de la venida de Jesucristo. No detallemos más. La *Epístola* significa la doctrina del Antiguo Testamento; el *Gradual* significa la penitencia que hicieron los judíos después de la predicación del Bautista; el *Aleluya* nos representa la alegría de un alma que ha alcanzado la gracia; el *Evangelio* nos recuerda la doctrina de Jesucristo. Los diferentes signos de la cruz que se hacen sobre el cáliz y sobre la hostia, nos recuerdan todos los sufrimientos que Jesucristo hubo de experimentar durante el curso de su Pasión. Quizá otra vez insistiré sobre este punto.

I. — Antes de mostraros la manera cómo debéis oír la santa Misa, he de deciros dos palabras sobre lo que se entiende por *santo sacrificio* de la Misa. Sabéis ya que el santo sacrificio de la Misa es el mismo sacrificio de la cruz que fué ofrecido allá en el Calvario el Viernes Santo. Toda la diferencia está en que, cuando Jesucristo se inmoló sobre el Calvario, aquel sacrificio era visible, es decir, se presenciaba con los ojos del cuerpo; Jesucristo fué inmolado a su Padre, por manos de sus verdugos, y derramó su sangre; por esto se le llama

(1) Rodríguez, t. III, pág. 575. San Gregorio. (Nota del Santo).

El santo autor ha sacado las explicaciones que preceden, de Rodríguez, Tratado VI.º, cap. XV.

La mayor parte de este sermón, así como algunos rasgos históricos narrados más abajo, proceden de la misma fuente. Nos referimos a ella una vez por todas.



sacrificio cruento : lo cual quiere decir que la sangre manaba de sus venas y se la veía correr hasta el suelo. Mas, en la santa Misa, Jesucristo se ofrece a su Padre de una manera invisible ; es decir, tal inmolación la vemos con los ojos del alma pero no con los del cuerpo. Ved, en resumen, H. M., lo que es el santo sacrificio de la Misa. Mas, para daros una idea de la grandeza y excelsitud del mérito de la santa Misa, me bastará, H. M., deciros, con San Juan Crisóstomo, que la santa Misa alegra toda la corte celestial, alivia a las pobres almas del purgatorio, atrae sobre la tierra toda suerte de bendiciones, y da más gloria a Dios que todos los sufrimientos de los mártires juntos, que las penitencias de todos los solitarios, que todas las lágrimas por ellos derramadas desde el principio del mundo y que todo lo que hagan hasta el fin de los siglos. Si me pedís la razón de esto, ella no puede ser más clara : todos estos actos son realizados por pecadores más o menos culpables ; mientras que en el santo sacrificio de la Misa es el Hombre-Dios, igual al Padre, quien le ofrece los méritos de su pasión y muerte. Ya veis, pues, según esto, H. M., que la santa Misa es de un valor infinito. Por eso hallamos en el Evangelio que, en el momento de la muerte del Salvador, se obraron muchas conversiones : el buen ladrón recibió allí la seguridad de entrar en el paraíso, muchos judíos se convirtieron y los gentiles golpeábanse el pecho reconociéndolo por verdadero Hijo de Dios. Resucitaron los muertos, se abrieron las peñas y la tierra tembló.

Sí, H. M., si acertásemos a asisitir a la santa Misa con toda suerte de buenas disposiciones, aunque tuviésemos la desgracia de ser tan obstinados como los judíos, más ciegos que los gentiles, más duros que las rocas que se abrieron, es certísimo que alcanzaríamos nuestra conversión. En efecto, nos dice San Juan Crisóstomo que no hay momentos tan preciosos para tratar

con Dios de la salvación de nuestra alma, como aquellos instantes en que se celebra la santa Misa, en la que el mismo Jesucristo se ofrece en sacrificio a Dios Padre, para obtenernos toda suerte de gracias y bendiciones. «¿Estamos afligidos?, dice aquel gran Santo, pues hallaremos en la Misa toda suerte de consuelos. ¿Nos agobian las tentaciones? vayamos a oír la santa Misa, y allí hallaremos la manera de vencer al demonio.» Y, de paso, voy a citaros un ejemplo. Refiere el Papa Pío II que un caballero de la provincia de Ostia estaba continuamente atormentado por una tentación de desesperación que le inducía a ahorcarse, lo cual había intentado ya varias veces. Habiendo ido a entrevistarse con un santo religioso para exponerle el estado de su alma y pedirle consejo, el siervo de Dios, después de haberle consolado y fortalecido lo mejor que pudo, aconsejóle que tuviese en su casa un sacerdote que celebrase allí todos los días la santa Misa. Díjole el caballero que lo haría gustosamente. Al mismo tiempo fué a recluirse en un castillo de su propiedad, y allí un sacerdote celebraba todos los días la santa Misa, que el caballero oía con la mayor devoción. Después de haber permanecido allí por algún tiempo con gran tranquilidad de espíritu, un día el sacerdote le pidió permiso para ir a decir la Misa en una iglesia vecina en la que se celebraba una festividad extraordinaria; el caballero no tuvo en ello inconveniente, pues se proponía ir también allí a oír la santa Misa. Mas una ocupación imprevista le retuvo, sin que de ello se diese cuenta, hasta el medio día. Entonces, lleno de espanto por haber perdido la santa Misa, cosa que no le acontecía nunca, y sintiéndose otra vez atormentado por su antigua tentación, salió de su casa, y encontróse con un lugareño que le preguntó dónde iba. «Voy, dijo el caballero, a oír la santa Misa.» «Es ya demasiado tarde, respondió aquel hombre, pues están todas celebradas.» Fué aquélla una noticia muy

cruel para el caballero, quien se puso a dar voces, diciendo: «¡Ay! estoy perdido, pues se me escapó la santa Misa». El lugareño, que era amigo del dinero, al verle en aquel estado, le dijo: «Si queréis, os venderé la Misa que he oído y todo el fruto que de ella he sacado». El otro, sin reflexionar siquiera, lleno de pesar como estaba por haber faltado a la santa Misa contestó: «Pues sí, aquí tenéis mi capa». Aquel hombre no podía venderle la santa Misa sin cometer un grave pecado. Al separarse, el caballero no dejó, sin embargo, de proseguir su camino hacia la iglesia para rezar allí sus oraciones; al volverse a su casa, después de sus prácticas piadosas, halló a aquel pobre paisano colgado de un árbol en el mismo lugar donde le había aceptado su capa. Nuestro Señor, en castigo de su avaricia, permitió que la tentación del caballero pasase al avaro. Movidó por un tal espectáculo, aquel caballero dió gracias a Dios durante toda su vida, por haberle librado de un tan grande castigo, y no dejó nunca de asistir a la santa Misa a fin de agradecer a Dios tantas bondades. A la hora de la muerte confesó que desde que asistía diariamente a la santa Misa, el demonio había dejado de inducirle a la desesperación (1).

Pues bien, H. M., ¿tiene razón San Juan Crisóstomo al decirnos que, si somos tentados, procuremos oír devotamente la santa Misa, con lo cual alcanzaremos la seguridad de que Dios nos librará de la tentación? Sí, H. M., siuviésemos la debida fe, la santa Misa sería para nosotros un remedio para cuantos males nos pudiesen agobiar durante nuestra vida. ¿No es, en efecto, Jesucristo, nuestro médico de cuerpo y alma?...

## II. — Hemos dicho que la santa Misa es el sacrifi-

---

(1) Este rasgo histórico está también referido por el P. Rossignoli, en *Maravillas divinas en la Sagrada Eucaristía*, maravilla LXIII.\*

cio del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo, el cual no se ofrece a los ángeles ni a los santos, sino solamente a Dios. Sabéis ya que el santo sacrificio de la Misa fué instituído el Jueves Santo, al tomar Jesús el pan y transformarlo en su Cuerpo y al tomar el vino y convertirlo en su Sangre. Fué entonces cuando dió a los apóstoles y a todos sus sucesores el poder de hacer lo mismo; a lo cual llamamos nosotros sacramento del Orden. La santa Misa se compendia en las palabras de la Consagración; y sabéis ya que los ministros de la misma son los sacerdotes y el pueblo (1) que tiene la dicha de asistir a ella, si une su intención con la del celebrante; de lo cual concluyo, H. M., que la mejor manera de oír la santa Misa es unirse al sacerdote en todo lo que él reza, seguirle, en cuanto sea posible, en todas sus acciones, y procurar encenderse en los más vivos sentimientos de amor y agradecimiento: éste es el método más recomendable.

En el santo sacrificio de la Misa podemos distinguir

---

(1) 1.º En el santo sacrificio de la Misa, Jesucristo es el sumo sacerdote y el ministro principal. Ofrece el sacrificio en su nombre y por su propio poder; seguramente, no se sirve de manos extrañas para ofrecerle, sino que El por sí mismo comunica al sacrificio toda la eficacia.

2.º El celebrante es verdaderamente sacerdote y ministro del sacrificio. A este fin fué llamado y ordenado; de Jesucristo ha recibido la potestad. Es el ministro de Jesucristo y ocupa el lugar del Salvador. Ofrece, pues, el sacrificio por la acción y el ministerio anejos a su persona. Lo ofrece solo, sin que tenga necesidad de los asistentes.

3.º Los fieles no son verdadera y estrictamente los ministros del sacrificio.

Si alguna vez se los llama ministros oferentes del sacrificio, es hablando en sentido lato, ya que no lo ofrecen por sí mismos, sino por ministerio del sacerdote. Ved cómo concurren a dicho acto:

1.º *De una manera general*, como miembros de la Iglesia que destina al sacerdote para que celebre el sacrificio en su nombre; 2.º *de una manera especial*, asistiendo a la Misa y uniendo su intención a la del sacerdote para ofrecer a Dios el sacrificio; 3.º *de una manera muy especial*, cuando concurren más próximamente al sacrificio, ya sea sirviendo al sacerdote en el altar, ya dando limosnas para que se celebren Misas.



tres partes: la primera comprende desde el principio hasta el Ofertorio; la segunda, desde el Ofertorio hasta la Consagración; la tercera, desde la Consagración hasta el fin. Debo advertiros que, si nos distrayésemos voluntariamente durante una de estas tres partes, pecaríamos mortalmente (1); lo cual debe inducirnos a tomar la precaución de evitar que nuestro espíritu divague fijándose en cosas ajenas al santo sacrificio de la Misa. Digo, H. M., que, desde el comienzo hasta el Ofertorio, hemos de portarnos como penitentes penetrados del más vivo dolor de los pecados. Desde el Ofertorio hasta la Consagración, hemos de portarnos como ministros que van a ofrecer Jesucristo a Dios Padre, y sacrificarle todo cuanto somos: esto es, ofrecerle nuestros cuerpos, nuestras almas, nuestros bienes, nuestra vida y hasta nuestra eternidad. Desde la Consagración, hemos de considerarnos como personas que han de participar del Cuerpo adorable y de la Sangre preciosa de Jesucristo: por consiguiente, hemos de poner todo nuestro esfuerzo en hacernos dignos de tanta dicha.

Para que lo comprendáis mejor, H. M., voy a proponeros tres ejemplos sacados de la Sagrada Escritura, los cuales os mostrarán la manera cómo habéis de oír la santa Misa: es decir, en qué cosas debéis ocuparos en aquellos momentos tan preciosos para quien acierta a comprender todo su valor. El primero es el del publicano, y en el cual aprenderéis lo que debéis hacer al principio de la santa Misa. El segundo es el del buen ladrón, que os enseñará cómo debéis portaros durante

---

(1) «Si nos distrayésemos voluntariamente durante una de estas tres partes, pecaríamos mortalmente».

Esta aserción del santo cura de Ars es muy severa. Los fieles no han de ser tratados más rigurosamente que los sacerdotes. Y los sacerdotes son acusados de pecado mortal si se hacen culpables de una distracción voluntaria durante la Consagración.

la Consagración. El tercero es el del centurión, que os dará la norma para el tiempo de la Comunión.

Hemos dicho, primeramente, que el publicano nos enseña el comportamiento que hemos de observar al comienzo de la santa Misa, acto tan agradable a Dios y tan poderoso para conseguir toda suerte de gracias. No hemos de esperar, pues, para prepararnos, haber entrado ya en la iglesia. No, H. M., no, un buen cristiano comienza ya a prepararse al abandonar el lecho, haciendo que su espíritu no se ocupe en otra cosa que en lo que se relaciona con tan alta ceremonia. Hemos de representarnos a Jesucristo en el huerto de los Olivos, prosternado, con la faz en tierra, preparándose al sangriento sacrificio, del cual va a ser víctima en el Calvario; así como hemos de tener también presente la grandeza de su caridad, que llegó hasta a decidirle a aceptar para sí el castigo que debíamos nosotros sufrir por toda una eternidad. En cuanto nos sea posible, hemos de asistir en ayunas, por ser ello muy agradable a Dios. En los primeros tiempos de la Iglesia, todos los cristianos iban a Misa en ayunas (1). Conviene que, durante la madrugada, impidáis que vuestro espíritu se ocupe en negocios temporales, teniendo presente que, después de haber trabajado toda la semana para vuestro cuerpo, es muy justo que concedáis este día a los negocios del alma y a pedir a Dios la remisión de vuestros pecados. Al ir a la iglesia, procurad no conversar con nadie; pensad que seguís a Jesucristo llevando la cruz hacia el Calvario, donde va a morir para salvarnos. Antes de la santa Misa, debemos destinar unos instantes al recogimiento, a llorar nuestros pecados y a pedir a Dios perdón de ellos, a examinar las gracias de que estamos más necesitados, a fin de pedírselas durante la Misa, y hemos de procurar también no faltar jamás ni

---

(1) Porque acostumbran comulgar en la Misa.

al *Asperges*, ni al *Passio* (1), ni a las Procesiones (2), ya que todo son buenas obras que nos preparan a asistir bien al Santo Sacrificio.

Al entrar en el templo, penetraos de la gran dicha que os cabe, mediante un acto de la más viva fe, y por un acto de contrición y arrepentimiento de vuestros pecados, los cuales os hacen indignos de acercaros a un Dios tan santo y excelso. En aquel momento, pensad en las disposiciones del publicano cuando entró en el templo para ofrecer a Dios el sacrificio de su oración. Escuchad lo que nos dice San Lucas: «El publicano se mantenía a la entrada del templo, con la mirada fija en el suelo, sin atreverse a dirigirla al altar, golpeándose el pecho y diciendo a Dios: Señor, tened piedad de mí, que soy un gran pecador» (3). Ya veis, pues, H. M., que no entró con un aire arrogante y altanero, como lo hacen muchos cristianos, «los cuales parece, según dice el profeta Isaías, que quieren acercarse a Dios cual si fuesen personas que nada tienen en su conciencia que pueda humillarlos delante de su Criador» (4). En efecto, fijaos en la manera de entrar de esos cristianos, los cuales tienen quizás más pecados en la conciencia que cabellos en la cabeza; los veréis entrar con un aire altanero, o mejor, con una actitud que casi es de desprecio para la presencia de Dios. Toman el agua bendita de la misma manera que tomarían agua para lavarse al volver del trabajo; lo hacen sin

---

(1) En muchas parroquias, desde la Invencción de la Santa Cruz (3 mayo) hasta la Exaltación (14 septiembre), el sacerdote, antes de celebrar la Misa, lee cada día, al pie del altar, el *Passio*, para la conservación de los frutos de la tierra.

(2) El Santo ha hablado ya (sermón sobre las Rogativas, pág. 84) de las procesiones dominicales que, siguiendo antigua costumbre, se celebran en muchas parroquias todos los domingos antes de la Misa mayor, desde la Invencción hasta la Exaltación de la Santa Cruz, o sea a *Cruce ad Crucem*.

(3) *Deus propitius esto mihi peccatori* (Luc., XVIII, 13).

(4) Isaías, LVIII, 2.

devoción y, la mayor parte, sin pensar que el agua bendita, tomada con reverencia, nos borra los pecados veniales y nos dispone a oír bien la santa Misa. Mirad ahora al publicano: teniéndose por indigno de entrar en el templo, va a colocarse en el rincón más oscuro de su recinto; tan confuso se halla bajo el peso de sus pecados, que ni tan sólo se atreve a levantar al cielo sus ojos. Cuán diferente, pues, de aquellos cristianos de nombre, que nunca se hallan bastante cómodos, que únicamente sobre el asiento se arrodillan, que apenas inclinan la cabeza a la elevación, que se sientan sin muestra alguna de corrección, y frecuentemente con las piernas cruzadas. Y nada digo de aquellas personas que deberían venir a la iglesia para llorar sus pecados, y se presentan aquí sólo para insultar con sus ostentaciones vanidosas a un Dios humillado y despreciado, sin pensar más que en atraer las miradas de la gente, o bien para avivar el fuego de sus criminales pasiones. ¡Oh, Dios mío! ¿quién se atreverá a asistir a la Misa con semejantes disposiciones? (1). «Mas nuestro publicano, nos dice San Agustín, golpea su pecho, para manifestar a Dios el pesar que experimenta de haberle ofendido» (2). ¡Ay! ¡cuántas gracias, cuántos bienes alcanzaríamos los cristianos, si procurásemos asistir a la Misa con las disposiciones del publicano! ¡regresaríamos tan cargados de riquezas celestes, como las abejas van cargadas de néctar al volver de un florido vergel! ¡Oh! si el Señor nos hiciese la gracia de que al comenzar la Misa estuviésemos bien penetrados de la grandeza de Jesucristo ante quien estamos, y del peso de nuestros pecados, ¡cuán pronto alcanzaríamos el perdón y la gracia de perseverar!

---

(1) San Ambrosio... «¿Dónde vas? — Voy a la iglesia. — Ve, desgraciado, a llorar allí. (Nota del Santo).

(2) Homilía sobre el evangelio de la dominica X.<sup>a</sup> después de Pentecostés.



Sobre todo, debemos excitar en nosotros durante la santa Misa grandes sentimientos de humildad; esto es lo que debe sugerirnos el ver al sacerdote bajando del altar para rezar el *Confiteor*, profundamente inclinado, él, que ocupando el lugar de Jesucristo, parece recibir sobre sus hombros todos los pecados de sus feligreses. ¡Ay! si el Señor nos hiciese comprender de una vez lo que es la santa Misa, ¡cuántas gracias poseeríamos, de que ahora carecemos! ¡De cuántos peligros quedaríamos exentos siuviésemos gran devoción al oír la santa Misa! Y para convencerlos de ello voy a citaros un ejemplo, en el cual veréis cómo Dios protege de una manera visible a los que tienen la dicha de asistir a la Misa con devoción.

Leemos en la historia que Santa Isabel, reina de Portugal, sobrina de Santa Isabel, reina de Hungría, era tan caritativa para con los pobres que, con todo y tener mandado a su limosnero que no denegase nada, les hacía ella, de su propia mano o valiéndose de sus servidores, continuas limosnas. Solía servirse, ordinariamente, de un paje en el que había notado una gran piedad; mas habiendo otro paje observado aquella preferencia, tuvo celos de su compañero. Movido de aquella pasión, fué a hablar al rey, diciéndole que cierto paje sostenía relaciones ilícitas con la reina. El rey, sin ulteriores indagaciones, resolvió al momento deshacerse de aquel paje lo más secretamente posible. Sucedió que el rey acertó a pasar delante de un horno de cal, encendido, y llamando a los trabajadores encargados de vigilar el horno, les dijo que, al día siguiente por la mañana, les enviaría un paje que había incurrido en su desagrado, el cual les preguntaría si habían ejecutado las órdenes del rey; al tal, debían prenderle y arrojarle en seguida al horno. Dicho esto, regresó a su palacio, y al momento encargó al paje de la reina que, al día siguiente a primera hora, cumplierse

la comisión que ya sabemos. Mas ahora veréis cómo Dios jamás abandona a los que le aman. Quiso Dios que, en el camino que seguía para ir al horno, se hallase una iglesia, y que al tiempo de pasar oyese el paje la campana que señalaba la hora de la Elevación. Entró allí para adorar a Jesucristo y oír lo restante de la Misa que se celebraba. Comenzó otra Misa, y se quedó a oírla también. Mas el rey, que estaba impaciente por saber si se habían ejecutado sus órdenes, envió a su paje para preguntar a aquella gente si habían cumplido lo que les encargara. Como aquél fué el primero en llegar, le cogieron y le echaron al fuego. El otro, terminadas sus devociones, fué a cumplir la comisión, y preguntó a aquellos trabajadores si habían hecho lo que les ordenó el rey. Le contestaron afirmativamente. Volvióse a dar la respuesta al rey, el cual quedó altamente sorprendido al verle llegar. Lleno de furor, por haber salido la combinación al revés de lo que deseaba, preguntó al paje dónde se había detenido tanto tiempo... El paje le respondió que, acertando a pasar delante de una iglesia, mientras se dirigía al lugar a donde le había mandado, oyó la campanilla que señalaba la Elevación, lo cual le indujo a entrar y quedarse hasta el fin de la Misa; después de aquélla salió otra y después una tercera, que él se detuvo también a oír; con lo cual seguía un consejo que le dió su padre antes de morir, después de haberle dado su bendición, recomendándole que nunca dejase una Misa comenzada sin esperar a que ella hubiese terminado, ya que tal práctica nos atraía muchas gracias y nos libraba de muchas desgracias. Entonces el rey, reflexionando, comprendió muy bien que aquello había ocurrido por justo juicio de Dios; que la reina era inocente y el paje un santo; y que el otro, al acusar, había obrado por envidia. Ya veis, pues, H. M., cómo, a no ser por su devoción, aquel hombre habría muerto quemado, y cómo el Señor, al inspirarle que se

detuviera en el templo, le había librado de la muerte; mientras que el otro, falto de devoción a la Sagrada Eucaristía, fué arrojado al fuego.

Nos dice Santo Tomás que un día, durante la santa Misa, vió a Jesucristo con las manos llenas de tesoros, buscando a quién repartirlos, y que, si acertásemos a asistir con frecuencia y devoción a la santa Misa, alcanzaríamos muchas y mayores gracias que las que poseemos, ya en el orden espiritual ya en el temporal.

2.º En segundo lugar, os he dicho que el buen ladrón nos instruiría acerca de la manera como hemos de portarnos durante los momentos de la Consagración y Elevación de la Sagrada Hostia, momentos en los cuales hemos de ofrecernos a Dios junto con Jesucristo, teniéndonos por participantes de aquel augusto misterio. Mirad, H. M., cómo se porta aquel feliz penitente en la hora misma de su ejecución; ¿no veis cómo abre los ojos del alma para reconocer a su libertador? Pero ved también los progresos que hace durante las tres horas que pasa en compañía del Salvador agonizante. Está amarrado a la cruz, sólo le quedan libres el corazón y la lengua, y ved con qué diligencia ofrece uno y otra a Jesucristo: le hace entrega de todo lo que tiene, le consagra su corazón por la fe y la esperanza, le pide humildemente un lugar en el paraíso, es decir, en su reino eterno. Le consagra su lengua, publicando su inocencia y santidad. A su compañero de suplicio le habla de esta manera: «Es justo que a nosotros se nos castigue; pero El es inocente» (1). En la hora en que los demás se entretienen ultrajando a Jesucristo con las más horribles blasfemias, él se convierte en su pánegirista; mientras sus discípulos le abandonan, él abraza su partido; y su caridad es tan grande, que no omite esfuerzo alguno por convertir a su compañero.

---

(1) Et nos quidem iuste... hic vero nihil mali gessit (Luc., XXIII, 41).

No, H. M., no nos admire el ver tanta virtud en este buen ladrón, puesto que nada hay tan a propósito para mover nuestro corazón como la vista de Jesucristo agonizante; no hay momento en que se nos conceda la gracia con tanta abundancia, y, sin embargo, somos testigos de tal acontecimiento todos los días. ¡Ay! H. M., si en el feliz momento de la Consagraciónuviésemos la dicha de estar animados de una viva fe, una sola Misa bastaría para librarnos de los vicios en que estamos enredados y convertirnos en verdaderos penitentes, es decir, en perfectos cristianos.

¿De dónde viene, pues, me diréis, que, asistiendo a tantas Misas, continuemos siendo siempre los mismos? ¡Ay! H. M., ello proviene de que sólo estamos presentes corporalmente, mas nuestro espíritu está en otra parte, con lo cual no hacemos otra cosa que completar nuestra reprobación a causa de las malas disposiciones con que asistimos a tan santa ceremonia. ¡Ay! ¡cuántas Misas mal oídas, que, en vez de asegurarnos nuestra salvación, nos endurecen más y más! Habiéndose aparecido Jesucristo a Santa Matilde, le dijo: «Has de saber, hija mía, que los santos asistirán a la muerte de todos aquellos que habrán oído con devoción la santa Misa, para ayudarlos a morir bien, para defenderlos de la tentaciones del demonio y para presentar sus almas a mi Padre». ¡Qué dicha la nuestra, H. M., la de ser asistidos, en aquellos terribles instantes, por tantos santos cuantas sean las Misas que habremos oído bien!...

No, H. M., no temamos jamás que la santa Misa nos cause perjuicio en nuestros negocios temporales; antes al contrario, hemos de estar seguros de que todo irá mejor y de que nuestros negocios alcanzarán mejor éxito. Y aquí veréis un admirable ejemplo. Cuéntase de dos artesanos de un mismo oficio y que vivían en un mismo barrio, que uno de ellos, estando cargado de



hijos, no dejaba nunca de oír la santa Misa y vivía muy holgadamente en su oficio ; el otro, en cambio, que no tenía hijos..., trabajaba todo el día, parte de la noche y frecuentemente hasta el santo día del domingo, y apenas podía vivir. Al ver que los negocios de su compañero salían siempre coronados por el éxito, preguntóle un día cómo se las componía para sacar lo necesario con que mantener a una familia tan numerosa, cuando él, que no tenía más que a su mujer y no cesaba en su trabajo, se hallaba a veces en la más completa indigencia. El otro le contestó que, si así lo deseaba, al día siguiente le mostraría dónde se hallaba la fuente de sus ganancias. El desgraciado artesano quedó tan contento con aquella proposición, que esperaba con impaciencia la llegada del día siguiente, día en que iba a aprender la manera de lograr fortuna. En efecto, el compañero no faltó a buscarle. Vedle saliendo de su casa contento y siguiendo confiadamente al compañero. Este le condujo a la iglesia, en donde oyeron la santa Misa. Al regresar del templo, «Amigo mío, le dijo el que vivía holgadamente, vuelve a tu trabajo». Al día siguiente hicieron lo mismo, mas, al ir a buscarle por tercera vez para el mismo objeto, «¡ Hombre !, dijo el otro, si quiero ir a Misa, sé muy bien el camino sin que tengáis que molestaros en acompañarme ; no es esto lo que quería saber, sino el lugar donde hallabais lo que os ayuda a vivir tan regaladamente, para ver si, haciendo lo que vos hacéis, sacaba también yo mi provecho. — Amigo, le contestó el otro, no conozco otro lugar que la iglesia, ni otra manera de prosperar que oyendo todos los días la santa Misa ; y, por lo que a mí toca, os aseguro no haber empleado otros medios para alcanzar el bienestar que tanto os admira. ¿ No recordáis, en efecto, lo que nos aconseja Jesucristo en el Evangelio, que busquemos primero el reino de los cielos, y lo demás se nos dará por añadidura ? » Estas palabras hicie-

ron comprender a aquel hombre el propósito de su compañero al acompañarle a la santa Misa. «Pues bien, tenéis razón, dijo: el que cuenta solamente con su trabajo, es un ciego, y veo muy bien que nunca la santa Misa arruinará a nadie. La prueba me la proporcionáis vos. En adelante quiero imitaros, y confío en que Dios me concederá su bendición.» En efecto, al día siguiente comenzó la nueva regla de vida, y continuó así el resto de sus días; y sus negocios prosperaron en poco tiempo. Cuando le preguntaban por qué no trabajaba los domingos, ni durante la noche, como en otro tiempo; de dónde venía que asistiese todos los días a la santa Misa y que se enriqueciese cada vez más; contestaba de esta manera: «He seguido el consejo de mi vecino; id a preguntárselo, y él os enseñará la manera de vivir prósperamente sin trabajar más de lo ordinario, con sólo oír la santa Misa todos los días».

Tal vez esto os extrañe, H. M., mas a mí no. Esto es lo que vemos todos los días en los hogares donde hay verdadera piedad y devoción: los negocios de los que asisten con frecuencia a la santa Misa prosperan mucho más que los de quienes dejan de asistir por falta de fe o por pensar que no van a tener tiempo. ¡Ay! ¡cuánto más felices seríamos, si depositáramos en Dios toda nuestra confianza yuviésemos en nada nuestro trabajo! — Pero, me diréis tal vez, si no tenemos nada, nadie nos da aquello de que carecemos. — Y ¿qué queréis que os dé Dios, si no contáis con El por nada, confiando solamente en vuestro esfuerzo? Ni tan sólo procuráis que os quede tiempo para vuestras oraciones de la mañana y de la noche, y os contentáis con asistir a la santa Misa una vez por semana. ¡Ay! no conocéis los recursos con que la providencia de Dios puede favorecer a los que a ella se entregan. ¿Queréis de ello una prueba palpable? Aquí la tenéis delante de vuestros ojos; mirad al que os habla, fijaos en vuestro

pastor, y examinad la cosa delante de Dios — ¡ Oh !, me diréis, esto es porque hay quien os da. — Mas ¿quién me da, sino la providencia de Dios? En ella y en ninguna otra parte están mis tesoros. ¡ Ay ! ¡ cuán ciego es el hombre al inquietarse tanto, para no ser otra cosa que un desgraciado en esta vida y condenarse después ! Si acertaseis a pensar con seriedad en vuestra salvación y procuraseis asistir siempre que posible os fuese a la santa Misa, muy pronto veríais confirmado lo que os digo.

No, H. M., no hay momento tan precioso para pedir a Dios nuestra conversión como el de la santa Misa ; ahora vais a verlo. Un santo ermitaño llamado Pablo vió a un joven, muy bien vestido, entrar en una iglesia acompañado de gran número de demonios ; pero, terminada la santa Misa, lo vió salir acompañado de una multitud de ángeles que marchaban a su lado. « ¡ Oh, Dios mío !, exclamó el Santo, ¡ cuán agradable os debe de ser la santa Misa ! » Nos dice el Santo Concilio de Trento que la Misa aplaca la cólera de Dios, convierte al pecador, alegra al cielo, alivia las almas del purgatorio, da gloria a Dios, y atrae sobre la tierra toda suerte de bendiciones (1). ¡ Oh ! H. M., si llegásemos a comprender lo que es el santo sacrificio de la Misa, ¿ con qué respeto no asistiríamos a ella ?...

El santo abad Nilo nos refiere que su maestro San Juan Crisóstomo le dijo un día confidencialmente que, durante la santa Misa, veía a una multitud de ángeles bajando del cielo para adorar a Jesús sobre el altar, mientras muchos de ellos recorrían la iglesia para inspirar a los fieles el respeto y amor que debemos sentir a Jesucristo presente sobre el altar. ¡ Momento precioso, momento feliz para nosotros, H. M., aquel en que Jesús está presente sobre nuestros altares ! ¡ Ay !

---

(1) Ses. XXIII y XXII.

si los padres y las madres comprendiesen bien esto y supiesen aprovecharse de esta doctrina, sus hijos no serían tan miserables, ni se alejarían tanto de los caminos que al cielo conducen. ¡Dios mío, cuántos pobres junto a un tan gran tesoro!

3.º Os he dicho que el centurión nos serviría de ejemplo en los momentos en que tenemos la dicha de comulgar, ya espiritual, ya corporalmente. Por comunión espiritual entendemos un gran deseo de unirnos a Jesucristo (1). El ejemplo de aquel centurión es tan admirable, que hasta la Iglesia se complace en ponernos todos los días su conducta ante nuestros ojos, durante la santa Misa. «Señor, le dice aquel humilde servidor, yo no soy digno de que entréis en mi morada, mas decid solamente una palabra, y quedará curado mi servidor» (2). ¡Ah! si el Señor viese en nosotros esa misma humildad, ese mismo conocimiento de nuestra pequeñez, ¿con qué placer y con qué abundancia de gracias no entraría en nuestro corazón? ¡Cuántas fuerzas y cuánto valor íbamos a alcanzar para vencer al enemigo de nuestra salvación! ¿Queremos, H. M., obtener un cambio de vida, es decir, dejar el pecado y volver a Dios Nuestro Señor? Oigamos algunas Misas a esta intención, y si lo hacemos devotamente, nos cabrá la plena seguridad de que Dios nos ayudará a salir del pecado. Ved un ejemplo de ello. Refiérese que había una joven la cual durante muchos años mantuvo relaciones pecaminosas con cierto mancebo. De súbito, al considerar el castigo que esperaba a su pobre alma llevando una vida como la que llevaba, sintióse llena de espanto. Después de haber oído Misa, fué al encuentro de un sacerdote para rogarle que la ayudase a salir del pecado. El sacerdote,

---

(1) S. Buenaventura... Rodríguez, t. III, pág. 573. (Nota del Santo).

(2) Matth., VIII, 8.



que ignoraba el comportamiento de aquella joven, le preguntó qué era lo que la llevaba a cambiar de vida. «Padre mío, dijo ella, durante la santa Misa que mi madre, antes de morir, me hizo prometer que oiría todos los sábados, he concebido un tan grande horror de mi comportamiento que me es ya imposible aguantar más». «¡ Oh, Dios mío ! exclamó el santo sacerdote, ¡ he aquí un alma salvada por los méritos de la santa Misa !»

¡ Ah ! H. M., ¡ cuántas almas saldrían del pecado, si tuviesen la suerte de oír la santa Misa en buenas disposiciones ! No nos extrañe, pues, que el demonio procure, en aquel tiempo, sugerirnos tantos pensamientos ajenos a la devoción. ¡ Ay ! bien prevé, mejor que vosotros, lo que perdéis asistiendo a dicho acto con tan poco respeto y devoción. ¡ Ah ! H. M., ¡ de cuántos accidentes y muertes repentinas nos preserva la santa Misa ! ¡ cuántas personas, por una sola Misa bien oída, habrán obtenido de Dios el verse libres de una desgracia ! San Antonino nos refiere a este respecto un hermoso ejemplo. Nos dice que dos jóvenes organizaron, en día de fiesta, una partida de caza : uno de ellos oyó Misa, mas el otro no. Estando ya en camino, el tiempo se puso amenazador ; retumbaba el trueno formidable, veíase brillar incesantemente el relámpago, hasta el punto de que el cielo parecía incendiarse. Mas lo que los llenaba de pavor, era que, en medio de los fulgurantes rayos, oían una voz, como salida del aire, que gritaba : «¡ Herid a esos desgraciados, heridlos !» Calmóse un poco la tempestad y comenzaron a tranquilizarse. Pero, al cabo de un rato, mientras proseguían su camino, un rayo redujo a cenizas al que había dejado de oír la santa Misa. El otro quedó sobrecogido de un temor tal, que no sabía si pasar adelante o dejarse caer. En estas angustias, oía aún la voz que gritaba : «¡ Herid, herid al desgraciado !» Lo cual contribuía a redoblar el espanto que le causaba el ver

a su compañero muerto a sus pies. «¡ Herid, herid al que queda !» Cuando se creía ya perdido, oyó otra voz que decía : «No, no le toquéis ; esta mañana ha oído la santa Misa». De manera que la Misa que había oído antes de partir le preservó de una muerte tan espantosa. ¿ Veis, H. M., cómo se digna Dios concedernos singulares gracias y preservarnos de graves accidentes cuando acertamos a oír debidamente la santa Misa ? ¡ Ay ! ¡ qué castigos deberán esperar aquellos que no hacen escrúpulo de faltar a ella los domingos ! De momento, lo que se ve claramente es que casi todos tienen una muerte desdichada ; sus bienes van en decadencia, la fe abandona su corazón, y con ello vienen a ser doblemente desgraciados. ¡ Dios mío ! ¡ cuán ciego es el hombre, tanto en lo que se refiere al alma, como en lo que atiende al cuerpo !

III. — La mayor parte de los mundanos oyen la Misa imitando al fariseo, al mal ladrón o a Judas. Hemos dicho que la santa Misa es el recuerdo de la muerte de Jesús en la montaña del Calvario ; y por esto quiere Jesucristo que, cuantas veces celebramos la santa Misa, lo hagamos en su memoria. Pero, por desgracia, podemos decir que, mientras nosotros renovamos el recuerdo de los padecimientos de Jesucristo, muchos de los asistentes reproducen el crimen de los judíos y de los verdugos que le clavaron en cruz. Y para que podáis discernir mejor si pertenecéis vosotros al número de aquellos desgraciados que deshonoran de tal manera nuestros santos misterios, voy a haceros observar, H. M., cómo, entre los que fueron testigos de la muerte de Jesús en el Calvario, había tres linajes de personas : unos, más insensibles que las criaturas inanimadas, sólo desfilaban delante de la cruz, sin detenerse ni dar lugar a sentimientos de verdadero dolor. Otros se acercaban al lugar del suplicio y consideraban todas

las circunstancias de la Pasión del Salvador ; mas esto era solamente para mofarse, haciendo de ello asunto de broma y ultrajándole con las más horribles blasfemias. Finalmente, unos pocos derramaban lágrimas amargas, al ver las crueldades que se cometían en el cuerpo de su Dios y Señor. Mirad ahora a cuál de los tres grupos pertenecéis. Y no os hablaré de aquellos que van a oír precipitadamente una Misa en alguna parroquia ajena donde tienen otros negocios, ni de los que asisten sólo la mitad del tiempo, gastando la otra parte en beber con un amigo en la taberna ; dejémoslos de lado, ya que son gente que vive cual si no tuviese alma que salvar ; han perdido ya su fe, y, de consiguiente, todo está perdido. Hablemos solamente de los que vienen ordinariamente.

Y de ellos digo, primero, que muchos solamente vienen para ver y ser vistos, con un espíritu enteramente disipado, de la misma manera que irían a un mercado, a una feria, y me atreveré a decir, a un baile. Están aquí sin modestia : apenas doblan ambas rodillas durante la Elevación o la Comunión. Y los que así os portáis, ¿oráis durante la Misa?... ¡Ay ! no ; es que la fe os falta. Decidme : cuando os dirigís al encuentro de ciertas personas de calidad para pedirles algún favor, ocupan ellas vuestro pensamiento mientras os encamináis hacia su casa ; entráis en ella con modestia, les hacéis un profundo saludo, permanecéis descubiertos y ni tan sólo pensáis en sentaros ; tenéis los ojos bajos, y no os ocupa la atención otra cosa que la manera de expresaros bien y en términos elevados. Si éstos os faltan, os excusáis en seguida alegando vuestra escasa educación... Si tales personas os reciben amablemente, la alegría inunda vuestro corazón. Pues bien, decidme, H. M., ¿no debe esto confundiros al ver que tomáis tantos miramientos por cualquier cosa temporal, mientras acudís a la iglesia con

aire displicente, con gesto de menosprecio, y así os presentáis delante de un Dios que murió por salvaros y que cada día derrama su sangre para alcanzaros el perdón del Padre celestial? ¿Qué afrenta no será para Jesús, H. M., el verse insultado por tan viles criaturas? ¡Ay! cuántos durante la Misa cometen más pecados que durante el resto de la semana. Unos no piensan en Dios para nada, otros oran con la boca, mientras su corazón y su mente se sumergen ora en el orgullo, ora en el deseo de agradar, ora en la impureza. ¡Oh! ¡gran Dios! ¡y se atreven a nombrar a Jesucristo que ante ellos se presenta tan santo y tan puro!... Otros dan en su mente libre entrada y salida a todos los pensamientos que el demonio quiere sugerirles. ¡Cuántos no tienen escrúpulo alguno en volver la cabeza, en reir, en conversar, en mirar de una parte a otra, en dormir como en su cama, o tal vez mejor! ¡Ay! ¡cuántos cristianos salen de la iglesia con treinta o tal vez cincuenta pecados mortales de más de los que tenían al entrar!

Así, me diréis vosotros, será mejor no ir a Misa. ¿Sabéis lo que hay que hacer?... Asistir a la santa Misa y estar en ella con devoción, ofreciendo a Dios tres sacrificios, a saber: el de vuestro cuerpo, el de vuestra mente y el de vuestro corazón. Nuestro cuerpo debe adorar a Jesucristo con una religiosa modestia; nuestra mente, al oír la santa Misa, debe penetrarse de nuestra pequeñez y de nuestra indignidad, evitando toda disipación, apartando lejos de sí las distracciones. Debemos también consagrarle nuestro corazón, que es la ofrenda para El más agradable, ya que es precisamente nuestro corazón lo que con tanta insistencia nos pide: «Hijo mío, nos dice, dame tu corazón» (1).

Y acabemos, H. M., reconociendo lo desgraciados que somos al oír mal la Misa, ya que con ello hallamos

---

(1) Praebe fili mi cor tuum mihi (Prov., XXIII, 26).



nuestra reprobación allí donde los demás encuentran su salvación. Haga el cielo que asistamos a la santa Misa cuantas veces nos sea posible, puesto que mediante ella recibimos gracias en abundancia; mas quiera Dios también que llevemos a tan santa ceremonia las mejores disposiciones posibles.

Con ello se derramará sobre nuestras cabezas toda suerte de bendiciones en este mundo y en el otro... Esto es lo que os deseo.

# TERCER DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

## SOBRE LA MISERICORDIA DE DIOS

*Erant autem appropinquantcs ei  
publicani et peccatores, ut audi-  
rent illum.*

Los publicanos y los pecadores  
se acercaban a Jesucristo para es-  
cucharle.

(S. Lucas, XV, 1.)

La manera como se condujo Jesús durante su vida mortal, nos muestra la magnitud de su misericordia para con los pecadores. Vemos que todos buscan su compañía, y El, lejos de rechazarlos o apartarse de ellos, emplea todos los medios posibles para hallarse entre los mismos, a fin de atraerlos a su Padre. Va en su busca mediante los remordimientos de conciencia, los rinde con su gracia, y los gana mediante su trato amoroso. Trátales con tanta bondad, que hasta toma su defensa contra los escribas y fariseos, quienes les echan en cara sus faltas y parece que no pueden sufrirlos al lado de Jesucristo. Y aun va más lejos, pues justifica su conducta para con ellos, en aquella parábola en que tan exactamente les pinta la magnitud de su amor a los pecadores. Dice así: «Había un buen pastor que tenía cien ovejas, y, habiéndosele extraviado una, abandona todas las demás para correr en busca de la perdida, y, al encontrarla, se la carga sobre sus hombros para evitarle el cansancio del camino; y habiéndola después devuelto al redil, invita a sus ami-

gos a festejar el hallazgo de la oveja que creía perdida.» Y a esta parábola añade aún aquella de una mujer que tenía diez dracmas, la cual, habiendo perdido una, busca con una lámpara por todos los rincones de su casa, y, al encontrarla, convida a sus amigas para que participen de su alegría. «De esta manera, dice, se alegra el cielo todo por la conversión de un pecador. No he venido por los justos, sino por los pecadores; no tienen necesidad del médico los que están sanos, sino los enfermos.» Vemos, pues, cómo Jesucristo se aplica a sí mismo esas vivas figuras de la magnitud de su misericordia para con los pecadores. ¡Ah! H. M., ¡qué dicha para nosotros tener la certeza de que es infinita la misericordia de Dios! ¡cuán vehemente ha de ser nuestro deseo de arrojarnos a los pies de un Dios que nos recibirá con tanta alegría! Sí, H. M., si nos condenamos, ninguna excusa podremos alegar, sabiendo que el mismo Jesucristo nos manifiesta cómo su misericordia fué en todo momento bastante grande para perdonarnos, cualquiera que fuese el número y la gravedad de nuestras culpas. Y para daros una idea de ello, voy a exponeros hoy: 1.º la magnitud de la misericordia de Dios para con el pecador; 2.º lo que hemos de hacer por nuestra parte para merecer la gracia de alcanzarla.

I. — Sí, H. M., todo debe consolarnos, todo debe animarnos al ver la manera como Dios se porta con nosotros. Por muy culpables que nos veamos, su paciencia nos espera, su amor nos invita a salir del pecado para retornar a El, su misericordia nos recibe en sus brazos. Gracias a su paciencia, nos dice el profeta Isaías, el Señor nos espera para hacer misericordia con nosotros. En el mismo momento en que hemos pecado, merecemos ser castigados. Al pecado, nos dice, sólo se le debe el castigo; en cuanto el hombre se revuelve contra su Dios, todas las criaturas piden vengán-

za, diciendo: Señor, ¿queréis que hagamos perecer a ese pecador que os ha ultrajado? ¿Queréis, dice el mar, que le trague hacia el fondo de mis abismos? La tierra le dice: Señor, ¿abriré mis entrañas para que baje vivo al infierno? El aire habla así: ¿Permitiréis, Señor, que le ahogue? El fuego dice: ¡Ah! permitid que le abraze. Y así, a grandes voces, todas las demás criaturas piden venganza. El trueno y los relámpagos llegan hasta el trono de Jesucristo para pedirle la facultad de aplastar y devorar el pecador. — No, responde Jesucristo, dejadle sobre la tierra hasta el momento que mi Padre haya determinado; tal vez tendré la dicha de verle convertido. Si el pecador se extravía más y más, aquel buen Padre llora sus desvíos, sin cesar, empero, de perseguirle con su gracia, sugiriéndole vivos remordimientos en su conciencia. «¡Oh, Dios de las misericordias!, exclama San Agustín, siendo pecador, cada vez me alejaba más y más de Vos, mis pasos y mis andanzas todas eran otras tantas caídas, mis pasiones se encendían cada día con más ardor, y, no obstante, Vos me esperabais pacientemente. ¡Oh, paciencia de mi Dios! tantos años ha que os estoy ofendiendo y aun no me habéis castigado: ¿de dónde podrá venir este dilatado retraso? ¡Ay!, Señor, es que deseabais mi conversión, y mi retorno a Vos por la penitencia.»

¿Será posible, H. M., que, a pesar de los deseos que tiene Dios de salvarnos, nos perdamos nosotros tan voluntariamente? Recorramos, H. M., las diferentes edades del mundo, y en todo momento veremos la tierra abrumada por las misericordias del Señor, y a los hombres colmados de beneficios divinos. No, H. M., no es el pecador quien retorna a Dios para pedirle perdón, sino el mismo Dios quien corre detrás del pecador y lo atrae hacia El. ¿Queréis un ejemplo de ello? Mirad cómo se portó con Adán. Después de haber cometido éste su primer pecado, en vez de castigarle como



merecía, por haberse rebelado contra su Criador, que tantos privilegios le otorgara, que le había adornado con tantas gracias, destinado a un fin tan dichoso, a ser el amigo de Dios y a no morir jamás... como Adán hubiese de la presencia de Dios, el Señor, cual un padre desolado que ha perdido a su hijo, corre en su busca y le llama casi llorando: Adán, Adán, ¿dónde estás? (1). ¿Por qué huyes de la presencia de tu Criador?» Tiene tantos deseos de perdonarle, que apenas le deja tiempo para pedirle perdón; en seguida le anuncia que le perdona, que enviará a su Hijo, el cual nacerá de una Virgen y reparará la pérdida que el pecado causó a él y a toda su descendencia, la cual reparación se realizará del modo más admirable. En efecto, H. M., a no haber sido el pecado de Adán, jamás habríamos tenido la dicha de que Jesucristo fuese nuestro Salvador, ni de recibirle en la sagrada Comunión, ni tampoco de poseerle en nuestros templos. Durante los muchos siglos que transcurrieron antes que el Padre Eterno enviase su Hijo a la tierra, no cesó de renovar sus promesas por medio de los patriarcas y profetas. ¡Oh, caridad, cuán grande sois para los pecadores! ¿Veis, H. M., cuál es la bondad de Dios para el pecador? ¿Y desesperaremos aún del perdón?

Toda vez que el Señor atestigua tan inequívocamente el deseo de perdonarnos, si permanecemos en pecado será enteramente por culpa nuestra. Mirad cómo se portó con Caín, cuando éste hubo muerto a su hermano. Sale a su encuentro para moverle a entrar en sí mismo, a fin de poderle perdonar, pues para que nos conceda el perdón es preciso que se lo pidamos... ¡Ah! Dios mío ¿no es esto demasiado? «Caín, Caín, ¿qué has hecho? (2). Pídemelo perdón, para que pueda yo

---

(1) Gen., III, 9.

(2) Gen., IV, 10.

otorgártelo». Caín no quiere hacerlo, desespera de su salvación y se endurece en el pecado. Sin embargo, vemos que Dios le deja morar por largo tiempo en la tierra, para darle lugar a convertirse. Mirad además su misericordia para con el género humano, cuando los crímenes de los hombres cubrían la faz de la tierra impregnándola con el virus de las más infames pasiones: el Señor se veía forzado a castigarlos; mas, antes de poner en ejecución su castigo, ¡cuántas precauciones, cuántos avisos, cuántos aplazamientos! Antes de castigarlos, amenazó a los hombres durante mucho tiempo, a fin de moverlos a reflexión. Viendo que sus crímenes iban siempre en aumento, les envió a Noé, al que encargó la construcción del arca, que emplease en ella cien años y, durante todo este tiempo, dijese a cuantos le pidiesen explicaciones acerca de la obra que ejecutaba, que el Señor iba a perder al mundo por un diluvio universal; mas que, si querían convertirse y hacer penitencia de sus pecados, cambiaría su decreto. Y al fin, viendo que de nada servían tales avisos, vióse forzado a castigar a la humanidad. Mas, en aquel momento, vemos que el Señor dice que se arrepiente de haber criado al hombre: lo cual nos muestra la magnitud de su misericordia. Cual si dijera: Preferiría no haberle creado a tener que castigarle (1). Decidme, H. M., ¿podía, todo un Dios, llevar más allá su misericordia?

De esta manera, H. M., aguarda Dios a que los pecadores hagan penitencia, y a ella los invita por los movimientos interiores de la gracia y por la voz de sus ministros. Mirad también cómo se porta con Nínive, aquella gran ciudad pecadora. Antes de hacerle sentir sus rigores, envía al profeta Jonás, para que de su parte anuncie a los habitantes de aquella urbe que dentro cuarenta días los va a castigar. Jonás, en vez de enca-

---

(1) Gen., VI.

minarse a Nínive, huye hacia otro lado. Intenta atravesar el mar; pero Dios, que no quiere dejar de avisar a los ninivitas antes de castigarlos, obra el gran milagro de conservar durante tres días a su profeta en el vientre de una ballena, la cual después lo vomita en tierra. Entonces el Señor dijo a Jonás: «Vete a anunciar a la ciudad de Nínive que dentro cuarenta días va a perecer». Ninguna condición les señaló. Partió el profeta, y anunció a los ninivitas que dentro cuarenta días iban a perecer. Ante aquel aviso, desde el más ínfimo súbdito hasta el rey, todos se entregaron a las lágrimas y a la penitencia. «¿Quién sabe, dijo el rey, si el Señor tendrá piedad de nosotros?» Al ver el Señor la penitencia de los ninivitas, pareció alegrarse por caberle el placer de perdonarlos. Al ver Jonás que había llegado ya el tiempo del castigo, se alejó de la ciudad, esperando que el fuego del cielo cayese sobre ella. Viendo que el castigo no se cumplía: «¡Ah!, Señor, exclamó Jonás. ¿me haréis, por ventura, pasar por un falso profeta? Antes prefiero que me enviéis la muerte. ¡Ah! ¡conozco muy bien vuestra bondad, y cuán presto estáis siempre a perdonar! — ¡Pues qué! Jonás, le dijo el Señor, ¿querrías tú que yo hiciese perecer a tantas personas que se han humillado delante de mí? ¡Oh! no, no, Jonás, no me atrevería a ello; antes al contrario, les conservaré la vida y los amaré» (1).

Tal es precisamente, H. M., la conducta que Jesucristo observa para con nosotros; a veces parece queernos castigar sin misericordia, pero al más leve arrepentimiento, nos perdona y nos devuelve su amistad. Ved lo que pasó cuando quiso hacer bajar fuego del cielo sobre Sodoma, Gomorra y las ciudades vecinas. Parecía no saber determinarse sin consultar antes a su siervo Abrahán, como para preguntarle lo que debía hacer.

---

(1) Ion., I-IV.

«Abrahán, dijo el Señor, los crímenes de Sodoma y Gomorra llegaron ya hasta mi trono, no puedo sufrirlos por más tiempo; haré que sus habitantes perezcan bajo el fuego del cielo. — Pero, Señor, le dijo Abrahán, ¿castigaréis a los justos juntamente con los pecadores? — ¡Oh! no, no, le dijo el Señor. — Pues bien, respondió Abrahán, si hubiese en Sodoma treinta justos, ¿la castigaríais? — No, dijo, si hallo treinta, perdonaré a toda la ciudad por respeto a esos justos» (1). Después fué rebajando el número hasta contentarse con diez. Y, caso singular, en una tan populosa ciudad no había ni tan sólo diez justos. Ya veis, pues, cómo el Señor parece complacerse en consultar a su siervo acerca de lo que debía hacer. Viéndose obligado a castigar a dichas ciudades, envió a un ángel para que avisase a Loth, a fin de que pudiese escapar con toda su familia y no sufriese el castigo de los culpables (2). ¡Ah! ¡Dios mío, cuánta paciencia! ¡cuántos aplazamientos antes de llegar a la ejecución!

¿Sabéis cuál es el pecado que ha obligado al Señor a enviar tantos castigos a los mortales? ¡Ay! el maldito pecado de impureza, del cual estaba cubierta toda la tierra. ¿Queréis ver la largueza de Dios hasta en el castigar? Mirad lo que hizo al destruir Jericó (3). Ordenó el Señor a Josué que llevase allí el Arca de la alianza, la cual era como un instrumento que mostraba la grandeza de la misericordia divina. Quiso que fuese llevada por los sacerdotes, que son los depositarios de sus misericordias. Ordenó que, durante siete días, diese el pueblo la vuelta a las murallas de la ciudad, tocando las mismas trompetas que servían para anunciar el año del jubileo, que era año de reconciliación y de perdón. Sin embargo, vemos que aquellas mismas trompetas

---

(1) Gen., XVIII.

(2) Ibid., XIX.

(3) Josue, VI.



que anunciaban el perdón, hicieron caer las murallas de la ciudad, para manifestarnos con ello que, si no queremos aprovecharnos de las gracias que Dios tiene a bien concedernos, nos hacemos aún más culpables ; pero si tenemos la dicha de convertirnos, se siente el Señor tan gozoso que viene a otorgarnos el perdón más prontamente que una madre corre a sacar al hijo de las llamas.

Acabamos de ver, H. M., cómo, desde el principio del mundo hasta la venida del Mesías, brillan la misericordia, el favor y el perdón. Sin embargo, podemos afirmar que son mucho más abundantes y preciosos aún los beneficios con que Dios ha enriquecido el mundo en la ley de gracia. ¡ Cuánta misericordia representa, en la persona del Padre Eterno, no tener más que un hijo y consentir en que recibiese la muerte para salvarnos a todos ! ¡ Ay ! H. M., si, con un corazón agradecido, recorriésemos toda la pasión de Cristo, ¡ cuán abundantes serían nuestras lágrimas ! Al contemplar al tierno Jesús en el pesebre, etc...

Vemos que la misericordia del Padre no puede llegar más allá, ya que, no teniendo más que un Hijo, para salvarnos, sacrifica a este Hijo, que es lo que El tiene en mayor aprecio. Mas ¿ qué diremos, al considerar el amor del Hijo ? ¡ Acepta tan voluntariamente los más crueles tormentos y la misma muerte, para procurarnos la felicidad del cielo ! ¡ Ay ! H. M., ¿ qué es lo que por nosotros no hizo durante su vida mortal ? No contento con llamarnos a sí por la gracia y con facilitarnos todos los medios para nuestra santificación, vedle corriendo afanoso tras sus ovejas extraviadas ; vedle recorrer las ciudades y los campos en su busca, para conducir las al redil de su misericordia ; miradle separándose de la compañía de sus Apóstoles para ir a esperar a la Samaritana en el pozo de Jacob, donde sabía que había de venir ; se le muestra amable y comienza a dirigirle la palabra, a fin de que su lenguaje lleno de

suavidad, unido a su gracia, la mueva y la consuele ; pídele agua, para que ella le pida algo más precioso, a saber, el perdón. Quedó tan contento de haber ganado aquella alma, que cuando sus Apóstoles le invitaron a que comiese : «¡ Oh ! no», les dijo. Como si dijese : «¡ Ah ! no, no, es tanta la alegría que siento por haber ganado un alma para mi Padre, que no pienso en alimentar mi cuerpo !» (1).

Contempladle en casa de Simón el leproso ; no fué allí para comer, sino porque sabía que acudiría allí una Magdalena pecadora : esto es lo que le llevó a aquel festín. Considerad la alegría que se refleja en su rostro viendo a la Magdalena a sus plantas, viéndola durante toda la comida regarle los pies con sus lágrimas y enjugárselos con su cabellera. Mas el Salvador por su parte le paga con creces aquella fineza ; a manos llenas derrama las gracias en su corazón. Ved de qué manera la defiende contra los que se escandalizan (2). Y llega a tanto, que, no satisfecho con haberle perdonado todos sus pecados, librándola de los siete demonios que en su corazón tenía, quiere aún escogerla por una de sus esposas ; quiere que le acompañe durante el curso de su pasión y que, «en todo el mundo, al ser predicado el Evangelio, sea narrado lo que acababa de hacer con respecto a Jesús» (3) ; no quiere hablar de sus pecados, puesto que le quedan ya perdonados por la aplicación de la preciosa sangre que va a derramar.

Vedle seguir el camino de Cafarnaum para hallar a otro pecador en su despacho — San Mateo — y hacer de él un celoso apóstol (4). Preguntadle por qué toma el camino de Jericó, y os dirá que hay allí un hombre

(1) Ioan., IV.

(2) Luc., VII.

(3) Ubicumque praedicatum fuerit hoc Evangelium in universo mundo, dicetur et quod haec fecit in memoriam eius (Matth., XXVI, 13).

(4) Ibid., IX.

llamado Zaqueo, tenido por pecador público, al cual desea salvar. Para convertirle en perfecto penitente, hace lo que un padre que ha perdido a su hijo; le llama: «Zaqueo, dice, baja del sitio en que te hallas; porque quiero hospedarne hoy en tu casa; vengo para otorgarte el perdón». Como si dijese: Zaqueo deja tu orgullo y tu afición a los bienes del mundo; descende, es decir, abrázate a la humildad y a la pobreza. Y para darlo a entender a los demás que con él estaban, dijo: «Esta casa recibe hoy la salvación» (1). — ¡Oh, Dios mío! ¡cuán grande es vuestra misericordia para con los pecadores!

Preguntadle también por qué pasó por aquella plaza pública. «¡Ah!, os dirá, es que aquí espero a aquella mujer adúltera, ya que a este lugar la llevarán para apedrearla; mas yo la defenderé de sus enemigos, la moveré y lograré su conversión». Mirad al dulce Salvador junto a aquella mujer, observad cómo se porta con ella, ved de qué modo toma su defensa. Al verla rodeada de aquel populacho que sólo esperaba la señal para aplastarla, el Salvador parecía decirles: «Aguardad un momento, dejadme hacer, después obraréis vosotros». Se inclina hacia el suelo y escribe, no su sentencia de condenación, sino su absolución. Al levantarse, mira a los perseguidores de la mujer, cual si les dijese: «Ahora que esta mujer está perdonada, ya no es una pecadora, sino una santa penitente, ¿quién de vosotros puede compararse con ella? El que esté libre de pecado, arroje la primera piedra». Y aquellos refinados hipócritas, al ver que Jesucristo leía en sus conciencias, se retiraron avergonzados, comenzando los más viejos, que eran sin duda los más culpables. Jesucristo, al verla sola, díjole bondadosamente: «Mujer, ¿nadie te ha condenado?» Como si le dijese: después

---

(1) Luc., XIX.

que yo te he perdonado, ¿quién se atreverá a condenarte? «¡ Ah ! Señor, le respondió aquella pecadora, nadie. — Pues anda, y no quieras volver a pecar » (1).

Mirad aún los sentimientos que manifiesta al ver a aquella mujer que desde hacía doce años sufría flujo de sangre. La mujer arrojóse humildemente a sus pies ; «Pues, decía ella, si puedo tan sólo llegar a tocar el borde de su vestido, tengo la seguridad de sanar». Jesucristo se volvió, con mirada bondadosa, y dijo : «¿ Quién me ha tocado ? Anda, hija mía, le dijo, ten confianza, estás curada de alma y cuerpo » (2). Vedle cómo se compadece de la pena de aquel padre que le presentó a su hijo, poseído del demonio desde su tierna edad... (3).

Miradle llorando, al acercarse a la ciudad de Jerusalén, figura del pecador que no quiere ablandar su corazón. Vedle llorar su perdición eterna. «¡ Oh ! cuántas veces, ingrata Jerusalén, he querido atraerte hacia el seno de mi misericordia, cual una gallina que cobija a sus polluelos debajo de sus alas ; mas tú no has querido. ¡ Oh, ingrata Jerusalén ! ¡ has dado muerte a los profetas e hiciste perecer a los siervos de Dios ! ¡ Oh ! ¡ si al menos hoy quisieses aceptar el perdón que te traigo ! » (1). ¿ Veis, H. M., de qué manera el Señor, cuando no queremos convertirnos, llora la pérdida de nuestras almas ?

Después de considerar todo eso que hace Jesucristo para salvarnos, ¿ cómo podremos desesperar de su misericordia, siendo su más gran placer el perdonarnos ? Así es que, por innumerables que sean nuestros pecados, si resolvemos seriamente dejarlos y arrepentirnos de ellos, estamos seguros del perdón. Aunque nuestras

(1) Ioan., VIII.

(2) Matth., IX.

(3) Marc., IX.

(4) Matth., XIII.



culpas fuesen tan numerosas como las hojas de los árboles de la selva, si nuestro corazón está verdaderamente contrito, alcanzaremos el perdón. Para convenceros de ello, aquí tenéis un admirable ejemplo. Léese que había un joven llamado Teófilo, sacerdote, el cual fué acusado ante su obispo y depuesto de una dignidad que poseía. Llenóle aquella afrenta de un furor tal, que llegó hasta a llamar al demonio en su ayuda. El maligno espíritu apareciósele bajo una forma vulgar, y le prometió que le haría recobrar su dignidad si renunciaba en seguida a Jesús y a María. Ciego de furor, consintió el infeliz, y dió al demonio la renuncia en un documento escrito de su puño y letra. Al día siguiente, habiendo el obispo reconocido su falta, le llamó a la iglesia, y le pidió perdón por haber creído con harta facilidad lo que de él le habían dicho, y le repuso en su dignidad. Desde aquel momento el sacerdote quedó fuertemente acongojado; los remordimientos de conciencia desgarraron su alma durante mucho tiempo. Entonces se le ocurrió acudir a la Santísima Virgen, ya que se consideraba indigno de pedir perdón al mismo Dios. Se postró ante una imagen de la Virgen, suplicándole que le alcanzase de su divino Hijo el perdón; y a fin de obtenerlo, ayunó por espacio de cuarenta días y oró durante todo ese tiempo sin cesar. Al cabo de los cuarenta días, se le apareció la Santísima Virgen, y le dijo que había obtenido su perdón. Muy consolado quedó con aquella gracia; pero restaba aún una espina que arrancar: era aquel documento que había entregado al demonio. Pensó que el Señor no denegaría aquella gracia a su santa Madre, y a tal efecto estuvo orando tres días; al despertarse encontró el documento sobre su pecho. Lleno de agradecimiento, fuése al templo, y, delante de todo el concurso de fieles, hizo pública la gracia que el buen Dios le otorgara por intercesión de su Santísima Madre. Esto debemos

también hacer nosotros. Si nos vemos demasiado culpables para pedir el perdón a Dios, dirijámonos a la Santísima Virgen y tendremos la seguridad de alcanzarlo.

Mas, para animaros a concebir gran confianza en la misericordia de Dios, que es infinita, recordaré aquí un ejemplo sacado del Evangelio, el cual nos muestra la magnitud de la misericordia divina: es el del hijo pródigo, quien, como sabéis, después de haber pedido a su padre la herencia que podía tocarle, se fué a un país extranjero. Allí disipó toda su fortuna viviendo como un libertino. Su mala conducta le redujo a una miseria tal, que se sentía dichoso alimentándose con las sobras de la comida destinada a los cerdos que guardaba. Meditando un día sobre la gran miseria en que se hallaba, decía a su amo: «Dadme, a lo menos, la comida destinada a los más inmundos animales». ¿Qué miseria es comparable a ésta, H. M.? Sin embargo, ni esto se le concedía. Viéndose condenado a morir de hambre, vivamente movido por su estado de miseria, abrió los ojos y se acordó de su buen padre que tanto le amaba. Tomó la resolución de volver a la casa paterna, donde el más ínfimo criado comía en abundancia el pan que él echaba de menos. Y decía para sí: «Hice mal en abandonar a un padre que tanto me amaba; he disipado toda mi fortuna entregándome a la mala vida; sucio y harapiento como estoy, ¿llegará mi padre a reconocermé? Mas yo me arrojaré a sus plantas, y le ablandaré con mis lágrimas; le suplicaré que me admita en el número de sus criados». He aquí que se levanta y emprende el camino, pensando en la miseria a que le había reducido su vida licenciosa. El padre, que desde mucho tiempo lloraba su pérdida, al verle venir de lejos, olvidando la decrepitud en que sus años le tenían sumido, corrió a recibirle en sus brazos. Admirado, el hijo miserable, del amor que su padre le

mostraba: «¡Ah! padre mío, exclamó, ¡he pecado contra el cielo y contra vos! no merezco ser tenido por hijo vuestro, admitidme tan sólo en el número de vuestros criados. — No, no, hijo mío, exclamó el padre rebosando alegría por caberle la dicha de recobrar al hijo que creía perdido; no, hijo mío, dejemos lo pasado, no pensemos más que en regocijarnos. Llevadle su antigua vestidura para que se la ponga de nuevo, entregadle el anillo que ha de adornar su mano, y el calzado que ha de cubrir sus pies; matad el becerro más gordo y dad lugar al regocijo; pues mi hijo estaba muerto y ha resucitado, le daba yo por perdido y le hemos recobrado.» (1)

¡Bella imagen, H. M., de la grandeza de la misericordia que Dios muestra para con los más abominables pecadores! En efecto, al tener la desgracia de pecar, nos alejamos de Dios, y, siguiendo tras las pasiones, nos reducimos a un estado más miserable que el de los cerdos, que son los animales más inmundos. ¡Oh, Dios mío! ¡cuán horrible es el pecado! ¿cómo es posible que alguien lo cometa? Pero, por miserables que seamos, en cuanto tomamos la resolución de convertirnos, al menor indicio de arrepentimiento, las entrañas de su divina misericordia muévense ya a compasión. Nuestro dulce Salvador, mediante su gracia, corre al encuentro del pecador, para abrazarle y prodigarle los más deliciosos consuelos. En efecto, jamás el pecador experimenta tanto placer como en el momento en que deja el pecado para entregarse a Dios; parécete que nada podrá detenerle; ni la oración, ni la penitencia: nada es duro para él. ¡Oh, momento delicioso! ¡cuán dichosos siuviésemos la suerte de comprenderlo! Pero ¡ay! que no correspondemos a la gracia, y entonces desaparece el encanto de aquellos felices momentos. Jesucris-

---

(1) Luc., XV.

to dice al pecador por boca de sus ministros : «Revestid a este cristiano que se ha convertido, con su primera vestidura, que es la gracia del bautismo que había perdido ; revestidle de Jesucristo, de su justicia, de sus virtudes y de todos sus méritos». Tal es, H. M., la manera como nos trata Jesucristo cuando tenemos la dicha de dejar el pecado para entregarnos a El. ¡ Ah ! H. M., ¡ qué motivo de confianza es para un pecador, por culpable que sea, el tener certeza de que la misericordia de Dios es infinita !

II. — No, H. M., no es la gravedad de nuestros pecados ni su número lo que debe preocuparnos, sino solamente las disposiciones con que nos debemos presentar. Esperad, H. M., y vais a oír otro ejemplo que os mostrará cómo, por culpables que seamos, tenemos la seguridad de ser perdonados, si así se lo pedimos a Dios. Leemos en la historia que, una vez, un gran príncipe, en su última enfermedad, fué atacado de una terrible tentación de desconfianza en la misericordia y bondad de Dios. El sacerdote que en aquel momento le asistía, viendo que perdía la confianza, ponía todos sus esfuerzos en procurar que no desfalleciese, diciéndole que nunca el buen Dios había denegado el perdón a quien lo imploraba. «No, no, dijo el enfermo, no hay perdón para mí, pues el mal que he obrado es excesivamente grande». No sabiendo el sacerdote dónde acudir, comenzó a orar. Y entonces el Señor le puso en la boca las palabras que el santo Rey David pronunció antes de morir : «Príncipe, le dijo, escucha al profeta penitente ; ya que eres pecador como él, pronuncia con sinceridad sus palabras : Señor, Vos tendréis piedad de mí, puesto que son muy grandes mis pecados, y es precisamente la magnitud de mis pecados lo que os animará a perdonarme». El príncipe, a estas palabras, cual si despertase de un profundo sueño, se paró un



momento, lleno de alegría, y, exhalando un profundo suspiro, dijo : « ¡ Ah, Señor ! ¡ para mí fueron pronunciadas estas palabras ! ¡ Sí, Dios mío, precisamente porque he pecado tanto tendréis piedad de mí ! » Se confesó y recibió los sacramentos derramando torrentes de lágrimas ; ofreció con alegría su vida, y murió teniendo en sus manos el crucifijo y regándole con lágrimas de sus ojos. Y en efecto, H. M., ¿ qué son nuestros pecados si los comparamos con la misericordia de Dios ? Son un grano de mostaza al lado de una montaña. ¡ Oh, Dios mío ! ¿ quién se resignará a condenarse, al ver que Jesús desea tan vivamente nuestra salvación y que tan fácil nos es conseguirla ? ...

Sin embargo, H. M., aunque Dios se digne en su bondad esperarnos y admitirnos, hemos de ir con cuidado en no agotar su paciencia : cuando nos llame y nos invite, hemos de correr a su encuentro ; cuando nos admita en su compañía, hemos de permanecer fieles. ¡ Ay ! H. M., tal vez hará ya cinco o seis años que Dios nos está llamando ; ¿ por qué permanecer, pues, en el pecado ? En todo momento está presente ofreciéndonos el perdón ; ¿ por qué no dejar la culpa ? Nos dice, en efecto, San Ambrosio : « El Señor, con todo y ser tan bueno y misericordioso, jamás nos perdona, sin que antes imploremos el perdón, sin que unamos nuestra voluntad a la de Jesucristo ».

Mas ¿ qué voluntad, H. M., es la que Dios pide de nosotros ? Vedla aquí. Es una voluntad que ha de corresponder a la santa avidez de su misericordia, y que nos haga hablar como hablaba San Pablo : « Ya tenéis referencias de mi conducta y de mis actos antes de que Dios me hiciese la gracia de convertirme. Yo perseguía a la Iglesia de Cristo con tanta crueldad, que al presente me inspira horror de mí mismo cuantas veces pienso en ello. ¿ Quién podría creer que precisamente aquél fuese el momento escogido por Jesucristo

para llamarme a sí (1). Entonces fué cuando me vi rodeado de una luz resplandeciente, y oí una voz que me decía : Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (2). ¡Ay ! H. M., ¿cuántas veces nos habrá hecho Dios la misma gracia ? ¿cuántas veces, sumidos en las tinieblas del pecado o prestos a pecar, habremos oído una voz interior que nos decía : «¡ Ah ! hijo mío, ¿por qué quieres hacerme sufrir tanto, y perder tu alma ?» Aquí vais a ver un ejemplo. Leemos en la historia que hubo un hijo que, ciego de cólera un día, mató a su padre. Quedó después presa de tales remordimientos, que a todas horas parecía oír una voz que le decía : «¡ Ah ! hijo mío, ¿por qué me mataste ?» Lo cual le impresionó tanto, que fué él mismo a denunciarse a la justicia. No tan sólo, H. M., la bondad de Dios, al otorgarnos el perdón, ha de impulsarnos a dejar el pecado, sino que hemos de llegar hasta derramar lágrimas de agradecimiento. Nos ofrece de ello un hermoso ejemplo el joven Tobías, acompañado y guiado por un ángel (3), con lo cual vemos cuánto le complace a Dios nuestro agradecimiento. Leemos en el Evangelio que aquella mujer que por espacio de doce años sufría un flujo de sangre y quedó curada por un milagro de Jesús, agradecida por tanta bondad y a fin de publicarla delante de todo el mundo, hizo colocar cerca de su casa una hermosa escultura representando una mujer a los pies de Jesucristo, que la había curado. Y muchos autores nos dicen que brotó allí una planta desconocida de la gente y que, en cuanto crecía hasta tocar el borde de la vestidura de la estatua, adquiría la virtud de curar toda clase de enfermedades. Ved lo que hace San Mateo : para agradecer a Jesucristo la gracia que le concediera, le invitó a su casa y colmóle de toda

---

(1) Gal., I, 13-15.

(2) Saule, Saule, quid me persequeris ? (Act., IX, 4).

(3) Tob., XII.

suerte de agasajos (1). Mirad al samaritano leproso : al verse curado, desanda el camino, y se echa a los pies de Jesús en agradecimiento al favor que acababa de dispensarle (2).

Nos dice San Agustín que lo principal en la acción de gracias, es que nuestra alma se muestre sinceramente agradecida a la bondad de Dios, entregándose totalmente, con todos sus afectos, a tan soberano Señor. Contemplad al Salvador después de haber curado a los diez leprosos, al ver que sólo uno volvía a darle las gracias : «Y los otros nueve, le dijo a aquél Jesucristo, ¿no han curado también?» (3). Como si dijese : ¿por qué los demás no vienen a mostrar su agradecimiento? Dice San Bernardo que hemos de ser muy agradecidos para con Dios, ya que ello le anima a concedernos nuevos favores. ¡ Ay ! H. M., ¡ cuántas acciones de gracias debemos a Dios por habernos creado, por habernos redimido con su pasión y muerte, por habernos hecho nacer en el seno de su Iglesia, cuando tantos otros mueren fuera de tan saludable recinto ! Sí, H. M., ya que la bondad y la misericordia de Dios son infinitas, procuremos aprovecharnos de ellas, con lo cual nos cabrá la dicha de agradarle, y nuestras almas se conservarán siempre en su santa gracia : y ello nos alcanzará la felicidad de gozar las delicias de su presencia en compañía de los bienaventurados en la gloria. Esto es lo que os deseo.

---

(1) Luc., V, 29.

(2) Ibid., XVII, 16.

(3) Ibid., XVII, 17

## CUARTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

### SOBRE LA ESPERANZA

*Diliges Dominum Deum tuum.*  
Amarás al Señor tu Dios.

(S. Mateo, XXI, 37.)

Cierto, H. M., que San Agustín nos dice que, aunque no hubiese cielo que esperar ni infierno que temer, no por eso dejaría de amar a Dios, por ser El infinitamente amable; sin embargo, Dios, para que nos animemos a seguirle y a amarle sobre todas las cosas, nos promete una recompensa eterna. Cumpliendo dignamente tan bella misión, la cual constituye la mayor dicha que en este mundo podemos esperar, nos preparamos una eterna felicidad en el cielo. Si la fe nos enseña que Dios todo lo ve, que es testigo de cuanto hacemos y sufrimos, la virtud de la esperanza nos impulsa a soportar las penalidades con una entera sumisión a la voluntad divina, en la confianza de que, por ello, seremos recompensados eternamente. Sabemos también que esta hermosa virtud fué la que sostuvo a los mártires en sus atroces tormentos, a los solitarios en los rigores de sus penitencias, y a los santos enfermos en sus dolencias. Sí, H. M., si la fe nos muestra a Dios presente en todas partes, la esperanza nos impulsa a realizar todo lo que consideramos agradable a Dios,



con la mira de una eterna recompensa. Ya que esta virtud contribuye tanto a dulcificar nuestros males, veamos, pues, H. M., en qué consiste la bella y preciosa esperanza.

Si nos es dado, H. M., conocer por la fe que hay un Dios, que es nuestro Creador, nuestro Salvador y nuestro sumo Bien, que nos dió el ser para que le conozcamos, le amemos, le sirvamos y lleguemos a poseerle ; la esperanza nos enseña que, aunque indignos de tanta felicidad, podemos esperarla por los méritos de Jesucristo. Para lograr, H. M., que nuestros actos sean dignos de recompensa, se necesitan tres cosas, a saber : la fe, que nos hace ver a Dios como presente ; la esperanza, que nos hace obrar con la sola intención de agradarle, y el amor, que nos une a El como a nuestro sumo Bien. Sí, H. M., jamás llegaremos a comprender el grado de gloria que nos proporcionará en el cielo cada acción buena, si la realizamos puramente por Dios ; ni aun los santos que están en el cielo llegan a comprenderlo. De lo cual vais a ver un ejemplo admirable. Leemos en la vida de San Agustín que, mientras este Santo se disponía a escribir a San Jerónimo, para preguntarle qué expresiones podrían mejor servirle para hacer sentir intensamente toda la extensión y grandeza de la felicidad que los santos disfrutaban en el cielo ; mientras, siguiendo su costumbre, ponía en la carta la salutación : «Salud en Jesucristo Nuestro Señor», quedó inundada su habitación por una luz refulgente, tan extraordinaria, que superaba en hermosura e intensidad a la del sol en su cenit ; la cual luz despedía además el más delicioso de los perfumes. Quedó tan enajenado el Santo, que estuvo a punto de morir de gozo. Al mismo tiempo oyó que de aquellos fulgores salía una voz que le dijo : «¡ Ah ! mi amado Agustín, me crees aún en la tierra ; gracias a Dios, estoy ya en el cielo. Quieres preguntarme de qué tér-

minos hay que valerse para hacer sentir del mejor modo posible la felicidad de que gozan los santos ; has de saber, querido amigo, que es tan grande esta felicidad, supera tanto a lo que una criatura puede imaginar, que resultaría más fácil contar las estrellas del firmamento, recoger todas las aguas del mar en una redoma, sostener toda la tierra en tus manos, que no llegar a comprender la felicidad del menor de los bienaventurados del cielo. Me ha sucedido lo que a la reina de Sabá ; juzgando ella por las voces de la fama, había formado un gran concepto del rey Salomón ; pero, después de haber visto con sus propios ojos el orden admirable que reinaba en su palacio, la magnificencia sin igual, la ciencia y los extensos conocimientos de aquel rey, quedó tan admirada y sobrecogida, que regresó a su tierra diciendo que, cuanto se le había dicho, era nada en comparación de lo que sus ojos habían visto. Lo mismo me ha sucedido respecto a la hermosura del cielo y a la felicidad de que gozan los santos ; creía haber penetrado algo de las bellezas que el cielo contiene y de la felicidad de que gozan los santos ; pues bien, has de saber que los más sublimes pensamientos que había podido concebir, nada son comparados con la felicidad que constituye la herencia de los bienaventurados».

Lcemos en la vida de Santa Catalina de Sena que esta santa mereció de Dios la gracia de ver en alguna manera la belleza del cielo y la felicidad de que allí se disfruta. Quedó tan sobrecogida, que vino a caer en éxtasis. Al volver en sí, preguntó el confesor qué era lo que Dios le había mostrado. Dijo la Santa que el Señor le había hecho ver algo de la hermosura del cielo y de la dicha de que gozan los bienaventurados ; pero excedía tanto, todo ello, a lo que podemos nosotros imaginar, que resultaba imposible dar la menor idea. Ya veis, pues, H. M., a dónde nos llevan nuestras buenas obras, si las hacemos con la mira de agradar a

Dios ; ya veis cuántos son los bienes que la virtud de la esperanza nos hace desear y aguardar.

2.º Hemos dicho que la virtud de la esperanza nos consuela y sostiene en las pruebas que Dios nos envía. Tenemos de ello un gran ejemplo en la persona del santo Job, sentado en el estercolero, cubierto de llagas de pies a cabeza. Había perdido a sus hijos, aplastados al derrumbarse su casa. El mismo, desde su cama, hubo de refugiarse en el estercolero más miserable y hediondo, abandonado de todos ; su pobre cuerpo estaba lleno de podre ; su carne viva era ya pasto de los gusanos, a los cuales tenía que apartar con un tiesto ; se vió insultado por su misma esposa, que, en vez de consolarle, se complacía en llenarle de injurias diciéndole : «¿ Ves, el Dios a quien sirves con tanta fidelidad ? ¿ Ves de qué manera te recompensa ? Pídele que te quite la vida ; a lo menos con ello te verás libre de tantos males». Sus mejores amigos le visitaban sólo para acrecentar sus dolores. Mas, a pesar del estado miserable a que estaba reducido, no dejó nunca de esperar en Dios. «No, Dios mío, jamás dejaré de esperar en Vos ; aunque me quitaseis la vida, no dejaría de esperar en Vos y de confiar en vuestra caridad. ¿ Por qué he de desanimarme, Dios mío, y abandonarme a la desesperación ? Confesaré en vuestra presencia mis pecados, que son la causa de los males que padezco ; y espero que seréis Vos mi Salvador. Tengo la esperanza de que un día me recompensaréis por los males que ahora experimento por vuestro amor». Aquí tenéis, H. M., lo que podemos llamar una verdadera esperanza : por ella, a pesar de que el santo varón veía descargar sobre sí toda la cólera divina, no dejaba, con todo, de esperar en Dios. Sin examinar el motivo por qué sufría aquellos males sin cuento, contentábase solamente con decir que sus pecados eran la causa de todo. ¿ Veis, H. M., los grandes bienes que la esperanza nos pro-

cura? Todos lo tienen por desgraciado; sólo él, tendido en su estercolero, abandonado de los suyos y despreciado de los demás, se siente feliz, puesto que pone en Dios toda su confianza. ¡ Ah! si en nuestras penas, en nuestras tristezas y en nuestras enfermedades, mantuviésemos siempre una tan grande confianza en Dios, ¡ cuántos bienes atesoraríamos para el cielo! ¡ Ay! ¡ cuán ciegos somos, H. M. ! Si, en lugar de desesperarnos en nuestras penalidades, conservásemos aquella firme esperanza que, junto con otros mil medios para merecer el ciclo, nos envía Dios, ¡ con cuánta alegría sufriríamos!

Pero, me diréis, ¿ qué significa esta palabra: esperar? Vedlo aquí, H. M. Es suspirar por algo que ha de hacernos dichosos en la otra vida; es el deseo de vernos libres de todos los males de este mundo; el deseo de poseer toda suerte de bienes capaces de satisfacernos plenamente. Después que Adán hubo pecado, y se vió lleno de tantas miserias, su gran consuelo era el pensar que no sólo sus sufrimientos le merecerían el perdón de los pecados, sino, además, le proporcionarían los bienes del cielo. ¡ Cuánta bondad la de un Dios, H. M., al recompensar por toda una eternidad la más insignificante de nuestras obras! Mas para que merezcamos tanta dicha, quiere el Señor que depositemos en El una gran confianza, cual la que tienen los hijos para con sus padres. Por esto vemos que en muchos pasajes de la Escritura toma el nombre de Padre, a fin de inspirarnos una gran confianza. En todas nuestras penas, sean del alma, sean del cuerpo, quiere que recurramos a El. Promete socorrernos siempre que a El acudamos. Si toma el nombre de Padre, es para inspirarnos mayor confianza. Mirad de qué manera nos ama: por su profeta Isaías nos dice que nos lleva a todos en su seno. «Es imposible que una madre olvide al hijo que lleva en sus entrañas; y aunque cometiese tal barbaridad, os



digo que yo no olvidaré al que pone en mí su confianza» (1). Quédase de que no confiemos en El cual debiéramos; y nos advierte que «no depositemos nuestra confianza en los reyes y príncipes, ya que saldrían fallidas nuestras esperanzas» (2). Y aun va más allá, pues nos amenaza con su maldición, si dejamos de confiar en El; así nos habla por su profeta Jeremías: «¡Maldito sea el que no pone en Dios su confianza!», y en otra parte nos dice: «Bendito sea el que confía en el Señor!» (3). Recordad la parábola del hijo pródigo, que Jesús nos propone con tanto amor a fin de inspirarnos una gran confianza en su bondad. «Ciertó padre, nos dice, tenía un hijo que le pidió la porción que de la herencia podía corresponderle. El padre se la entregó. El hijo abandonó a su padre, se encaminó a un país extranjero, y allí entregóse a toda suerte de desórdenes. Pasado algún tiempo, sus excesos le redujeron a la más extrema miseria; sin dinero y sin recurso alguno, habríase contentado con alimentarse de lo que los cerdos dejaban, pero ni aun eso le era permitido. Al verse agobiado por tantos males, acordóse de que había abandonado a un buen padre, que nunca le había negado favor alguno cuando en su compañía se hallaba. Entonces dijo para sí: Me levantaré; y, con lágrimas en los ojos, iré a arrojarme a los pies de mi padre; es tan bueno, que confío tendrá aún piedad de mí. Y le diré: Tierno padre mío, he pecado contra el cielo y contra vos, y no me atrevo a mirar ni a vos ni al cielo; no merezco ser tenido por hijo vuestro; me consideraré feliz si os dignáis admitirme en el número de vuestros siervos.»

(1) Numquid oblivisci potest mulier infantem suum, ut non misereatur filio uteri sui? et si illa oblita fuerit, ego autem non obliviscar tui (Is., XLIX, 15).

(2) Nolite confidere in principibus: in filiis hominum, in quibus non est salus (Ps. CXI.V, 2).

(3) Maledictus homo, qui confidit in homine... Benedictus vir, qui confidit in Domino (Jer., XVII, 5, 7).

¿Y qué es lo que hace aquel buen padre?, nos dice Jesucristo, que es precisamente el padre tierno a quien se refiere la parábola. En vez de aguardar a que el hijo vaya a arrojarse a sus plantas, en cuanto le divisa en se refiere la parábola. En vez de aguardar a que el hijo quiere confesar sus culpas; mas el padre no le deja hablar. «No, hijo mío, no me hables de pecados, no pensemos en otra cosa que en alegrarnos». Y aquel padre bondadoso invita a toda la corte celestial a dar gracias a Dios por haber visto resucitado al hijo que creía muerto, por haber recobrado al hijo que tenía por perdido. Para darle a entender cuánto le ama, le ofrece de nuevo su amistad y todos sus bienes (1).

Pues bien, H. M., esta es la manera como recibe Jesús al pecador cuantas veces retorna a su seno: le perdona y le restituye cuantos bienes el pecado le arrebatara. Al considerar esto, H. M., ¿quién de nosotros no abrigará la mayor confianza en la caridad de Dios? Y aun va más allá, ya que nos dice que, cuando tenemos la dicha de dejar el pecado para amarle a El, todo el ciclo se regocija. Si leéis en otra página del Evangelio, veréis con qué diligencia corre en busca de la oveja perdida. Al hallarla, queda tan satisfecho que, para evitarle el cansancio del camino, se la carga sobre sus hombros (2). Mirad con cuánta indulgencia y bondad recibe a Magdalena (3), ved con qué ternura la consuela; y no solamente la consuela, sino que la defiende contra los insultos de los fariseos. Mirad con cuánta caridad y con cuánto placer perdona a la mujer adúltera; ella le ofende, y El mismo se constituye en su protector y salvador (2). Mirad su diligencia en salir al encuentro de la Samaritana; para salvar su alma, va

---

(1) Luc., XV.

(2) Ibid.

(3) Ibid., VII.

(4) Joan., VIII.

a esperarla junto al pozo de Jacob; se digna dirigirle el primero la palabra, para mostrarle toda su bondad; y a pretexto de pedirle agua, le da la gracia del cielo (1),

Decidme, H. M., ¿qué razones podremos aducir para excusarnos, cuando nos haga presente la bondad con que nos trató, cuando nos convenza de lo bien que habríamos sido recibidos si nos hubiésemos determinado a volver a El, cuando nos manifeste el gozo con que nos habría perdonado y restituído su gracia? Muy exactamente podrá decirnos: ¡Ah! desgraciado, ¡si has vivido y muerto en el pecado, ha sido porque no quisiste salir de él: mi afán de perdonarte era grande! Ved, H. M., cómo Dios quiere que acudamos a El con gran confianza en nuestras dolencias espirituales. Por su profeta Miqueas, nos dice que, aunque nuestros pecados sean más numerosos que las estrellas del firmamento, que las gotas de agua del mar, que las hojas de los bosques, o que los granos de arena que circundan el Océano, todo lo olvidará, si nos convertimos sinceramente; y nos dice también que, aunque el pecado haya hecho a nuestra alma más negra que el carbón, «o más roja que la púrpura, nos la volverá más blanca que la nieve» (2). Nos dice que arroja nuestros pecados en las profundidades del mar, a fin de que no reaparezcan jamás. ¡Cuánta caridad nos manifiesta Dios, H. M.! ¡con cuánta confianza deberemos dirigirnos a El! Mas ¡qué desesperación la de un cristiano condenado cuando se dé cuenta de la facilidad con que Dios le habría perdonado, si hubiese acertado a pedirle perdón! Decidme ahora, H. M., si, al condenarnos, no será por haberlo nosotros querido. ¡Ay! H. M., ¡cuántos remordimientos de conciencia, cuántos pensamientos saludables, cuántos buenos deseos no habrá suscitado en nosotros

---

(1) Joan., IV.

(2) Isaías, I, 18.

la voz de Dios ! ¡ Oh, Dios mío ! ¡ cuán infeliz es el hombre al precipitarse en la condenación, cuando tan fácilmente podría salvarse ! ¡ Ay ! H. M., para convencernos de lo que acabo de decir, no hay más que considerar lo que por nosotros hizo Jesús durante los treinta y tres años que moró acá en la tierra.

Os he dicho, en segundo lugar, que hasta con respecto a nuestras necesidades temporales hemos de tener gran confianza en Dios. A fin de movernos a recurrir a El confiadamente en lo que se refiere a las necesidades del cuerpo, nos asegura que velará por nosotros ; y así vemos que ha obrado grandes milagros para hacer que no nos falte lo necesario para vivir. Lee-mos en la Sagrada Escritura que alimentó a su pueblo, por espacio de cuarenta años en el desierto, con el maná que caía todos los días antes de salir el sol. Durante aquellos mismos cuarenta años, los vestidos de los israelitas no se estropearon en lo más mínimo. Nos dice en el Evangelio que no nos preocupemos por lo que se refiere a nuestro vestido o a nuestra alimentación : «Contemplad, dice, las aves del cielo ; ni siembran ni cosechan, ni almacenan nada en sus graneros ; mirad con qué solicitud las alimenta vuestro Padre ; ¿y no sois vosotros, por ventura, de mejor condición, siendo como sois hijos de Dios ? Gente de poca fe, no os acogojéis, pues, por el cuidado de hallar lo que habréis de comer, o con qué vestir vuestro cuerpo. Contemplad los lirios del campo, ved cómo crecen, y, sin embargo, ni trabajan, ni tejen ; mirad, no obstante, el vestido con que se adornan ; os aseguro que Salomón, en todo el esplendor de su gloria, jamás ostentó vestido semejante. Si, pues, concluye el divino Salvador, el Señor es tan solícito en vestir una hierba que hoy existe y mañana es arrojada al fuego, ¿con cuánta mayor razón cuidará de vosotros que sois sus hijos ? Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y lo demás se



os dará por añadidura» (1). Mirad aún hasta dónde quiere hacer llegar nuestra confianza: «Cuando oréis, nos dice, no digáis «Dios mío», sino «Padre nuestro»; pues sabemos que el hijo tiene una confianza ilimitada en su padre». Después de haber resucitado, aparecióse a Santa Magdalena y le dijo: «Anda, ve a mis hermanos, y diles de mi parte: Subo a mi Padre, que es también el vuestro» (2). Decidme, H. M., ¿no habréis de convenir conmigo en que, si somos tan desgraciados en este mundo, proviene ante todo de que no tenemos en Dios la suficiente confianza?

Hemos dicho, en tercer lugar, que hemos de concebir una gran confianza en Dios, al experimentar cualquier tristeza, pena o enfermedad. Es preciso, H. M., que esta gran confianza en el cielo nos sostenga y nos consuele en aquellas horas amargas; esto hicieron los santos. Leemos en la vida de San Sinfiriano que, al ser conducido al martirio, su madre, que le amaba verdaderamente en Dios, subióse a una pared para verle pasar, y, con toda la fuerza de sus pulmones, clamó: «¡Hijo mío, hijo mío, levanta tus ojos al cielo; valor, hijo mío! ¡que la esperanza en el cielo te sostenga! ¡valor, hijo mío! Si el camino del cielo es difícil, en cambio es muy corto». Animado aquel hijo por las palabras de su madre, arrostró con gran intrepidez los tormentos y la muerte. San Francisco de Sales tenía en Dios tanta confianza, que parecía insensible a las persecuciones de que era objeto; decíase a sí mismo: «Toda vez que nada sucede sin permisión divina, las persecuciones no son más que para nuestro bien». Leemos en su vida que en cierta ocasión fué vilmente calumniado; a pesar de esto, ni un momento perdió su ordinaria tranquilidad. Escribió a uno de sus

---

(1) Matth., VI.

(2) Vade autem ad fratres meos, et dic eis: Ascendo ad Patrem meum, et Patrem vestrum (Ioan., XX, 17).

amigos que una persona le acababa de avisar que se murmuraba de él en gran manera ; mas esperaba que el Señor arreglaría todo aquello a gloria suya y para salvación de su alma. Se limitó a orar por los que le calumniaban. Tal es, H. M., la confianza que debemos nosotros tener en Dios. Al hallarnos perseguidos y despreciados, poseemos la prueba más inequívoca de que somos verdaderamente cristianos, esto es, hijos de un Dios despreciado y perseguido.

Os decía, H. M., en cuarto lugar, que, si hemos de concebir una ciega confianza en Jesucristo, quien jamás dejará de acudir en nuestro socorro al vernos atribulados, si acudimos a El como un hijo acude a su padre ; debemos tener también una gran confianza en su Santísima Madre, tan buena y tan solícita para socorrernos en nuestras necesidades temporales y espirituales, y sobre todo en el primer momento de nuestra conversión a Dios. Si nos remuerde algún pecado cuya confesión nos causa vergüenza, arrojémonos a sus plantas, y tendremos la seguridad de que nos alcanzará la gracia de confesarlo bien, y al mismo tiempo no cesará de implorar nuestro perdón. Para demostrároslo, aquí tenéis un admirable ejemplo. Refiérese que cierto hombre durante mucho tiempo llevó una vida bastante cristiana para hacerle concebir grandes esperanzas de alcanzar el cielo. Pero el demonio, que no piensa más que en nuestra perdición, le tentó con tanta insistencia y tan a menudo, que llegó a ocasionarle una grave caída. Habiendo al instante entrado en reflexión, comprendió la enormidad de su pecado, y propuso en seguida recurrir al laudable remedio de la penitencia. Mas concibió de su pecado una vergüenza tal, que jamás pudo determinarse a confesarlo. Atormentado por los remordimientos de su conciencia, que no le dejaban descansar, tomó la resolución de arrojarle al agua para dar fin a sus días, esperando con ello dar término a

sus penas. Mas, al llegar al borde de la orilla, se llenó de temor considerando la desdicha eterna en que se iba a precipitar, y volvió atrás llorando a lágrima viva, rogando al Señor se dignase perdonarle sin que se viese obligado a confesarse. Creyó poder recobrar la paz del espíritu, visitando muchas iglesias, orando y ejecutando duras penitencias; pero, a pesar de todas sus oraciones y penitencias, los remordimientos le perseguían a todas horas. Nuestro Señor quiso que alcanzase el perdón gracias a la protección de su Santísima Madre. Una noche, mientras estaba poseído de la mayor tristeza, se sintió decididamente impulsado a confesarse, y, siguiendo aquel impulso, se levantó muy temprano y se encaminó a la iglesia; más cuando estaba a punto de confesarse, sintióse más que nunca acometido de la vergüenza que le causaba su pecado, y no tuvo valor para realizar lo que la gracia de Dios le inspirara. Pasado algún tiempo tuvo otra inspiración semejante a la primera; encaminóse de nuevo a la iglesia, mas allí su buena acción quedó otra vez frustrada por la vergüenza, y, en un momento de desesperación, hizo el propósito de abandonarse a la muerte antes que declarar su pecado a un confesor. Sin embargo, le vino el pensamiento de encomendarse a la Santísima Virgen. Antes de regresar a su casa, fué a postrarse ante el altar de la Madre de Dios; allí hizo presente a la Virgen Santísima la gran necesidad que de su auxilio tenía, y con lágrimas en los ojos la conjuró a que no le abandonase. ¡Cuánta bondad la de la Madre de Dios, cuánta diligencia en socorrer a aquel desgraciado! Aún no se había arrodillado, cuando desaparecieron todas sus angustias, su corazón quedó enteramente transformado, levantóse lleno de valor, fué al encuentro de un sacerdote, al que, en medio de un río de lágrimas, confesó todos sus pecados. A medida que iba declarando sus faltas, parecía quitarse

un gran peso de su conciencia ; y después declaró que, al recibir la absolución, experimentó mayor contento que si le hubiesen regalado todo el oro del mundo. ¡ Ay ! H. M., ¡ cuál habría sido la desgracia de aquel pobre, si no hubiese recurrido a la Santísima Virgen ! Indudablemente ahora se abrasaría en el infierno.

Sí, H. M., en todas nuestras penas, sean del alma, sean del cuerpo, después de Dios, hemos de concebir una gran confianza en la Virgen María. Ved aquí otro ejemplo, el cual hará nacer en vosotros una tierna confianza en la Santísima Virgen, sobre todo cuando queráis concebir grande horror al pecado. El bienaventurado San Ligorio refiere que una gran pecadora llamada Elena acertó un día a entrar en un templo, y la casualidad, o mejor la Providencia, que todo lo dispone en bien de sus escogidos, quiso que oyese un sermón, que se estaba predicando, sobre la devoción del Santo Rosario. Quedó tan bien impresionada con lo que el predicador decía acerca de las excelencias y saludables frutos de aquella santa devoción, que sintió deseos de poseer un rosario. Terminado el sermón, fué a comprar uno, pero durante mucho tiempo tuvo mucho cuidado en ocultarlo para que no se burlasen de ella. Comenzó a rezar cada día el rosario, mas sin gusto y con poca devoción. Pasado algún tiempo, la Virgen hizo que experimentase tanta devoción y placer en aquella práctica, que no se cansaba de ella ; aquella devoción, tan agradable a la Santísima Virgen, le mereció una mirada compasiva, la cual le hizo concebir un tan grande aborrecimiento y horror de su vida pasada, que su conciencia se transformó en un infierno, y la inquietaba sin descanso noche y día. Desgarrada continuamente por sus punzantes remordimientos, no podía ya resistir a la voz interior que le presentaba el sacramento de la Penitencia como el único remedio para conseguir la paz por ella tan deseada, la paz que



había buscado inútilmente en todas partes ; aquella voz le decía que el sacramento de la Penitencia era el único remedio a los males de su alma. Invitada por aquella inspiración, empujada y guiada por la gracia, fué a echarse a los pies del ministro del Señor, al que descubrió todas las miserias de su alma, es decir, todos sus pecados ; confesóse con tanta contrición y con tanta abundancia de lágrimas, que el sacerdote quedó admirado en gran manera, no sabiendo a qué atribuir aquel milagro de la gracia. Acabada la confesión, Elena fué a postrarse ante el altar de la Santísima Virgen, y allí, penetrada de los más vivos sentimientos de gratitud, exclamó : « ¡ Ah ! Virgen Santísima, es verdad que hasta el presente he sido un monstruo ; mas Vos, con el gran poder que tenéis delante de Dios, ayudadme a corregirme ; desde ahora propongo emplear el resto de mis días en hacer penitencia ». Desde aquel momento, y de regreso ya a su casa, rompió para siempre los lazos de las malas compañías que hasta entonces la habían retenido en los más abominables desórdenes ; repartió todos sus bienes a los pobres, y se entregó a todos los rigores y mortificaciones que inspirarle pudieron el amor a Dios y el remordimiento de sus pecados. Para que quedase premiada la gran confianza que aquella mujer había depositado en la Virgen María, en su última hora se le aparecieron Jesús y la Santísima Virgen, y en sus manos entregó su alma hermosa, purificada por la penitencia y las lágrimas ; de manera que, después de Dios, fué a la Santísima Virgen a quien debió aquella gran penitente su salvación.

Ved ahora otro ejemplo, no menos admirable, de confianza en la Virgen María, y que manifiesta cuán presta está la Santísima Virgen para ayudarnos a salir del pecado. Refiérese que hubo un joven, a quien sus padres educaron muy bien, mas tuvo la desgracia de contraer un mal hábito, el cual fué para él una fuente

inagotable de pecados. Conservando aún el santo temor de Dios y deseando renunciar a sus desórdenes, hacía a veces algún esfuerzo por salir de su triste estado ; mas el peso de sus vicios le arrastraba de nuevo. Detestaba su pecado, y a pesar de ello, caía a cada momento. Viendo que de ninguna manera podía corregirse, se desanimó y determinó no confesarse más. Al ver su confesor que no se presentaba en el tiempo acostumbrado, intentó un nuevo esfuerzo por devolver a Dios aquella pobre alma. Fué a entrevistarse con él, en un momento en que estaba trabajando solo. Aquel desgraciado joven, al ver llegar al sacerdote, prorrumpió en gritos y lamentaciones. «¿Qué te pasa, amigo, le preguntó el sacerdote? — ¡Oh Padre! estoy condenado; veo muy claro que nunca podré corregirme, y he resuelto abandonarlo todo. — ¿Qué es lo que dices, amigo mío? al contrario, me consta que, si quieres hacer lo que ahora voy a indicarte, te enmendarás y alcanzarás el perdón. Ve al instante a arrojarte a los pies de la Santísima Virgen para implorarle tu conversión, y después ven a verme». El joven se fué al momento a postrarse a las plantas de la Virgen María, y, regando el suelo con sus lágrimas, le suplicó que tuviese piedad de un alma que tanta sangre costara a Jesucristo, su divino Hijo, y que el demonio iba a arrastrar al infierno. Al momento sintió nacer en su pecho una confianza tal, que a su impulso se levantó y fué a confesarse. Convirtiéndose sinceramente; sus malos hábitos fueron destruídos radicalmente, y sirvió a Dios durante el resto de su vida. Hemos de convenir, pues, en que, si permanecemos en pecado, es porque no queremos valernos de los medios que la religión nos ofrece, ni recurrir con confianza a nuestra bondadosa Madre, que se apiadará de nosotros, como se ha apiadado de todos los que acudieron a ella.

Os he dicho, en quinto lugar, que la virtud de la

esperanza nos induce a ejecutar nuestras acciones con la única mira de agradar a Dios, y no al mundo. Hemos de comenzar a practicar tan hermosa virtud al despertarnos, ofreciendo con amor y fervor nuestro corazón a Dios, pensando en la magnitud de la recompensa que mereceremos durante el día, si todo lo que en él obramos lo hacemos solamente para agradar a Dios. Decidme, H. M. : si, en todas nuestras obras, acertásemos a pensar siempre en la magnitud de la recompensa que Dios nos tiene reservada por la menor de nuestras acciones, ¡cuáles no serían nuestros sentimientos de respeto y veneración a Dios Nuestro Señor ! ¡ Con qué pura intención daríamos nuestras limosnas ! — Pero, me diréis, al dar una limosna, siempre lo hacemos por Dios y no por el mundo. — Sin embargo, H. M., estamos muy satisfechos de que nos vean los demás, de que nos alaben, y hasta nos complacemos en referir nuestros actos de generosidad. En lo íntimo de nuestros corazones, nos sentimos halagados pensando en nuestras liberalidades, y nos aplaudimos a nosotros mismos ; en cambio, si aquella hermosa virtud adornase nuestra alma, sólo buscaríamos a Dios ; ni el mundo, ni nosotros mismos entrarían para nada. Y no es extraño, H. M., que realicemos con tanta imperfección nuestras buenas obras. Es que no pensamos en la recompensa que Dios nos tiene reservada si las practicamos sólo por agradarle. Al dispensar un favor a alguien que, en vez de ser agradecido, nos paga con ingratitud, si tuviésemos la hermosa virtud de la esperanza, quedaríamos satisfechos pensando que el premio que Dios nos dará será mucho mayor. Nos dice San Francisco de Sales que, si se le presentasen dos personas a pedir un favor y él solamente pudiese favorecer a una, escogería la que a su juicio hubiese de ser menos agradecida, ya que así su mérito ante Dios sería mayor. El santo rey David decía que todo lo hacía en la santa presencia de

Dios, como si al momento hubiese de ver juzgada su obra y recibir la recompensa; por lo cual hacía siempre bien lo que realizaba sólo por agradar a Dios. En efecto, los que están faltos de la virtud de la esperanza, todo lo hacen por el mundo, para hacerse amar o apreciar, y con ello pierden toda recompensa.

Decimos que, en nuestras penas y enfermedades, hemos de concebir una gran confianza en Dios Nuestro Señor: aquí es precisamente donde Dios se complace en poner a prueba nuestra confianza. Leemos en la vida de San Elzeardo que los mundanos se burlaban públicamente de su devoción, y los libertinos la tomaban como cosa de broma. Santa Delfina le dijo un día que el desprecio que hacían de su persona, recaía también sobre su virtud. «¡Ay!, le respondió llorando el Santo, cuando pienso en lo que Jesucristo padeció por mí, me siento tan impresionado, que, aunque me quitaran los ojos, no hallaría palabras para quejarme, fijo mi pensamiento en la grande recompensa que está preparada a los que padecen por amor de Dios: aquí está toda mi esperanza, y lo que me sostiene en mis penas.» Y ello es muy fácil de comprender. ¿Qué es, en efecto, lo que podrá consolar a una persona enferma, sino la magnitud de la recompensa que Dios le tiene preparada en la otra vida?

Leemos en la historia que un predicador, debiendo predicar en un hospital, escogió por asunto los sufrimientos. Expuso cómo los sufrimientos sirven para atesorar grandes méritos para el cielo, e hizo resaltar lo agradable que es a Dios una persona que sabe sufrir con paciencia. En dicho hospital había un pobre enfermo que, desde hacía muchos años, estaba padeciendo mucho, pero, por desgracia, quejándose continuamente; por lo oído en aquel sermón, comprendió el gran tesoro de bienes celestiales que había perdido, y, terminado el sermón, se puso a llorar y a dar extraordina-



rios gemidos. Lo vió un sacerdote, y le preguntó por qué mostraba tanta tristeza, advirtiéndole que, si era porque alguien le había causado aquella pena, él era el administrador y podía hacerle justicia. Aquel infeliz contestó: «¡Oh! no, señor, nadie me ha hecho mal alguno, yo mismo soy quien me he dañado. — ¿Cómo?, le preguntó el sacerdote. — ¡Ah!, señor, después de sufrir durante tantos años, ¡cuántos bienes he perdido, con los cuales hubiera merecido el cielo, si hubiese sabido llevar la enfermedad con paciencia! ¡Ay! ¡cuán desgraciado soy! yo que me consideraba tan digno de lástima; si hubiese comprendido la realidad de mi estado, sería la persona más feliz del mundo». Ay, H. M., cuántas personas hablarán de la misma manera a la hora de la muerte, siendo así que sus penas, sufridas con ánimo de agradar a Dios, les hubieran ganado el cielo; ahora, en cambio, usando mal de ellas, sólo sirven para su perdición. A una mujer que desde mucho tiempo se hallaba sepultada en una cama sufriendo horribles dolores, y que a pesar de ello parecía estar enteramente satisfecha, habiéndosele preguntado qué era lo que la animaba a mantenerse tranquila en un estado tan digno de compasión, contestó: «Al pensar que Dios es testigo de mis sufrimientos y que por ellos me premiará por una eternidad, experimento una alegría tal, sufro con tanto placer, que no cambiaría mi situación por todos los imperios del mundo». Ya veis, pues, H. M., cómo los que tienen la dicha de adornar su corazón con esta hermosa virtud, logran pronto cambiar sus dolores en delicias.

¡Ay! H. M., al ver en el mundo a tantas personas desgraciadas, maldiciendo su existencia y pasando su vida en una especie de infierno, perseguidas siempre por la tristeza o la desesperación; ¡ay! pensemos que tales desgracias provienen de no poner en Dios su confianza y de no considerar la gran recompensa que en

el cielo las espera. Leemos que Santa Felícitas, temiendo que el menor de sus hijos no tuviese ánimo para arrostrar el martirio, le dijo a grandes voces: «Hijo mío, levanta tus ojos al cielo, que será tu recompensa; un solo momento, y habrán terminado tus sufrimientos». Tales palabras, salidas de la boca de una madre, fortalecieron de tal manera a aquel pobre hijo, que, con indecible alegría, entregó su pequeño cuerpo a los tormentos que los crueles verdugos quisieron hacerle padecer. Nos dice San Francisco Javier que, estando en país salvaje, hubo de soportar todos los padecimientos que a aquellos idólatras se les ocurrió infligirle, sin recibir consuelo alguno; pero tenía puesta de tal manera su confianza en Dios, que mereció el auxilio divino de una manera visible.

Jesucristo, para darnos a entender cuánto debemos confiar en El y cómo hemos de pedirle siempre, sin temor alguno, todo lo que necesitemos, así para el alma como para el cuerpo, nos dice en su Evangelio que un hombre fué, durante la noche, a pedir tres panes a un amigo suyo, para dar de comer a un huésped recién llegado; el otro le contestó que estaban acostados él y sus hijos, y que no los incomodase. Pero el primero insistió en su petición, diciendo que carecía de pan para ofrecer a su visitante. Al fin el otro accedió a darle lo que le pedía, no porque fuese su amigo, sino para librarse de hombre tan importuno. De lo cual concluye Jesucristo: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá; y tened la seguridad de que todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os será concedido».

En sexto lugar, he de deciros que nuestra esperanza ha de ser universal, es decir, hemos de acudir a Dios en todo cuanto pueda acontecernos. Si estamos enfermos, H. M., pongamos en El toda nuestra confianza, pues tantas dolencias curó mientras estuvo en este

mundo, y, si nuestra salud ha de ser para su gloria o para la salvación de nuestra alma, podemos estar seguros de obtenerla; y si, por el contrario, la enfermedad nos ha de ser más ventajosa, nos concederá las fuerzas necesarias para sufrirla con paciencia a fin de recompensarnos en la eternidad. Si nos hallamos en algún peligro, imitemos a los tres niños que aquel rey hizo arrojar en el horno de Babilonia; pusieron de tal manera su confianza en Dios, que el fuego no hizo más que quemar la cuerda que los sujetaba, de modo que se paseaban en medio de la hoguera, como en un jardín de delicias. ¿Nos sentimos tentados, H. M.? confiemos en Jesucristo y no sucumbiremos. Este tierno Salvador nos mereció la victoria en nuestras tentaciones, permitiendo que el demonio le tentase a El. ¿Nos domina algún mal hábito, H. M., y tememos no poder salir de él? confiemos únicamente en Dios, ya que El nos ha merecido toda clase de gracias para vencer al demonio. Así lograremos, H. M., hallar consuelo en las miserias que son inseparables de nuestra vida. Mas atended a lo que nos dice San Juan Crisóstomo: «Para merecer tales consuelos, no hemos de dejarnos llevar de la presunción, poniéndonos voluntariamente en peligro de pecar. Nuestro Señor no nos ha prometido su gracia sino a condición de que, por nuestra parte, hagamos todo lo posible para evitar el peligro de caer. Además, hemos de procurar no abusar de la paciencia divina permaneciendo en el pecado bajo el pretexto de que Dios no dejará de perdonarnos aunque dilatemos nuestra confesión. Mucho cuidado, H. M., ya que, mientras estamos en pecado, corremos el más serio peligro de precipitarnos en el infierno; aparte de que, cuando hemos permanecido voluntariamente en el pecado, es muy dudoso que nuestro arrepentimiento, a la hora de la muerte, haya de obtenernos la salvación; ya que, a la hora en que espontáneamente pudimos salir del peca-

do, permanecemos en él. ¡Ah! desgraciados de nosotros; ¿cómo nos atreveremos a permanecer en pecado, cuando ni por un minuto tenemos nuestra vida asegurada? Nos dice el Señor que vendrá cuando menos lo sospechemos.

Digo, pues, que si bien no hemos de abusar de la esperanza, tampoco debemos desesperar de la misericordia divina, pues es infinita. Es la desesperación un pecado mayor que todos cuantos podemos haber cometido, pues por la fe sabemos que Dios no nos ha de negar el perdón, si acudimos a El con sinceridad. La magnitud de nuestros pecados no debe engendrar en nosotros el temor de que se nos niegue el perdón, pues todos ellos, comparados con la misericordia de Dios, son menos que un grano de arena al lado de una montaña. Si Caín, después de haber muerto a su hermano, hubiese pedido perdón a Dios, podía estar seguro de alcanzarlo. Si Judas se hubiese arrojado a los pies de Cristo, para suplicarle el perdón, Jesucristo le habría perdonado su culpa como a San Pedro.

Mas, para terminar, ¿queréis saber por qué permanecemos tanto tiempo en pecado, y nos inquieta tanto el momento en que habremos de acusarnos de él? Ello es, H. M., a causa de nuestro orgullo. Si poseyésemos una verdadera humildad, ni permaneceríamos en pecado, ni veríamos con temor la hora de acusarnos. Pidamos a Dios, H. M., el menosprecio a nosotros mismos, y temeremos el pecado, y lo confesaremos tan pronto lo hayamos cometido. Y concluyo diciendo que hemos de pedir a Dios con frecuencia esta hermosa virtud de la esperanza, la cual nos impulsará siempre a ejecutar nuestras acciones sólo con el ánimo de agradar a Dios. Procuremos no desesperar nunca, ni en las enfermedades ni en cualquiera otra tribulación. Pensemos que todo ello son bienes que Dios nos envía para merecernos una eterna recompensa. La cual os deseo...



# QUINTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

## SOBRE EL SEGUNDO PRECEPTO DEL DECÁLOGO

«No tomarás el santo nombre de  
Dios en vano.»

Cosa extraña es, H. M., que Dios Nuestro Señor se vea obligado a darnos un precepto en el que se nos prohíbe la profanación de su santo nombre. ¿Puede concebirse, H. M., que existan cristianos que se entreguen al demonio hasta el punto de prestarse a servirle de instrumento para maldecir a un Dios tan bueno y generoso? ¿Puede imaginarse que una lengua consagrada a Dios en el santo Bautismo, tantas veces bañada en su Sangre adorable, se emplee en maldecir a su Criador? ¿Podría cometer tan negro crimen quien creyese de verdad que Dios se la ha dado para bendecirle y cantar sus alabanzas? Habréis de convenir conmigo en que es ello un crimen espantoso, el cual parece forzar a Dios a castigarnos con toda suerte de males, y a abandonarnos al demonio, a quien con tanto celo obedecemos. Es un crimen que hace crisar los cabellos a quien no haya perdido enteramente la fe. Sin embargo, a pesar de ser un pecado tan grave, tan negro, tan horrible, ¿hay acaso pecado más extendido que los juramentos, las blasfemias, las imprecaciones y las maldiciones? ¿No vemos, por desgracia, salir de la boca

de los mismos niños, que no saben aún el «Padre nuestro», esos juramentos horribles, capaces de atraer toda suerte de desgracias sobre una parroquia? Voy, pues, ahora, H. M., a explicaros lo que se entiende por juramentos, blasfemias, imprecaciones y maldiciones. Procurad dormir fuerte durante este rato, a fin de que en el día del juicio hayáis obrado el mal sin saber lo que hacíais, y os condenéis aunque sólo sea por haber sido culpable vuestra ignorancia.

I. — Para daros a entender, H. M., la gravedad de este pecado, sería necesario haceros comprender antes la magnitud del ultraje que él infiere a Dios Nuestro Señor; lo cual jamás le será dado conocer a un simple mortal. Tan sólo el infierno, o sea la cólera, el poder y el furor de Dios reunidos sobre sus infernales monstruos, pueden hacer sentir el alcance de su atrocidad; no, no, H. M., no investiguemos más acerca de este punto, pues para ello precisa la eternidad de un infierno. Además, no es éste mi propósito: quiero tan sólo haceros conocer la diferencia que hay entre juramentos, blasfemias, imprecaciones, maldiciones y palabras groseras. Son muchos los que confunden tales conceptos, tomando una cosa por otra; y ello es la causa de que casi nunca os acuséis debidamente de vuestros pecados, lo cual os expone a hacer mala confesión y, por consiguiente, a condenaros. El segundo mandamiento, el cual nos prohíbe jurar en falso, jurar en vano, violar los juramentos, está formulado en estos términos: «No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano». Lo cual es como si el Señor nos dijese: «Os ordeno que reverenciéis este nombre, ya que él es santo y adorable; os prohibo su profanación empleándolo para autorizar la mentira, la injusticia, y hasta la misma verdad sin una razón suficiente»; Jesucristo nos dice también que no juremos nunca.

Debo advertiros, primero, que las personas poco instruídas muchas veces confunden las blasfemias con los juramentos. Un infeliz, en un arrebatado de cólera, o mejor, de furor, dirá : «Dios es injusto al hacerme sufrir esto o perder aquello». Con tales palabras ha renegado de Dios, y no obstante se acusará diciendo : «Padre mío, me acuso de haber jurado», y, sin embargo, no es un juramento sino una blasfemia lo que ha proferido. Una persona, al verse acusada falsamente de una culpa que no ha cometido, dirá para justificarse : «¡ Si he cometido esto, no quiero ver jamás la cara de Dios !» Esto no es un juramento, sino una horrible imprecación. He aquí dos pecados tan aborrecibles como los juramentos. Otro que habrá tratado a alguien de ladrón o infame, se acusará de haber jurado contra su vecino, cuando en realidad lo que habrá hecho es injuriarle. Otro dirá palabras sucias y deshonestas, y se acusará de haber dicho, sencillamente, malas palabras. Os equivocáis ; debéis declarar que dijisteis obscenidades. Ved, H. M. lo que es jurar : es tomar a Dios por testigo de lo que se afirma o promete ; perjurio es un juramento falso, es decir, jurar con mentira.

El nombre de Dios es tan santo, tan grande, tan adorable, que los ángeles y los santos, según nos dice San Juan, en el cielo, claman continuamente : «¡ Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los ejércitos ; sea bendito su santo nombre por los siglos de los siglos !» Cuando la Santísima Virgen fué a visitar a su prima Santa Isabel, al decirle su santa prima : «¡ Cuán dichosa eres por haber sido elegida para ser Madre de Dios !», la Virgen le contestó : «Aquel que es omnipotente y cuyo nombre es santo, ha obrado en mí cosas grandes». Debemos, pues. H. M., mostrar una gran reverencia al nombre de Dios, no pronunciándolo jamás en vano, sino siempre con gran veneración. Nos dice Santo Tomás que usar en vano el nombre de Dios

es un gran pecado ; un pecado distinto de los demás : en los otros pecados, muchas veces la parvedad de materia disminuye la gravedad o malicia de la culpa, y así lo que por su naturaleza sería pecado mortal, frecuentemente no pasa de pecado venial : el hurto, por ejemplo, es pecado mortal, mas si se trata de una cosa insignificante, como diez o quince céntimos, es sólo pecado venial. La ira y la gula son pecados mortales ; pero una pequeña glotonería o un leve enojo no son más que veniales. Mas no ocurre lo mismo en el juramento : cuanto más leve es la materia (1), mayor profanación resulta. La razón está en que, cuanto más insignificante es la materia, mayor es el desprecio que se hace a Dios ; es como si una persona rogase al rey que le sirviese de testigo en un asunto sin importancia, lo cual sería un desprecio y una burla. Dice Dios que será castigado duramente aquel que jure por su santo nombre. Leemos en la Sagrada Escritura que, en tiempo de Moisés, hubo uno que blasfemó del santo nombre de Dios ; le prendieron y le llevaron ante Moisés, el cual preguntó a Dios qué debía hacer de él. El Señor le ordenó que fuese conducido a un campo, y, una vez allí, mandase a todos los testigos de su blasfemia que pusiesen las manos sobre su cabeza y le apedreasen, a fin de arrancar al blasfemo, de su pueblo escogido (2).

Nos dice, además, el Espíritu Santo que la casa del que se habitúa a jurar, quedará llena de iniquidad, y la maldición no saldrá de ella hasta que sea destruída (3).

---

(1) Toda blasfemia supone materia de pecado mortal, ya que la blasfemia es una injuria inferida a la Majestad divina, y una injuria tal no admite parvedad de materia, atendiendo a la dignidad soberana de Dios.

Este pecado sólo puede convertirse en venial por falta de atención o de consentimiento.

(2) Levit., XXIV, 14.

(3) Eccli., XXIII, 12.



Nuestro Señor Jesucristo nos dice, en el Evangelio, que no juremos ni por el cielo ni por la tierra, ya que ni el uno ni la otra nos pertenecen. Cuando queráis asegurar algo, decid: «Es esto, o no es esto; sí o no; lo hice o no lo hice; todo cuanto añadáis a esta manera de hablar, proviene del demonio» (3). Por otra parte, el que tiene costumbre de jurar, es una persona arrebatada, apegada a sus opiniones, lo cual hace que de la misma manera jure con verdad que con mentira. — Pero, me dirá alguno, si no juro no me van a creer. — Os engañáis en esto; raras veces es creída una persona que jura, ya que ello supone tener poca religión, y una persona sin religión no es digna de ser creída. Algunos no saben vender nada sin jurar, como si el juramento mejorase su mercancía. Cuando os halléis con un comerciante que jura al vender, consideradlo como hombre de escasa fe, y por consiguiente, id con cuidado en que no os engañe. Sus juramentos causan repugnancia, y raras veces se creen. Por el contrario, una persona que no acostumbra jurar, merece por esto solo mayor confianza.

Leemos en la historia un ejemplo que nos refiere el cardenal Belarmino, por el cual se ve cómo muchos juramentos de nada sirven. Había en Colonia dos mercaderes que no sabían vender nada sin añadir al trato algún juramento. Su párroco los excitó muchas veces a dejar aquella mala costumbre, pues, en vez de perder, iban a ganar mucho con ello; y siguieron su consejo. Durante algún tiempo no vendieron más de lo acostumbrado y fueron a quejarse al párroco diciendo que su negocio no aumentaba según les había hecho esperar. El párroco les contestó: «Tened un poco de paciencia, hijos míos, y estad seguros de que el buen Dios os bendecirá». En efecto, pasado algún tiempo, viéronse ase-

---

(1) Matth., V, 31-37.

diados por un concurso tal de parroquianos, cual si regalasen su mercancía, y con ello pudieron convencerse de que Dios les favorecía de una manera particular. El mismo Belarmino nos refiere el caso de una mujer muy buena madre de familia, pero que tenía la costumbre de jurar con frecuencia; después de habérsele advertido muchas veces que tales juramentos eran indignos de una buena madre y que con ellos no lograba sino atraer la maldición de Dios sobre su casa, se enmendó; cuando, por fin, llegó a enmendarse, ella misma confesaba que todos los negocios y asuntos de su casa veíanse coronados por el éxito más lisonjero, y que Dios la bendecía de una manera especial.

¿Queréis, H. M., ser felices durante vuestra vida y haceros dignos de que una abundante bendición de Dios se derrame sobre vuestras casas? Procurad no jurar nunca, y todo marchará bien. Nos dice Dios que, en la casa donde reine el juramento, caerá la maldición divina y será arruinada. Y ¿por qué, H. M., os aficionáis al juramento, cuando el Señor nos lo prohíbe, bajo pena de ser desgraciados en esta vida y de condenarnos en la otra? ¡Ay! ¡no sabemos lo que hacemos! Otro día lo reconoceremos, pero será demasiado tarde.

En segundo lugar, hemos dicho que había una clase de juramentos aun peor: y consiste en añadir al juramento la execración. Ved lo que dicen algunos infelices: «Si lo que digo no es cierto, nunca vea yo la cara de Dios». ¡Ah! desgraciados; ¡no dejáis de hacer méritos para no verla nunca!... Otros dicen: «¡Si lo que digo no es verdad, estoy pronto a perder el lugar que me corresponde en el cielo! ¡Dios me condene! o ¡el diablo se me lleve!...» ¡Ah! ¡viejo empedernido! demasiado se te va a llevar el diablo, sin necesidad de que te entregues a él de antemano. ¡Cuántos otros tienen siempre el demonio en la boca, en cuanto las cosas no les van como quisieran! «¡Ah! ¡demonio de niño!

¡ demonio de bestia ! ¡ demonio de trabajo !... ¡ Si reventarás de una vez !... » ¡ Ay ! ¡ mucho es de temer que quien tiene así el demonio en la boca, lo tenga también en el corazón ! Cuántos hay también que están siempre prestos a decir : « ¡ Oh ! a fe que sí... ¡ oh ! a fe que no... », o bien : « ¡ Por Dios !... ¡ por mi conciencia !... ¡ a fe de cristiano !... »

Hay otra clase de juramentos y maldiciones de los que raras veces se confiesan los cristianos, y son los que se formulan en lo íntimo del corazón : piensan muchos que, no pronunciándolos con la boca, ya no hay pecado. Os engañáis, amados míos. Acontece, por ejemplo, que alguien ha cometido una tropelía en vuestra heredad, o en otra parte que a vosotros os interesa ; entonces juráis interiormente, o le maldecís en esta forma : « ¡ El demonio se lo lleve !... ¡ Mal rayo le parta !... ¡ Ojalá sea para él un veneno la fruta que me ha robado !... ». Y, a buen seguro, entretendréis tales pensamientos por mucho tiempo. ¿ Pensáis que porque no los expresais por medio de la palabra no son nada ? sabed que son un gran pecado, del cual habéis de acusaros ; de lo contrario os perderíais irremisiblemente. ¡ Ay ! ¡ cuán pocos son los que conocen el estado de su pobre alma, tal cual aparece a los ojos de Dios !

En tercer lugar, decimos que hay otros aun más culpables, ya que juran no solamente al decir verdad, sino también cuando mienten. Si fueseis capaces de comprender hasta qué punto vuestra impiedad injuria a Dios, jamás tendríais valor para cometer actos semejantes. Os portáis para con Dios de la misma manera que un vil esclavo que dijese a su rey : « Señor, es necesario que me sirváis de falso testigo » ; ¿ no os horroriza esto, H. M. ? Nuestro Señor dice en la Sagrada Escritura : « Sed santos, puesto que Yo soy santo. No mintáis, no engañéis al prójimo, no cometáis perjurio tomando al Señor, vuestro Dios, como testigo de una

mentira, ni profanéis tampoco el nombre del Señor». San Juan Crisóstomo nos dice: «Si es ya un gran crimen jurar por algo verdadero, ¡cuán grande será el pecado de aquel que jura en falso, para hacer que crean una mentira!» El Espíritu Santo nos dice que el que mienta, perecerá. El profeta Zacarías nos asegura que caerá la maldición sobre la casa del que jure para atestiguar una mentira, y que la maldición no se levantará hasta que la casa sea arruinada y destruída. San Agustín nos dice que el perjurio es un gran crimen, una bestia feroz que causa una carnicería espantosa. Mas he aquí que muchos aumentan aún la gravedad de ese pecado, pues añaden al juramento la execración, diciendo: «¡Si esto no es cierto, nunca vea yo la cara de Dios!... ¡Dios me condene!..., o: ¡el demonio me lleve!...». ¡Ah! ¡desgraciados! si Dios os tomase la palabra, ¿dónde estaríais al presente? ¡Cuántos años haría ya que estaríais ardiendo en el infierno! Decidme, H. M., ¿puede concebirse que un cristiano quiera hacerse culpable de un crimen tal y tan horrible? ¡Oh, Dios mío! ¡un gusano de la tierra, llevar la barbarie hasta un tal exceso! No, H. M., no, esto no es creíble en un cristiano.

Es preciso examinar aun si teníais formado el propósito de jurar en falso, y si acariciasteis por muchos días ese pensamiento: es decir, durante cuánto tiempo permanecisteis en disposición de hacer tal cosa. Aunque sea esto un gran pecado, son muchos los cristianos que no se fijan en ello. — Pero, me dirá alguno, he pensado en ello, pero no lo he hecho. — No lo has hecho tú, pero lo ha hecho tu corazón; y toda vez que estás en disposición de obrar en esta forma, a los ojos de Dios eres culpable. ¡Ay! pobre religión, ¡cuán poco conocida eres!

Hallamos en la historia el caso de un castigo ejemplar contra los que juran en falso. En tiempo de San



Narciso, obispo de Jerusalén, tres jóvenes libertinos entregados a la impureza más desenfrenada, calumniaban ignominiosamente al santo obispo, acusándole de los crímenes que ellos cometían, confiando en que así no se atrevería él a reprenderlos. Se presentaron delante del juez, declarando que el obispo había cometido tal pecado, y corroboraron sus afirmaciones con juramentos horribles. El primero dijo: «Quede ahogado, si no es cierto lo que digo». El segundo: «Si no es verdad lo que afirmo, quiero ser quemado vivo». El tercero habló así: «Quiero perder los ojos, si no es verdad lo que he dicho». ¡Ay! la justicia de Dios no se hizo esperar: el primero murió ahogado; el segundo murió abrasado, por haber pegado fuego a su casa y quemado a todos sus moradores un cohete de un castillo de fuegos artificiales que se disparaba en la ciudad; el tercero, aunque castigado, resultó más afortunado que los otros dos: reconoció su culpa, hizo penitencia, y lloró tanto que llegó a perder la vista. Oíd ahora otro ejemplo no menos conmovedor. Leemos que San Eduardo, rey de Inglaterra, tenía por padre político al conde Gondevino, hombre tan celoso y orgulloso, que no podía sufrir a nadie al lado del rey. Un día el rey le inculpó de haber participado en la muerte de su hermano. «Si esto es cierto, dijo el conde, quiero que este pedazo de pan me ahogue.» El rey tomó aquel fragmento, y sin sospechar nada, hizo sobre él la señal de la cruz. Después el conde quiso comerlo, pero se le atragantó, le estranguló y murió al momento. Al ver estos espantosos ejemplos, habréis de convenir conmigo, H. M., en considerar el perjurio como un pecado horrible, pues que Dios lo castiga tan terriblemente.

Además, vemos también a muchos padres y madres, dueños y amas de casa, los cuales constantemente tienen en la boca estas palabras: «¡ Ah! ¡ bestia de hijo!... ¡ ah! ¡ hijo imbécil!... ¡ tanto me fastidias que

bien podrías reventar de una vez !... ¡quién pudiera estar muy lejos de ti !... ¡Ojalá Dios te castigue !...». Sí, H. M., hay padres tan faltos de religión, que todo el día tienen estas palabras en la boca. ¡Ay ! ¡cuántos hijos salen enfermos, pobres de espíritu, ásperos, rudos, viciosos, a causa de las maldiciones que sobre ellos echaron su padre o su madre ! Leemos que, una vez, una madre, enojada contra su hijo, le echó esta maldición : «Ojalá reventaras», y el pobre hijo cayó muerto a sus pies. Otra dijo también a su hijo : «¿ Por qué no se te lleva el demonio ?» Y el hijo desapareció, ignorándose dónde fué a parar. ¡ Qué desgracia, Dios mío ! ¡ desgracia para el hijo y para la madre ! En la provincia de Vallerie, había un hombre muy respetable por su buen comportamiento. De regreso de un viaje, llamó a su criado de una manera algo descompuesta, diciendo : «¡ Ven aquí, diablo de criado, ven a descalzarme !» Al momento comenzó a salirle la bota, sin que nadie la tirara. Asustado aquel hombre, púsose a gritar : «Apártate, Satanás, no te llamo a ti, sino a mi criado», y al oír aquellas palabras, huyó prestamente el demonio, quedando el zapato a medio descalzar. Este ejemplo nos muestra, H. M., cuán cerca de nosotros anda el demonio, para engañarnos y perdernos en cuanto se le presente ocasión. Por esto los primeros cristianos tenían tanto horror al demonio, que ni se atrevían a pronunciar su nombre. Debéis, pues, tener la precaución de no pronunciar nunca esa palabra y procurar que tampoco la pronuncien vuestros hijos o domésticos ; si se la oís, reprendedlos hasta que se hayan corregido del todo.

No sólo es mala obra el jurar, sino también el hacer que los demás juren. Nos dice San Agustín que aquel que es causa de que otro jure en falso ante el tribunal, es más culpable que el que comete un homicidio, «puesto que, dice, el que mata a un hombre sólo mata el cuerpo, mientras que quien impulsa a otro a jurar fal-

samente en justicia, mata el alma». Para daros una idea de la gravedad de este pecado, voy a mostraros la culpa de que se hace reo el que llama a los tribunales a personas que prevé jurarán en falso. Leemos que en la ciudad de Hipona había un ciudadano, hombre de bien, pero algo aficionado a lo terreno. A un hombre que le debía alguna cantidad, le obligó a comparecer ante el tribunal de justicia. Aquel infeliz juró falsamente, afirmando que nada le debía. A la noche siguiente, el que había citado al otro ante los tribunales, se sintió llevado en sueños ante un tribunal presidido por un juez que, con voz terrible y amenazadora, le preguntó por qué había sido causa del perjuicio de aquel hombre; como si no fuese preferible perder la deuda que el causar la condenación de un alma; díjole que por aquella vez, atendiendo a su buena conducta, le perdonaba; pero quedaba condenado a ser azotado con varas. En efecto, al día siguiente, despertó teniendo el cuerpo lleno de sangre. — Pero, me dirá alguien, si no pido juramento, voy a perder lo que me deben. — Pero ¿es que prefieres perder el alma de los demás y la tuya antes que perder tu dinero? Por otra parte. H. M., tened por cierto que, si os sacrificáis para no dar ocasión a que se ofenda a Dios, no dejará Dios de recompensaros por otro lado. Habéis de procurar no ofrecer regalos ni solicitar a los que han de declarar contra vosotros en el tribunal para que dejen de declarar la verdad: os condenaríais, y seríais causa de su perdición. Si habéis cometido semejante pecado, y a causa de vuestra mentira ha sido condenado quien no era merecedor de ello, estáis obligados a reparar el mal causado, indemnizando, según la medida de vuestras fuerzas, a la persona, ya en sus bienes, ya en su reputación; si no lo hicieseis, os condenaríais. Hemos de ver aún si habéis tenido el pensamiento de jurar en falso, y por cuánto tiempo tal pensamiento ha ocupado vuestro espíritu. Muchos

creen que, porque no han proferido palabra alguna, tampoco han pecado. Amigo mío, desde el momento que estás en disposición de jurar en falso, has cometido un pecado, aunque no hayas proferido palabra. Y aún falta examinar si habéis dado algunos consejos que indujeran a otros a jurar en falso. Si un amigo os dice : «Pienso que voy a ser llamado ante la justicia para declarar como testigo en la causa de fulano; ¿qué te parece? yo pensaba no declarar todo cuanto he visto, a fin de que no le condenen : ya comprendo que obraré mal, pero al otro no le falta con qué pagar». Y tú le contestarás : «¡ Ah ! no es gran cosa el mal que haces... le ocasionarías una pérdida considerable... » Si a consecuencia de tales consejos vuestro amigo jura en falso, estáis obligados a indemnizar al perjudicado, caso de que aquel a quien aconsejasteis no tuviese con qué hacerlo. ¿Queréis saber, H. M., cómo hemos de portarnos ante los tribunales o fuera de ellos? Escuchad lo que nos dice el mismo Jesucristo : «Al que quiere armarte pleito pidiéndote la túnica, alárgale también la capa (1), ya que ello te será más ventajoso que seguir el pleito». ¡ Ay ! ¡ a cuántos pecados induce un proceso ! ¡ a cuántas almas los pleitos han condenado, con los perjurios, odios, engaños y venganzas que consigo traen !

Ved ahora, H. M., cuáles son los juramentos que suelen formularse más a menudo y sin ton ni son. Cuando decimos alguna cosa a otra persona, si ésta no quiere creernos en seguida, lo aseguramos con juramento. Los padres y madres, los dueños y amas de casa deben ir en esto con gran cuidado : muchas veces sus hijos o sus criados han cometido alguna falta, y los superiores les urgen a que confiesen su culpa ; y los hijos o los criados, por miedo a ser castigados o reprendidos,

---

(1) Matth., V, 40.



jurarán cuantas veces sea necesario que ellos no tienen nada que ver con aquella falta. ¿No sería mejor dejar de insistir y sufrir la pérdida, antes que ser ocasión de que aquellos infelices se condenen? Ofendéis a Dios y en cambio nada sacáis en claro. ¡Qué remordimientos los vuestros, H. M., si en el día del juicio veis a aquellos pobres hijos o criados condenados por causa de una insignificante bagatela!

Hay también otros que juran o prometen hacer o dar tal cosa a determinada persona, sin que tengan intención de cumplir su promesa. Antes de prometer algo, debemos examinar con atención si nos será posible cumplirlo. Jamás, al prometer algo, deberemos decir: «Si no hago esto o aquello, no quiero ver nunca a Dios, o no quiero moverme de donde estoy». Mucho cuidado, H. M., pues tales afirmaciones son pecados más graves de lo que podéis sospechar. Si, por ejemplo, en un acceso de ira habéis prometido vengaros, es muy cierto que no deberéis cumplir vuestra promesa; sino, al contrario, pedir perdón a Dios. El Espíritu Santo nos dice que aquel que jure será castigado...

II. — 1.º Si me preguntáis qué se entiende por blasfemia... Es este pecado tan horrible, H. M., que parece no debería existir un cristiano con valor bastante para cometerlo. La palabra «blasfemia» significa maldecir o detestar una hermosura infinita, lo que indica que este pecado va directamente contra Dios. Dice San Agustín: «Blasfemamos siempre que atribuimos a Dios algo que no tiene o no le conviene, o cuando le quitamos lo que le corresponde, o finalmente, cuando nos atribuimos a nosotros mismos lo que corresponde a Dios y a El sólo es debido». Digo, pues, que blasfemamos: 1.º diciendo que Dios es injusto al hacer que existan ricos que nadan en la abundancia, mientras otros seres miserables apenas tienen de qué comer; 2.º que Dios no es lo bueno que

nos dicen, pues abandona a tantos en la enfermedad y el desprecio, al paso que otros son amados y respetados de todo el mundo ; 3.º cuando decimos que Dios no lo ve todo, o que no se preocupa de lo que acontece en la tierra ; 4.º al decir : «Dios será injusto si se muestra misericordioso para con fulano, pues ha cometido demasiados crímenes» ; 5.º cuando, al sufrir algún contratiempo o al experimentar alguna pérdida, nos revoltemos contra Dios diciendo : «¡ Ah ! ¡ desgraciado de mí ! ¡ no podría Dios enviarme mayor número de males ! ¡ pienso que no me sabe en el mundo, y, si sabe mi existencia, es sólo para hacerme sufrir ! ». Es también blasfemia el burlarse de la Santísima Virgen o de los Santos, diciendo : «Ese sí que no tiene mucho poder : le he dirigido muchas súplicas y nada me ha alcanzado».

Nos dice también Santo Tomás que la blasfemia es una palabra injuriosa, un ultraje contra Dios o sus Santos ; y ello puede ser de cuatro maneras : 1.º Por una afirmación, diciendo : «Dios es injusto y cruel al permitir que yo sufra tantos males, que se me calumnie, que me sea robado el dinero, que pierda este pleito. ¡ Ah ! ¡ desgraciado de mí ! todo se pierde en mi casa ; mientras a otros todo les sale bien, a mí todo me falla». 2.º Se blasfema también diciendo que Dios no es omnipotente, que puede hacerse algo sin El. Esta fué la blasfemia de Sennaquerib, rey de los asirios, cuando, al poner sitio a la ciudad de Jerusalén, dijo que, a pesar del poder de Dios, tomaría la ciudad. Burlábase de Dios diciendo que no era bastante poderoso para impedir que entrara a sangre y fuego en la ciudad. Pero Dios, para castigar aquella blasfemia y mostrar su omnipotencia, envió a un ángel que en una sola noche le mató ochenta y cinco mil hombres. Al día siguiente, al ver el rey degollado todo su ejército sin saber cómo, huyó espantado hacia Nínive, en donde fué asesinado por sus dos hijos. 3.º Blasfémase cuando se atribuye a

una criatura lo que sólo es debido a Dios, como lo hacen, por ejemplo, esos desgraciados que dicen a una vil criatura, por la que están apasionados: «Te amo con todo el afecto de mi corazón... ¡te adoro!». Crimen horrible, y, sin embargo, muy común, a lo menos en la acción. 4.º Se blasfema maldiciendo o injuriando a Dios con palabras sucias y torpes que no hemos de citar aquí, por horribles y repugnantes.

Es tan grave y tan horrible a los ojos de Dios el pecado de blasfemia, que atrae sobre la tierra toda suerte de males. Tenían los judíos tanto horror a los blasfemos, que, al oír una blasfemia, rasgaban sus vestiduras. Ni tan sólo se atrevían a pronunciar esta palabra, a la que llamaban: Bendición. El santo Job temía tanto que sus hijos no hubiesen blasfemado, que ofrecía sacrificios al Señor para el caso de que lo hubiesen hecho sin él saberlo (1)... Dice San Agustín que los que blasfeman contra Jesucristo que está en los cielos, son más crueles que los que le crucificaron en la tierra. El mal ladrón blasfemaba de Jesucristo crucificado, diciendo: «Si es omnipotente, que se desprenda de la cruz y nos libre a nosotros». El profeta Nathán dijo al rey David: «Puesto que has sido causa de que fuese blasfemado el santo nombre de Dios, tu hijo morirá, y el castigo no se apartará de tu casa en toda tu vida». Nos dice Dios: «El que blasfeme del nombre del Señor, sea condenado a muerte». Leemos en la Sagrada Escritura que llevaron ante Moisés un hombre que había blasfemado. Moisés consultó al Señor, el cual le dijo que debía conducirlo a un campo y darle muerte, haciendo que el pueblo le apedrease (2).

Podemos muy bien afirmar que la blasfemia es el lenguaje del infierno. San Luis, rey de Francia, tenía

---

(1) Iob, I, 5.

(2) Lev., XXIV, 14.

tal horror a ese crimen, que ordenó que los blasfemos fuesen marcados en la frente con un hierro candente. Una vez fué conducido a su presencia un ciudadano de París que había blasfemado; como muchos intentarían solicitar su perdón, el rey contestó que daría gustoso su vida para destruir aquel abominable pecado, y no quiso acceder a la súplica. El emperador Justino hacía arrancar la lengua a los desgraciados que cometían tan horrible crimen. Durante el reinado de Roberto, el reino de Francia vióse castigado con toda suerte de desgracias, y Dios reveló a una santa que no cesarían tales calamidades en tanto no cesase la blasfemia. Promulgóse una ley en la que se ordenaba que a los blasfemos, la primera vez, se les atravesaría la lengua con un hierro candente, y que en caso de reincidencia serían condenados a muerte.

Andad con cuidado, H. M., ya que, si la blasfemia impera en vuestra casa, todo irá de mal en peor. Dice San Agustín que la blasfemia es un pecado más grave que el perjurio; puesto que por el perjurio sólo tomamos a Dios por testigo de una cosa falsa, mientras que por la blasfemia hablamos falsamente de Dios. ¡Qué crimen! ¿quién de nosotros podrá comprender su malicia? Nos dice Santo Tomás que hay además una clase especial de blasfemia contra el Espíritu Santo, la cual se comete de tres maneras: 1.º atribuyendo al demonio las obras de Dios, como hacían los judíos al afirmar que Jesús echaba de los posesos al demonio por virtud de Belzebub; o como hacían los tiranos y los verdugos al atribuir a magia los milagros de los santos mártires. 2.º Se blasfema contra el Espíritu Santo, nos dice San Agustín, con la impenitencia final. La impenitencia es un espíritu de blasfemia; ya que la remisión de los pecados se opera en nosotros por virtud de la caridad, que es el Espíritu Santo. 3.º Cuando cometemos actos directamente opuestos a la bondad de Dios,



como, por ejemplo, al desesperar de nuestra salvación, y no querer adoptar los medios adecuados para alcanzarla; al enojarnos porque otros reciben gracias más abundantes que nosotros. ¡Andad con cuidado en no caer jamás en pecados tan horribles! Al afirmar que Dios da más a los otros que a nosotros, le tratamos de injusto.

¿No habéis blasfemado, H. M., diciendo que sólo hay Providencia para los ricos y los malvados? ¿No habéis blasfemado cuando, al experimentar una pérdida, dijisteis: «Pero ¿qué he hecho a Dios para que caigan sobre mí tantas desgracias?» — ¡Qué has hecho, amigo mío! levanta tus ojos y verás cómo le has crucificado. ¿No habéis blasfemado también al decir que sois demasiado tentados, que os es imposible obrar de otra manera, que tal es vuestro destino?... ¿Pensáis, H. M., en lo que decís?... ¡Así resultaría que Dios os habría hecho viciosos, irascibles, arrebatados, fornicarios, adúlteros, blasfemos! ¡Habéis, pues, perdido la fe en el pecado original que degradó al hombre de la rectitud y justicia en que había sido creado! Todo esto es más fuerte que vosotros... Pero, amigo mío, ¿no viene por ventura en tu auxilio la religión para darte a conocer todo el alcance de la corrupción original? Y tú, miserable, ¡te atreves aún a blasfemar contra el que te la ha dado como el mejor don con que podía favorecerte!

¿No habéis también blasfemado contra la Santísima Virgen y los Santos? ¿No os habéis burlado de sus virtudes, de sus penitencias y de sus milagros? ¡Ay! en este siglo miserable, cuántos impíos veréis que llevan su despreocupación hasta despreciar a los santos del cielo y a los justos de la tierra; cuántos que hacen mofa de las austeridades que abrazaron los santos, que no quieren servir a Dios, ni sufren que los demás le sirvan. Mirad, además, H. M., si acaso hicisteis repetir vuestros juramentos y blasfemias a los niños. ¡Ah!

desgraciados, ¡cuán duros los castigos que os aguardan en la otra vida!

2.º Pero, me diréis, ¿qué diferencia hay entre el blasfemar y el renegar de Dios? — Hay mucha diferencia, H. M., entre blasfemar y renegar de Dios. Al hablar de «renegar», no me refiero a los que abandonan la verdadera religión, a los cuales se les conoce con el nombre de renegados o apóstatas (1). Quiero referirme a los que, al hablar, en sus enojos y arrebatos, profieren insultos contra el santo nombre de Dios: así veremos a uno que, al sufrir una pérdida en un negocio o en el juego, se revuelve contra Dios, como si pretendiese dar a entender que El es la causa de aquella pérdida. Cuando os acomete un arrebato semejante, es preciso que Dios soporte todo el furor de vuestra cólera, cual si fuese el causante de vuestra desgracia o del accidente que os acontece. ¡Ah, desgraciados! Aquel que os ha sacado de la nada, que os conserva y os colma de bienes sin cesar, es a quien os atrevéis a desprestigiar, profanando su santo nombre; cuando, si hubiese dado oídos a su justicia, ¡desde cuánto tiempo el infierno os tendría ya por suyos! Vemos ordinariamente que aquellos que tienen la desgracia de cometer tan horribles crímenes, suelen tener un desgraciado fin. Refiérese en la historia que había un hombre enfermo y reducido a la extrema miseria. Habiendo entrado en su casa un misionero para visitarle, le dijo el enfermo: «¡Ah, padre mío! Dios está castigando mis enojos, mis arrebatos, mis blasfemias y mis insultos a su santo Nombre. Estoy enfermo desde largo tiempo, toda mi fortuna ha desaparecido, véome reducido a la miseria; mis hijos

---

(1) Si bien en el Diccionario figura el verbo «renegar» como sinónimo de «blasfemar», en la práctica no se usa por lo general en dicho sentido, sino en el de «apostatar». Sin embargo, al traducirlo del francés nos vemos precisados a tomarlo aquí en su significado no común. (Nota del Trad.).

me desprecian y me abandonan, su comportamiento es fruto de los malos ejemplos que en mí han presenciado ; hace mucho tiempo que estoy padeciendo en este pobre lecho ; mi lengua se pudre, y no puedo deglutir nada sin experimentar dolores increíbles. ¡ Ay, padre mío ! temo que, después de haber padecido mucho en este mundo, me reste aún sufrir en la otra vida ». En nuestros días estamos viendo con frecuencia el rigor con que suelen recibir su castigo los blasfemos y ultrajadores del santo nombre de Dios. Si tuvieseis esta mala costumbre, H. M., andad con cuidado, es preciso que os enmendéis pronto, ya que, si no hacéis penitencia en este mundo, deberéis hacerla sin fruto en el infierno. Tened siempre presente que vuestra lengua sólo debe emplearse en orar y cantar las alabanzas al Señor. Si tuvieseis la mala costumbre de jurar, pronunciad con frecuencia el santo nombre de Jesús con gran reverencia, para purificar así vuestros labios.

3.º Si me preguntáis ahora qué se entiende por maldición o imprecación, os diré, H. M., que es desear mal, en un momento de cólera o de desesperación, a una persona, a una cosa o a una bestia ; es manifestar el deseo de aniquilarla o hacerla desgraciada. Dice el Espíritu Santo que quien pone con frecuencia palabras de maldición en sus labios, puede muy bien temer que el Señor acceda a lo que desee. Algunos tienen siempre el demonio en la boca, y a él envían todo cuanto los enoja. Si una bestia no hace el trabajo como ellos quisieran, la maldicen y la envían al diablo. Otros, cuando hace mal tiempo, dicen : « ¡ Maldito tiempo ! ¡ maldita lluvia ! ¡ ah, frío maldito : ¡ ah, malditos hijos !... ». No olvidéis que el Espíritu Santo nos dice que una maldición pronunciada en vano o con ligereza, sobre alguien caerá. Dice Santo Tomás que pronunciar una maldición contra alguna persona, deseando al mismo tiempo lo que se dice, es pecado mortal. Nos cuenta San Agustín

que una madre maldijo a sus hijos, que eran siete, y quedaron todos poseídos del demonio. Se ve muchas veces a hijos enfermos y desgraciados por toda su vida, a causa de la maldición de sus padres. Leemos que una madre a quien su hija había enojado, dijo a ésta : «¡ Ojalá el brazo se te secara !» En efecto, el brazo de la pobre criatura secóse casi al instante (1).

Los esposos deben andar con mucho cuidado en no echarse maldiciones mutuamente. Algunos, porque son desgraciados en su hogar, maldicen a la mujer, a los hijos, a los padres, y a todos los que han tenido intervención en su matrimonio. ¡ Ay ! amigo mío, toda tu desdicha proviene de que entraste en dicho estado con la conciencia enteramente llena de pecados. Reflexionad sobre ello en la presencia de Dios, y veréis cómo es así. Los trabajadores jamás deben maldecir el trabajo, ni a los que se lo proporcionan ; a más de que, vuestras maldiciones de ninguna manera mejoran la situación de vuestros asuntos ; antes al contrario, teniendo paciencia y acertando a ofrecer a Dios todos vuestros sufrimientos, mucho vais a ganar para la otra vida. Hasta quizá habréis maldecido los instrumentos de trabajo, diciendo : «¡ Maldito azadón, maldita podadera, maldito arado !», etc. Esto es, H. M., lo que atrae toda suerte de maldiciones sobre vuestro ganado, sobre vuestro trabajo y sobre vuestros campos, frecuentemente asolados por el pedrisco, por las lluvias, por las heladas. Tal vez os habréis maldecido a vosotros mismos : «¡ Ah ! ¡ ojalá no hubiera visto jamás la luz del día !... ¡ Ojalá hubiese muerto al venir al mundo !... ¡ Ah ! ¡ ojalá estuviese aún en la nada !... » ¡ Ay ! ¡ cuántos pecados, en los que

---

(1) Además, hay juramentos o blasfemias disimuladas, como : «Par-diez, redieze», etc. (Nota del Santo).

Los teólogos, por lo común, no consideran pecaminosas estas palabras ; y aun no faltan algunos que vean en ellas un medio para evitar la blasfemia (Nota del Trad.).



apenas pensamos y de los que casi nadie se acusa ! ; Os diré, además, que nunca debéis maldecir ni a vuestros hijos, ni a las bestias, ni al trabajo, ni al tiempo, ya que con ello no hacéis más que oponeros a que se cumpla la santa voluntad de Dios. Los hijos, por su parte, deben cuidar de no dar jamás ocasión a que sus padres los maldigan, ya que ello es una terrible desgracia ; muchas veces un hijo maldito de sus padres es también maldito de Dios. Cuando alguien os haya enojado con su proceder, en vez de enviarle al diablo, obraréis mejor diciéndole : « ¡ Dios te bendiga ! » Entonces os portaréis como verdaderos servidores de Dios, volviendo bien por mal.

Al ocuparnos de este mandamiento, deberíamos hablar de los votos. Debéis tener la precaución de no formular voto alguno sin consultarlo antes. Muchos, al caer enfermos, hacen promesas a todos los santos ; mas, al sanar, no se preocupan de cumplir ninguna. Y aun hay que mirar si los habéis hecho como deben hacerse, esto es, en estado de gracia ; si los habéis hecho... los domingos y fiestas de precepto. ¡ Ay ! ; cuántos pecados se cometen en eso de los votos ! lo cual, en vez de agradar a Dios, no hace más que ofenderle.

Si me preguntáis por qué en la actualidad hay tantos que juran, que perjuran, que profieren las más horrendas maldiciones e imprecaciones contra Dios y sus Santos ; os diré que los que se entregan a tales horrores, son gente sin fe, ni religión, ni conciencia, ni virtud, gente casi totalmente abandonada de Dios. ¡ Cuánto más felices seríamos, si acertásemos a emplear nuestra lengua, consagrada a Dios por el santo Bautismo, únicamente en orar a un Señor tan bueno y bienlechor, y cantar sin cesar sus alabanzas ! Ya que para tal objeto nos ha dado Dios la lengua, procuremos, H. M., consagrársela ; a fin de que después de esta vida nos queda la dicha de bendecirle por toda una eternidad en el cielo. Esto es lo que os deseo.

# SEXTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÈS

## SOBRE LA COMUNIÓN

*Panis quem ego dabo, caro mea  
est pro mundi vita.*

El pan que os voy a dar, es mi  
propia carne para la vida del  
mundo.

(S. Juan, VI, 52.)

Si no nos lo dijese el mismo Jesucristo, ¿quién de nosotros, H. M., podría llegar a comprender el amor que ha manifestado a las criaturas, dándoles su Cuerpo adorable y su Sangre preciosa, para servir de alimento a las almas? ¡Caso admirable! H. M., un alma tomar como alimento a su Salvador... ¡y esto no una sola vez, sino cuantas le plazca!... ¡Oh, abismo de amor y de bondad de un Dios para con sus criaturas!.. Nos dice San Pablo, H. M., que el Salvador, al revestirse de nuestra carne, ocultó su divinidad, y llevó su humillación hasta a anonadarse. Pero, al instituir el adorable sacramento de la Eucaristía, ha velado hasta su humanidad, dejando sólo de manifiesto las entrañas de su misericordia. ¡Oh! H. M., ¡ved de lo que es capaz el amor de un Dios para con sus criaturas!... No, H. M., ningún sacramento puede ser comparado con la Sagrada Eucaristía. Es cierto que en el Bautismo recibimos la cualidad de hijos de Dios y, de consiguiente, nos hacemos participantes de su eterno reino; en la Penitencia, se nos curan las llagas del alma y vol-

vemos a la amistad de Dios ; pero en el adorable sacramento de la Eucaristía, no solamente recibimos la aplicación de su Sangre preciosa, sino además al mismo autor de la gracia. Nos dice San Juan que Jesucristo «habiendo amado a los hombres hasta el fin» (1), halló el medio de subir al cielo sin dejar la tierra : tomó el pan en sus santas y venerables manos, lo bendijo y lo transformó en su Cuerpo ; tomó el vino y lo transformó en su Sangre preciosa, y, en la persona de sus apóstoles, transmitió a todos los sacerdotes la facultad de obrar el mismo milagro cuantas veces pronunciasen las mismas palabras, a fin de que, por este prodigio de amor, pudiese permanecer entre nosotros, servirnos de alimento, acompañarnos y consolarnos. «Aquel, nos dice, que come mi carne y bebe mi sangre, vivirá eternamente ; pero aquel que no coma mi carne ni beba mi sangre, no tendrá la vida eterna» (2). ¡ Oh ! H. M., ¡ qué felicidad la de un cristiano, aspirar a un tan grande honor como es el alimentarse con el pan de los ángeles !... Pero ¡ ay ! ¡ cuán pocos lo comprenden esto !... ¡ Ah ! H. M., si comprendiésemos la magnitud de la dicha que nos cabe al recibir a Jesucristo, ¿ no nos esforzaríamos continuamente en merecerla ? Para daros una idea de la grandeza de aquella dicha, voy a exponeros : 1.º cuán grande sea la felicidad del que recibe a Jesucristo en la Sagrada Comunión, y 2.º los frutos que de la misma hemos de sacar.

I.—Todos sabéis, H. M., que la primera disposición para recibir dignamente este gran sacramento, es la de examinar la conciencia, después de haber implorado

(1) Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos (Ioan., XIII, 1).

(2) Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet et ego in illo... Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis eius sanguinem, non habebitis vitam in vobis (Ioan., VI, 54-55).

las luces del Espíritu Santo; y confesar después los pecados, con todas las circunstancias que puedan agravarlos o cambiar su especie, declarándolos tal como Dios los dará a conocer el día en que nos juzgue. Hemos de concebir, además, un gran dolor de haberlos comedido, y hemos de estar dispuestos a sacrificarlo todo, antes que volverlos a cometer. Finalmente, hemos de concebir un gran deseo de unirnos a Jesucristo. Ved la gran diligencia de los Magos en buscar a Jesús en el pesebre; mirad a la Santísima Virgen; mirad a Santa Magdalena buscando con afán al Salvador resucitado.

No quiero tomar sobre mí, H. M., la empresa de mostraros toda la grandeza de este sacramento, ya que tal cosa no es dada a un hombre; tan sólo el mismo Dios puede contaros la excelsitud de tantas maravillas; pues lo que nos causará mayor admiración durante la eternidad, será ver cómo nosotros, siendo tan miserables, hemos podido recibir a un Dios tan grande. Sin embargo, para daros una idea de ello, voy a mostraros cómo Jesucristo, durante su vida mortal, no pasó jamás por lugar alguno sin derramar sus bendiciones en abundancia, de lo cual deduciremos cuán grandes y preciosos deben ser los dones de que participan los que tienen la dicha de recibirle en la Sagrada Comunión; o mejor dicho, que toda nuestra felicidad en este mundo consiste en recibir a Jesucristo en la Sagrada Comunión; lo cual es muy fácil de comprender: ya que la Sagrada Comunión aprovecha no solamente a nuestra alma alimentándola, sino además a nuestro cuerpo, según ahora vamos a ver.

Leemos en el Evangelio que, por el mero hecho de entrar Jesús, aun recluido en las entrañas de la Virgen, en la casa de Santa Elisabet, que estaba también encinta, ella y su hijo quedaron llenos del Espíritu Santo; San Juan quedó hasta purificado del pecado original,



y la madre exclamó : « ¡ Ah ! ¿ de dónde me viene una tan gran dicha cual es la de que se digne visitarme la madre de mi Dios ? » (1). Calculad ahora, H. M., cuánto mayor será la dicha de aquel que recibe a Jesús en la Sagrada Comunión, no en su casa como Elisabet, sino en lo más íntimo de su corazón ; pudiendo permanecer en su compañía, no seis meses, como aquélla, sino toda su vida. Cuando el anciano Simeón, que durante tantos años estaba suspirando por ver a Jesús, tuvo la dicha de recibirle en sus brazos, quedó tan emocionado y lleno de alegría, que, fuera de sí, prorrumpió en transportes de amor : « ¡ Oh, Señor !, exclamó, qué puedo ahora desear en este mundo, cuando mis ojos han visto ya al Salvador del mundo ? ... Ahora puedo ya morir en paz ! » (2). Pero considerad aún, H. M., la diferencia entre recibirlo en brazos y contemplarlo unos instantes, o tenerlo dentro del corazón... ¡ Oh, Dios mío ! ¡ cuán poco conocemos la felicidad de que somos poseedores ! ... Cuando Zaqueo, después de haber oído hablar de Jesús y ardiendo en deseos de verle, se vió impedido por la muchedumbre que de todas partes acudía, se encaramó en un árbol. Mas, al verle el Señor, le dijo : « Zaqueo, baja al momento, puesto que hoy quiero hospedarme en tu casa » (3). Dióse prisa en bajar del árbol, y corrió a ordenar cuantos preparativos le sugirió su hospitalidad para recibir dignamente al Salvador. Este, al entrar en su casa, le dijo : « Hoy ha recibido esta casa la salvación ». Viendo Zaqueo la gran bondad de Jesús al alojarse en su casa, dijo : « Señor, distribuiré la mitad de mis bienes a los pobres, y, a quienes haya yo quitado algo, les devolveré el duplo » (4). De manera, H. M., que la sola visita de Jesucristo convirtió a un

(1) Et hunde hoc mihi ut veniat mater Domini mei ad me ? (Luc., I, 43).

(2) Ibid., II, 29.

(3) Ibid., XIX, 5.

(4) Ibid., XIX, 8.

gran pecador en un gran santo, ya que Zaqueo tuvo la dicha de perseverar hasta la muerte. Leemos también en el Evangelio que, cuando Jesucristo entró en casa de San Pedro, éste le rogó que curase a su suegra, la cual estaba poseída de una ardiente fiebre. Jesús mandó a la fiebre que cesase, y al momento quedó curada aquella mujer, hasta el punto que les sirvió ya la comida (1). Mirad también a aquella mujer que padecía flujo de sangre; ella se decía: «Si me fuese posible, si tuviese solamente la dicha de tocar el borde de los vestidos de Jesús, quedaría curada»; y en efecto, al pasar Jesucristo, se arrojó a sus pies y sanó al instante (2). ¿Cuál fué la causa por que el Salvador fué a resucitar a Lázaro, muerto cuatro días antes?... Pues fué porque había sido recibido muchas veces en casa de aquel joven, con el cual le ligaba una amistad tan estrecha, que Jesús derramó lágrimas ante su sepulcro (3). Unos le pedían la vida, otros la curación de su cuerpo enfermo, y nadie se marchaba sin ver conseguidos sus deseos. Ya podéis considerar cuán grande es su deseo de conceder lo que se le pide. ¿Qué abundancia de gracias nos concederá, cuando El en persona viene a nuestro corazón, para morar en él durante el resto de nuestra vida? ¡Oh! H. M., ¡cuánta felicidad la del que recibe la Sagrada Encaristía con buenas disposiciones!... ¡Ah! quién podrá jamás comprender la dicha del cristiano que recibe a Jesús en su pecho, el cual desde entonces viene a convertirse en un pequeño cielo; él solo es tan rico como toda la corte celestial.

Pero, me diréis, ¿por qué, pues, la mayor parte de los cristianos son tan insensibles e indiferentes a esa dicha, hasta el punto de que la desprecian, y llegan a burlarse de los que ponen su felicidad en hacerse de

(1) Luc., IV, 38-39.

(2) Si tetigero tantum vestimentum eius, salva ero (Matth., IX, 20).

(3) Ioan., XI.

ella participantes? — ¡Ay! Dios mío, ¿qué desgracia es comparable a la suya? Es que aquellos infelices jamás gustaron una gota de esa felicidad tan inefable. En efecto, H. M., ¡un hombre mortal, una criatura, alimentarse, saciarse de su Dios, convertirlo en su pan cotidiano! ¡oh milagro de los milagros! ¡oh amor de los amores!... ¡oh dicha de las dichas, ni aun conocida de los ángeles!... ¡Oh, Dios mío! ¡cuánta alegría la de un cristiano cuya fe le dice que, al levantarse de la Sagrada Mesa, llévase todo el cielo dentro de su corazón!... ¡Ah! ¡dichosa morada la de tales cristianos!... ¡qué respeto deberán inspirarnos durante todo aquel día! ¡Tener en casa otro tabernáculo, en el cual habita el mismo Dios en cuerpo y alma!...

Pero, me dirá tal vez alguno, si es una dicha tan grande el comulgar, ¿por qué la Iglesia nos manda comulgar solamente una vez al año? — Este precepto, H. M., no se ha establecido para los buenos cristianos, sino para los tibios o indiferentes, a fin de atender a la salvación de su pobre alma. En los comienzos de la Iglesia, el mayor castigo que podía imponerse a los fieles era el privarlos de la dicha de comulgar; siempre que asistían a la Santa Misa, recibían también la Sagrada Comunión. ¡Dios mío! ¿cómo pueden existir cristianos que permanezcan tres, cuatro, cinco y seis meses sin procurar a su pobre alma este celestial alimento? ¡La dejan morir de inanición!... ¡Dios mío! ¡cuánta ceguera y cuánta desdicha la suya!... ¡teniendo a mano tantos remedios para curarla, y disponiendo de un alimento tan a propósito para conservarle la salud!... ¡Ay! H. M., reconozcámoslo con pena, de nada se le priva a un cuerpo que tarde o temprano ha de morir y ser pasto de gusanos; y, en cambio, menospreciamos y tratamos con la mayor crueldad a un alma inmortal, creada a imagen de Dios... Previendo la Iglesia el abandono de muchos cristianos, abando-

no que los llevaría hasta perder de vista la salvación de sus pobres almas, confiando en que el temor del pecado les abriría los ojos, les impuso un precepto en virtud del cual debían comulgar tres veces al año : por Navidad, por Pascua y por Pentecostés. Pero, viendo más tarde que los fieles se volvían cada día más indiferentes, acabó por obligarlos a acercarse a su Dios sólo una vez al año. ¡ Oh, Dios mío ! ¡ qué ceguera, qué desdicha la de un cristiano que ha de ser compelido por la ley a bucar su felicidad ! Así es, H. M., que, aunque no tengáis en vuestra conciencia otro pecado que el de no cumplir con el precepto pascual, os habréis de condenar. Pero decidme, H. M., ¿ qué provecho vais a sacar dejando que vuestra alma permanezca en un estado tan miserable?... Si hemos de dar crédito a vuestras palabras, estáis tranquilos y satisfechos ; pero, decidme, ¿ dónde podéis hallarla esa tranquilidad y satisfacción ? ¿ Será porque vuestra alma espera sólo el momento en que la muerte va a herirla para ser después arrastrada al infierno ? ¿ Será porque el demonio es vuestro dueño y señor ? ¡ Dios mío ! ¡ cuánta ceguera, cuánta desdicha la de aquellos que han perdido la fe !

Además, ¿ por qué ha establecido la Iglesia el uso del pan bendito, el cual se distribuye durante la Santa Misa, después de dignificado por la bendición ? Si no lo sabéis, H. M., ahora os lo diré. Es para consuelo de los pecadores, y al mismo tiempo para llenarlos de confusión. Digo que es para consuelo de los pecadores, porque recibiendo aquel pan, que está bendecido, se hacen en alguna manera participantes de la dicha que cabe a los que reciben a Jesucristo, uniéndose a ellos por una fe vivísima y un ardiente deseo de recibir a Jesús. Pero es también para llenarlos de confusión : en efecto, si no está extinguida su fe, ¿ qué confusión mayor que la de ver a un padre o a una madre, a un hermano o a una hermana, a un vecino o a una vecina,



acercarse a la Sagrada Mesa, alimentarse con el Cuerpo adorable de Jesús, mientras ellos se privan a sí mismos de aquella dicha? ¡Oh, Dios mío! ¡y es tanto más triste, cuanto el pecador no penetra el alcance de dicha privación!... Sí, H. M., todos los Santos Padres están contestes en reconocer que, al recibir a Jesucristo en la Sagrada Comunión, recibimos todo género de bendiciones para el tiempo y para la eternidad; en efecto, si pregunto a un niño: «¿Debemos tener ardientes deseos de comulgar? — Sí, Padre, me responderá. — Y ¿por qué? — Por los excelentes efectos que la Comunión causa en nosotros. — Mas ¿cuáles son estos efectos? — Y él me dirá: la Sagrada Comunión nos une íntimamente a Jesús, debilita nuestra inclinación al mal, aumenta en nosotros la vida de la gracia, y es para los que la reciben un comienzo y una «prenda de vida eterna.»

1.º Digo, en primer lugar, que la Sagrada Comunión nos une íntimamente a Jesús; unión tan estrecha es ésta, H. M., que el mismo Jesucristo nos dice: «Quien come mi Carne y bebe mi Sangre, permanece en mí y yo en él; mi Carne es un verdadero alimento, y mi Sangre es verdaderamente una bebida» (1); de manera, H. M., que por la Sagrada Comunión la Sangre adorable de Jesús corre verdaderamente por nuestras venas, y su Carne se mezcla con nuestra carne; lo cual hace exclamar a San Pablo: «No soy yo quien obra y quien piensa; es Jesucristo que obra y piensa en mí. No soy yo quien vive; es Jesucristo quien vive en mí» (2). Dice San León que, al tener la dicha de comulgar, encerramos verdaderamente dentro de nos-

---

(1) Caro enim mea vere est cibus. et sanguis meus vere est potus. Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo (Ioan., VI, 56-57).

(2) Vivo autem, iam non ego: vivit vero in me Christus (Gal., II, 20).

otros mismos el Cuerpo adorable, la Sangre preciosa y la divinidad de Jesucristo. Y, decidme, ¿comprendéis toda la magnitud de una dicha tal? ¡Ah! no, no, H. M., sólo en el cielo nos será dado comprenderla. ¡Oh, Dios mío! ¡una criatura enriquecida con tan precioso don!...

2.º Digo que, al recibir a Jesús en la Sagrada Comunión, se nos aumenta la gracia. Ello es de fácil comprensión, ya que, al recibir a Jesús, recibimos la fuente de todas las bendiciones espirituales que en nuestra alma se derraman. En efecto, H. M., el que recibe a Jesús, siente reanimar su fe; quedamos más y más penetrados de las verdades de nuestra santa religión; sentimos en toda su grandeza la malicia del pecado y sus peligros; el pensamiento del juicio final nos llena de mayor espanto, y la pérdida de Dios se nos hace más sensible. Recibiendo a Jesucristo, nuestro espíritu se fortalece; en nuestras luchas, somos más firmes, nuestros actos están inspirados por la más pura intención, y nuestro amor va inflamándose más y más. Al pensar que poseemos a Jesucristo dentro de nuestro corazón, experimentamos inmenso placer, y esto nos ata, nos une tan estrechamente con la Divinidad, que nuestro corazón no puede pensar ni desear más que a Dios. La idea de la posesión perfecta de Dios llena de tal manera nuestra mente, que nuestra vida nos parece larga; envidiamos la suerte, no de aquellos que viven largo tiempo, sino de los que salen presto de este mundo para ir a reunirse con Dios para siempre. Todo cuanto es indicio de la destrucción de nuestro cuerpo nos regocija. Tal es, H. M., el primer efecto que en nosotros causa la Sagrada Comunión, cuando tenemos la dicha de recibir dignamente a Jesucristo.

3.º Decimos también que la Sagrada Comunión debilita nuestra inclinación al mal, y ello se comprende fácilmente. La Sangre preciosa de Jesucristo que corre

por nuestras venas, y su Cuerpo adorable que se mezcla al nuestro, no pueden menos que destruir, o a lo menos debilitar en alto grado, la inclinación al mal, efecto del pecado de Adán. Es esto tan cierto, H. M., que, después de recibir a Jesús Sacramentado, se experimenta un gusto insólito por las cosas del cielo al par que un gran desprecio de las cosas de la tierra. Decidme, H. M., ¿cómo podrá el orgullo tener entrada en un corazón que acaba de recibir a un Dios, que, para bajar a él, se humilló hasta anonadarse? ¿Se atreverá en aquellos momentos a pensar que, de sí mismo, es realmente alguna cosa? Por el contrario, ¿habrá humillaciones y desprecios que le parezcan suficientes? Un corazón que acaba de recibir a un Dios tan puro, a un Dios que es la misma santidad, ¿no concebirá el horror y la execración más firmes de todo pecado de impureza? ¿no estará dispuesto a ser despedazado antes que consentir, no ya la menor acción, sino ni tan sólo el menor pensamiento inmundado? Un corazón que en la Sagrada Mesa acaba de recibir a Aquel que es dueño de todo lo criado y que pasó toda su vida en la mayor pobreza, que «no tenía ni donde reclinar su cabeza» santa y sagrada, si no era en un montón de paja; que murió desnudo en una cruz; decidme, ¿ese corazón podrá aficionarse a las cosas del mundo, al ver cómo vivió Jesucristo? Una lengua que hace poco ha sostenido a su Criador y a su Salvador, ¿se atreverá a emplearse en palabras inmundas y besos impuros? No, indudablemente, jamás se atreverá a ello. Unos ojos que hace poco deseaban contemplar a su Criador, más radiante que el mismo sol, ¿podrían, después de lograr aquella dicha, posar su mirada en objetos impuros? Ello no parece posible. Un corazón que acaba de servir de trono a Jesucristo, ¿se atreverá a echarlo de sí, para poner en su lugar el pecado o al demonio mismo? Un corazón que haya gozado una vez

de los castos abrazos de su Salvador, solamente en El hallará su felicidad. Un cristiano que acaba de recibir a Jesucristo, que murió por sus enemigos, ¿podrá desear la venganza contra aquellos que le causaron algún daño? Indudablemente que no; antes se complacerá en procurarles el mayor bien posible. Por esto decía San Bernardo a sus religiosos: «Hijos míos, si os sentís menos inclinados al mal, y más al bien, dad por ello gracias a Jesucristo, quien os concede esta gracia en la Sagrada Comunión.»

4.º Hemos dicho que la Sagrada Comunión es para nosotros «prenda de vida eterna» (1), de manera que ella nos asegura el cielo; estas son las arras que nos envía el cielo en garantía de que un día será nuestra morada; y, aun más, Jesucristo hará que nuestros cuerpos resuciten tanto más gloriosos, cuanto más frecuente y dignamente hayamos recibido el suyo en la Comunión. ¡Oh! H. M., ¡si pudiésemos comprender cuánto le place a Jesús venir a nuestro corazón!... ¡Y una vez allí, nunca quisiera salir, no sabe separarse de nosotros, ni durante nuestra vida, ni después de nuestra muerte!... Leemos en la vida de Santa Teresa que, después de muerta, se apareció a una religiosa acompañada de Jesucristo; admirada aquella religiosa viendo al Señor aparecérselle junto con la Santa, preguntó a Jesucristo por qué se aparecía así. Y el Salvador contestó que Teresa había estado en vida tan unida a El por la Sagrada Comunión, que ahora no sabía separarse de ella. No, H. M., ningún acto enriquece tanto nuestro cuerpo en orden al cielo, como la Sagrada Comunión.

¡Oh! H. M., ¡cuánta será la gloria de los que habrán comulgado dignamente y con frecuencia!... El Cuerpo adorable de Jesús y su Sangre preciosa, dise-

---

(1) *Futuræ gloriæ nobis pignus datur (Off. SS. Sacramenti).*



minados en todo nuestro cuerpo, se parecerán a un hermoso diamante envuelto en una fina gasa, el cual, aunque oculto, resalta más y más. Si dudáis de ello, escuchad a San Cirilo de Alejandría, quien nos dice que aquel que recibe a Jesucristo en la Sagrada Comunión está tan unido a El, que ambos se asemejan a dos fragmentos de cera que se hacen fundir juntos hasta el punto de constituir uno solo, quedando de tal manera mezclados y confundidos que ya no es posible separarlos ni distinguirlos. ¡ Oh ! H. M., ¡ qué felicidad la de un cristiano que alcance a comprender todo esto !... Santa Catalina de Sena, en sus transportes de amor, exclamaba : « ¡ Oh Dios mío ! ¡ oh Salvador mío ! ¡ ah ! ¡ qué exceso de bondad para con las criaturas al entregaros a ellas con tanto afán ! ¡ Y al entregaros, les dais también cuanto tenéis y cuanto sois ! Dulce Salvador mío, decía ella, os conjuro a que rociéis mi alma con vuestra Sangre adorable y alimentéis mi pobre cuerpo con el vuestro tan precioso, a fin de que mi alma y mi cuerpo no sean más que para Vos, y no aspiren a otra cosa que a agradaros y a poseeros ». Dice Santa Magdalena de Pazzi que bastaría una sola Comunión, hecha con un corazón puro y un amor tierno, para elevarnos al más alto grado de perfección. La beata Victoria, a los que veía desfallecer en el camino del cielo, les decía : « Oh hijos míos, ¿ por qué os arrastráis así en las vías de salvación ? ¿ Por qué estáis tan faltos de valor para trabajar, para merecer la gran dicha de poderos sentar a la Sagrada Mesa y comer allí el Pan de los ángeles que tanto fortalece a los débiles ? ¡ Oh ! ¡ si supieseis cuánto endulza este pan las miserias de la vida ! ¡ Oh ! ¡ si tan sólo una vez hubieseis experimentado lo bueno y generoso que es Jesús para el que le recibe en la Sagrada Comunión !... Adelante, hijos míos, id a comer ese pan de los fuertes, y volveréis llenos de alegría y de valor ; entonces sólo desearéis los

sufrimientos, los tormentos y la lucha para agradar a Jesucristo». Santa Catalina de Génova estaba tan hambrienta de este Pan celestial, que no podía verlo en las manos del sacerdote sin sentirse morir de amor: tan grande era su anhelo de poseerlo; y prorrumplía en estas exclamaciones: «¡ Ah! Señor, ¡ venid a mí! ¡ Dios mío, venid a mí, que no puedo más! ¡ Ah! ¡ Dios mío, dignaos venir dentro de mi corazón, pues no puedo vivir sin Vos! ¡ Vos sois toda mi alegría, toda mi felicidad, todo el alimento de mi alma!»

Sí, H. M., si pudiésemos formarnos aunque fuese tan sólo una pequeña idea de la magnitud de una dicha tal, ya no desearíamos la vida más que para que nos fuese dado hacer de Jesucristo el pan nuestro de cada día. No, H. M., nada serían para nosotros todas las cosas creadas, las despreciaríamos para unirnos sólo con Dios, y todos nuestros pasos, todos nuestros actos sólo se dirigirían a hacernos cada día más dignos de recibirle.

II. — Sin embargo, H. M., si por la Sagrada Comunión tenemos la dicha de recibir todos esos dones, debemos poner de nuestra parte todo lo posible para hacernos dignos de ellos; lo cual vamos a ver ahora de una manera muy clara. Si pregunto a un niño cuáles son las disposiciones necesarias para comulgar bien, esto es, para recibir dignamente el Cuerpo adorable y la Sangre preciosa de Jesucristo, a fin de que con el sacramento recibamos también las gracias que se conceden a los que se hallan en buenas disposiciones, me contestará: «Hay dos clases de disposiciones, unas que se refieren al alma y otras que se refieren al cuerpo». Como Jesús viene al mismo tiempo a nuestro cuerpo y a nuestra alma, hemos de procurar que uno y otra aparezcan dignos de un tal favor.

1.º Digo que la primera disposición es la que se re-

fiere al cuerpo, o sea, estar en ayunas, no haber comido ni bebido nada, a partir de la media noche. Si estáis en duda de si era o no media noche cuando comisteis, tendréis que aplazar la Comunión para otro día (1). Algunos se acercan a comulgar con esta duda; una tal conducta os expone a cometer un gran pecado, o a lo menos, a no sacar fruto alguno de vuestra comunión, lo cual es siempre lamentable, sobre todo si fuese el último día del tiempo pascual, de un jubileo o de una gran festividad; así pues debéis absteneros de ello, cualquiera que sea el pretexto. Hay mujeres que, antes de comulgar, no tienen reparo en probar la comida que han de dar a sus pequeñuelos, tomándola en la boca y soltándola en seguida, creyendo que así no quebrantan el ayuno. Desconfiad de este proceder, ya que es muy difícil practicar esto sin que deje de descender algo cuello abajo.

2.º Digo también que debemos presentarnos con vestidos decentes; no pretendo que sean trajes ni adornos ricos, mas tampoco deben ser descuidados y estropeados: a menos que no tengáis otro vestido, habéis de presentaros limpios y aseados. Algunos no tienen con qué cambiarse; otros no se cambian por negligencia. Los primeros en nada faltan, ya que no es suya la culpa; pero los otros obran mal, ya que ello es una falta de respeto a Jesús, que con tanto placer entra en su corazón. Habéis de venir bien peinados; con el rostro y las manos limpias; nunca debéis comparecer a la Sagrada Mesa sin calzar buenas o malas medias. Mas esto no quiere decir que apruebe la conducta de esas jóvenes que no hacen diferencia entre acudir a la Sagrada Mesa o concurrir a un baile; no sé cómo se atreven a presentarse con tan vanos y frívolos atavíos ante

---

(1) La opinión corriente entre los autores es que únicamente la infracción cierta del ayuno natural obliga bajo pecado a abstenerse de la Sagrada Comunión (Nota del Trad.).

un Dios humillado y despreciado. ¡ Dios mío, Dios mío, qué contraste !...

La tercera disposición es la pureza del cuerpo. Llámase a este sacramento «Pan de los ángeles», lo cual nos indica que, para recibirlo dignamente, hemos de acercarnos todo lo posible a la pureza de los ángeles. San Juan Crisóstomo nos dice que aquellos que tienen la desgracia de dejar que su corazón sea presa de la impureza, deben abstenerse de comer el Pan de los ángeles, pues, de lo contrario, Dios los castigaría. En los primeros tiempos de la Iglesia, al que pecaba contra la santa virtud de la pureza se le condenaba a permanecer tres años sin comulgar ; y si recaía, se le privaba de la Eucaristía durante siete años. Ello se comprende fácilmente, ya que este pecado mancha el alma y el cuerpo. El mismo San Juan Crisóstomo nos dice que la boca que recibe a Jesucristo y el cuerpo que lo guarda dentro de sí, deben ser más puros que los rayos del sol. Es necesario que todo nuestro porte exterior dé, a los que nos ven, la sensación de que nos preparamos para algo grande.

Habréis de convenir conmigo en que, si para comulgar son tan necesarias las disposiciones del cuerpo, mucho más lo habrán de ser las del alma, a fin de hacernos merecedores de las gracias que Jesucristo nos trae al venir a nosotros en la Sagrada Comunión. Sí, H. M., si en la Sagrada Mesa queremos recibir a Jesús en buenas disposiciones, es preciso que nuestra conciencia no nos remuerda en lo más mínimo, en lo que a pecados graves se refiere ; hemos de estar seguros de que empleamos en examinar nuestros pecados el tiempo necesario para poderlos declarar con precisión ; tampoco debe remordernos la conciencia respecto a la acusación que de aquéllos hemos hecho en el tribunal de la Penitencia, y al mismo tiempo hemos de mantener un firme propósito de poner, con la gracia de Dios, todos los



medios para no recaer; es preciso estar dispuestos a cumplir, en cuanto nos sea posible hacerlo, la penitencia que nos ha sido impuesta. Para penetrarnos mejor de la grandeza de la acción que vamos a realizar, hemos de mirar la Sagrada Mesa como el tribunal de Jesucristo, ante el cual vamos a ser juzgados. Si tuvimos la desgracia de no acusarnos debidamente, modificando o disimulando algunos pecados, pensemos que no vamos a recibir a Jesucristo, sino al demonio. ¡Oh! H. M., ¡qué horror, poner al mismo Jesucristo a los pies del demonio!...

Leemos en el Evangelio que, cuando Jesucristo instituyó el adorable sacramento de la Eucaristía, escogió para ello un recinto decente y suntuoso (1), para darnos a entender la diligencia con que debemos adornar nuestra alma con toda clase de virtudes, a fin de recibir dignamente a Jesucristo en la Sagrada Comunión. Y, aun más, antes de darles su Cuerpo adorable y su Sangre preciosa, levantóse Jesús de la mesa y lavó los pies a sus apóstoles (2), para indicarnos hasta qué punto debemos estar exentos de pecado, aun de la más leve culpa, sin afección ni tan sólo al pecado venial. Debemos renunciar plenamente a nosotros mismos, en todo lo que no sea contrario a nuestra conciencia; no resistirnos a hablar, ni a ver, ni a amar en lo íntimo de nuestro corazón a los que en algo hayan podido ofendernos... Mejor dicho, H. M., cuando vamos a recibir el Cuerpo de Jesucristo en la Sagrada Comunión, es preciso que nos hallemos en disposición de morir y comparecer confiadamente ante el tribunal de Jesús. Nos dice San Agustín: «Si queréis comulgar de manera que vuestro acto sea agradable a Jesús, es necesario que os halléis desligados de cuanto le pueda disgustar

---

(1) Luc., XXII, 12.

(2) Ioan., XIII, 4.

en lo más mínimo». Y San Juan Crisóstomo dice : «Cuando caigáis en pecado mortal, debéis confesaros al momento ; pero debéis también dejar pasar algún tiempo sin acercaros a la Sagrada Mesa, para dar lugar a la penitencia. Lamentad, dice, la mala disposición de aquellas personas que, después de haber confesado grandes pecados mortales, piden en seguida la Sagrada Comunión, creyendo que basta la sola confesión. Es necesario que lloremos nuestros pecados y hagamos penitencia antes de tener la dicha de recibir a Jesucristo en nuestro corazón». San Pablo nos encomienda a todos «que purifiquemos más y más nuestras almas antes de recibir el Pan de los ángeles, que es el Cuerpo adorable y la Sangre preciosa de Jesucristo» (1) ; ya que, si nuestra alma no está del todo pura, nos atraeremos toda suerte de desgracias en este mundo y en el otro. Dice San Bernardo : «Para comulgar dignamente, hemos de hacer como la serpiente cuando quiere beber. Para que el agua le aproveche, arroja primero su veneno. Nosotros hemos de hacer lo mismo : cuando queramos recibir a Jesucristo, arrojemos nuestra ponzoña, que es el pecado, el cual envenena nuestra alma y a Jesucristo ; pero, nos dice aquel gran Santo, es preciso que lo arrojemos de veras. ¡ Oh ! hijos míos, exclama, no emponzoñéis a Jesucristo en vuestro corazón».

Sí, H. M., los que se acercan a la Sagrada Mesa sin haber purificado del todo su corazón, se exponen a recibir el castigo de aquel servidor que se atrevió a sentarse a la mesa sin llevar el vestido de bodas. El dueño ordenó a sus criados que le prendiesen, le atasen de pies y manos y le arrojasen a las tinieblas exteriores (2). Asimismo, H. M., en la hora de la muerte

---

(1) Probet autem se ipsum homo : et sic de pane illo edat, et de calice bibat (I Cor., XI, 28).

(2) Matth., XXII, 13.

dirá Jesucristo a los desgraciados que le recibieron en su corazón sin haberse convertido : «¿Por qué osasteis recibirme en vuestro corazón, teniéndolo manchado con tantos pecados?» No, H. M., nunca debemos olvidar que para comulgar es preciso estar convertido y en una firme resolución de perseverar. Ya hemos visto que Jesucristo, cuando quiso dar a los apóstoles su Cuerpo adorable y su Sangre preciosa, para indicarles la pureza con que debían recibirle, llegó hasta lavarles los pies. Con lo cual quiere mostrarnos que jamás estaremos bastante purificados de pecados veniales. Cierto que el pecado venial no es causa de que comulgemos indignamente ; pero sí lo es de que saquemos poco fruto de la Sagrada Comunión. La prueba de ello es evidente : mirad cuántas comuniones hemos hecho en nuestra vida ; pues bien, ¿hemos mejorado en algo ? — Indudablemente que no, y la verdadera causa está en que casi siempre conservamos nuestras malas inclinaciones, de las cuales rara vez nos enmendamos. Sentimos horror a esos grandes pecados que causan la muerte del alma ; pero damos poca importancia a esas leves impaciencias, a esas quejas que exhalamos cuando nos sobreviene alguna pena, a esas mentirillas de que salpicamos nuestra conversación : todo esto lo cometemos sin gran escrúpulo. Habréis de convenir conmigo en que, a pesar de tantas confesiones y comuniones, continuáis siendo los mismos, y que vuestras confesiones, desde hace muchos años, no son más que una repetición de los mismos pecados, los cuales, aunque veniales, no dejan por esto de haceros perder una gran parte del mérito de la Comunión. Se os oye decir, y con razón, que no sois mejores ahora de lo que erais antes ; mas ¿quién os estorba la enmienda ?... Si sois siempre los mismos, es ciertamente porque no queréis intentar ni un pequeño esfuerzo en corregiros ; no queréis aceptar sufrimiento alguno, ni veis con gusto que nadie os contradiga ;

quisierais que todo el mundo os amase y tuviese en buena opinión, sin reparar que esto es muy difícil. Procuremos trabajar, H. M., para destruir todo cuanto pueda desagradar a Dios en lo más mínimo, y veremos cuán velozmente nuestras comuniones nos harán marchar por el camino del cielo; y cuanto más frecuentes y numerosas sean, más desligados nos veremos del pecado y más cercanos a nuestro Dios.

Dice Santo Tomás que la pureza de Jesucristo es tan grande, que el menor pecado venial le impide unirse a nosotros con la intimidad que El desearía. Para recibir plenamente a Jesús, es, pues, preciso tener en la mente y en el corazón una gran pureza de intención. Algunos, al comulgar, tienen los ojos fijos en el mundo, y piensan o bien que se los apreciará, o bien que se los despreciará: actos realizados de esta suerte poca cosa valen. Otros comulgan por costumbre o rutina en determinados días o festividades. Estas son, H. M., unas comuniones muy pobres, puesto que les falta pureza de intención.

H. M., los motivos que han de llevarnos a la Sagrada Mesa, son: 1.º porque Jesucristo nos lo ordena, bajo pena de no alcanzar la vida eterna; 2.º la gran necesidad que de la Comunión tenemos para fortalecernos contra el demonio; 3.º para desligarnos de esta vida y unirnos más y más a Dios. Decimos que para tener la gran dicha de recibir a Jesucristo, dicha tan grande que con ella llegamos a causar envidia a los ángeles... (ellos pueden amarle y adorarle como nosotros, pero no pueden recibirle cual le recibimos nosotros, privilegio que en alguna manera nos coloca en un nivel superior a los ángeles)... Considerando esto, H. M., huelga ponderar la pureza y el amor con que debemos presentarnos a recibir a Jesús. Hemos de comulgar con la intención de recibir las gracias de que estamos necesitados. Si nos falta la paciencia, la hu-



mildad, la pureza, en la Sagrada Comunión, H. M., hallaremos todas estas virtudes y las demás que a un cristiano le son necesarias. 4.º Hemos de acercarnos a la Sagrada Mesa para unirnos a Jesús, a fin de transformarnos en El, lo cual acontece a todos los que le reciben santamente. Si comulgamos frecuente y dignamente, nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestros pasos y nuestras acciones, se encaminan al mismo objeto que los de Jesucristo cuando moraba aquí en la tierra. Amamos a Dios, nos conmovemos ante las miserias espirituales y hasta temporales del prójimo, evitamos el poner afición a las cosas de la tierra; nuestro corazón y nuestra mente no piensan ni suspiran más que por el cielo.

Sí, H. M., para hacer una buena comunión, es preciso tener una viva fe en lo que concierne a este gran misterio; siendo este sacramento un «misterio de fe», hemos de creer con firmeza que Jesucristo está realmente presente en la Sagrada Eucaristía, y que está allí vivo y glorioso como en el cielo. Antiguamente, H. M., el sacerdote, antes de dar la Sagrada Comunión, sosteniendo en sus dedos la santa Hostia, decía en alta voz: «¿Creéis, H. M., que el Cuerpo adorable y la Sangre preciosa de Jesucristo está verdaderamente en este sacramento?» Y entonces respondían a coro los fieles: «Sí, lo creemos» (1). ¡Oh, qué dicha la de un cristiano, sentarse a la mesa de las vírgenes y comer el Pan de los fuertes!... Nada hay, H. M., que nos haga tan temibles al demonio como la Sagrada Comunión, y aun más, ella nos conserva no sólo la pureza del alma sino también la del cuerpo. Ved lo que aconteció a Santa Teresa: se había hecho tan agradable a Dios recibiendo tan digna y frecuentemente a Jesús en la Comunión, que un día se le apareció Jesucristo, y le dijo que le complacía tanto su conducta que, si no

---

(1) S. Ambrosio, *De Sacramentis*, lib. IV, cap. 5.

existiese el cielo, crearía uno exclusivamente para ella. Vemos en su vida que un día, fiesta de Pascua, después de la Sagrada Comunión, quedó tan enajenada en sus arrobamientos de amor a Dios, que, al volver en sí, encontróse la boca llena de sangre de Jesús, que parecía salir de sus venas; lo cual le comunicó tanta dulzura y delicia que creyó morir de amor. «Vi, dice ella, a mi Salvador, y me dijo: Hija mía, quiero que esta Sangre adorable que te causa un amor tan ardiente, se emplee en tu salvación; no temas que jamás haya de faltarte mi misericordia. Cuando derramé mi sangre preciosa, sólo experimenté dolores y amarguras; mas tú, al recibirla, experimentarás tan sólo dulzura y amor». En muchas ocasiones, cuando la Santa comulgaba, bajaba del cielo una multitud de ángeles, que hallaba sus delicias en unirse a ella para alabar al Salvador que Teresa guardaba encerrado en su corazón. Muchas veces vióse a la Santa sostenida por los ángeles, en una alta tribuna, junto a la Sagrada Mesa.

¡ Oh ! H. M., si una sola vez hubiésemos experimentado la grandeza de esta felicidad, no tendríamos que vernos tan instados para venir a hacernos partícipes de la misma. Santa Gertrudis preguntó un día a Jesús qué era preciso hacer para recibirle de la manera más digna posible. Jesucristo le contestó que era necesario un amor igual al de todos los santos juntos, y que el solo desco de tenerlo sería ya recompensado. ¿ Queréis saber, H. M., cómo debéis portaros cuando vais a recibir al Señor ? Haced como aquel santo cristiano que comulgaba cada ocho días : empleaba tres días en prepararse y otros tres en acciones de gracias. Y además, ¿ quién os impide dirigir a tan santo fin todas vuestras acciones ? Durante el tiempo de preparación, conversad con Jesús, el cual reina ya en vuestro corazón ; pensad que va a bajar sobre el altar, y que de allí vendrá a vues-

tro corazón para visitar a vuestra alma y enriquecerla con toda clase de dones y prosperidades. Debéis acudir a la Santísima Virgen, a los ángeles y a los santos, a fin de que todos rueguen a Dios, y os alcancen la gracia de recibirle lo más dignamente posible. Aquel día habéis de acudir con gran puntualidad a la santa Misa y oírla con más devoción que nunca. Nuestra mente y nuestro corazón debieran mantenerse siempre al pie del tabernáculo, anhelar constantemente la llegada de tan feliz momento, y no ocupar los pensamientos en nada terreno, sino solamente en cosas del cielo, quedando tan abismados en la contemplación de Dios que parezcan muertos para el mundo. No habéis de dejar de poseer vuestro devocionario o vuestro rosario, y rezar con el mayor fervor posible las oraciones adecuadas, a fin de reanimar en vuestro corazón la fe, la esperanza y un vivo amor a Jesús, quien dentro de breves momentos va a convertir vuestro corazón en su tabernáculo o, si queréis, en un pequeño cielo. ¡Cuánta felicidad, cuánto honor, Dios mío, para unos miserables cual nosotros! También hemos de testimoniarle un gran respeto. ¡Un ser tan indigno y pequeño!... Pero al mismo tiempo abrigamos la confianza de que se apiadará, a pesar de todo, de nosotros. Después de haber rezado las oraciones indicadas, ofreced la Comunión por vosotros y por los demás, según vuestras particulares intenciones; para acercaros a la Sagrada Mesa, os levantaréis con gran modestia, indicando así que vais a hacer algo grande; os arrodillaréis y, en presencia de Jesús Sacramentado, pondréis todo vuestro esfuerzo en avivar la fe, a fin de que por ella sintáis la grandeza y excelsitud de vuestra dicha. Vuestra mente y vuestro corazón deben estar sumidos en el Señor. Cuidad de no volver la cabeza a uno y otro lado, y, con los ojos medio cerrados y las manos juntas, rezaréis el «Yo pecador».

Si aun debieseis aguardaros algunos instantes, excitad en vuestro corazón un ferviente amor a Jesucristo, suplicándole con humildad que se digne venir a vuestro corazón miserable.

Después que hayáis tenido la inmensa dicha de comulgar, os levantaréis con modestia, volveréis a vuestro sitio, y os pondréis de rodillas, cuidando de no tomar en seguida el libro o rosario; ante todo, deberéis conversar unos momentos con Jesucristo, al que tenéis la dicha de albergar en vuestro corazón, donde, durante un cuarto de hora, está en cuerpo y alma como en su vida mortal. ¡ Oh, felicidad infinita ! ¡ quién podrá jamás comprenderla !... ¡ Ay ! ¡ cuán pocos penetran su alcance !... Después de haber pedido a Dios todas las gracias que para vosotros y para los demás deseáis, podéis tomar vuestro devocionario. Habiendo ya rezado las oraciones para después de la Comunión, llamaréis en vuestra ayuda a la Santísima Virgen, a los ángeles y a los santos, para dar juntos gracias a Dios por el favor que acaba de dispensaros. Habéis de andar con mucho cuidado en no escupir, a lo menos hasta después de haber transcurrido cosa de media hora desde la Comunión. No saldréis de la iglesia al momento de terminar la santa Misa, sino que os aguardaréis algunos instantes para pedir al Señor fortaleza en cumplir vuestros propósitos. Al salir del templo, no os detengáis conversando con los amigos; sino que, pensando en la dicha que os cabe de albergar a Jesús en vuestro pecho, os encaminaréis a vuestra casa. Si os queda durante el día algún rato libre, lo emplearéis en la lectura de algún libro devoto, o bien practicando la visita al Santísimo Sacramento, para agradecerle la gracia que os ha dispensado por la mañana, procurando, al mismo tiempo, ocuparos lo menos posible en los negocios del mundo. Debéis, finalmente, ejercer gran vigilancia sobre vuestros pensamientos, palabras y acciones, a fin de



conservar la gracia de Dios todos los días de vuestra vida.

¿Qué deberemos sacar de aquí, H. M.?... No otra cosa sino una firme convicción de que toda nuestra dicha consiste en llevar una vida digna de recibir con frecuencia a Jesús en nuestro pecho, ya que así podemos confiadamente esperar el cielo, que a todos deseo...

## SÉPTIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

### SOBRE LA VIRTUD VERDADERA Y LA FALSA

*A fructibus eorum cognoscetis  
eos.*

Por sus frutos los conoceréis.

(S. Mat., VII, 16.)

Jesucristo, H. M., no podía darnos señales más claras y seguras para conocer a los buenos cristianos y distinguirlos de los malos, que indicándonos la manera de conocerlos, a saber, juzgarlos por sus obras, y no por sus palabras. «El árbol bueno, nos dice, no puede llevar frutos malos, así como un árbol malo no los puede llevar buenos» (1). Sí, H. M., un cristiano que sólo tenga una falsa devoción, una virtud afectada y meramente exterior, a pesar de todas sus precauciones para disfrazarse, no habrá de tardar en dar a conocer los desórdenes de su corazón, ya por las palabras, ya por las obras. Nada más común, H. M., que esa virtud aparente, que conocemos con el nombre de hipocresía. Pero lo más deplorable es que casi nadie quiere reconocerla. ¿Tendremos, H. M., que dejar a esos infelices en un estado tan deplorable que los precipite irremisiblemente al infierno? No, H. M., no, intentemos a lo menos hacer que se den cuenta, en alguna manera, de su si-

---

(1) Non potest arbor bona malos fructus facere, neque arbor mala bonos fructus facere (Matth., VII, 18).

tuación. Pero, ¡Dios mío! ¿quién querrá reconocerse culpable? ¡Ay! ¡casi nadie! ¿servirá, pues, este sermón para confirmarlos más y más en su ceguera? A pesar de todo, H. M., quiero hablaros cual si mis palabras os hubiesen de aprovechar.

Para daros a conocer el infeliz estado de esos pobres cristianos que tal vez se condenan haciendo el bien, por no acertar en la manera de hacerlo, voy a mostraros: 1.º cuáles sean las condiciones de la verdadera virtud; 2.º cuáles sean los defectos de la virtud aparente. Escuchad con atención esta plática, ya que ella puede servir os mucho en todo lo que hagáis para servir a Dios.

Si me preguntáis, H. M., por qué hay tan pocos cristianos que obren con la intención exclusiva de agradar a Dios, ved la razón de ello. Es porque la mayor parte de los cristianos se hallan sumidos en la más espantosa ignorancia, lo cual hace que todo su obrar sea meramente humano. De manera que, si comparaseis sus intenciones con las de los paganos, ninguna diferencia encontraríais. ¡Oh, Dios mío! ¡cuántas buenas obras se pierden para el cielo! Otros, que ya cuentan con mayores luces, no buscan más que la estima de los hombres, procurando disfrazar todo lo posible su estado espiritual: su exterior parece excelente, al paso que «su interior está lleno de inmundicia y de doblez» (1). Sí, H. M., en el día del juicio veremos cómo la religión de la mayor parte de los cristianos no fué más que una religión de capricho o de rutina, es decir, dominada por la humana inclinación, y que fueron muy pocos los que en sus actos buscaron únicamente a Dios.

Ante todo, hemos de advertir que un cristiano que quiera trabajar con sinceridad para su salvación, no

---

(1) *Intus autem pleni estis hypocrisi et iniquitate* (Matth., XXIII, 27-28).

debe contentarse con practicar buenas obras ; debe saber además por qué las hace, y la manera de practicarlas.

En segundo lugar, hay que tener presente que no basta parecer virtuoso a los ojos del mundo, sino que debemos tener la virtud en el corazón. Si me preguntáis ahora, H. M., cómo podremos conocer la verdadera virtud, cómo estaremos ciertos de que ella nos habrá de llevar al cielo, aquí vais a verlo : atended bien y grabad en vuestro corazón estas enseñanzas, para que así podáis conocer el mérito y la bondad de cada una de vuestras acciones. Para que una obra sea agradable a Dios, debe reunir tres condiciones : primera, que sea interior y perfecta ; segunda, debe ser humilde y sin atender a la propia estimación ; tercera, debe ser constante y perseverante. Si en todos vuestros actos halláis estas tres condiciones, tened la seguridad de que trabajáis para el cielo.

I. — Hemos dicho que debe ser interior : no basta con que aparezca al exterior. Es preciso que radique en el corazón, y que únicamente la caridad sea su principio y su alma, pues nos dice San Gregorio que todo cuanto pide Dios de nosotros ha de tener por fundamento el amor que le debemos. Nuestro exterior, pues, no debe ser más que un instrumento para manifestar lo que pasa en nuestro interior. Así, pues, H. M., siempre que nuestros actos no reconocen por origen un movimiento del corazón, obramos hipócritamente a los ojos de Dios.

Al mismo tiempo decimos que la virtud ha de ser *perfecta* : o sea, que no hay bastante con aficionarnos a la práctica de algunas virtudes porque se avienen con nuestras inclinaciones ; debemos practicarlas todas, es decir, todas las compatibles con nuestro estado. Nos dice San Pablo que, para nuestra santificación, debemos hacer abundante provisión de toda clase de buenas



obras. Según esto, veremos que hay muchas personas que se engañan en la práctica del bien, y van derecho al infierno. Son muchos los que ponen toda su confianza en alguna virtud, la cual practican porque su inclinación los lleva a ello; por ejemplo: una madre vivirá muy confiada porque reparte algunas limosnas, practica con asiduidad sus oraciones, frecuenta los sacramentos, y hasta lee libros piadosos; pero ella misma ve sin inquietarse cómo sus hijos van dejando las prácticas de piedad y se apartan de los sacramentos. Sus hijos no cumplen con la Pascua; mas su madre les permite concurrir a veces a lugares de placer, a bailes, a bodas, a reuniones mundanas; le gusta que sus hijas figuren en sociedad, pues cree que, si no frecuentan esos sitios mundanos, pasarán inadvertidas y no tendrán ocasión de colocarse ventajosamente. No hay duda que así pasarían más inadvertidas, pero para los libertinos; no tendrían ocasión, H. M., de establecerse con aquellos que después las van a maltratar cual viles esclavas. Mas lo que preocupa a esa madre es verlas bien acomodadas, verlas en compañía de jóvenes de posición. Y con esto y algunas oraciones y buenas obras que practica, la infeliz se figura andar por el camino del cielo. Pobre madre, sois una ciega, una hipócrita; no poseéis más que una apariencia de virtud. Andáis confiada porque practicáis la visita al Santísimo Sacramento: no hay duda que es ello una obra buena; pero vuestra hija está en el baile, vuestra hija se deja ver en el café en compañía de gente libertina, de cuyas bocas salen con frecuencia las más inmundas torpezas; vuestra hija, por la noche, está donde no debiera estar. Vamos, madre ciega y reprobada, salid de aquí, dejad vuestras oraciones; ¿no veis que vuestra conducta se asemeja a la de los judíos, quienes doblaban la rodilla ante Jesús, sólo para simular que le adoraban? ¡Vaya! ¡venís a adorar al buen Dios, mientras vuestros hijos

están a punto de crucificarle ! ¡ Pobre ciega ! no sabéis ni lo que decís, ni lo que hacéis ; vuestra oración no es más que una injuria inferida a Dios Nuestro Señor. Comenzad saliendo en busca de vuestra hija que está perdiendo su alma ; después podréis venir aquí para implorar de Dios vuestra conversión.

Un padre cree hacer bastante manteniendo el orden dentro de su casa, no quiere oír juramentos ni palabras torpes : esto está muy bien ; pero no tiene escrúpulo en dejar que sus hijos frecuenten las casas de juego, las ferias, fiestas y lugares de placer. Este mismo padre permite que sus obreros trabajen en domingo, bajo cualquier pretexto, tal vez solamente para no contrariar a sus colonos o jornaleros. Sin embargo, le veréis en el templo, adorando al Señor con gran devoción, sin distraerse, tal vez postrado humildemente ante la divina presencia. Dime, amigo, ¿ con qué ojos piensas mirará Dios a tales personas ? Vamos, hijo mío, estás ciego ; vete a instruirte acerca de tus deberes, y después podrás venir a ofrecer a Dios tus oraciones. ¿ No ves cómo tu papel es semejante al de Pilatos, que reconocía a Jesús y, con todo, le condenó ? Veréis a esotro muy caritativo, repartiendo muchas limosnas, conmovido por las miserias del prójimo : muy buenas obras son éstas ; pero deja que sus hijos crezcan en la mayor ignorancia, tal vez sin saber lo más esencial para salvarse. Vamos, amigo mío, sois un ciego ; vuestras limosnas y vuestra conmiseración os llevan, a grandes pasos, al infierno. El de más allá posee las mejores cualidades, está dispuesto a servir a todo el mundo ; pero no puede sufrir ni a su mujer, ni a sus hijos, a quienes llena de injurias y tal vez de malos tratos. Vamos, amigo, nada vale vuestra religión. Otro se creará muy bueno, porque no blasfema, ni roba, ni se deja dominar por la impureza ; pero no se inquieta ni hace el más mínimo esfuerzo por corregir aquellos pensamientos de odio, de vengan-

za, de envidia, de celos, que le asaltan todos los días. Vuestra religión, amigo mío, no puede dejar de perderos. Veremos a otros, aficionados a toda suerte de prácticas de piedad, los cuales se hacen grande escrúpulo de omitir ciertas oraciones que acostumbran rezar; se creerán perdidos si no pueden comulgar en determinados días en que tienen costumbre de hacerlo; pero los tales se impacientarán, murmurarán a la menor contrariedad; una palabra que no habrá sido de su gusto les hará sentir aversión por el que la pronunció; miran a su prójimo con malos ojos, no le guardan las consideraciones debidas, siempre se creen injustamente tratados por sus vecinos. Vamos, pobres hipócritas, id a convertirlos; después podréis recurrir a los sacramentos, ya que en vuestro estado, sin daros cuenta, no hacéis más que profanarlos con vuestra mal entendida devoción.

Muy laudable es que un padre reprenda a sus hijos cuando ofenden a Dios; pero ¿será digno de alabanza el que no enmiende en sí mismo los defectos de que reprende a sus hijos? No, indudablemente: ¡ese padre tiene una religión falsa, la cual le mantiene en la más miserable ceguera! Digno de alabanza es el dueño que reprende los vicios de sus criados; pero ¿podremos alabarle cuando le oímos a él mismo jurar y blasfemar porque las cosas no le salen como quisiera? No, H. M., este es un hombre que nunca ha conocido la religión ni los deberes que ella impone. Veremos a otro, con gesto de varón prudente e instruido, reprender los defectos que nota en su vecino; pero, ¿qué vamos a pensar de él al verle cargado de otros tantos o muchos más? «¿Cómo se explica tal comportamiento, nos dice San Agustín, si no es por ser él un hipócrita, que no conoce la religión?» Vamos, amigo; eres un fariseo, tus virtudes son falsas virtudes; todo cuanto haces, y que a ti te parece bueno, no sirve más que para engañarte. A

ese joven, le veremos asistir asiduamente a los oficios y hasta frecuentar los sacramentos; pero ¿no le vemos también concurriendo a las tabernas y casas de juego? Aquella joven no faltará de cuando en cuando a la Sagrada Mesa; pero tampoco faltará en los salones de baile, y en las reuniones donde jamás debería entrar un cristiano. Anda, pobre hipócrita, anda, fantasma de cristiano, día vendrá en que verás que sólo has trabajado para tu perdición. El cristiano que desea de veras salvarse, no se contenta con guardar un solo mandamiento o con cumplir un determinado número de obligaciones; sino que observa fielmente todos los mandamientos de la ley de Dios, y cumple además con todas las obligaciones de su estado.

II. — Hemos dicho, en segundo lugar, que nuestra virtud debe ser *humilde*, sin mirar a la propia estimación. Nos recomienda Jesucristo «que nuestras obras nunca sean hechas con intención de buscar la alabanza de los hombres» (1); si queremos que se nos recompense por ellas, hemos de ocultar en todo lo posible el bien que Dios ha puesto en nosotros, para evitar que el demonio del orgullo nos arrebatase todo el mérito de nuestras buenas obras. — Mas, pensaréis tal vez vosotros, cuando obramos bien, lo hacemos por Dios y no por el mundo. — No sé, amigo mío; muchos se engañan en este punto; creo que no habría de ser difícil mostraros cómo vuestra religión está más en lo exterior que en lo íntimo de vuestra alma. O si no, decidme, ¿no es cierto que os apenaríais menos el que se hiciese público que ayunáis en los días señalados, que no si se divulgase que dejáis de observarlos? ¿No es cierto que os disgustaría menos que os vieses repartir limosnas, que no

---

(1) Attendite ne iustitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis (Matth., VI, 1).



si os hallasen sustrayendo algo a vuestro vecino? Prescindimos en este caso del escándalo. Suponiendo que a veces oráis y a veces juráis, ¿no es verdad que más os gustara ser visto haciendo lo primero que lo segundo? ¿No es verdad que preferís que os vean ocupado en vuestras oraciones, o dando buenos consejos a vuestros hijos, a que os oigan cuando los incitáis a vengarse de sus enemigos? — Sí, no hay duda, diréis vos, todo esto no me apenaría tanto. — ¿Y por qué esto, sino porque practicamos una falsa religión y somos unos hipócritas?

Y no obstante, vemos que los santos hacían todo lo contrario; ¿por qué esto, sino porque conocían ellos su religión y no buscaban sino humillarse, a fin de tener propicia la misericordia del Señor? ¡Ay! ¡cuántos cristianos sólo son religiosos por inclinación, por capricho, por rutina y nada más! — Esto es muy fuerte, me diréis. — Sí, no hay duda, es esto bastante fuerte; pero es la pura verdad. Para haceros concebir el más grande horror de ese maldito pecado de la hipocresía, voy a mostraros a dónde conduce dicho crimen, por un ejemplo muy digno de ser grabado en vuestro corazón.

Leemos en la historia que San Palemón y San Pacomio llevaban una vida muy santa. Una noche mientras estaban en vela y tenían encendido fuego, les sorprendió un solitario que quiso pasar con ellos la noche. Le recibieron con deferencia, y cuando comenzaban a orar juntos ante el buen Dios, dijo aquél a sus compañeros: «Si tenéis fe, atreveos a permanecer de pie sobre estos carbones encendidos, rezando lentamente la oración dominical». Aquellos santos varones, al oír la proposición de aquel solitario, pensando que sólo un orgulloso o un hipócrita podía hablar así: «Hermano mío, le dijo San Palemón, rogad a Dios; sois víctima de una tentación; guardaos mucho de cometer una tal locura, ni de proponernos jamás semejante cosa. Nuestro Salvador

nos ha dicho que no hemos de tentar a Dios, y es precisamente tentarle el pedir un milagro de esta suerte». El infeliz hipócrita, en vez de aprovecharse de aquel buen consejo, se ensoberbeció aun más por la vanidad de sus pretendidas buenas obras; avanzó osadamente, y permaneció de pie sobre el fuego sin que nadie se lo mandase, sólo por instigación del demonio, enemigo de los hombres... Dios, a quien el orgullo había expulsado de aquel corazón, por un secreto y espantoso juicio, permitió al demonio que librase a su víctima de los efectos del fuego, lo cual acabó de exaltar su ceguera, creyéndose ya perfecto y un gran santo. Al día siguiente por la mañana, se despidió de los dos anacoretas, reprendiéndoles su falta de fe: «Ya habéis visto de lo que es capaz aquel que tiene fe.» Pero, ¡ay!, pasado algún tiempo, viendo el demonio que aquel infeliz era ya suyo, y temiendo perderle, quiso asegurarse de su víctima, y poner el sello a su reprobación. Tomó la figura de una mujer ricamente vestida, llamó a la puerta de la celda de aquel solitario, diciéndole que se hallaba perseguida por sus acreedores, que temía un atropello por no tener con qué pagar; así es que, conociendo el carácter caritativo del solitario, a él recurría. «Os suplico, dijo ella, que me admitáis en vuestra celda, para librarne así del peligro.» Aquel infeliz, después de haber abandonado a Dios y de haberse dejado arrancar por el demonio los ojos del alma, no acertó a ver el peligro que corría; así pues, la admitió en su celda. Poco después se sintió fuertemente tentado contra la santa virtud de la pureza, y admitió los pensamientos que el demonio le sugería. Se fué acercando a aquella pretendida mujer, que era el demonio, y llegó hasta a tocarla. Entonces el demonio se arrojó sobre el solitario, cogiéndole, y le arrastró un buen trecho por el camino, golpeándole y maltratándole en tal forma, que su cuerpo quedó enteramente molido.

Dejóle el demonio tendido en tierra, donde quedó sin sentido por mucho tiempo. Pasados algunos días, algo repuesto ya del percance y arrepentido de la culpa, fué otra vez a visitar a aquellos dos solitarios, para comunicarles lo que le había acontecido. Después de haberles narrado el caso, con lágrimas en los ojos, les dijo: «¡Ah! Padres míos, debo confesar que todo ello me aconteció solamente por mi culpa; yo solo fuí la causa de mi perdición, pues no era más que un orgulloso, un hipócrita, que pretendía pasar por más bueno que lo que realmente era. Os ruego encarecidamente me socorráis con el auxilio de vuestras oraciones, pues temo que, si el demonio vuelve a cogerme, me hace trizas». Mientras estaban llorando los tres juntos, he aquí que el demonio lo agarró, y se lo llevó con una rapidez espantosa a través de los bosques hasta la ciudad de Panópolis en la que había un grande horno. Lo arrojó dentro, y allí murió el infeliz, abrasado, a los pocos momentos (1). Pues bien, H. M., ¿de dónde le vino tan horrible castigo? ¡Ay! su corazón estaba falto de humildad, es cierto; pero era además un hipócrita y no conocía su religión.

¡Ay! cuántas personas, a pesar de practicar muchas obras buenas, se pierden por no conocer como debieran su religión. Algunos se entregarán a la oración, y hasta frecuentarán los sacramentos; pero al mismo tiempo conservarán siempre los mismos vicios, y acabarán por familiarizarse con Dios y con el pecado. ¡Ay! ¡cuán grande es el número de esos infelices! Mirad a aquel que parece ser un buen cristiano, hacedle observar que con su proceder está perjudicando a alguien, hacedle notar sus defectos, convencidle de alguna injusticia consentida quizás en lo íntimo de su corazón; pronto le veréis montar en cólera y aborre-

---

(1) *Vida de los Padres del desierto*, t. 1, pág. 256.

ceros. El odio y el enojo se apoderarán de él... Mirad a otro : porque no le juzgáis digno de acercarse a la Sagrada Mesa, os contestará enojado, y concentrará contra vos su odio, cual si hubieseis sido causa de que le sobreviniera algún mal. Otros, en cuanto les acaece alguna pena o contrariedad, en seguida abandonan los sacramentos y las funciones piadosas. Cuando un feligrés tiene alguna cuestión con su párroco, en seguida germina el odio en su corazón, sin considerar que lo que le habrá advertido su pastor iba encaminado al bien de su alma. Desde aquel momento sólo hablará mal del párroco, se complacerá oyendo murmurar de él, y echará a mala parte todo cuanto del sacerdote se diga. ¿ De dónde proviene esto, H. M. ? ¡ Ay ! es porque aquella persona posee sólo una falsa devoción, y nada más. En otra ocasión, será uno a quien habréis negado la absolución o la Sagrada Comunión ; miradle cómo se revuelve contra su confesor, a quien tratará peor que a un demonio. Y no obstante, de ordinario le veréis servir a Dios con fervor y os hablará de las cosas santas cual un ángel en cuerpo humano. ¿ Por qué, H. M., tanta inconstancia ? ¡ Ay ! porque es un hipócrita que no se conoce ni se conocerá tal vez nunca, y, con todo, no quiere ser tenido por tal. A otros veréis que, bajo el pretexto de que tienen alguna apariencia de virtud, si uno se encomienda en sus oraciones para obtener alguna gracia, en cuanto habrán hecho algunas oraciones, en seguida os preguntarán si se ha conseguido lo que pidieron. Si sus oraciones no fueron oídas, las redoblan con más ahinco : llegan a creerse capaces de obrar milagros. Pero si no se alcanzó lo que pedían, los veréis desanimados, llegando a perder toda afición a orar. Anda, ciego infeliz, jamás te conociste, no eres más que un hipócrita. A otro oiréis hablar de Dios con gran ardor ; si aplaudís su celo, llegará a derramar lágrimas ; pero si le decís algo que no sea de su gusto,



en seguida levantará la cabeza ; mas, no atreviéndose a mostrarse tal cual es, os guardará un odio perdurable en su corazón. ¿ Por qué esto, sino porque su religión es sólo de capricho y está supeditada a sus inclinaciones ? Engañáis al mundo y os engañáis a vosotros mismos ; pero a Dios no le engañáis ; y El os hará ver un día cómo sólo fuisteis un hipócrita.

¿ Queréis saber lo que es la falsa virtud ? Aquí tenéis un ejemplo. Leemos en la historia que un solitario se fué a encontrar a San Serapio para encomendarse en sus oraciones ; San Serapio le dijo que rogase por él, pero el otro le respondió, con palabras que revelaban la mayor humildad, que no merecía tanta dicha, pues era un gran pecador. El Santo le dijo entonces que se sentase a su lado, mas él contestó que era indigno de ello. Al llegar a este punto, el Santo, para conocer si aquel solitario era tal como quería aparentar, le dijo : « Creo, amigo mío, que haríais mejor permaneciendo en vuestra soledad, que no vagando por el desierto cual hacéis ». Estas palabras le encolerizaron en gran manera. « Amigo mío, repuso el Santo, acabáis de decirme que sois un gran pecador, hasta el punto que os considerabais indigno de sentaros a mi lado, y ahora, porque os dirijo unas palabras llenas de caridad, dais ya rienda suelta a vuestra cólera. Vamos, amigo mío, no poseéis más que una falsa virtud, o mejor, no poseéis ninguna » (1). ¡ Ay ! H. M., ¡ cuántos cristianos hay semejantes a ese infeliz ! por sus palabras parecen santos, pero, a la menor expresión que no sea de su gusto, los vemos ya fuera de sí, poniendo al descubierto la miseria de su alma.

Si, por una parte, vemos cuán grande sea este pecado, por otra vemos también cómo Dios lo castiga con mucho rigor, según voy a mostraros ahora con un

---

(1) *Vida de los Padres del desierto*, t. II, pág. 417.

ejemplo. Leemos en la Sagrada Escritura (1) que el rey Jeroboam envió a su mujer al encuentro del profeta Abías, a fin de consultarle acerca de la enfermedad de su hijo. Para ello hizo que su mujer se disfrazase y presentase toda la apariencia de una persona de gran piedad. Usó de este artificio, por temor de que el pueblo no se diese cuenta de que consultaba al profeta del verdadero Dios y le echase en cara la falta de confianza en sus ídolos. Mas, si podemos engañar a los hombres, no podemos engañar a Dios. Cuando aquella mujer entró en la morada del profeta, sin que él la viese, le dijo en alta voz: «Mujer de Jeroboam, ¿por qué finges ser otra de la que eres? Ven, hipócrita, voy a anunciarte una mala noticia de parte del Señor. Sí, una mala noticia, escúchala: el Señor me ha ordenado decirte que va a precipitar sobre la casa de Jeroboam toda suerte de males; hará que perezcan hasta los animales; los de la casa que mueran en el campo, serán comidos de los pájaros, y los que mueran en la ciudad serán comidos de los perros. Anda, mujer de Jeroboam, anda a anunciar esto a tu marido. Y en el mismo momento en que pondrás los pies en la ciudad, tu hijo morirá». Todo aconteció tal como había predicho el profeta del Señor; ni uno sólo escapó a la venganza divina.

Ya veis, H. M., la manera cómo el Señor castiga el pecado de hipocresía. ¡Ay! cuántas personas, engañadas por el demonio sobre este punto, no solamente pierden todo el mérito de sus buenas obras, sino que ellas vienen a convertirse en motivo de condenación. Sin embargo, debo advertiros, H. M., que no es la magnitud de las acciones lo que les da magnitud de mérito, sino la pureza de intención con que las practicamos. El Evangelio nos presenta un claro ejemplo a

---

(1) III Reg., XIV.

este respecto. Refiere San Marcos (1) que, habiendo entrado Jesús en el templo, se colocó frente al cepillo donde se echaban las limosnas para los pobres (2). Observó allí la manera como el pueblo echaba el dinero; vió a muchos ricos que ofrecían grandes cantidades; pero vió también a una pobre viuda que se acercó humildemente al lugar aquel y metió solamente dos piezas de moneda pequeña. Entonces Jesucristo llamó a sus apóstoles, y les dijo: «Aquí veis mucha gente que ha puesto considerables limosnas en el cepillo, mas fijaos también en esa pobre viuda que no ha echado más que dos óbolos; ¿qué pensáis de tal diferencia? Juzgando según las apariencias, creeréis tal vez que los ricos tienen más mérito, pero yo os digo que esa viuda ha dado más que nadie, ya que los ricos dieron de lo que les sobra, pero esa pobre mujer ha dado de lo que le es necesario; la mayor parte de los ricos en sus dádivas buscaron la estimación de los hombres para que se los considere mejores de lo que son, al paso que esa viuda ha dado solamente con la intención de agradar a Dios». Ejemplo admirable, H. M., que nos enseña con qué pureza de intención y con qué humildad hemos de realizar nuestras obras, si queremos que sean merecedoras de recompensa. Ciertamente que Dios no nos prohíbe ejecutar nuestros actos delante de los hombres; pero quiere también que, en los motivos de nuestras acciones, para nada entre el mundo y que sólo a El sean consagradas.

Por otra parte, H. M., ¿por qué quisiéramos parecer mejores de lo que somos, sacando al exterior una bondad que no poseemos realmente? ¡Ay! H. M., porque nos gusta ver alabado lo que hacemos; estamos celosos de esta forma del orgullo y nos sacrificamos

---

(1) Marc., XII, 41-44.

(2) El dinero que se echaba en el cepillo estaba destinado a la conservación del Templo, mejor que al socorro de los pobres.

mos para procurárnosla : es decir, sacrificamos nuestro Dios, nuestra alma y nuestra eterna felicidad. ¡ Oh Dios mío, cuánta ceguera ! ¡ Ah ! ¡ maldito pecado de hipocresía, cuántas almas arrastras al infierno, con actos que, ejecutados rectamente, las llevarían seguramente al cielo ! ¡ Ay ! son muchos los cristianos que no se conocen ni desean conocerse ; siguen su rutina, sus costumbres, mas no quieren oír la voz de la razón ; son ciegos y caminan ciegamente. Si un sacerdote intenta hacerles conocer su estado, no lo escuchan, o bien, si aparentan fijar su atención en lo que les dice, después no se preocupan en lo más mínimo de ponerlo en práctica. Este es, H. M., el más desgraciado y tal vez el más peligroso estado que imaginarse pueda.

III. — Hemos dicho que la tercera condición necesaria a la virtud, era la *perseverancia* en el bien. No hemos de contentarnos con obrar el bien durante un tiempo determinado : es decir, orar, mortificarnos, renunciar a la voluntad propia, sufrir los defectos de los que nos rodean, combatir las tentaciones del demonio, sostener los desprecios y calumnias, vigilar todos los movimientos de nuestro corazón ; no, H. M., no, debemos continuar todo esto hasta la muerte, si queremos ser salvos. Dice San Pablo que hemos de ser firmes e inquebrantables en el servicio de Dios, trabajando todos los días de nuestra vida en la santificación de nuestra alma, con la convicción de que nuestro trabajo será tan sólo premiado si perseveramos hasta el fin. «Es preciso, nos dice, que ni las riquezas, ni la pobreza, ni la salud, ni la enfermedad, sean capaces de hacernos abandonar la salvación del alma, separándonos de Dios ; pues hemos de tener por cierto que Dios sólo coronará las virtudes que habrán perseverado hasta la muerte» (1).

---

(1) Rom., VIII, 38.



Esto es lo que vemos de una manera admirable en el Apocalipsis, en la persona de un obispo tan santo en apariencia que hasta Dios hace el elogio de sus actos. «Conozco, le dice, todas las buenas obras que has practicado, todas las penas que has experimentado, la paciencia que has tenido; sí, no ignoro que no puedes sufrir la maldad y que has soportado todos tus trabajos por la gloria de mi nombre; sí, todo esto lo sé, y, sin embargo, debo reprenderte en una cosa: y es que, en lugar de perseverar en tus buenas obras, en todas tus virtudes, te has relajado, has abandonado tu primer fervor, no eres lo que habías sido en otro tiempo. Acuérdate hasta qué punto has venido a menos, y vuelve a tu primer fervor mediante una pronta penitencia; de lo contrario te rechazaré y serás castigado» (1). Decidme, H. M., ¿cuál deberá ser nuestro temor, viendo las amenazas que el mismo Dios dirige a aquel obispo por haberse relajado un poco? ¡Ay! H. M., ¿qué es de nosotros aun después de nuestra conversión? En vez de progresar cada vez más, ¡ay! ¡qué flojedad, qué indiferencia! No, Dios no puede sufrirla esa perpetua inconstancia, en la que pasamos sucesivamente de la virtud al vicio y del vicio a la virtud. Decidme, H. M., ¿no es ésta vuestra conducta, no es ésta vuestra manera de vivir? ¿Qué es vuestra vida miserable sino un seguido de pecados y virtudes? ¿Acaso no os confesáis hoy de los pecados, para recaer en ellos mañana y quizá el mismo día? ¿No es cierto que, después de haber prometido formalmente dejar a las personas que os indujeron al mal, volvisteis a su compañía en cuanto tuvisteis ocasión? ¿No es cierto que, después de haberos acusado de trabajar en domingo, volvéis a las andadas como si tal cosa? ¿No es verdad que prometisteis a Dios no volver al baile, a la taberna, al juego,

---

(1) Apoc., II, 1-5.

y habéis recaído en todas esas culpas? ¿Por qué esto, H. M., sino porque practicáis una religión falsificada, una religión de rutina, una religión regulada por vuestras inclinaciones, mas no arraigada en el fondo de vuestro corazón? Anda, amigo mío, eres un inconstante. Anda, hermano mío, toda tu devoción está falsificada; en todo cuanto practicas, eres un hipócrita y nada más: el primer lugar de tu corazón no lo ocupa Dios, sino el mundo y el demonio. ¡Ay! H. M., ¡cuántas personas parecen durante algún tiempo amar de veras a Dios, mas en seguida le abandonan! ¿Qué cosa halláis dura y penosa en el servicio de Dios, que os haya podido decidir a dejarlo para seguir el mundo? Si Dios os hace la merced de dejaros conocer vuestro estado, no podréis menos que llorar vuestro extravío, reconociendo el engaño de que fuisteis víctimas. ¡Ay! la causa de no haber perseverado, fué porque el demonio sentía mucho haberos perdido; puso en juego toda su astucia, y os ha reconquistado, con la esperanza de guardaros para siempre. ¡Ay! ¡cuántos apóstatas que renunciaron a su religión! ¡cristianos sólo de nombre!

Pero, me diréis, ¿cómo vamos a conocer que nuestra religión está en el corazón, es decir, que tenemos una religión que no se ve jamás desmentida? — Ahora lo veréis, H. M., atended bien y vais a conocer si la vuestra ha sido tal como Dios la quiere para que os conduzca al cielo. El que tiene una virtud verdadera, no cambia ni se conmueve por nada, cual un peñasco en medio del mar azotado por las olas embravecidas. Que se os desprecie, que se os calumnie, que se burlen de vosotros, que os traten de hipócrita, de falso devoto: nada de esto os quita la paz del alma; tanto amáis a los que os insultan como a los que os alaban; no dejáis por esto de hacerles bien y de protegerlos, aunque hablen mal de vosotros; continuáis en vuestras oraciones, en vuestras confesiones, en vuestras comu-

niones, continuáis asistiendo a la santa Misa como si nada ocurriese. Y para que comprendáis mejor esto, escuchad un ejemplo. Se refiere que en una parroquia había un joven que era un modelo de virtud. Asistía casi todos los días a la santa Misa y comulgaba con frecuencia. Otro joven, envidioso de la estimación en que era tenido aquel compañero suyo, aprovechando la ocasión en que ambos se hallaban en compañía de un vecino que tenía una tabaquera de oro, el envidioso la sustrajo del bolsillo del vecino y la depositó, disimuladamente, en el del joven bueno. Hecho esto, con gran naturalidad pidió a aquél que le dejase ver su hermosa tabaquera. Buscóla él en sus bolsillos, pero inútilmente. Entonces prohibióse salir a nadie del recinto aquel, sin ser previamente registrado. La tabaquera fué encontrada en el bolsillo de aquel joven que era un modelo de virtud. Al ver esto la gente, comenzó a tratarle de ladrón, haciendo hincapié en su religión y llamándole hipócrita y falso devoto. El joven, viendo que el cuerpo del delito había sido hallado en su bolsillo, comprendió que no tenía defensa, y sufrió todo aquello como venido de la mano de Dios. Al pasar por las calles, al salir de la iglesia donde iba a oír Misa o a comulgar, todos cuantos le veían le insultaban llamándole hipócrita, falso devoto y ladrón. Esto duró mucho tiempo. A pesar de ello, continuó siempre sus ejercicios de devoción, sus confesiones, sus comuniones y todas sus prácticas, cual si la gente le mirara con el mayor respeto. Pasados algunos años, el infeliz que había sido causa de aquello, cayó enfermo, y entonces confesó, delante de cuantos se hallaban presentes, haber sido él la causa de todo el mal que del joven se había hablado, ya que aquél era un santo, mas él por envidia, a fin de lograr su descrédito, le había metido aquella tabaquera en el bolsillo.

Pues bien, H. M., a esto se llama una religión

verdadera, ésta es una religión que ha echado raíces en el alma. Decidme, ¿cuántos cristianos, de los que pasan por devotos, imitarían a aquel joven si se les sujetase a tales pruebas? ¡Ay! H. M., ¿cuántas quejas, cuántos resentimientos, cuántos pensamientos de venganza! no se detendrían ante la maledicencia ni la calumnia, y aun tal vez algunos acudirían a los tribunales de justicia... En casos tales, el ofendido o víctima se desata contra la religión, la desprecia, habla mal de ella; ya no quiere orar, ni oír la santa Misa, no sabe lo que se hace, procura hacer girar la conversación sobre su caso y alegar todo cuanto pueda justificarle, y al mismo tiempo acumula en su memoria todo el mal que el ofensor ha obrado en su vida, para contarlo a los demás. ¿Por qué todo esto, H. M., sino porque tenemos una religión de capricho y de rutina, o por mejor decir, porque no somos sino unos hipócritas, dispuestos a servir a Dios solamente cuando todo marcha a nuestro gusto? ¡Ay! H. M., todas esas virtudes que vemos brillar en muchos cristianos, se asemejan a una flor de primavera: sécanse al primer soplo de viento cálido.

Hemos dicho, además, que nuestra virtud, para ser verdadera, ha de ser *constante*: es decir, que debemos permanecer fervorosos y unidos a Dios, lo mismo en la hora del desprecio y del sufrimiento, que en la del bienestar y prosperidad. Esto es lo que hicieron todos los santos; mirad esa multitud de mártires arrostrando todo cuanto la rabia de los tiranos pudo inventar, y no obstante, lejos de relajarse, se unían más y más a Dios. Ni los tormentos, ni los desprecios con que se los insultaba lograban hacerles mudar de manera de vivir.

Mas tengo para mí que el mejor modelo que a este respecto puedo presentaros es el santo varón Job, agobiado por las duras pruebas que Dios le enviara. El Señor dijo un día a Satán: «¿De dónde vienes?» —



«Vengo, contestó, de dar la vuelta por el mundo.» — «¿Has visto al buen varón Job, hombre sin igual en la tierra, por su sencillez y rectitud de corazón?» El demonio le contestó: «No es difícil que os ame y os sirva fielmente, pues le colmáis con toda suerte de bendiciones; ponedlo a prueba, y veremos si se mantiene fiel». El Señor contestó: «Te concedo sobre él todo poder, menos el de quitarle la vida». El demonio, lleno de alegría, con la esperanza de inducir a Job a quejarse de su Dios, comenzó destruyéndole todas sus riquezas que eran inmensas. Ahora veréis lo que hizo el demonio para probarlo. Esperando arrancarle alguna blasfemia o a lo menos alguna queja, le causó, uno después de otro, toda suerte de contratiempos, de percances y de desgracias, a fin de no darle ocasión ni de respirar. Un día, mientras se hallaba tranquilo en su casa, llegó uno de sus criados lleno de espanto. «Señor, le dijo, vengo para anunciaros una gran catástrofe: todo vuestro ganado de carga y trabajo acaba de caer en manos de unos bandidos, los cuales, además, han asesinado a todos vuestros servidores; solamente yo he podido escapar para venir a daros cuenta del percance.» Aun no había terminado, cuando llegó otro mensajero, más espantado que el primero, y dijo: «¡Ay! señor, una tempestad horrorosa se ha desencadenado sobre nosotros, el fuego del cielo ha devorado vuestros rebaños y ha abrasado a vuestros pastores; sólo yo he conservado la vida para venir a comunicaros la desgracia». Aun estaba éste hablando, cuando llegó un tercer mensajero, pues el demonio no quería dejarle tiempo para respirar ni volver sobre sí. Con gran sentimiento dijo: «Hemos sido atacados por unos ladrones, que se llevaron vuestros camellos y a los siervos que los conducían; sólo yo, huyendo, he podido librarme del ataque, para venir a daros cuenta del mismo». A estas palabras llegó un cuarto emisario, el cual, con

lágrimas en los ojos, dijo : « ¡ Ah ! señor, ¡ ya no tenéis hijos !... mientras estaban comiendo juntos, un tremendo huracán ha derrumbado la casa, y los ha aplastado a todos entre los escombros, así como a los criados ; sólo yo me he salvado por milagro ». Cuando le estaban narrando tal cúmulo de males según el mundo, no hay duda que Job hubo de sentirse movido a compasión por la muerte de sus hijos. Al instante quedó abandonado de todos : cada cual huyó por su lado, y quedó él solo con el demonio, quien abrigaba aún la esperanza de que tantos males le llevarían a la desesperación, o a lo menos a quejarse con alguna impaciencia ; pues, por sólida que sea la virtud, no nos hace insensibles a los males que experimentamos ; los santos no tienen, ciertamente, un corazón de mármol. Aquel santo varón recibe en un momento los golpes más sensibles para un poderoso del mundo, para un rico y para un padre de familias. En un solo día, de príncipe y, por consiguiente, del más feliz de los hombres, queda convertido en un miserable, lleno de toda clase de infortunios, privado de lo que más amaba en esta vida. Prorrumpiendo en llanto, se postra, la faz en tierra ; pero ¿ qué hace ? ¿ se queja ? ¿ murmura ? No, H. M., no. La Sagrada Escritura nos dice que adora y respeta la mano que le golpea ; ofrece al Señor el sacrificio de su familia y de sus riquezas ; y lo ofrece con la más generosa, perfecta y entera resignación, diciendo : « El Señor, autor de todos mis bienes, es también su dueño ; todo ha acontecido porque esta era su santa voluntad ; sea bendito su santo nombre en todo momento » (1).

¿ Qué opináis, H. M., de este ejemplo ? ¿ es ésta una virtud sólida, constante y perseverante ? ¿ Podemos creernos virtuosos, cuando, a la primera prueba que el Señor nos envía, nos quejamos, y con frecuencia

---

(1) Job, I.

llegamos a abandonar su santo servicio? Pero aun no habían terminado las penas del santo varón; viendo el demonio que nada había logrado, atacó a su misma persona; su cuerpo quedó cubierto de llagas, su carne se deshacía en jirones. Mirad también a San Eustaquio, ¡cuánta constancia en soportar los sufrimientos que Dios le enviara para ponerlo a prueba!

¡Ay! H. M., ¡cuán escasos son los cristianos que en tales trances no cayesen en la tristeza, en la murmuración y aun quizá en la desesperación! que no maldijeran su suerte, o hasta tal vez llegaran a manifestar su odio a Dios, diciendo: «¡Qué es lo que hicimos para que se nos trate de esta manera!» ¡Ay! H. M., ¡cuánta virtud fingida, puramente exterior, y desmentida a la menor prueba!

De aquí hemos de concluir, H. M., que nuestra virtud, para que sea sólida y agradable a Dios, ha de radicar en el corazón, ha de buscar sólo a Dios, y ocultar, cuanto sea posible, sus actos al mundo. Hemos de andar con cuidado en no desfallecer en el servicio de Dios; antes al contrario, debemos marchar siempre adelante, ya que por este medio los santos aseguraron su eterna bienaventuranza. Esta es la gracia que os deseo...

# DOMINGO OCTAVO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

## SOBRE EL JUICIO PARTICULAR

*Redde rationem villicationis tuae.*  
Ríndeme cuentas de tu administración.

(S. Lucas, XVI, 2.)

¿Seremos capaces, H. M., de pensar seriamente en la severidad de los juicios de Dios, sin sentirnos penetrados del más vivo temor? ¡Ay! H. M., ¡los días de nuestra vida están rigurosamente contados; más aún, ignoramos la hora y el momento en que nuestro soberano Juez tiene decretado citarnos ante su tribunal, el cual momento será tal vez el que menos esperemos, o aquel en que menos dispuestos nos hallemos para rendir tan temible cuenta!... Os aseguro, H. M., que, si se pensara en ello maduramente, habría motivo para entregarse a la desesperación, si la religión no nos enseñase que podemos hacer menos temible aquella hora suprema llevando una vida que en todo momento nos ofrezca la segura esperanza de que Dios se apiadará de nosotros. Cuidemos, H. M., de que, cuando llegue aquel momento, no nos veamos comprometidos como aquel mayordomo de que nos habla Jesús en el Evangelio. Voy pues ahora a mostraros, H. M.: 1.º cómo hay un juicio particular en el que deberemos rendir muy exacta cuenta de todo el bien y de todo el mal que hayamos hecho; 2.º cuáles son las medidas que



deberemos adoptar para prevenir el rigor de aquella cuenta.

I. — Sabemos todos, H. M., que hemos de ser juzgados dos veces : una, en el gran día de las venganzas, esto es, al fin de los siglos, en presencia de todo el universo ; entonces aparecerán manifiestas a los ojos de todo el mundo nuestras acciones buenas o malas. Mas, antes de aquel día tan terrible y desgraciado para los pecadores, tendremos que someternos también a juicio, en el momento de nuestra muerte, en el mismo instante en que exhalamos nuestro último aliento. Sí, H. M., toda la condición del hombre está condensada en estas tres palabras : vivir, morir y ser juzgado. Es ésta una ley fija e invariable para todos los hombres. Nacemos para morir, morimos para ser juzgados, y este juicio decidirá de nuestra felicidad o desgracia eternas. El juicio universal, al que todos deberemos comparecer, no será más que la publicación de la sentencia que habrá sido pronunciada a la hora de la muerte de cada cual. Sabéis, H. M., que Dios tiene contados nuestros años (1) ; y, en el número de años que ha determinado concedernos, ha señalado uno que debe ser el último ; en ese último año tiene señalado el último mes ; en aquel mes, un último día, y, finalmente, en aquel día, una última hora, después de la cual habrá pasado por nosotros el tiempo. ¡ Ay ! ¿ qué será de aquel pecador, de aquel impío, que confían continuamente en una vida cada vez más larga ? Hagan esos pobres sus cuentas como les plazca ; después de aquella última hora no habrá lugar ya al arrepentimiento. ¡ Se acabó todo recurso, se acabó toda esperanza !

En el mismo instante, H. M., escuchadlo bien, vos-

---

(1) Breves dies hominis sunt ; numerus mensium eius apud te est (Iob, XIV, 5).

otros, que tan tranquilamente gastáis los días de vuestra vida permaneciendo en pecado ; en el mismo instante en que el alma salga de vuestro cuerpo, seréis juzgados. — Vosotros me diréis : esto de sobras lo sabíamos. — Cierto, mas no lo creéis. Decidme : si lo creyeseis seriamente, ¿ cómo podríais permanecer en un estado que os pone en peligro continuo de caer en el infierno ? No, no, hijo mío, tú no lo eres ; pues, si lo creyeses, no te expondrías a tan espantosa desgracia. Esto no obstante, llegará el momento en que el Señor aplicará el sello de su inmortalidad y el timbre de su eternidad a vuestra deuda, en el punto en que entonces se halle ; y aquel sello y aquel timbre no habrán de ser rotos jamás. ¡ Oh, momento terrible al par que poco meditado ! ¡ tan corto y tan largo, que corre con tanta rapidez y que arrastra consigo una serie tan espantosa de siglos ! ¿ Qué sucederá, pues, en aquel instante tan espantoso ? ¡ Ay ! H. M., sucederá que todos y cada uno en particular tendremos que comparecer ante el tribunal de Jesucristo, para ser juzgados y dar cuenta del bien y el mal que habremos hecho. El juicio particular, H. M., es cosa tan cierta, que Dios, para convencernos de ello y a fin de que nos preparemos para tan terrible paso, algunas veces ha dado a conocer a los vivientes las señales de aquel acto trascendental (1).

Vemos en la historia que había un joven libertino, entregado a toda suerte de vicios, si bien había sido educado muy cristianamente por su madre ; una noche, después de haber pasado el día en los más grandes excesos, tuvo un sueño. Vióse transportado ante el tribunal de Dios. Imposible describir cuál sería su vergüenza, su confusión y la amargura de su alma. Al despertar, se halló con una ardiente fiebre, lleno de sudor, fuera de sí, y los cabellos convertidos en canas. A los pri-

---

(1) San Jerónimo. (Nota del Santo).

meros que le vieron en aquel estado, les dijo : «Dejadme solo, dejadme solo, he visto a mi Juez : ¡ ah ! ¡ y cuán terrible es ! ¡ Perdón, Dios mío ! ¡ perdón ! ». Al tener noticias sus compañeros de orgía de que su amigo estaba enfermo y lleno de desolación, fueron a verle para consolarle. « Apartaos de mí, les dijo, ya no sois mis amigos, no quiero volver a veros en adelante. ¡ Ah ! he visto a mi Juez. ¡ Ah ! ¡ cuán terrible es ! ¡ Cuánta majestad la suya ! ¡ de qué gloria está revestido ! ¡ Ah ! ¡ cuántas acusaciones, cuántas preguntas a las que nada he podido responder ! Todos mis crímenes están escritos, los he leído todos. ¡ Ah ! ¡ cuán grande es su número ! ¡ Ahora es cuando conozco yo su enormidad ! ¡ Ay ! he visto una legión de demonios que sólo esperaban una señal para arrastrarme al infierno. ¡ Retiraos, falsos amigos, jamás os he de ver ! ¡ Cuán dichoso sería yo si, mediante los rigores de la penitencia, pudiese aplacar a tan terrible Juez !... A ello me consagraré durante mi vida. ¡ Ay ! ¡ pronto deberé comparecer allí de veras ! ¡ tal vez hoy mismo !... ¡ Dios mío, perdonadme !... ¡ Dios mío, tened misericordia de mí !... ¡ Ah ! no me perdáis, por favor, tened piedad de mí !... Haré penitencia durante toda mi vida. ¡ Oh ! ¡ cuántos pecados cometí !... ¡ Oh ! ¡ cuántas gracias desprecié !... ¡ Oh ! ¡ cuánto bien hubiera podido hacer y no hice !... ¡ Dios mío, no me arrojéis al infierno ! » Pero, H. M., no se redujo todo a esto, sino que pasó el resto de su vida llorando y haciendo penitencia. ¡ Cuán terrible será aquel momento, H. M., para quien no haya obrado el bien y se haya entregado al mal !

Sí, H. M., rendiremos cuentas de todos nuestros actos buenos o malos : todo aparecerá delante de nuestro supremo Juez en el mismo momento en que nuestra alma se separe del cuerpo. Sí, H. M., Dios nos pedirá cuenta de cuantos bienes hayamos recibido. Estos bienes se clasifican en tres órdenes : bienes de

naturaleza, bienes de fortuna y bienes de la gracia. Todos ellos entrarán en la cuenta. Los bienes de naturaleza se refieren al cuerpo y al alma; habremos de dar cuenta del uso que hicimos de nuestro cuerpo. Se nos preguntará si hemos empleado nuestras fuerzas en servir al prójimo, en trabajar para tener con qué dar limosna, en hacer penitencia, en viajar para hacer visitas a los lugares que Dios se sirvió adornar con singulares privilegios (1), o, por el contrario, si sólo hemos empleado nuestra salud y nuestro cuerpo en correr por casas de juego, tabernas, o en robar al prójimo, en trabajar el santo día del domingo, en emprender viajes en días festivos, en vez de emplear tan santos días practicando obras de amor a Dios y al prójimo, instruyendo a los ignorantes, dándoles sanos consejos, guiándolos hacia Dios y apartándolos del mal. Después se nos examinará acerca de si empleamos nuestro ingenio para el mal: es decir, para aprender cosas malas; si leímos libros perversos, si frecuentamos la compañía de los impíos, si iniciamos a los demás en las prácticas del mal; si nos hemos servido de nuestro talento para engañar a los otros en las compras y ventas, para declarar falsamente ante los tribunales de justicia, para promover pleitos, para incitar a los demás a vengarse, o a hablar mal de la religión, para enseñarles impiedades contra la misma: como, por ejemplo, hacerles creer que la religión no es buena, que no es verdadero cuanto ella nos dice, que los sacerdotes predicán lo que quieren... Nos examinará, además, el Supremo Juez acerca de si empleamos nuestro ingenio en componer canciones malas e impuras, o libelos contra la fama del prójimo; si hemos comunicado a los demás nuestra ciencia del mal. Nos pedirá cuenta de si empleamos nuestro talento en

---

(1) El Santo cita aquí como ejemplo los santuarios de Nuestra Señora de Fourvière, San Francisco de Regis, etc., pero puédense citar Montserrat, El Pilar, Santiago, etc. (Nota del Traductor).



instruirnos; si la belleza de nuestro cuerpo ha servido para envanecernos y no para admirar la sabiduría y la omnipotencia de Dios; si nos hemos servido de dichos dones para precipitar a los demás en el mal, como hace, por ejemplo, una mujer que se adorna para atraer las miradas de la gente. El Señor nos examinará acerca de si empleamos bien nuestra fortuna, recordándonos que no somos más que administradores, por lo cual se nos imputará como pecado todo lo que gastamos indebidamente. Entonces Dios pondrá de manifiesto la insensatez de aquellos padres y madres que, comprando objetos de vanidad para sus hijos, no hicieron más que contribuir a la perdición de su alma; les mostrará todo el dinero gastado inútilmente en las casas de juego, tabernas, bailes y otras cosas por el estilo. También nos pedirá cuenta de lo que dejamos perder, y habríamos podido dar a los pobres. ¡Ay! ¡cuántos pecados en los cuales nunca habíamos pensado! No los queremos reconocer ahora, y habremos de reconocerlos en aquel momento; ¡pero será ya demasiado tarde!

Vamos ahora, H. M., a otra cuenta mucho más terrible aún, a saber, la de la gracia. Comenzará Dios manifestándonos los beneficios que nos ha concedido: primero, haciéndonos nacer en el seno de la Iglesia católica, cuando tantos otros nacieron y murieron fuera de ella. Nos hará ver cómo hasta entre los cristianos hay un número infinito que murieron sin recibir la gracia del santo Bautismo. Nos hará ver el número de años, de meses y de días que nos conservó la vida hallándonos en pecado; en cuyo tiempo, a la muerte habría seguido irremisiblemente el infierno. Pondrá ante nuestros ojos todos los buenos pensamientos, las santas inspiraciones, los buenos deseos que durante la vida nos ha sugerido. ¡Ay! ¡cuántas gracias despreciadas! Nos recordará todos los sermones e instrucciones oí-

dos durante nuestra vida ; cuántos libros de doctrina y lecturas estuvieron a nuestra disposición, para que nos aprovechásemos de su contenido ; todas nuestras confesiones, todas nuestras comuniones, y tantas otras gracias que del cielo hemos recibido. ¡ Cuántos cristianos, sin haber recibido una centésima parte, se santificaron ! Mas, H. M., ¿ qué fué de todos estos beneficios, de todas estas gracias ? ¿ qué provecho hemos sacado ? ¡ Triste momento para un cristiano que todo lo despreció, que no se aprovechó de nada ! ¿ Sabéis, H. M., lo que recibisteis ? Oíd lo que nos dice San Gregorio : « ¡ Ah ! hijo mío, mira esta cruz, y verás lo que ha costado a un Dios merecernos la vida ». Por esto, cuando San Agustín meditaba sobre la rendición de cuentas por las gracias recibidas y despreciadas, exclamaba : « ¡ Ay, desgraciado ! ¿ qué será de mí, cuando tantas gracias he recibido ? ¡ Ay ! ¡ me causan mayor temor las gracias recibidas que los pecados que he cometido, con ser ellos muy numerosos ! Dios mío, ¿ cuál será mi suerte ? » Leemos en la vida de Santa Teresa que, en su última enfermedad, se sintió transportada ante el juicio de Dios ; al volver en sí, le preguntaron por qué estaba tan temerosa después de haber hecho tanta penitencia. « ¡ Ay !, dijo, mucho temor he de tener ». Le preguntaron si temía la muerte. « No », dijo. Si acaso temía el infierno. « Tampoco », contestó. ¿ Qué es, pues, lo que la hacía temblar ? « ¡ Ay ! mi vida habrá de ser confrontada con la de Jesucristo ; ¡ ay de mí, si presento aunque sea tan sólo una sombra de pecado ! » Mas ¿ qué será de nosotros, H. M., cuando Jesús nos reprenda por el desprecio y abuso que hicimos de su Sangre preciosa y de todos sus méritos ? « ¡ Ah ! ingrato pecador, nos dirá, vid infructuosa, árbol estéril, ¿ qué más debí hacer por tu salvación ? ¿ No tenía motivos para esperar de ti frutos de vida eterna ? ¿ Dónde están tus buenas obras ? ¿ Dónde las oraciones

que debían complacerme y mover mi corazón? ¿Dónde tus buenas confesiones? ¿Y las buenas comuniones que debían hacerme nacer de nuevo en tu corazón, e indemnizarme, en alguna manera, de los tormentos que experimenté por tu salvación, dónde están? ¿Dónde, las penitencias practicadas, las lágrimas vertidas para borrar los pecados que cometiste? ¿Dónde están las buenas obras correspondientes a tantos pensamientos, deseos y ocasiones como yo te proporcioné? ¿Dónde, aquellas Misas santamente oídas, con las cuales habrías podido satisfacer por tus pecados? ¡Ah, desgraciado! sólo has producido obras de iniquidad, sólo has empleado tus energías en renovar los sufrimientos de mi pasión y de mi muerte. ¡Anda, apártate de mí, te maldigo por toda una eternidad! En el día del juicio final, mostraré a la faz del mundo, todo el bien que pudiste hacer y no hiciste, todas las gracias que te concedí y tú despreciaste». ¡Ay! cuántas reprensiones, cuántos pecados que no habíamos ni siquiera sospechado! ¡Ay! ¡cuán terrible será aquella cuenta! Ved aquí un ejemplo que os lo demostrará. Refiere San Juan Clímaco (1) que un anacoreta llamado Esteban, después de haber llevado una vida lo más santa y austera, siendo ya muy viejo, cayó enfermo, y de aquella enfermedad murió. La vigilia de su muerte, hallóse de golpe fuera de sí, mas no dormido, sino con los ojos abiertos. Miraba a derecha e izquierda de la cama, cual si hubiese allí alguien que le tomase cuenta de sus actos. Oíase a una persona que le preguntaba, y el enfermo contestaba con voz tan fuerte que todos cuantos estaban en la habitación podían oírlo. Se le oía decir: «Sí, es verdad, he cometido tal pecado, mas por su causa he ayunado tantos años». Después la otra voz decía que había cometido tal pecado, y el moribundo

---

(1) *La Escala Santa*, séptimo grado.

contestaba : «No, es falso, no lo he cometido». Pasado un rato se le oía decir : «Sí, confieso que lo he cometido ; pero el Señor es tan misericordioso que me lo perdonó». Era un espectáculo espantoso, nos dice San Juan Clímaco, ver cómo se le pedía a aquel solitario una tan exacta cuenta de sus acciones. Pero lo más espantoso, nos dice el Santo, era que se le acusaba de pecados que jamás había cometido. ¡Qué!, H. M., ¡un santo solitario que pasó cuarenta años en el desierto, que tantas lágrimas había derramado, confiesa él mismo que no puede justificarse de algunas acusaciones que contra él se levantan !... Nos dejó, dice San Juan Clímaco, en una gran incertidumbre sobre su salvación. ¿Qué será, pues, de un pecador que en aquel momento no verá en sí sino mal y nada de bien ? ¡Terrible momento ! ¡instante desesperador ! ¡Y no hallar nada en qué apoyarse !

Ya sabéis que aquel juicio se desenvolverá ante tres testigos : Dios Nuestro Señor, que será el juez ; nuestro ángel de la guarda, que mostrará las obras buenas por nosotros realizadas, y el demonio, que manifestará todo el mal de que hemos sido capaces durante cada uno de los instantes de nuestra vida. Conforme a las deposiciones de los citados testigos emitirá Dios su juicio, y fijará nuestra suerte por toda una eternidad. ¡Ay ! H. M., ¡cuál será el espanto del pobre cristiano que está esperando su sentencia, y que dentro de algunos minutos se hallará ya en el cielo o en el infierno !

Leemos en la historia que un santo abad llamado Agatón, estando en sus últimos momentos, permanecía continuamente con los ojos levantados al cielo sin moverlos para nada. Los religiosos le preguntaron : «Padre, ¿en dónde creéis estar ahora?» — «Me hallo en la presencia de Dios, cuya sentencia estoy aguardando». — «¿Y no os causa miedo?» — «¡Ay ! no sé si todas mis acciones serán bien recibidas ; pienso haber



cumplido los mandamientos ; mas los juicios de Dios son muy distintos de los de los hombres». En aquel momento exclamó : «¡ Ay ! voy a ser juzgado». ¡ Ay ! H. M. ¡ cuántos remordimientos por haber perdido tantos medios de salvación, por haber despreciado tantas gracias que el Señor nos concedió a fin de ayudarnos a ganar el cielo ! ¡ Todo está perdido para nosotros, o mejor, todo coopera a nuestra condenación !

Y si es tan terrible rendir cuentas de las gracias que Dios nos concediera para librarnos del infierno, ¿ cuánto más lo será el ser examinados y juzgados acerca de los pecados que habremos cometido ? Tal vez os consoláis diciendo que no habéis cometido aquellos pecados que tan monstruosos aparecen a los ojos del mundo. Mas ¡ y aquellos pecados internos, H. M. !... ¡ Ay ! ¡ cuántos pensamientos de impureza, cuántos deseos inmundos, cuántos pensamientos de odio, de venganza, de envidia han ocupado vuestra imaginación durante una vida de treinta, cuarenta o, tal vez, ochenta años ! ¡ Ay ! ¡ cuántos pensamientos de orgullo, de celos, cuántos deseos de vengarse, de dañar o de engañar al prójimo ! ¿ Y cuando lleguemos a los pecados de obra ?... ¡ Ay ! cuando Dios tome de manos del demonio el libro de nuestra vida para examinar todas aquellas acciones impúdicas... aquellas obras de corrupción, aquellos actos torpes, aquellas miradas licenciosas, todas las confesiones y comuniones sacrílegas, las estratagemas y astucias empleadas para seducir a aquella persona... ¡ Ay ! ¡ qué será de esas víctimas de la impureza ! ¡ Oh ! ¡ cuánto más afortunadas, si Dios las echase al infierno antes de su muerte, para evitarles el tener que comparecer ante un Juez tan puro !

Según todas las probabilidades, el juicio tendrá lugar en el lecho o en la alcoba del moribundo. ¡ Ay ! aquellos miserables cuya incontinencia excede a la de los más inmundos animales, habrán de leer, como el

impío Baltasar (1), su sentencia de reprobación escrita en las paredes y en los rincones de su casa. ¡Cómo se atreverán a negar, cuando Jesucristo, con el libro en la mano, les mostrará el lugar y la hora en que cometieron el pecado! «Anda, desgraciado, les dirá, te repruebo y te maldigo para siempre!» ¡Ay! H. M., aunque Dios les ofreciese el perdón, es casi seguro que no lo aceptarían, tanto endurece el pecado al corazón. ¡Ah! Jesucristo podría conminarlos con las mismas amenazas que dirigió a aquel impío de que nos habla la historia. Estaba el tal en sus últimos momentos, y Jesús le dijo: «Si me pides perdón, te perdonaré». ¡Mas, ay! cuando se ha vivido en pecado durante toda la vida, poca esperanza queda. — «No», contestó el moribundo. — «Pues bien, le dijo Jesucristo, echándole una gota de su preciosa Sangre sobre la frente, anda: en el gran día del juicio, esta sangre adorable, que en vida profanaste y despreciaste, será la señal de tu reprobación.» Después de estas palabras, muere el infeliz y es arrojado al infierno. ¡Oh, terrible momento, para el pecador que en aquella hora no vislumbrará cosa alguna buena para hacerle esperar el cielo! El pobre pecador, no teniendo qué contestar, quisiera estar ya en el infierno. Al morir, no puede decir otra cosa que: «Sí, he merecido el infierno, justo es que caiga en él, ya que tanto he profanado aquella Sangre adorable que Vos derramasteis para mi salvación en el árbol de la cruz». Jesucristo, siempre teniendo delante el libro en que quedan escritos los pecados, verá todas las oraciones omitidas o mal hechas, o tal vez mezcladas con sentimientos de odio y de venganza, o ¿qué digo? quizá saliendo de un corazón abrasado en el fuego de la impureza. No, no, Dios mío, no continuéis examinándole, arrojadle en seguida al infierno, es la mayor gra-

---

(1) Dan., V.

cia que podéis hacerle, si alguna le debéis antes de sepultarle en el fuego eterno. Sí, Jesucristo volverá la página y allí verá escritos todos los juramentos, todas las imprecaciones, todas las maldiciones que durante su vida no cesó de vomitar por aquella boca y con aquella lengua que tantas veces bañara la Sangre adorable de Jesús. Sí, H. M., volverá Jesucristo otra hoja, y hallará escritas todas las profanaciones del santo día del domingo. ¡ Ah ! no, no, no cabrá ya pretexto alguno, todo quedará en evidencia. Entonces aparecerán aquellas borracheras de los domingos, las orgías, juegos y danzas con que profanó los días consagrados al Señor. ¡ Ay ! ¡ cuántas veces dejó la Misa o la oyó mal ! ¡ Cuántas veces asistió al Santo Sacrificio sin ocuparse casi de Dios ! ¡ Ay ! ¡ Tal vez el número de pecados cometidos durante la Misa, excedió al de toda la semana ! Sí, H. M., Jesucristo volverá otra hoja, y allí verá escritos todos los crímenes cometidos por el hijo ingrato que despreció a sus padres, los maldijo, les deseó la muerte para quedar dueño de sus bienes, les causó tantos sufrimientos, durante la vejez, con los malos tratos de que les hacía objeto... Sí, H. M., volverá Jesucristo otra hoja, y verá escritas en ella todas las injusticias cometidas, todas las usuras percibidas en las ventas y en los préstamos. Sí, todas las defraudaciones quedarán expuestas a la luz del día.

¡ Ay ! aquel pobre desgraciado oirá leer todos los pormenores de su vida, sin hallar la menor excusa para defenderse. ¡ Ay ! ¿ a qué quedará reducido aquel pobre orgulloso que siempre quería tener la razón, que despreciaba a todo el mundo, que se mofaba de todos ? Dios mío, ¿ a qué estado de desesperación le ha reducido este examen ? En este mundo, H. M., hallamos siempre algunos pretextos para atenuar nuestros pecados, cuando no podemos ocultarlos del todo. Mas esto no valdrá ante Jesucristo. El nos dejará convictos de

cuanto hemos hecho, y nos veremos obligados a confesar que nuestra vida fué tal como allí ha aparecido, y que con toda justicia hemos de ser condenados a arder en el infierno y a quedar eternamente desterrados de la presencia de Dios. ¡ Oh, espantosa desgracia ! ¡ Mas, a la vez, desgracia irreparable ! ¡ Quién pensase con frecuencia en esto, sería, sin duda, más prudente que no somos nosotros !

Pero no hay bastante aún : el demonio, que durante nuestra vida ha trabajado sin cesar para lograr nuestra perdición, presentará a Jesucristo un libro en el que aparecerán escritos los pecados que hicimos cometer a los demás. ¡ Ay ! cuán grande será su número, el cual sólo en aquel momento podremos conocer (1). ¡ Ay ! ¿ qué será de aquellos padres y madres de familia, de aquellos amos y aquellas señoras que, por no dejar de aprovecharse ni un momento del trabajo de sus hijos o criados, fueron causa de que tantas veces omitiesen sus oraciones ? ¿ Cuántas veces hicieron perder la Misa al pastor o al mozo de labranza ? ¿ Cuántas funciones, vísperas, sermones, instrucciones catequísticas, sacramentos, dejaron de frecuentar sus dependientes por no haberles dado tiempo necesario para ello ? ¿ Cuántas les habrán obligado a trabajar en domingo, y hasta se habrán burlado de ellos porque practicaban sus devociones ? Tal vez hasta habrán llegado a impedirles sus prácticas religiosas. ¿ Cuántos libertinos habrán arrastrado a las jóvenes al pecado, con sus sollicitaciones y promesas ? Y entre las jóvenes, ¿ no hay muchas que, con su afectación y coquetería, habrán suscitado en los demás malos pensamientos y miradas impuras ? ¿ Cuántos aficionados al vino habrán sido causa de que otros los imitasen en aquel vicio, pasando el domingo en la

---

(1) ¡ Ay ! solamente en el juicio general conoceremos con exactitud los pecados que hicimos cometer a los demás. (Nota del Santo).



taberna y faltando a los oficios? ¡Ay! ¡cuántos pecados han ocasionado los taberneros dando de beber a los beodos! ¡Cuántas palabras sucias y cuántas acciones impuras, en aquellos lugares donde está todo permitido! Allí es donde se derrama sobre los corazones el veneno de la impureza, que embriaga casi a todos los concurrentes con sus inmundos placeres. ¡Ay! ¡de cuántas cosas habremos de dar cuenta! ¡Cuántos jóvenes roban a sus padres para tener dinero que gastar en la taberna! y ¿quiénes dan ocasión a que tales pecados se cometan? Nadie sino los taberneros. ¡Ay! ¡cuántas dudas sobre la religión habrán suscitado los impíos infundiendo en el corazón de aquellos que los escuchaban todo cuanto su mente extraviada ha podido inventar para debilitar la fe! ¡Cuántas calumnias contra los sacerdotes! como si los defectos de uno hiciesen malos a todos los demás. ¡Ay! ¡cuántas personas dejaron de frecuentar los sacramentos por haber escuchado a gente impía que les narró todo género de falsedades acerca de la religión! ¿Quién podrá contar el número de almas que las tales habrán perdido? Por lo tanto, todo esto les será imputado, todo esto será causa de su condenación. En aquel momento, acudirán a pedir venganza todas las almas que ellos perdieron... ¡Ay! si el santo rey David decía que temía más por los pecados ajenos que por los propios, ¿qué será de aquellos infelices que emplearon toda su vida en perder el alma de los demás, ya con sus ejemplos perversos, ya con sus palabras o escritos llenos de maldad? ¡Ay! ¡qué espanto, al ver que echaron tantas almas al infierno!

¿Quién de nosotros, H. M., no temblará al pensar que Dios nada dejará sin examen, ni aun las buenas obras, para ver si fueron practicadas rectamente y ordenadas a El sólo? ¡Ay! ¡cuántas acciones que no tuvieron otro principio que un motivo mundano: el

deseo de distinguirse, de ser tenido por persona abnegada o virtuosa ! ¡ Cuántas buenas acciones hallaremos no valer nada a los ojos de Dios ! ¡ Ay ! ¡ la hipocresía y los miramientos humanos nos habrán hecho perder todo el mérito ! Si los santos, H. M., culpables tan sólo de algunas pequeñas faltas, temieron tanto en aquellos momentos, y practicaron penitencias tan largas y tan duras, ¿ cómo podremos esperar que Dios se apiade de nosotros ? ¡ Ay ! que cada día caen otros mucho menos culpables que nosotros. ¡ Dios mío, no nos arrojéis al infierno ! antes bien enviadnos en esta vida cuantos sufrimientos os plazcan.

Para haceros sentir mejor el rigor con que Dios nos juzgará ; cosa de la que deberíamos estar persuadidos... En efecto, a un cristiano colmado de tantos beneficios, que ha recibido tantas gracias para salvarse, a quien nada le faltó si no es su voluntad, ¿ no es justo que Dios le examine con espantoso rigor ? Mas para que conozcáis mejor esto, ved aquí un ejemplo que nos refiere San Juan Clímaco, el cual nos muestra, en alguna manera, el rigor de la divina justicia para con el pecador. Nos cuenta que uno de sus amigos, llamado Juan Sabaíta, le había dicho que en un monasterio del Asia había un joven religioso que, viendo que su superior le trataba con demasiada bondad y dulzura, pensó que ello podría ser perjudicial a su alma, y le pidió permiso para ir a otro monasterio. Trasladado allí, la primera noche, tuvo un sueño en el que vió a una persona que le pedía cuenta de sus acciones. Después de un severísimo examen, hallóse deudor a la divina justicia de sumas considerables, y el Señor le hizo ver cómo aún nada había satisfecho por sus pecados. Horrorizado por aquella visión, permaneció todavía tres años en aquel lugar, en donde Dios, queriendo hacerle expiar sus pecados, permitió que fuese despreciado y maltratado de todos. Parecía que todos tuviesen por ocupación hacerle

padecer ; mas él de nada se quejaba. Entonces Dios, en una visión, le hizo comprender que solamente había pagado un tercio de su deuda a la divina justicia. Muy espantado, comenzó a fingirse loco, y continuó aquel género de vida durante trece años ; entonces le dijo Dios que solamente había pagado la mitad. No acertando ya a buscar nuevas mortificaciones, pasó el resto de su vida clamando a Dios misericordia. Sus penitencias no guardaban límite ni medida. « ¡ Ah ! Señor, ¿ no tendréis piedad de mí ? hacedme sufrir cuanto queráis y perdonadme. » Sin embargo, antes de morir, Dios le dijo que sus pecados estaban perdonados. Pues bien, H. M., ¿ quién de nosotros se atreverá a esperar le hayan sido borrados sus pecados, cuando no hemos hecho sino confesarlos y decir a Dios que le pedíamos perdón ? ¡ Ay ! cuántos cristianos, en su ceguera, piensan haber hecho gran cosa, cuando en realidad nada hicieron. Dios les hará ver entonces lo que sus pecados merecían y las penitencias que han hecho. ¡ Ay ! ¡ cuántos cristianos perdidos !

Mas al juicio particular, H. M., seguirá aún otro examen. Aunque lo que os acabo de decir parece ya muy riguroso, éste no será menos terrible ; me refiero al juicio de Jesucristo sobre el bien que pudimos hacer y no hicimos. Jesús pondrá ante los ojos del pecador todas las oraciones omitidas y que habría podido hacer, todos los sacramentos que habría podido recibir durante su vida. Si hubiese resuelto llevar una vida más santa, habría podido recibir con mucho mayor frecuencia su Cuerpo y su Sangre adorables. Jesucristo le pedirá también cuenta de las veces que tuvo el propósito de practicar alguna buena obra y no la practicó. ¡ Cuántas oraciones, cuántas misas, cuántas confesiones, cuántas penitencias, cuántos deberes de caridad hubiera podido cumplir para con el prójimo ! ¡ cuántas privaciones en sus comidas, en sus visitas ! ¡ Cuánto

mayor número de visitas hubiera podido hacer a Jesús Sacramentado en el santo día del domingo! ¡Ay! ¡cuántas buenas obras omitidas, acerca de las cuales hemos de ser juzgados! Hasta de la buena influencia que nuestros ejemplos hubieran podido ejercer en los demás, nos pedirá cuenta Jesucristo. ¡Ah! gran Dios, ¿qué responderemos a ello?

II. — Pero, me diréis, ¿qué deberemos hacer para estar seguros y tranquilos en aquella hora tan terrible para quien haya vivido en pecado, sin pensar siquiera en aplacar la justicia de Dios profundamente irritada por su culpa? Vedlo aquí. En primer lugar hemos de entrar en nosotros mismos, y pensar seriamente que nada hicimos aun que nos pueda hacer concebir esperanzas en aquella hora; también hemos de tener presente que nuestros pecados quedan todos escritos en un libro que el demonio presentará a Dios en el juicio, a fin de manifestarle nuestras culpas hasta las más ocultas. En segundo lugar, siguiendo el ejemplo de Zaqueo, hemos de volver lo que no es nuestro; sin ello, no nos escaparíamos del infierno. Hemos de concebir un gran dolor de los pecados, y llorarlos como David, que derramó lágrimas hasta la muerte y puso gran cuidado en no cometer otros nuevos. Hemos de humillarnos profundamente ante el Señor, aceptando todo cuanto se digne enviarnos, no solamente con sumisión sino también con grande alegría; pues no hay otro medio: o llorar en esta vida, o llorar en la otra, donde las lágrimas de nada sirven y la penitencia resulta sin mérito. Nunca perdamos de vista que no sabemos el día en que seremos juzgados, y que, si nos sorprende aquel terrible momento en pecado, nuestra perdición será irremediable.

¿Qué deberemos concluir de todo esto, H. M.? Que es preciso estar completamente ciegos para portarnos



cual lo hacemos ; ya que, si bien se mira, ni uno siquiera podría afirmar que está dispuesto para comparecer ante Jesucristo, y, a pesar de tan terrible certidumbre, ni uno de entre nosotros dará un paso más hacia Dios, a fin de asegurarse una sentencia favorable. ¡ Oh, Dios mío ! ¡ cuán ciego es el pecador ! ¡ Ay ! ¡ cuán deplorable es su suerte ! No, no, H. M., dejemos de vivir como insensatos, pues, en el momento en que menos lo pensemos, Jesucristo llamará a nuestra puerta. ¡ Dichoso el que no habrá aguardado hasta aquel momento para prepararse ! Lo cual os deseo...

## ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
Domingo de Pasión. — Sobre la contrición . . . . .	1
Jueves Santo . . . . .	25
Viernes Santo. — El pecado renueva la pasión de Jesucristo . . . . .	43
Domingo de Cuasimodo. — Sobre la confesión pas- cual . . . . .	56
Segundo domingo después de Pascua. — Sobre la perseverancia. . . . .	72
Tercer domingo después de Pascua. — Sobre las aflicciones . . . . .	93
Quinto domingo después de Pascua. — Sobre la ora- ción . . . . .	109
Sobre las rogativas. — Las procesiones, la abstinencia y las cuatro Témporas . . . . .	131
Para el día de la Ascensión . . . . .	150
Corpus Christi . . . . .	169
Segundo domingo después de Pentecostés. — Sobre la Santa Misa . . . . .	187
Tercer domingo después de Pentecostés. — Sobre la misericordia de Dios . . . . .	211
Cuarto domingo después de Pentecostés. — Sobre la esperanza . . . . .	229
Quinto domingo después de Pentecostés. — Sobre el segundo precepto del Decálogo . . . . .	250
Sexto domingo después de Pentecostés. — Sobre la Comunión. . . . .	271
Séptimo domingo después de Pentecostés. — Sobre la virtud verdadera y la falsa . . . . .	295
Domingo octavo después de Pentecostés. — Sobre el juicio particular . . . . .	317